

MELITON MARTIN.

PÓNOS

ó

LA COMEDIA HUMANA.

TOMO SEGUNDO

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1

1883.

PRECIO 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS.

PÓNOS,

ó

LA COMEDIA HUMANA,

POR

MELITON MARTIN.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1
1883

CICLO SEGUNDO.

HASTA LAS INVASIONES DE LOS BÁRBAROS.

Porque nada podemos contra
la verdad, sino por la verdad.

(*Epístola segunda de San Pablo
á los Corintios*. C. XII. V. 8.º)

CAPÍTULO I.

¡Oh, tú! deidad modesta y recatada, que siendo luz y antorcha de este mundo te encubres pudorosa á nuestros solícitos ojos, escelsa hija predilecta de los cielos tras de quien vaga y se desvive el hombre, logrando apenas columbrar la fimbria de tu vestidura; afan perpétuo de sábios y filósofos; pesadilla de ruines y tiranos; esperanza y consuelo de los justos, pan del alma: tú, que siendo tan dulce y deleitosa te moteja de amarga el vulgo nécio; ambicion sola de mi vida; causa, que hoy más que nunca adoro é idolatro, de mis sinsabores mundanales; ¡SACROSANTA VERDAD! tú, á quien invocaba silenciosamente al comenzar este esbozo tímido y confuso, permite ya que en alta voz (si que en turbado acento) pida, impetre y suplique tus favores, para acabar con algun menor deslustre el cuadro presuntuoso que soñaba el entusiasmo y emprendió el atrevimiento. Alza siquiera un pliegue de tu manto y que algun tibio rayo de esa aureola que te engalana y circunda, ilumine las tinieblas de mi menguado ingénio y haga brotar modestas galas en el

helado y ya marchito campo de la mente, para encubrir con ellas el informe relato de las más altas, más sabrosas y ménos entendidas aventuras.

Entramos en un período de la vida maravillosa de Ántropos y Gina, en que la luz comienza á iluminar los acontecimientos haciéndoles surgir de las tinieblas. Para poner en claro y enlazar los varios lances referidos hasta aquí con el honrado propósito de entretener al lector sin descarriarle, hemos procurado hojear dos libros admirabilísimos, custodios del poético misterio de la encantada isla de Gé: uno colosal, enorme en su magnitud cuyas hojas son extensas y profundas como el mar, dilatadas é imponentes como el desierto, ricas en frutos como llanuras ubérrimas, accidentadas y rugosas como las montañas; otro impalpable, laberíntico, protéico, sutil, cuyos caractéres movibles hasta dar vértigo bullen en la planta, en el reptil, en los peces, en las aves, agitan al cerebro y al corazon para dar vida al recuerdo y pábulo á la conciencia. El primer libro, cediendo siempre á nuestras investigaciones, es el planeta que habitamos, sus signos los tesoros que guarda bajo la pesadumbre de sus capas infinitas; el segundo, siempre rebelde á nuestro afan, es ese inacabable remolino de vida y de movimiento, ese hervidero bullicioso que puebla todos los ámbitos y hace latir la tierra en torno plácida y amorosamente.

Con el ojo avizor, con el oido atento, hemos procurado desenterrar los recuerdos atesorados en el suelo durante un lapso de duracion desconocida; hemos querido sorprender la filiacion de ideas y sentimientos con el fin de satisfacer la natural curiosidad del prójimo é informarle sin engaño acerca

de los remotos antecedentes de los héroes de esta historia. ¡Qué descubrimientos tan inesperados! ¡cuánta induccion sorprendente, han colmado de admiracion nuestra alma mientras leíamos trabajosamente los primeros capítulos de aquellos anales fidedignos sellados hasta aquí con siete sellos!

Porque es menester reconocerlo para combatirlo: historiadores, mistagogos, legisladores, poetas, soñaron el sueño de la ilusion tomando al Ántropos de hoy por el Ántropos de ayer. Viéronle aparecer sobre el escenario de la isla, formado ya, con un tesoro de ideas y un lenguaje elaborado para expresarlas, modificado en su manera de sentir, servido por animales, dueño del pan y del fuego, y creyeron que así debió nacer desde un principio, y si cuidaron de averiguar su procedencia, acudieron á la fábula para explicar su aparicion, su estado, sus aptitudes. ¿Qué extraño que durante tanto tiempo se haya ignorado el desenvolvimiento gradual, contínuo, trabajoso de la familia de nuestros amigos bajo la direccion de Pónos?

Cierto es que tambien nosotros al visitar los vestigios que acreditan aquel gradual desenvolvimiento, al buscar y rebuscar entre los habitantes de Gé aquellos que por su edad, estado y condiciones pueden servir como testigos de mayor excepcion en prueba de tanta monta, hemos tropezado sin cesar con la locuaz y caprichosa Fanta; empero, sea por efecto de la edad, sea porque comprendiera que ya no hablaba á salvajes, la hemos encontrado casi siempre cuerda y sesuda hasta el punto de creer hoy firmemente en la autenticidad de sus sutiles é ingeniosas sugestiones. Gracias á ellas y á la paciente investigacion del mundo material y de la sé-

rie interminable de los organismos, se ha logrado, si no saber á ciencia cierta cómo y de dónde vinieron Ántropos y Gina á la encantada isla de Gé, trazar al ménos retrospectivamente la direccion general seguida por aquellos misérrimos mortales, desde el punto y hora en que entraron en íntimo comercio con su génio tutelar, hasta el momento en que gimiendo bajo la férula de Seuda y de Dinamion comenzaron á existir tradiciones vagas, las cuales, como todo, se trasformaron con el tiempo y los sucesos en algo determinado y concreto, en fiel y fidedigna historia.

Queremos decir con esto que desde ahora en adelante las aventuras del hombre y de la mujer revisten mayor grado de precision y certidumbre. Bueno será por lo tanto recapitular aquí los medios y los elementos acumulados por nuestros amigos. Su importancia es inmensa y trascendente y de no haberla explanado como lo hemos hecho, muy mal se comprenderian ni la sencilla complicacion del proceso natural para desenvolver así lo grande como lo pequeño, ni el fatal advenimiento de los futuros adelantos..

Dos órdenes de conquistas hubieron de realizar antes, entonces y despues los protegidos de Pónos para desenvolverse, extender su vida y su accion y llegar al relativo bienestar de que gozaban en el momento de caer en poder de Dinamion: conquistas sobre el mundo externo y conquistas sobre sí mismos. Las primeras penosas, ostensibles, evidentes, daban por fruto la satisfaccion de sus necesidades más groseras, asegurándoles el alimento y el vestido, albergue y armas para defenderse, instrumentos y máquinas para comenzar á redimir sus músculos,

servidores y auxiliares que tomaban sobre sí una parte cada vez mayor del trabajo material, el arado y la carreta, el hierro y el fuego, la pesantez y la luz. Las segundas ocultas y personales, esencialmente subjetivas, consecuencia de la reaccion del mundo ambiente sobre los organismos sensibles y perfectibles, ó adaptacion de estos organismos á los medios más inmediatos ó propicios á su desenvolvimiento, habian afinado su sensibilidad dotando al corazon de afectos nuevos ménos violentos, al cerebro de aptitud y actividad proporcionadas á la complejidad creciente de innumerables sensaciones, para que en él se asociasen y tejiesen los recuerdos, las impresiones, las imágenes y por modo tres veces maravilloso dar cuerpo y realidad á la série interminable de la idea. Porque el organismo sensible de Ántropos y Gina era á modo de lira maravillosa, cuyas cuerdas aparecian una á una á medida que calmaban los embates rudos de la enemiga naturaleza, y que afinadas y templadas al abrigo de los adelantos y del creciente bienestar, producian sonidos diferentes entre sí, cada vez más claros y definidos, que resonaban y repercutian en los senos de su cerebro, el cual era como admirable y prodigioso kaleidoscopo. Allí tomaban forma y existencia no sólo las imágenes copiadas por los ojos y las resistencias modeladas por el tacto, si que tambien los sones recogidos por el oido, los gustos del paladar y las sensaciones del olfato. Para dar idea groserísima de la elaboracion y asociacion de todos estos materiales, al crear algo impalpable y divino, diremos que la mano del tiempo y de la experiencia, como que dejaban caer de contínuo en el mágico kaleidoscopo un vidrio de color, forma y

consistencia, siempre distintos, nuevos y variados siempre. El resorte misterioso de su actividad orgánica, dando contínuo movimiento á las partes y al conjunto, presentaba á la vista interna del hombre y de la mujer las más variadas, complejas y brillantes combinaciones fundidas en un todo tan uno, tan singular, que para ellos no habia nada más sencillo, más real, más evidente. Y claro está que al hacerse más sensibles aquellos espejismos, al diferenciarse y afinarse su sensibilidad, al percibir cada vez mejor las miriadas de fenómenos en los cuales se bañaban, los vidrios abigarrados del misterioso kaleidoscopo crecian y crecian haciendo las asociaciones más complejas para embobar al hombre con sus cambiantes infinitos y borrar la pista del orígen del pensar y de la evolucion del pensamiento.

Nada de extraño tiene, pues, que al despertar un dia y otro la familia, el hombre como el muchacho, la niña cual la mujer, se figurasen haber sido siempre lo que eran en aquel momento y sostuviesen haber nacido dotados de aquellas facultades y aptitudes, obra y producto de la lenta fermentacion del tiempo.

Tales habian llegado á ser los novísimos esclavos de Dinamion el dia de su caida, pero no debemos olvidar otra circunstancia, consecuencia de la evolucion individual, que era como el primer paso hácia otra superior. El hombre, la mujer, los hijos, sentíanse unidos por otros lazos más numerosos, más hondos, más permanentes, que las irracionales momentáneas atracciones de los torpes apetitos. Habíanse arraigado en su corazon afectos y simpatías con carácter de ternura, hasta el punto de considerarse todos y cada uno miembros de un todo

indisoluble y solidario; en una palabra: se habia desenvuelto y robustecido, cual gérmen rico en promesas, el embrion de la familia.

Ahora volvamos á nuestro cuento.

En otra parte de esta exacta y minuciosa historia, dijimos que la guarida de Dinamion era un antro inmenso, lóbrego y desapacible. La naturaleza, tan agreste como desnuda en torno de aquella caverna, presentaba por todas partes peñas agudas y escarpadas; riscos pelados, barrancos tortuosos y profundos. Algunos lúgubres pinos, con sus ramas tuertas y decaidas por el peso de las nieves invernales, interrumpian únicamente la triste monotonía de comarca tan selvática, inclinándose cual decrépitos centinelas sobre los abismos, para gemir lastimeros cuando les agitaba y sacudia el vendabal.

Pisó Dinamion los aledaños de su imperio, alborozado con la presa y soberbio despues de la victoria, á tiempo que la noche oscura cedia de mala gana ante los sonrosados arreboles del naciente sol, el cual caminaba majestuosamente hácia el Oriente para alumbrar la esclavitud de los mortales; penetró en la caverna sin encontrar al paso duende ó prosélito alguno, así porque los más diligentes le habian acompañado, como porque los demás dormian perezosamente siendo todavía de mañana, y con rudo é impío desenfado recogió de entre los pliegues de la piel de tigre á sus cuatro víctimas, medio muertas de dolor, y las introdujo en uno de los agujeros de las rocas como quien restituye cuatro implumes pichones á su nido. Tapó en seguida la entrada con un canto que recogió del suelo con gentil soltura, pero que no hubieran podido sompesar unas cuantas docenas de jayanes.

—Seuda!—gritó con voz retumbante y presurosa.

—Seuda!

Á su acento se irguieron desperezándose por todos los rincones de la cueva muchos de sus servidores y la bruja acudió palpitante de curiosidad.

—¿Qué hay, delicioso Dinamion?—preguntó á su amo adelantándose.

—¡Victoria!—exclamó el gigante sin ser dueño de contener su júbilo.—El hombre y la mujer son nuestros.

—Rindamos gracias á los inmortales—contestó Seuda.—Ellos solos disponen cuanto sucede aquí abajo.

—Déjame ahora de inmortales—prorrumpió Dinamion.—El inmortal soy yo porque soy fuerte, y como ya tengo armas y ahora las tendré mejores, lo mismo que vencí, venceré siempre. ¡Albricias mil al porvenir! Ya no hay que pensar en trabajar. Otros sudarán para que nosotros gocemos. Detrás de mí vienen mis huestes con el botin de la victoria. Tocad á junta: que el ayuntamiento de nuestros servidores tenga lugar á la entrada de la caverna: quiero empezar á mandar y disponer. Celebraremos el triunfo y en las fiestas podremos dar á tus inmortales la participacion que tú dispongas.

Obedeciendo á los deseos de su Señor, Seuda despachó á sus servidores más ligeros para pregonar á cuerno tañido el triunfo y convocar á sus secuaces sin tardanza. Salieron varios con los primeros rayos del naciente sol, y á poco, todo era bullir y hablar y correr en torno de la caverna.

Como cuando á la voz estruendosa del nublado se sueltan las cataratas del cielo y las gotas de agua se reunen en delgados hilos, y luego corren en impe-

tuosos arroyos, y el ancho y presuroso torrente se lanza despues á la llanura, y se detiene, y la cubre, y cruza, y se esparce en todas direcciones hasta dormir en espacioso lago, así al acento del terrible Dinamion comenzaron á salir de aquellos antros los duendes, los trasgos, los vestiglos, para juntarse en pequeños grupos, dirigirse veloces y en tropel hácia la salida de la caverna, y agolparse y extenderse sobre la planicie de su entrada formando un mar inquieto, bullicioso que poco á poco se fué extendiendo y sosegando.

Dinamion no tardó en aparecer seguido por la astuta Seuda. Llevaba el casco de bronce sostenido contra el pecho por el brazo izquierdo y dentro de él á los misérrimos cautivos medio muertos de cansancio y de terror.

—¡Amigos y compañeros! - dijo sacando uno á uno á los prisioneros y poniéndolos en tierra.—Aquí teneis á los miserables que aspiraban á ser iguales nuestros. Dicen que bajo la direccion de Pónos logran pasmosas maravillas, pero no hay sino mirarles para advertir la diferencia entre ellos y nosotros y para comprender que ellos nacieron para trabajar y nosotros para vivir con su trabajo. Procuremos tenerles en perpétua servidumbre: la vara mágica de su protector nos proporcionará satisfacciones y placeres. Desde hoy es necesario vigilarles dia y noche; cada cual será un espía para que no se emancipen. Ojo avizor todo el mundo y á no perderles de vista. Vamos á celebrar en memorable festin nuestra victoria. Mañana señalaremos su lugar á cada cual. Hoy es dia de regocijo. Para festejar el triunfo os traigo las producciones y riquezas acumuladas por estos miserables. Miradlas cómo suben

por las faldas de la sierra, escoltadas por vuestros compañeros. Contad, si podeis, los rebaños de cabras, de corderos, de vacas, de bueyes, de caballos; las cargas son innumerables, los tesoros bajo los cuales gimen las acémilas, de incalculable valor.

El concurso apartó la vista del hombre y de los suyos para mirar hácia la parte á donde señalaba Dinamion. Ántropos, Gina y los muchachos levantaron tambien los ojos. Entonces comprendieron las mercedes sin cuento que su génio protector les proporcionara; entonces sintieron su pérdida y se hicieron cargo de la terrible magnitud de su caida. Allí venian reunidos los frutos de tanto sudor, tanta vigilia, tantos sinsabores: desde la oveja, su primera y pacífica conquista, hasta el vino, su última y por demás infausta. El espectáculo de sus perdidas riquezas, la conciencia de su situacion, el recuerdo de su pasado aumentaron el temor del oscuro porvenir. Tanto presentimiento lúgubre, tanta emocion dolorosa fueron prueba harto irresistible para corazones próximos á estallar. Volvieron hácia algunos de los duendes que en otro tiempo les adulaban, y juntando entrambas manos en ademan de súplica dijeron:

—Amigos, caros amigos, á quienes dimos cordial hospitalidad de todo corazon, intervenid por nosotros. ¡Piedad! ¡piedad! Recordad que al fin hicimos cuanto nos aconsejábais.

—¿Y por qué lo hicísteis majaderos?—gritaron cien duendes á la vez.

—¡Cómo?—exclamó el mancebo dejándose dominar por su viveza—¿haceis gala de perfidia?

—Sí, imbécil, sí. ¿No la hacíais vosotros para domesticar á los brutos y para haceros servir por los

salvajes?—preguntaron con procacidad los antiguos aduladores del hombre.—Todo era lícito para alcanzar alguna satisfaccion; pues ya sois nuestros y seguiremos vuestro ejemplo.

Los cuatro de la familia se sintieron heridos por un dardo fugaz, pero vivísimo: era el brote del sentimiento del derecho, la primera protesta vaga é impotente. Una nueva série de afectos, ó más bien de torcedores, les nublaron el entendimiento; los ojos se les arrasaron en lágrimas.

—¡Lloran!—gritaron los secuaces de Dinamion con marcado menosprecio.—¡Son cobardes! ¡Nacieron para obedecer!

—¡Lloran!—chillaron los trasgos contemplándoles con mofa.

Y en seguida llovieron gracias y dicharachos, y consuelos epigramáticos, y lamentaciones de chunga, y universales carcajadas acompañaron cada nuevo chiste, y súcias ó terribles garras poparon con bulla cariñosa á los varones y á las hembras que inmóbles por abatidos sollozaban y gemian. Entre tanto subia el botin á la planicie donde estaban, y cuando hubo llegado cerca de la entrada de la caverna, Dinamion exclamó:

—Dejemos ahora á esos esclavos para que llamen á su protector y nos preparen la pitanza. ¡Cobardes y despreciables pigmeos! preparadnos un festin suntuoso, opíparo, descomunal y mirad bien lo que haceis y cómo lo haceis con diligencia, pues por quien soy, que si no nos dais gusto y nos hartais, os hemos de hacer sufrir toda clase de tormentos.

Y Dinamion rechinó los dientes, y los hombres y las mujeres sintieron helada de terror hasta la última gota de su sangre.

El gigante, dirigiéndose entonces á los suyos, añadió:

—Lo dicho, dicho, camaradas. Á vigilar, para que la presa no se nos escape. Tendeos en torno sobre los picos y las crestas; guardad desde allí á nuestros esclavos y esperad mi voz para acudir, sin que nadie sea osado á descender antes de escucharla.

Y como quiera que el concurso se arremolinaba en torno de las golosinas y riquezas del convoy, añadió iracundo.

—¿No lo ois? ¡Á las alturas!

Y Dinamion hirió con el pié la tierra, y la tierra rehiló.

¿Han visto alguna vez nuestros pacientísimos lectores fresco, profundo y dilatado valle cubierto por la niebla matutina, cuando levantándose una brisa con la salida del sol, se separa la bruma en lo más hondo y comienza á subir ligera por las faldas, y llega á las altas cimas, y allí se pega, y se adhiere, y permanece todo el dia velando los últimos picachos? Pues no de otro modo se abrió la turba apiñada y no con ménos prontitud se deslizaron sus grupos por aquellas escabrosidades hasta situarse en observacion sobre los últimos picos para cumplir las órdenes de su Señor.

La familia quedó sola. Sus indivíduos se miraron y miraron sus riquezas. Recordaban confusamente las órdenes del gigante y ni comprendian su sentido, ni sabian por dónde empezar. Abrazáronse llorando y dando suelta á su mortal y reprimida congoja exclamaron al fin:

—Pónos, Pónos, ¿cómo pudiste abondonarnos en tan duro trance? ¿Por qué no nos perdonas y nos acudes? ¿Qué podemos hacer sin tí?

—Basta de lamentaciones—exclamó el génio del manto azul apareciendo. —¿Habeis olvidado que ayer mismo me prohibísteis comparecer? ¿Es esta obra por ventura mia?..... Pero no es este tiempo de reconvenciones. Harto vais á lastar vuestros errores. Á obrar, y á obrar con diligencia suma, porque habeis de saber, que ya no gozais de la dulce libertad de antaño; teneis amo cruel y vengativo y nada, absolutamente nada es vuestro: ni el cuerpo, ni la vida, ni la voluntad. Ya no sois personas, sois cosas, de las cuales dispondrán á su antojo los más fuertes. Vuestro sólo bien, vuestra única esperanza es, hoy más que nunca, mi amistad. Despues de lo pasado, me escuchareis y me obedecereis. Vuestro trabajo se centuplica, mas sólo así os volvereis á poner en camino de libertad.

Ántropos y los suyos se arrojaron de hinojos á los piés de Pónos y le juraron obediencia ciega. El génio les levantó con bondad suma y les suplicó que pensaran en preparar el opíparo banquete para sus tiranos.

—Habeis salvado de la catástrofe á vuestros fieles criados—les dijo.—Ahora vereis si son útiles; evoquemósles á todos, pues ellos son y serán en adelante vuestro descanso, vuestra salvacion.

Acto contínuo degolláronse vacas y terneras, cerdos cebones y tiernos corderillos; los pinos cayeron por las breñas; Báros convirtió el trigo en harina; Pir diligente como nunca encendió mil hogueras sobre el llano, y al toque de la vara mágica de Pónos se obraron por encanto maravillas. En el espacio de una hora, Gina con sus hijos, habian descargado y distribuido cuanto trajeron las huestes de Dinamion como botin de su victoria. Las ollas, los

calderos, los utensilios, la herramienta, el paño y el lienzo, los vasos y las pieles, les sirvieron para disponer ó para adornar el festin. Ántropos obedeciendo á Pónos hacia ejecutar sus órdenes; iba y venia, y como procurase estar en todas partes sudaba la gota gorda. La llanura se convirtió en una inmensa cocina desde la cual se retorcian cien columnas de humo en direccion al cielo, y los gratos tufillos de las viandas llevados por el viento, llegaban hasta las cimas de los montes para provocar el apetito de duendes y soldados, con lo cual, toda aquella chusma se sintió impaciente por caer sobre las provisiones y devorarlas.

Por fin salieron de la caverna los dos próceres protagonistas de esta historia, y cuando tendieron la vista sobre las hogueras al lado de las cuales humeaban reses y viandas; cuando respiraron aquellos aromas suculentos; cuando vieron pan dorado y todavía caliente; cuando contemplaron las vasijas llenas del fragrante vino; cuando se recrearon en los montones de frutas, los barreños de leche, los hacinamientos de legumbres, no pudieron ménos de sentir cierta admiracion compasiva hácia la familia que por servirles se afanaba. Empero aquel momento de admiracion y de piedad fué asaz pasajero y breve. El gigante llamó con la voz á sus secuaces quienes se pusieron en movimiento apenas la escucharon.

Quien haya visto precipitarse desde las nubes sobre un olivar cargado de aceituna á una de esas innumerables bandadas de codiciosos estorninos, terror del cosechero, podrá formarse una idea de la prontitud con la cual se lanzó el pueblo de Dinamion desde sus encumbradas atalayas, nublando la

luz del sol con su revuelta muchedumbre. Y á pesar de todo, aunque su bajar fué diligente, cuando llegaron al festin ya el gigante se habia engullido la porcion mejor de las suculentas provisiones. Tal era, sin embargo, la abundancia de éstas, que todos comieron y se hartaron.

Renunciamos de buena gana á describir las escenas que tuvieron lugar en la Meseta del Festin. El desenfreno, la voracidad y la gula llegaron allí á su colmo. Dinamion se apropió casi todo el vino y áun así se quejó de tener sed; los demás áun hartándose vieron desaparecer con sentimiento las últimas provisiones.

En pago de su rudo trabajar y cuando los altos montes despaciosamente se envolvian (como gigantes soñolientos) en el oscuro manto de la noche, nuestros amigos fueron recogidos sin piedad por el gigante quien los restituyó al calabozo consabido, cuya puerta volvió á cerrarse sobre ellos en forma de enorme y ponderoso canto. Seuda, temiendo sin duda que muriesen de hambre, les arrojó un puñado de bellotas, previniéndoles al propio tiempo que si tenian sed bebieran del agua que manaba de las paredes de su calabozo.

Los esclavos á solas con sus recuerdos entre medrosas tinieblas y terríficas angustias, comenzaron á hacerse cargo de su terrible situacion. Ya la recompensa no era en justa proporcion de los afanes. Las leyes de la equidad se habian conculcado: ellos trabajaban y otros recogian los frutos de su trabajo.

CAPÍTULO II.

¿Quién será capaz de seguir punto por punto la misteriosa peregrinacion de esas moléculas aéreas ó terrestres que repeliéndose, atrayéndose ó agrupándose en séries no interrumpidas de variables, contínuas ó intermitentes trayectorias, forman el árbol secular, sostienen su lozanía, le nutren de vivaz sávia, hasta exornarle con flores y hacerle dar sanos y buenos y sazonados frutos? Pues si semejante empresa fuera imposible y temeraria, ¿cuánto no lo seria en nosotros la de cansar al lector con el conjetural relato de las innumerables peripecias, los lances al por menor y los ínfimos detalles que siguieron inmediatamente al triunfo de Dinamion y á la esclavitud del hombre? Podremos, *quizás*, trazar el rumbo del movimiento general, decir las fuerzas que le impulsaron, establecer la ley á la cual todos los actores de esta enredada comedia conjunta ó separadamente obedecian, pero confesamos que es superior á las fuerzas de uno sólo—sobre ser inútil á nuestro propósito—engolfarnos en contingentes é individuales menudencias, (cu-

riosas y entretenidas en verdad) para exponer cumplidamente los comienzos de una nueva etapa de la gran evolucion cuyo fin habrá de dar por resultado algo más complejo, superior y trascendente de lo formado hasta aquí. Porque en fin de cuenta, la familia es la molécula social y si los fisiólogos sostienen que nada hay en nuestros cuerpos que no se encuentre en sus células, con mayor motivo nada puede haber en los imperios que no se encierre en las familias, pues la suma de los bienes, ideas y afectos de éstas al fin y al cabo constituyen la riqueza, la cultura y el carácter de los pueblos y naciones.

Veamos, por lo tanto—á ser posible—cómo con los elementos allegados durante el ciclo primero, se empezaron á crear en Gé una inteligencia más ampliamente comprensiva y una conciencia más segura y clarvidente.

Durante los dias que siguieron á la gloriosa victoria y al opíparo festin, el imperio de Dinamion se agitó un tanto revuelto y tocó de vez en cuando en una mansa anarquía. Ni el gigante, más soberbio que experimentado, se encontraba á la altura de su puesto, ni la bruja podia hacerse obedecer apesar de los recursos de su astucia; ni los duendes se sometian de buen grado á una necesaria disciplina, ni los esclavos conocian sus deberes ó sabian dónde acudir, á quién obedecer, ni siquiera cómo empezar ó acabar. En aquella confusion mal definida, las cosas se hacian mal; la vara mágica de Pónos parecia haber perdido no pocas de sus virtudes; los esfuerzos de nuestros amigos no bastaban á satisfacer las innumerables y aún extravagantes exigencias de unos y otros, por lo cual la penuria y la esca-

sez se iban sustituyendo poco á poco á la abundancia, y en una palabra, la falta de regla entre las diversas gerarquías esterilizaba en parte los esfuerzos del más ímprobo trabajo. El órden, la acertada division en las funciones era entre otras necesidades, la primera á todas luces. De cualquier modo los próceres no se sentian bien y sus esclavos vivian bastante mal, y como quiera que el malestar de todos y cualesquiera vivientes es causa de su actividad, el recien nacido imperio se hallaba en vísperas de sucumbir, si no realizaba un esfuerzo supremo sobre sí, proporcionado al peligro y en la medida de su complejidad y su importancia. Hé aquí el orígen y la causa ocasional de los primeros cambios y sucesos que en este segundo ciclo vamos fielmente á referir.

Para principiar, diremos sucintamente cómo se fueron sustentando los de arriba y los de abajo hasta el punto y hora en que dichos inolvidables acontecimientos comenzaron á realizarse.

Dinamion, de natural activo, ambicioso y pendenciero, sólo pensó en armarse por de pronto. Pedia armas y más armas. Primero se contentó con las de bronce, salvo el solo aditamento de un escudo fabricado con pieles de novillo. Luégo, viendo que las espadas de bronce saltaban ó se encorvaban contra el testuz de tigres y leones, exigió del hombre cascos y espadas de hierro, llegando de tal modo á preferir aquel metal, que hasta la reja del arado hubo de emplearse en ocasiones para satisfacer su demanda con daño del pró comun. Aun convirtiendo en lanzas y cuchillos los aperos y herramientas, las exigencias del gigante crecieron de dia en dia y llegó uno en el cual Ántropos no tuvo hierro que entregar á Pir. Entonces se enfure-

ció el guerrero, amenazó, maltrató y los esclavos acudieron cubiertos de llanto y sangre á su génio protector.

—No os aflijais, tened valor—contestó el génio.—El seno de la tierra esconde tesoros inagotables y toda la dificultad es abrir camino hasta ellos. Toma mi vara, hiere con ella el cerro y los peñascos; sus golpes te abrirán paso y ya verás si encuentras hierro.

Como no habia tiempo que perder, Ántropos cogió la vara y comenzó á golpear en las laderas. Desde los primeros toques el terreno parecia replegarse adentro; hiciérónse pasadizos bajos y estrechos, aunque practicables, y el minador penetró lenta y progresivamente en el seno de los montes á la manera que penetran las hormigas en el suelo, los roedores en los árboles y los gusanos en la fruta. ¡Cuántos sustos, cuántos sobresaltos padeció en aquellos viajes subterráneos! ¡Cuánto incidente imprevisto, cuánto peligro de muerte! Ya una peña pesadísima se le venia encima por lo alto, ya un manantial inundaba las hondas calles ó minados; ya el aire puro se cargaba de mefíticos vapores y se sentia asfixiar. Arrastrábase á la fuerza como un reptil; perdíase en un laberinto oscuro, temblaba con el temor de ser enterrado vivo; y como todo era pavoroso allí, desde las sombras hasta el ruido, nadie puede calcular el valor que hubo menester, ni los padecimientos que pasó.

Venciendo al fin tanto obstáculo, sacó por indicacion de Pónos las piedras parduzcas ó rojizas, no desconocidas para él, y las entregó al herrero. De ellas extrajo aquel criado un hierro muy excelente y dúctil y le extrajo en cantidades crecientes, porque

á medida de la obra, crecia la estatura del herrero á fuerza de soplar y de soplar.

Así nació la minería. Para fabricar tanto artefacto de metal, Ántropos se vió obligado á penetrar una y otra vez en las entrañas de la tierra. Con sus minados, de dia en dia más revueltos y profundos, descubrió yacimientos de plomo, estaño, cobre, plata y oro, sin contar cristales de primorosas facetas, piedras preciosas verdes, azules, rojas y amarillas, rubíes, granates, topacios, esmeraldas. Las tintas y cambiantes de estas y otras gemas, sedujeron la vista de aquellas gentes vanas cuanto codiciosas, quienes exigieron del esclavo que tachonase con ellas ya los toscos adornos y preseas, á los cuales no tardaron en aficionarse, ya las armas y defensas del orgulloso déspota guerrero.

Obtenido el hierro en abundancia, los esclavos inventaron el fuelle, forjaron tenazas y martillos, descubrieron la bigornia, constituyeron la fragua y pudieron suministrar espadas, puñales, cascos á su señor y á sus soldados, quienes fueron desechando poco á poco el bronce y el pedernal. El hierro llegó á preferirse por entonces al oro y á la plata. Sin embargo, el escudo siguió fabricándose con pieles claveteadas sobre un aro de madera porque así era mucho más ligero de lo que hubiera podido ser forjado por las entonces inexpertas manos de los noveles forjadores.

Apenas se vió el gigante dueño de tan excelentes armas cuando extendió sus correrías, hasta llegar á las llanuras y á los valles, desde donde el mar se veia. Entonces y para ahorrarse marchas fatigosas, exigió del hombre una nueva habitacion en armonía con lo apacible de los sitios, cuyo sol y cuyo am-

biente, hacian de su caverna un antro oscuro, triste y húmedo. Por lo visto, nuestro gigante se adaptaba, sin saberlo, al medio en que vivia y luchaba, y al pedir satisfacciones para sus necesidades contribuia fatalmente á su propia transfiguracion. Por eso cuando su consejera—dando ya muestras patentes de su aficion á esa inmutabilidad á que despues se mostró siempre tan aficicionada—le hizo presente los peligros de aquel cambio, la contestó Dinamion:

—Necesito mejor habitacion, me la pide el cuerpo y lo que pide el cuerpo, se hace.

La primera casa colosal, hubo, pues, de construirse, y como la impaciencia de Dinamion era extremada y con él no hubo jamás ni aplazamientos, ni burlas, Ántropos tuvo que elegir los materiales más á mano, más fáciles de labrar, más resistentes y abundantes. Eligió, por lo tanto, la madera.

Los pinos seculares, los negros olmos, las añosas encinas se dieron por el pié. Ninguno se cortó de ménos altura que el gigante. Despues de mondos se colocaron de punta, enhiestos, y en hileras sobre las cuatro líneas de un mal trazado cuadrilátero, á convenientes distancias, para hacer todo lo cual con alguna exactitud, se idearon la plomada, la regla y el cartabon. Sobre los extremos superiores de los árboles en fila, pusiéronse trabes escuadradas para unir los piés derechos por lo alto, sujetarlos y afirmarlos, y se emplearon á este fin ya ligaduras de soga, ya ensambladuras y clavos. Cubrióse á seguida el recinto así cercado con una techumbre plana de madera; pero como las aguas no escurrieran fácilmente por aquella tendida superficie, se inclinaron vigas en una y otra direccion, se cubrieron

de ramaje, de junco seco y de bálago; y á fin de sujetarlo todo contra el viento, se echaron sobre las puntas grandes lanchas de pizarra.

Formando así un inmenso cobertizo, era de necesidad cerrarle con algunos lienzos de pared, si se habia de abrigar contra la lluvia y el aire, y se rellenaron con piedra y barro los huecos entre los troncos verticales del perímetro. Más tarde se prolongaron los faldones del tejado para dar sombra en derredor y hubo que apoyar aquellas prolongaciones, sobre otra hilera de troncos. Con esto formóse por las cuatro caras de la casa una galería cubierta ó peristilo, á cuyo abrigo se paseaba Dinamion en dias de frio y lluvia ó tomaba fresco y sombra durante los calores del estío. Una puerta colosal y huecos á modo de ventanas por donde entraba la luz con el tibio perfumado ambiente, acabaron de dar á la vivienda aspecto magnífico y severo con asomos de palacio.

Aquella construccion —primera digna de aquel nombre — fué, como todas las emprendidas bajo la direccion de Pónos, ocasion de invenciones secundarias. Para abatir los troncos corpulentos, para labrar su madera, eran precisas herramientas apropósito, y el hombre acudió como siempre á su buen génio.

—¿Cómo haré yo para abreviar mi trabajo, y aligerarle y disminuirle?—preguntaba de vez en cuando Ántropos.

—Recuerda que hace algunos dias cortabas una rama, no sé para que, y que en aquella operacion perdiste la paciencia porque á tu gusto no cortabas. El motivo era evidente: tu cuchillo estaba lleno de mellas. Recuerda que corajudo como un niño, dejaste de cortar y que apoyando fuertemente sobre

el filo, diste en mover atrás y adelante el arma. ¿Tienes presente en la memoria tu asombro y tu admiracion cuando viste tu inesperada facilidad en cortar aquella vara? Pues hagamos una cuchilla muy grande, mellémosla de propósito con mellas finas y agudas y ya verás como teniéndola tú por un extremo y uno de los tuyos por el otro, cortais los cedros como requesones.

Hízose como decia Pónos : el hombre contó desde aquel dia con el auxilio portentoso de la sierra. Del propio ó parecido modo fabricó en seguida escoplos, formones, azuelas y conatos de cepillos, y nosotros no nos detendremos á explicar menudamente estos y otros adelantos, pues basta lo dicho á demostrar hasta qué punto fueron por entonces la necesidad, la casualidad y el buen ingénio, orígen de invenciones útiles

Sólo haremos reparar—y esto por convenir así á la cumplida inteligencia de esta historia—que todos cuantos instrumentos ó herramientas se inventaron obedecian á un sólo y mismo principio, esto es: á ejecutar el mayor número de pequeños esfuerzos sucesivos y contínuos en un espacio de tiempo cada vez más y más corto.

Absorto se quedó el gigante cuando vió su nueva casa concluida; pero hallóla demasiado expuesta á los ataques de toda clase de enemigos, y ordenó que se fortificase. Ántropos hubo de cavar en torno una zanja ancha y profunda; arrojó la tierra por la parte de adentro para formar un parapeto; hincó en derredor fuertes estacas con punta, y sólo dejó una brecha para el paso, tendiendo troncos de parte á parte de la zanja cuyo artificio dió por resultado andando el tiempo lo que despues se llamó puente.

Tampoco debemos omitir aquí otro adelanto, aunque material, de grandísima importancia. Ya hemos visto en un capítulo anterior, cómo se ingeniaron nuestros labradores para transportar sus cosechas sobre rastras, y cómo se valieron de rodillos para mover árboles y piedras. Combinando ahora aquellos dos elementos, ó procurando tener bajo la rastra un rodillo fijo y giratorio, dieron con la invencion de la carreta. Con ella se centuplicó la potencia de arrastre de los bueyes, y el transporte de las cosas grandemente se facilitó.

En cuanto á los adelantos intelectuales, es infinitamente más difícil indicarlos. Bullian á todas horas, con cada dificultad, para vencer cualquier obstáculo, en manojos, sartas ó racimos, en gérmen ó en embrion por los oscuros senos de su espíritu. El tamaño, el peso, el número, la simetría de la forma, la dureza ó elasticidad, el color y la textura, los sonidos y los golpes y hasta el olor de cada cosa, obraron de consuno y á veces simultáneamente para dar el sér en el cerebro del obrero á ideas más definidas y más ámplias, no obstante su complejidad. De todas estas ideas, ninguna tan famosa entónces, ni tan digna de recordarse ahora, como la idea del triángulo. Por la fuerza misma de las cosas, el constructor hubo de advertir muy pronto la sencillez, la resistencia, la superioridad de aquella inquebrantable figura orígen de todas las demás y á la cual todas podian reducirse. El triángulo se grabó en la memoria de Ántropos y de los suyos indeleblemente como recurso supremo, y en la mente de Seuda y de sus acólitos con cierto carácter oculto de misterio. Desde aquella época todos hablaron del triángulo, le discutieron, le analizaron: Ántropos, por

consejo de su guía, para averiguar sus propiedades; Seuda, bajo la inspiracion de Fanta, para embobar á todo el mundo con sus sutiles y laberínticas lucubraciones.

Tales fueron las conquistas producidas por las primeras exigencias del gigante. La bruja, en tanto, no se descuidaba. Ansiosa por establecer su autoridad sobre todo y sobre todos, pidió que se desbrozara de maleza la entrada primitiva de la gruta del oráculo y exigiendo hoy una cosa y mañana otra mayor, pudo destinar á templo una gran caverna natural que apellidó el hipogeo, y para sobrecoger los ánimos con algo sorprendente, extraordinario, hizo que se exornaran sus paredes con colosales figuras talladas en roca viva. Á este hipogeo y á uno de sus nichos más recónditos, fué trasladada Alecia sigilosamente. Siempre dada á fórmulas ceremoniosas, Seuda mezcló lo horrendo con lo cómico, fué extremando de grado en grado los recursos del terror y llegó, en su ambicioso paroxismo á sacrificar sobre las aras los prisioneros de Dinamion, los niños y las mujeres, á fin de aplacar, segun decia, la ira de los inmortales ó conciliarse la proteccion de los poderes ocultos. Tan grande fué en aquel período su contínua preocupacion por imponerse, que ni siquiera se cuidó de Alecia.

Empero el manto de la hija de Pónos, mermaba con la minería, con las construcciones, con la bigornia, la sierra, la carreta y de tal modo mermaba, que al fin llegaron á oidos de Dinamion rumores nada tranquilizadores. Entonces se inquietó el gigante, temeroso por su poder y autoridad, y á la vuelta de una de sus infinitas correrías llamó á la bruja y la significó deseos de hablar á solas. En vista de aquel

deseo ambos á dos se convinieron en conferenciar dentro del templo-caverna y hácia allá se encaminaron.

Cuando el gigante y la bruja penetraron en el hipogeo usó de la palabra Dinamion y dijo:

—¿Cómo está el manto de la esclava? Han llegado á mis oidos rumores que no me gustan. ¿ Olvidas, por ventura, tus deberes? Nuestro poder ha de ser eterno, inviolable, despues de mi victoria. ¿Le estarás tú comprometiendo por tu impericia ó descuido? ¿Cómo está el manto de la esclava?

—Sosiégate, Señor—contestó Seuda.—Todos los dias tengo buen cuidado de hacer que Anoya me informe y sé que no ocurre novedad alguna. Vigilada dia y noche por Apenia, observado su manto por Anoya, la pobre Alecia es cada vez más impotente y me rio de la consabida profecía si sabemos gobernar. No está ahí el peligro, no: está en la indefinida confusion en que vivimos; en la promiscuidad de los poderes. Todo se hace á trompa y talega. Es necesario ordenar; fijar á cada cual su puesto de una manera inmutable, cortar las alas á toda rebeldía, cimentar nuestro naciente imperio sobre costumbres eternamente acompasadas.

—Ya veremos eso á su tiempo y su sazon—interrumpió el gigante.—Ahora me preocupa lo del manto. Veamos á nuestra prisionera.

—Ahora mismo—replicó la bruja.

Y sin tomar aliento dió un grito singular, agudo, inimitable, que repitieron burlones los senos del hipogeo.

A poco se presentó Anoya caminando tarda y perezosamente, y habiéndola comunicado su Señora la voluntad de Dinamion, deshizo el camino andado

para ir en busca de Apénia y traer entre las dos á la hija de Pónos cubierta con su negra vestidura.

Cuando las tres se pusieron ante sus señores, hubo un espacio prolongado de silencio. En el rostro de Dinamion se veia pintado el más estúpido asombro. Con la boca abierta, con los ojos tamaños, contemplaba alternativamente á la esclava y á su consejera, mientras que el rapidísimo movimiento de los antifaces de la bruja era inequívoca señal y seguro indicio de su profunda turbacion.

El manto de Alecia ya no ludia, ni á ludir llegaba con el polvo. Faltábanle dos buenos dedos para tocar en tierra, y se veian claramente por debajo dos lindos y encantadores piés, porque innumerables crespas de una luz tan suave como clara, los iluminaba por dentro desde arriba. Habríase dicho que en el interior del velo negro, á la altura de la frente, ardia un astro esplendoroso.

—¿Qué es esto?—rugió por fin Dinamion enfurecido.—Esta es una nueva burla. ¿Qué es esto?

—¡Señor!—balbució la vieja absorta, aumentando más y más el pase y repase mareador de sus caretas.—Te juro por todo lo que me es caro que me hallo tan confusa como tú. Acércate aquí, estúpida y miserable Anoya, ¿no me digiste dia por dia que no se notaba novedad en el manto y su largura?

—Sí—contestó la obesa Anoya, sin cesar de rumiar un solo instante.

—¿Y por qué me lo digiste?—continuó Seuda.

—Porque no la habia—replicó la interpelada.

Si algo podia acrecentar el asombro de Seuda y de Dinamion, era seguramente el aplomo y la increible tranquilidad de Anoya. Tan inesperado des-

propósito, casi hizo sospechar á nuestros personajes si soñaban.

—¡Habla!—gritó la bruja reprimiendo con trabajo su acrecentado coraje.—Habla, imbécil. ¿Qué quiere decir todo esto?. ¿Qué te propones con sostener tan evidente majadería?. ¿Estás loca?. ¿No tienes ojos? Mira ese manto. ¿No ves que no toca en tierra, que está más corto, muchísimo más corto?

—¡Es verdad!—exclamó Anoya con estúpida sorpresa.

—Entonces ¿qué has hecho? ¿por qué me has engañado? ¿cómo pudiste asegurar un dia y otro dia que ese velo no mermaba?

—Todos los dias—contestó la observadora—tomaba una paja y aplicándola una y otra vez entre el suelo y el borde de ese manto la iba cortando y recortando hasta tener la medida exacta de la distancia entre la tierra y el velo. La paja de un dia la comparé, para mayor exactitud, con otra nuevamente recortada en el siguiente, y ésta á su vez era medida por ápices con la longitud de la del dia despues. De este modo era imposible el errar. Jamás noté la menor diferencia entre las pajas de dos dias sucesivos, y por eso te dije siempre que no habia novedad, y en realidad no la habia.

—Quítate de ante mis ojos, imbécil—exclamó Seuda sin poder reprimir la ira.—No hallabas diferencia porque la merma entre un dia y otro era tan pequeña que tus ojos no la podian percibir, pero si hubieses conservado la primera paja para compararla con las sucesivas y últimas, hubieras visto que todas esas insignificantes mermas formaban con el tiempo una, no sólo perceptible, sino evidente y alarmante. El tiempo es un obrero que con átomos

de polvo forma al fin y al cabo montes y montañas. Quitaos de nuestra presencia. Retiraos al hondo calabozo. Mirad bien cómo guardais á esa esclava. De ella me respondeis con la cabeza.

Volviéronse á quedar solos los Señores del naciente imperio, y tornaron á mirarse como para inquirir con ansiedad el remedio, la salvacion contra un peligro inminente.

—Bien lo sospechaba yo—decia Dinamion como recapacitando.—Mi triunfo es efímero, perecedero mi poder ¡y yo que le soñaba eterno! ¿Cómo pedir cosa alguna á los esclavos para acortar ese velo y ser el propio artífice de mi caida, el fautor de mi desgracia? Porque no hay remedio: ó cooperar al advenimiento de Alecia satisfaciendo esta sed de goces, de riqueza, de poder que me devora, ó renunciar á toda nueva satisfaccion á trueque de conservar el manto de la esclava para encubrir sus perfecciones y su luz. ¡Oh durísimo y cruel y bárbaro dilema!

—No así te abatas y amilanes ¡oh fuerte y sábio y delicioso Dinamion!—aventuró con timidez la consejera.—Cierto que es fatal, que es doloroso; cierto que la alternativa de gozar para caer al fin desde muy alto, ó de mandar sin placeres siempre nuevos, es por demás irritante, pero el manto merma poco á poco y nos permite ganar tiempo. Con tiempo para prevenir ¿qué no podremos hacer?. ¿No he de encontrar medio de alargar el velo de la esclava? Confia en mí y en la ayuda que por mi intercesion los dioses nos dispensarán. Ten paciencia y sobre todo fé. Te prometo que he de alargar ese manto. El remedio del conflicto que te alarma es otro, muy otro. Hay que encerrar á cada cual en un círculo de hierro: uno á mandar, los demás á obedecer. Yo

pensaré por todos. Tú, Señor, haz que todos me obedezcan. Dame libertad de obrar y yo he de alargar el manto antes de mucho.

—¿Qué has de hacer tú, trapacera?—rugió el gigante poniéndose de pié en un paroxismo de ira.—Ni creo en tí, ni en tus poderes ocultos. Se me acabó la paciencia. Aquí mismo te extermino para siempre si no hablas claro y me das prueba tangible de esas tus relaciones con los dioses.

Y Dinamion levantó la espada trémulo de cólera y la bruja muda de pavor sintió inminente, cercano el término de sus inextinguibles ambiciones.

En aquel crítico momento, el más crítico hasta entonces de la vida de la bruja, un rumor de muchedumbre llegó á oidos del gigante desde la entrada del templo.

—¿Qué es eso? ¿qué tumulto es ese?—preguntó deteniendo la terrible espada.

Seuda cuya osadía nunca tuvo igual para aprovechar cualquier evento inesperado, contestó rehaciéndose con la energía de quien lucha por la vida.

—Esa es la prueba que me pides: el primer aviso de mis inmortales.

—Vamos á verlo—exclamó el gigante un si es ó no es receloso.—Despues de verlo prepárate.

Los dos salieron presurosos y se encontraron la tierra cubierta de hombres, mujeres y niños que gritaban, gemian y lloraban en la mayor consternacion. Todos levantaban las manos hácia el cielo y muchos lo hacian de rodillas. Miraron tambien hácia los cielos Seuda y Dinamion: un eclipse de sol apagaba por momentos la luz del astro esplendoroso. Los brutos se acurrucaban tímidos; las aves mu-

das en lo más espeso del follaje se escondian; los perros aullaban lastimeros, toda la naturaleza padecia mortal y lúgubre desmayo, y hasta en las plantas asomaban lágrimas.

Desde la primera ojeada Seuda—no ignorante por completo de aquel hecho natural á fuer de vieja—comprendió que en él estaba su salvacion, y advirtiendo el estupor del gigante ante el sublime espectáculo levantó la voz y dijo:

—Luto y luto de muerte vestirá en breve la tierra. Algun sacrilegio se ha debido cometer. ¿Sabes tú Dinamion el fuerte, el atrevido, quien haya podido cometerle?

El gigante balbució una frase entrecortada y su consejera continuó diciendo:

—Elegid entre la vida con su calor y el placer ó la muerte con sus horrores y su frialdad. El ojo de luz, el foco de calor se cierran para vosotros. Sólo el arrepentimiento y la humillacion podrán salvaros. Por mi voz os hablan los poderes superiores. *Todos y todo* á mis piés, ó no intercedo en vuestra pró.

Y la vieja de las cien caretas se irguió como una culebra señalando con el índice al suelo que pisaba.

El eclipse era total y de la innumerable muchedumbre partió un grito de congoja.

Dinamion oyó aquel grito, miró al sol, y haciendo un esfuerzo sobrehumano tras un instante de vacilacion, dobló la rodilla en tierra y tendió humilde su espada ante las plantas de la bruja.

El gentío se postró tambien besando el suelo humildemente, y Seuda, conteniendo con dificultad la inmensa delectacion que la embargaba, se recreó durante largo rato en la contemplacion de su inesperado triunfo. Por fin dijo:

—Los dioses se apiadan de vosotros; todo lo puede la humildad; innenarrables son y serán siempre los prodigios de la fé, de la obediencia. Mirad, el ojo del dia se vuelve á abrir poco á poco. Por esta vez sois perdonados; cuidado con reincidir.

A los cuantos minutos el eclipse habia fenecido, el sol brillaba como de costumbre y las plantas y los animales tornaban á engalanar la isla. En cambio, envolvíanla otras sombras muy más densas y dañinas: las sombras del poder de Seuda.

Durante toda aquella escena Antropos y su familia, flacos, estenuados, súcios, abatidos habian acortado el negro y tupido manto de la esclava en la centésima parte del espesor de un cabello con la invencion del boton ó de la aguja, nonadas que iban preparando su lenta pero irresistible redencion, fruslerías despreciables mediante las cuales la autoridad y poderío de Seuda, las armas y la pujanza de Dinamion se postrarian con el tiempo á los piés de aquellos miserables para recibir de ellos la direccion y la ley.

Pues en verdad, en verdad, que si acertamos á demostrar tal prodigio en este nuestro pobre cuento, resultará que la isla de Gé, era una isla encantada.

———

CAPÍTULO III.

No pretendemos decir que el último lance referido en el capítulo anterior, bastó para establecer la autoridad suprema de la bruja poniendo á sus piés las armas y el valor de Dinamion. Ningun acontecimiento de aquella magnitud es producido por una sola causa, ni se realiza por un esfuerzo sólo; pero los sábios indagadores de las cosas remotísimas de Gé, no aciertan á explicar cómo el señor de la fuerza, el invencible, el prepotente, se sometió dócil y sumiso á los caprichos de su consejera, ni más ni ménos cual la turbamulta, y nosotros, rebuscando y cavilando, hemos sospechado si aquella sumision sin ejemplo (1) pudo y debió verificarse principalísimamente por virtud de esa influencia avasalladora de los fenómenos celestes sobre la sensibilidad de la ignorancia.

Sea de esto como fuere, el hecho averiguado, indiscutible, es que Dinamion se sometió á la vieja

---

(1) La sumision de los chatrias ó xatrias á los brahmanes en la India.

Seuda y que ésta no perdió tiempo en arreglar las cosas á su gusto. Dividió los habitantes de la isla en cuatro castas cerradas y procuró—cediendo á su manía sempiterna—hacer aquella separacion definitiva é inmutable dándola carácter de divina, es decir: haciendo creer á todo el mundo en la existencia de un poder ordenador cuyos actos y cuyos pensamientos tenia ella, y nadie más, mision expresa para interpretar. De la boca de un dios monstruosamente enrevesado y trino, habian salido Seuda y sus acólitos; del brazo ó brazos de aquella divinidad triforme el guerrero con sus huestes; los artesanos de su muslo; los labradores de su pié; el resto de los mortales, los salvajes como los extranjeros, no habian salido de ninguna parte, estaban fuera de toda ley. Se les podia oprimir y hasta cazar sin ninguna clase de remordimientos, pues no reconociéndola á ella por señora, los declaró inferiores á los reptiles inmundos cuya vida fué sagrada. La mujer quedó relegada á una situacion indefinible: áun siendo madre de todos, contaba y pesaba ménos que el extranjero ó el pária y era un sér por excelencia impuro, injusticia muy digna de notarse porque revela un ódio ingénito en Seuda contra Gina y sus dulces atractivos.

Semejantes enormidades fueron por todos aceptadas como la voluntad de una triple divinidad omnipotente, mas á pesar de serlo, Seuda tomó sus precauciones para que fuesen en todo tiempo acatadas y obedecidas. Bueno era fiar en sus dioses trinos y unos, pero creia más seguro disponer de Dinamion y de su espada. Prohibió con horrendas amenazas todo contacto de una casta çon otra casta, y estableció como sancion y principio eterno de gobierno, el castigo.

—«*El castigo—solia decir á su Señor—gobierna al género humano; el castigo protege; el castigo vela mientras todo duerme; el castigo es la justicia; sin el castigo los fuertes asarian á los más débiles en un asador como si fueran peces*» (1).

Al establecer así las castas tuvo buen cuidado de reservar para sí la más omnímoda supremacía, y aunque reconoció que no podia sostenerse sin el gigante y sus guerreros, añadió que éstos no prosperarian sino uniéndose, y más que uniéndose, sometiéndose incondicionalmente á su arbitraria voluntad (2).

Aun con estas y otras muchas invenciones, la vieja de las cien caretas logró tener á raya y en relativa quietud bien poco tiempo á Dinamion. Cansábase éste de hazañas, siempre parecidas, y deseaba traspasar los límites señalados á sus excursiones en busca de lo desconocido, por todo lo cual no encontrando enemigos dignos de su bravura con quienes pelear y comenzando á sentir el tédio de aquella existencia acompasada y monotona, juntamente con cierta exacerbacion contra el cada vez más autoritario mando de la bruja, se acercó á ella y la dijo:

—Antójaseme que este sistema de castas podrá ser bueno para tí, pero no es para mi génio. No me acomodo á vivir vida semejante.

—Es la voluntad divina—contestaba Seuda con alguna ménos dulcedumbre y no tan zalamera como antaño.—Los dioses nos ordenan la quietud porque la contemplacion es lo que más les agrada,

(1) Leyes de Manú.
(2) Leyes de Manú.

y para establecer una quietud absoluta, no hay como encajar á cada cual en su puesto, sin que pueda de él salirse ó desviarse.

—¿Y crees tú, por ventura, que yo voy á vivir así eternamente empleando estas armas tan bien templadas y pulidas en someter á los débiles á tu capricho, ó por gusto de lucir las gemas y los adornos que exornan su empuñadura?

—Pues tú fuiste quien primero echó de ménos cierto órden, cierta disciplina, quien exigió que los oficios y los cargos se diferenciasen.

—No lo niego, mas era para hacer y para obrar, no para aburrirme en la inaccion. Tú no te cuidas sino de tus gustos, y á todos nos los impones.

—No digas eso, no lo digas—exclamaba la consejera con tono hipócrita de pesadumbre.—Se impone la voluntad divina; yo no: yo me sacrifico.

—¿Pero cómo conoces tú esa voluntad?—preguntaba Dinamion con asomos de desconfianza.—¿Qué medios tienes para comunicarte con todos esos dioses creadores, conservadores y destructores?

—El medio de elevarme á su presencia en espíritu. Hasta Ántropos sabe que hay dos Ántropos en él, y si le preguntas te dirá cómo á las vegadas el Ántropos de aire, abandona al Ántropos de carne y hueso para subirse de golpe á las altas sierras y en vuelo rápido recorrer la isla. Pues yo me remonto adonde, cuando y como quiero. Sin ir más lejos, anoche me elevé sobre las nubes y llegué á la puerta de la morada de los dioses. Dos criados, como ellos inmortales, dos *devas*, dos emisarios de los cielos, me rechazaron y me negaron la entrada, mas enteróse la divinidad del desacato y con un triple puntapié precipitó á los insolentes desde los

cielos á la tierra. Entonces oí de su triple boca estas célebres palabras: «*Si mi brazo te presentara oposicion yo mismo le cortaria. ¿Quién no ha de respetarte cuando Yo pongo sobre mi cabeza el polvo puro de tus piés?*» (1)

—Pues te felicito y me felicito por tu privanza—¿qué digo?—por tu preponderancia sobre la divinidad. Sigue entendiéndote con ella, pero yo no puedo vivir así y en algo he de hacer mi gusto. Tus delicias son el quietismo, la contemplacion. Mi regocijo el guerrear.

Sin que nada pudiera contenerle, Dinamion emprendió desde aquel dia una série de correrías memorables traspasando con frecuencia las fronteras del Recinto de las Castas. Sin otro objeto al parecer, sino matar y destruir, la guerra se hizo su costumbre, y más aficionado á ella cada vez se fué engolfando en las sangrientas aventuras que por mucho, mucho tiempo constituyeron en Gé la manifestacion más culminante de actividad y de vida. ¡Ah! y cuánta horrible tragedia, cuánto dolor ignorado fueron como los preludios de aquella manifestacion.

¡Oh! ¡Guerra, guerra! ¡Madre fecunda del dolor! ¡Deidad terrible y sobre terrible sempiterna! ¿Cesarán algun dia tus estragos? Precedida del terror, escoltada por las furias, seguida por el hambre y por la muerte, recorres desde tiempo inmemorial la tierra y desde tiempo inmemorial la humanidad te maldice. En tu niñez, desatentada y loca, barajaste razas, pueblos y naciones en espantable remolino, y luego y despues y siempre en febril indó-

(1) Bhâgavata Purana.

mito coraje hundiste bajo tu planta chozas y palacios, convertiste los pensiles en lodazales de lágrimas é iluminaste con los resplandores lúgubres de tu tea inextinguible, ruinas y cementerios, los torvos ennegrecidos rostros y la osamenta blanqueada por el sol sobre los yermos campos de batalla. Tu cebo fueron la gracia, la juventud, la nobleza, la hermosura, y tu sed hidrópica jamás de sangre se sació. Los harapos son tus galas; las heridas tus afeites; tu regocijo las penas; tus melodías los ayes. Ni tienes piedad para el dolor, ni oidos para la justicia. Donde apareces todo tiembla; cuando rujes enmudece toda voz y conviertes los bienes más preciados en basura para sostener en lozanía los laureles con cuya verde hojarasca se tejen las coronas de la Gloria. No es extraño, no, si el pusilánime y el tímido te aborrecen y maldicen. ¡Extraña miopía! Tanto valdria maldecir los dolores del alumbramiento y suprimir al hombre al suprimirlos. Tanto valdria aborrecer al viento porque agita las temidas olas, al rayo porque purifica la atmósfera, al fuego porque funde la materia, separa los metales de la escoria, dá movimiento á lo inerte y todo lo acrisola y lo aquilata. Porque ¿quién sino tú sacudió con mano potentísima la inercia, la timidez y el egoismo? ¿Quién al choque de la hueste con la horda fundió ódios con ódios, errores con errores, para sacar de ruines y miserables repulsiones, concordias y simpatías? ¿Quién rasga más audaz y más á tiempo el sudario letal de la rutina? ¿Quién revuelve mejor idea con idea para dar unidad al pensamiento? De tus cruentas orgías, nacieron el valor y el heroismo, la abnegacion y la nobleza; en ellas se amamantó el ideal rindiendo

culto al sacrificio y se acostumbraron los hombres á despreciar la vida por servirle; en ellas se agigantó el espíritu con fantasmas é ilusiones nobilísimas y el corazon cobró alientos para acometer grandes empresas pacíficas, luchas de amor sacrosantas. Los pueblos sangran y padecen bajo tu férula, pero áun sangrando y padeciendo progresan y se regeneran. El dolor es proporcionado á la obra y ninguna obra humana está exenta de dolor. Si el hombre cuesta á su madre sangre, gemidos, tormentos, ¿cuánto no ha de costar á la humanidad el engendrar y dar el sér al espíritu uno, generoso y ámplio, al sentimiento sublime y á la universal conciencia? Tu sancion es la sancion suprema: sin ella la civilizacion no existiria y si, como pretenden los filántropos fuera posible emanciparnos totalmente de la maestra cruel de nuestra infancia, semejante emancipacion total seria signo infalible de nuestra próxima decrepitud.

En la isla encantada de Gé, Dinamion al llevar la guerra á todas partes realizaba sin sospecharlo siquiera el primero y principal de todos los trabajos. Mientras Seuda se imaginaba hacer algo grande y algo bueno (á lo ménos para sí) matando toda actividad ó cristalizando el Recinto de las Castas, la indómita fiereza del gigante salvaba la obra del buen Pónos (con el desencanto de su hija), pidiendo al miserable esclavo prodigios y más prodigios. Ya fué la domesticacion del elefante, ya balsas para atravesar los rios, ora correos para recibir noticias, ora riquezas, bastimentos, joyas, manjares, armas, regalos para triunfar y gozar. Y no era sólo el gigante el que conspiraba sin saberlo contra el órden inmutable de las castas: todos y la bruja

misma minaban inconscientemente aquel sistema. Por qué las necesidades, sin saber cómo aparecian, y su satisfaccion iba imponiendo fatalmente nuevas divisiones en el trabajo necesario, nuevas diferenciaciones que destruian la unidad de cada casta y dentro de cada una notábase de contínuo cómo la vara mágica de Pónos á los esclavos y párias protegia y amparaba.

Sin salir de la necesidad primera, por ejemplo, todos, próceres y acólitos, pedian pan y le pedian mejor y más sabroso cada vez. Ni Gina, ni Télia, ni las mujeres á ellas agregadas, podian dar abasto á la demanda de harina, no obstante el número grandísimo de molinillos de mano. Para acudir á la imperiosa necesidad no hubo otro remedio sino valerse de la pesantez de Báros, aunque seguia durmiendo dentro de las piedras. A este fin, atáronse sogas á las más pesadas, unciéronse á las sogas los pollinos, se arrastró al dormido servidor sobre pavimentos enlosados y se echó el grano sobre dichos pavimentos procurando así molerle. Vista la ineficacia de aquel método, se talló la piedra en círculo para hacerla rodar sobre su canto; se atravesó la muela por su centro con un eje; se unió aquel eje horizontal á un pié derecho en cuyo rededor giraba, y unciendo al asno ó al buey de la palanca al extremo, se les hizo dar vueltas en derredor para aplastar el trigo encerrado dentro de la pista de la piedra. De aquellos toscos ensayos resultó el primer informe malacate, y el primer conato de molino que redimió de rechazo á la mujer de alguna parte del trabajo de molienda.

Esta invencion y muchas más que callamos, aunque groseras y triviales, perturbaban poco ó mucho

aquella inmutabilidad á que siempre aspiró Seuda.

Así, pues, desde los primeros dias se entabló una lucha sorda y singular entre la voluntad de la bruja ó la de sus próceres y la propia naturaleza íntima de cada cual: pretendian una cosa—el quietismo, la inmutabilidad—y una fuerza inmanente superior daba por resultado la contraria—la actividad, el progreso.

Dicho se está que á cada nuevo adelanto el velo negro de Alecia se acortaba poco ó mucho.

Por otro lado, la lucha entre aquella fuerza inmanente en los pobladores de la isla y la resistencia de algunas de sus voluntades trajo por modo natural murmuraciones, quejas y protestas. Los mismos amigos ó secuaces de la bruja hubieron de protestar.

—No es posible continuar viviendo como pretendes — la dijeron por fin amotinados. — Quieres pensar por todos, cuando no sientes el malestar de cada cual. Te encuentras bien y te cuidas poco de nosotros. Si cada uno padece sus propias cuitas á cada uno corresponde pensar para aminorarlas. Todo lo sacrificas á arreglos artificiosos, cuando la forma nada significa, y la esencia es lo importante (1).

—¡Blasfemia! ¡blasfemia!—contestó Seuda exasperada.—Conozco la voluntad divina y no hay bondad sino en mí.

—Quien blasfema eres tú—la gritaban los amotinados.—La bondad puede anidarse en cualquiera casta, porque el árbol cobija al que le corta, y el bueno es como el sándalo que impregna con su

---

(1) Budha.

perfume al hacha misma que le hiere. *Esa es la buena ley* (1): lo demás es todo inútil.

—Sois unos réprobos, no admito discusion, ni tolero que en mi imperio se alce otra voz sino la mia. Voy á llamar á Dinamion y él castigará vuestra impiedad.

Los sublevados no esperaron la llegada del gigante. Salieron apresuradamente del Recinto de las Castas y fueron á sembrar nueva semilla y á proclamar la buena ley á otras regiones apartadas en donde andando los tiempos, dieron frutos de sorpresa (2).

Hubo segundo cisma, por lo tanto, mas no por esto cejó Seuda en su prurito de creerse y proclamarse intérprete de los dioses y fuente santa de verdad.

Cuando acudió Dinamion á restablecer el órden no pudo ménos de decir á su despechada consejera.

—Parece que tus inmortales ó no pueden, ó no quieren auxiliarte. Si tu sistema de castas trae un orígen divino, ¿cómo es que así te se sublevan los tuyos?

—No así blasfemes, Señor—contestó Seuda impertérrita.—Todo rebelde recibirá su castigo.

—Castigo, y ¿cuál?. No le veo.

—Pues él vendrá, él vendrá. Quien me desobedezca ó me desoiga se convertirá á su tiempo en cerdo inmundo, ó en víbora, y su espíritu transmigrará de un animal en un reptil para arrastrarse miserable durante una eternidad (3).

---

(1) Budha y el budhismo.

(2) Los primeros misioneros en el Asia Central se sorprendieron al encontrarse con monasterios, procesiones, córte pontificia y Colegio de *lámas* que elegia un soberano y padre espiritual de los fieles.

(3) Metempsicosis.

—Entonces ¿por qué me llamas?

—Porque el presente me inquieta y quiero atajar el mal.

—¡El presente!—exclamó Dinamion con acento de ironía.—¡Ya lo creo!. ¡Ahí está el toque!. Crees en el porvenir, pero el presente algo más te importa. Pues antójaseme que el peligro no amenaza por el lado que imaginas. Otros temores debieran preocuparte.

—¿Cuáles?

—El manto de la hija de Pónos. Ya que gozas de la intimidad de los dioses inmortales ¿por qué no aciertas á impedir su merma?

—De ello me ocupo, Señor, de ello me ocupo y tengo esperanzas de lograrlo.

—Pues bien lo puedes conseguir, porque te prevengo que sólo espero ver si lo consigues para medir tu poder. Date prisa y no te duermas. Si el manto de la esclava sigue encogiéndose como hasta aquí ¡una higa por tus inmortales!

Seuda comprendió el peligro y empeñada en mantener y acrecentar su autoridad, se dedicó desde aquel dia á hacer cuanto se la ocurrió para alargar el manto de la esclava. Sigámosla con el lector, si gusta, á fin de presenciar siquiera una sola vez sus enredos y maquinaciones.

Es ya más de media noche. Todo viviente, así el ave como el bruto, lo mismo Dinamion que el pobre esclavo, duermen. En el fondo del hipogeo en medio del silencio y las tinieblas, Seuda, alumbrada únicamente por el lívido brillar de sus pupilas, trabaja una tela singular y teje y zurce y desteje.

Apenia, la del látigo de alambre, estira el paño con sus garras mientras Anoya, acurrucada á la

derecha de la tejedora no cesa un punto de roncar. ¡Oh! ¡y cómo trabaja la astuta consejera! ¡qué velocidad pasmosa de movimientos! ¡cuánta destreza en las manos! ¡qué marañas y qué urdimbre!. De cuando en cuando, en aquellas ocasiones en que há menester materia prima, vuelve la diestra prestamente y arranca á la velluda Anoya mechones de cerda ó pelo. Con ellos continúa su enmarañado tejido, y aunque una y otra vez repela y repela á su criada, ni ésta encalvece al parecer, ni dá señal de sensacion alguna.

Escuchemos la conversacion.

—Lo confieso, Apenia, lo confieso: cada vez detesto más el trabajo.

—Y sin embargo, Señora — contestaba Apenia— trabajas más que ninguno.

—Qué quieres, hija, qué quieres: la necesidad no tiene ley. Luego que hayamos alargado el manto de nuestra esclava, descansaré.

—¿Y por qué trabajas así á oscuras?

—Porque mi tejido es singular: la luz le desteje, le deshace.

—En ese caso, antes de trabajar ímprobamente, yo en tu lugar exterminaria á la hija de Pónos. Muerta ella, muerto tu cuidado.

—Imposible, hija, imposible. ¿Qué haríamos sin ella?. ¿Qué seria yo si no escuchase su voz en los conflictos?. Si su existencia depende de mí, la mia depende de la suya.

—Pues no lo entiendo.

—Pues yo sí. Ea! ya he concluido un retazo, traéme á la esclava y acabemos.

Apenia sale diligente y vedla cuán de prisa vuelve acompañada de Alecia.

—Manos á la obra—exclama la bruja—y al notar que Anoya ronca todavía, recoge el báculo negro y retorcido y la despierta de un pinchazo.

—¡Estúpida!—chilla impaciente la vieja—necesitamos de tu ayuda.

Y las tres comienzan á coser el retazo tejido por la tejedora, al canto inferior del velo de la esclava con un poco del alambre que toman del látigo de Apenia.

—Ya está—exclama por fin la directora.—Estirad bien y soltad.

Mas apenas queda la tela libre de aquellas seis impías garras, cuando se encoge de golpe como sorbida hácia arriba, y el manto de la hija de Pónos queda ni más ni ménos como estaba al principiar.

Seuda y Apenia se miran. Anoya suelta gozosa una imbécil carcajada.

—¡Ira de mis dioses!—grita Seuda trémula de rábia.—¡Tiempos son estos para regocijos!

Y requiriendo el retorcido báculo, le tiende sañudamente sobre la espalda de Anoya. Con esto quedan las tres silenciosas y corridas.

La escena que acaba de presenciar el lector, se repetirá con ligerísimas variantes una y otra vez, una y otra noche. Seuda tejió de mil modos y maneras, ideó mil artificios para empalmar sus marañas sobre el velo de su prisionera, procuró evitar la merma por los medios más violentos, clavó la fimbria de aquel manto, ya á la roca, ya sobre la carne de su víctima con fuertes clavos de diamante: todo, todo fué igualmente ineficaz. La luz siguió brillando por debajo del misterioso velo, y para tormento y desesperacion de Seuda, no sólo volvia siempre á su tamaño, sino lo que es peor, mermaba.

¿Y cómo no habia de mermar si todos y cada uno de los habitantes de la isla, desde el gigante á los duendes, desde la bruja á los párias, pedian nuevos prodigios al hombre y Ántropos continuaba realizando maravillas, gracias á Pónos y á su vara mágica?

CAPÍTULO IV.

Con harta razon se ha dicho que del sudor del labrador sale todo, y que la tierra es la gentil nodriza á cuyos fecundos é inagotables pechos crece, vive y se sostiene el hombre. Buenos son los palacios de alabastro, los galanos arreos, el lecho de marfil, la copa de oro, el libro que nos instruye, el cuadro que nos entusiasma; pero el pan es la primera necesidad del hombre, sin él no hay pensar, porque no hay vivir, y por eso se compone con trigo el palacio y el arreo, así el libro como la estátua. Cuando hay hambre, se trueca un alcázar de perlas y diamantes por una almorzada de grano. Trigo hay en el metal labrado y en la tejida tela; trigo hay en la elocuencia del orador y en el canto del artista; con trigo se formó el músculo que guía mi pluma y el pensamiento que por mi mente bulle. Suprimid los frutos de la tierra, el grano de las campiñas, la carne de las reses, las frutas de las huertas, los pescados de los mares, los peces de los rios, las aves y sus huevos, las plantas con sus semillas, y ved si la industria humana, toda su vani-

dad, toda su ciencia, pueden animar uno solo de esos átomos encantados que germinan á millones en el suelo, y nacen y crecen al calor del fecundante sol para llevar la energía y la sensibilidad al cuerpo, la percepcion y la inteligencia al alma. Por eso podrá haber paz y amor en este mundo, áun cuando dos se sustenten con una sola racion; pero todo será trastorno y enemistad y horrores en no habiendo para cada tres sino el pan conveniente para uno. Por eso la agricultura ó el cultivo de la tierra en toda su latitud es, no sólo la primera de las artes en órden de prioridad, sino que debiera serlo en saber, en consideraciones y en nobleza.

En la isla encantada de Gé estas verdades, como todas las demás, hubieron de descubrirse gradualmente, y por de pronto, y para satisfacer la primera necesidad del indivíduo y de las familias, Ándros fué destinado á labrar la tierra, constituyendo con otros muchos esclavos á sus órdenes la casta de los labriegos. Los productos de la agricultura, sin embargo, han de ser acarreados, cambiados, transformados, consumidos, antes de alimentar á la familia ó á la sociedad, de un modo análogo al en que las sustancias nutritivas se transforman por el aparato digestivo, se acarrean por las venas, se cambian mediante movimientos ordenados, de todo lo cual resulta energía para el músculo, calor para el corazon y para el cerebro, luz.

De aquí las contínuas relaciones de Ándros con las mujeres y su padre, de aquí la tendencia irresistible de la industria, el acarreo y el comercio á diferenciarse y á crecer.

En vano Seuda alarmada prohibió todo trato entre las castas, maldijo y persiguió á los extranje-

ros: su propia necesidad de existir y gobernar, la indómita ambicion de su Señor dieron al traste con sus dogmas, y su terca resistencia sólo sirvió para lanzar al guerrero cada vez más lejos de su casa.

Montado éste sobre un enorme elefante, se enseñoreaba fácilmente de las comarcas vecinas y se creia, no sin razon, invencible, disponiendo como disponia de aquel animal sagaz y dócil, aunque tardo, de fuerte lomo, de piel invulnerable, con la cabeza armada de colmillos de marfil y el lábio superior convertido en trompa móvil, elástica y flexible, circunstancias, gracias á las cuales así cruzaba bosques y pantanos, ó sujetaba al tigre ó al leon, como recogia el pétalo de la flor más delicada y le alargaba á su amo sin estrujarle ni ajarle.

En una de aquellas distantes correrías cayó sobre un rancho dilatado cuyo aspecto le admiró. Componíase de chozas capaces y bien dispuestas, y entre ellas iban y venian numerosas gentes, cual abejas de regalada colmena. Cuando se dispuso á pisotear y destruir aquel comienzo de pueblo, dos no mal ordenados escuadrones le salieron al encuentro blandiendo lanzas y disparando flechas.

—¡Á ver!—gritó nuestro guerrero curioso por saber con quiénes se las habia.—¿Teneis caudillo por ventura?. Deseo oirle antes de venceros. ¿Qué pueblo es este?. ¿Quiénes sois?

—¡Oh, esforzado Dinamion!—le contestó despues de haberse adelantado galopando un ginete tan firme sobre su corcel que pareciόle un centauro.—¿Tú por aquí?. ¿Qué buscas y á dónde vas? Aquí estamos tus antiguos y más leales amigos, los que salieron huyendo de tu caverna despues de la célebre

disputa sobre el bien y el mal. Recordando lo aprendido allí y conocedores de las conquistas de Ántropos, hemos imitado las armas, los vestidos, las costumbres y el albergue del protegido de Pónos, y si no logramos ostentar tu poder y tus riquezas, rendimos culto sin empacho á las dos divinidades que disponen y dispondrán toda cosa.

—Que me place hallaros tan animosos, y pues somos antiguos camaradas, dadme de grado lo que habria de tomar por fuerza. Traigo mucho hambre y mucha sed.

—Cuanto tenemos será tuyo—contestó el caudillo de á caballo.—Pero, dínos entre tanto, ¿sigues escuchando á Seuda y dejándote embaucar?

—Si me embauca ó no me embauca, esa es cosa para mí—refunfuñó Dinamion.—No metais la hoz en miés ajena. Seuda es Seuda, y sabe lo que se dice. Ni la defiendo ni la ataco; pero tiene bravas ocurrencias. Sin ella.....

—¿Pero es posible, valiente y generoso Dinamion, que vivas á gusto con aquella bruja?

—De todo hay—contestó el guerrero apeándose de su elefante.—Algo me mortifica y me encocora. Por eso salgo á respirar fuera de su jurisdiccion, y si encuentro un país que me convenga, no digo que no la mande noramala.

—Quédate con nosotros—gritaron á coro ambos escuadrones.—Te obedeceremos y serás rey de la isla.

—La proposicion me agrada, y acepto sin tiquis miquis, mas..... ¿qué haríamos sin Ántropos y su mujer para contar con la vara mágica de Pónos? Voy por ellos en un abrir y cerrar de ojos, y en seguida vuelvo á establecerme aquí.

Segun lo dijo lo hizo. Volvió al Recinto de las Castas, obligó al hombre á cargar sobre los brutos sus más preciadas conquistas, y escoltando una muy lucida caravana, se puso en marcha para fundar un nuevo imperio más en armonía con su índole y sus gustos. Seuda le despidió diciendo:

—Véte enhorabuena: tú volverás. Vas en busca de bienestar y de gloria: la gloria con la dicha están aquí. Cuando te canses de ilusiones vendrás á buscar el único supremo bien: el descanso, la contemplacion.

—Allá lo veremos—la contestó Dinamion.—Cuida del manto de Alecia, y ya te haré algunas visitas para saber si consigues alargarle. No creas que olvido mi amenaza. Ó puedes, ó no puedes.

Nuestro gigante se alejó, y desde aquel dia hizo vida nueva. Formó huestes numerosas con sus antiguos secuaces; reunió muchedumbres, como allega rebaños el pastor; dió á cada grupo su caudillo, y poseido de la demencia del movimiento, se entregó á una série de correrías, casi casi inexplicables para quien no conociera ó estimara su prodigiosa actividad. Iba hácia el Norte y destruia y degollaba; antecogia las víctimas escapadas á su furor, y las arreaba hácia Occidente; allí tornaba á teñir en sangre su espada y su vestidura, y mezclaba unos prisioneros con otros prisioneros, unas víctimas con otras; empujaba en revuelto tropel aquella mezcla de gentes medio salvajes en direccion á Levante, y cuando se hartaba de correr y de matar emprendia al Sur la marcha, llevando tras sí cautivos, hombres, mujeres, niños, animales, y llegaba al Mediodía y hacia doquier lo propio, barajando tríbus con tríbus, razas con razas, usos, costumbres, vicios y virtudes.

—¿Qué es esto?—preguntaba Ántropos á Pónos de contínuo.—Dinamion se ha vuelto loco.¿A dónde nos conduce su locura?

—Esto—contestaba el génio—es un trabajo preparatorio, necesario. ¿No mezclas tú tierras diferentes y bates despues el barro antes de hacer una vasija?. Pues Dinamion es hoy por hoy el obrero quien, sin saberlo, prepara la masa indispensable para hacer algo muy grande. Mezcla la sangre de los habitantes de la isla, á fin de sacar una de homogénea consistencia, como tú amasas la harina antes de formar el pan. El medio es cruel y doloroso, pero es necesario y útil. ¿No ves cómo se extienden nuestras invenciones, cuál imitan todos algo tuyo, de qué manera se generalizan adelantos y mejoras y por qué modo se apropian todos á porfía instrumentos y costumbres, ideas y animales, sentimientos y utensilios?. Ningun bien se alcanza sin dolor y los males inaguantables de hoy son la medida de los bienes de mañana.

—Será como tú dices, para bien—contestaba Ántropos suspirando—pero su precio es horrible.

Y así era en verdad. Para dar una idea remotísima de la feroz energía, empleada por Dinamion en su afan de constituir su autoridad, crear sobre la obediencia una ciega disciplina y llevar sus proyectos ambiciosos á buen fin, contaremos uno no más de sus enormes atentados.

Alojóse cierta noche, en una de sus espediciones, cerca de la choza de uno de sus antiguos amigos, y por él se vió obsequiado con amor. Nada le negó el anciano, antes bien se apresuraba á degollar sus corderos y terneras para darle de comer y se sonreia

cariñoso al ver á su huésped devorar todas sus mejores frutas.

—Me has tratado bien—le dijo Dinamion á la mañana siguiente.—Pídeme una gracia, pues quiero á mi vez servirte.

—¡Señor!—contestó el anciano—soy padre y tengo cinco hijos. Llévate en buen hora cuatro, pero déjame al mayor, que es el amparo de mi vejez.

—¡Cómo!—exclamó el feroz guerrero.—¡Sombra siquiera de resistencia á mis órdenes! Ahora verás cómo allano toda rebeldía.

Y acto contínuo desnudó el acero, y de un solo tajo, dividió en dos al hijo mayor del pobre viejo partiéndole de arriba abajo, tan exactamente, que un ojo y la mitad de la nariz con un brazo y una pierna cayeron á la derecha, y otro ojo con otra pierna y otro brazo se desplomaron á la izquierda.

Colgarónse aquellos dos trofeos espantables á uno y otro lado del camino, y entre ellos desfilaron las huestes, los cuatro hermanos y el pobre padre para enseñar á todo el mundo la clase de obediencia exigida sin excepcion por el coloso (1).

Con hazañas semejantes se iba haciendo Dinamion obedecer. Por la menor falta descuartizaba una familia, pero sembraba entre horrores los gérmenes de ley y autoridad arriba, de obediencia y de respeto abajo, para cosechar alguna disciplina.

En medio de aquel delirio, Dinamion sentia necesidades inmensas, deseos gigantescos, caprichos estravagantes. Para satisfacer unas y otros, necesitaba mucho, nada le bastaba. Viéndose obedecido,

---

(1) Jerjes con Pythius.

poderoso, pensó en tener una guarida desde donde gobernar.

—Tengo que dormir al raso, se decia. Mis enemigos aumentan y aunque son cobardes y pigmeos, pueden juntarse y traicionarme. ¿Si me atacasen durante el sueño.....? ¡No hay duda.....! Necesito casa fuerte en donde logre dormir.

Y se echó á buscar un sitio apropósito para asentar su poder y organizar un nuevo imperio. Así que le hubo encontrado, llamó á sus esclavos y les dijo:

—Dos cosas quiero y dos cosas vais á hacer en ménos tiempo que lo digo: un castillo sobre aquel cerro, pero castillo grande, magnífico, inexpugnable y un caballo brioso, dócil, bien domado que me lleve fácilmente sobre el lomo. Á trabajar y vivito si no quereis que os desuelle.

Figúrense nuestros lectores como se quedaria la familia al oir aquellas dos peticiones. Se retiraron sin saber por dónde y acudieron como siempre á su nunca bien admirado protector.

—¿De qué os asombrais?—les preguntó Pónos.—¿Creíais que vuestros tiranos estaban ya satisfechos? Ahí es nada lo que os resta por hacer. Hoy mismo principiaremos el castillo.

El emplazamiento elegido fué un altozano escueto, desde cuya elevacion, que terminaba en planicie, se divisaba allá lejos, y á Occidente, el mar; por la parte de Levante y Mediodía, llanos feraces, vegas deliciosas; al Norte, bajo la estrella fija de la noche, valles cubiertos de arboleda y de verdura, altas y majestuosas cordilleras, casi tocando en las nubes con sus albas, esplendentes tocas y sus mantos purísimos de nieve.

Allí, pues, Ántropos y sus criados comenzaron á trabajar bajo la direccion de Pónos. La obra era colosal, y nunca como entonces se ostentó el saber, la paciencia y los recursos de aquel génio. Con el hierro, hizo que Pir fabricase cuñas, macetas, picos, palancas, cinceles; con la madera, armó andamios, hizo poleas, tornos, cábrias, y si entonces no inventó el carro de primeras, perfeccionó notablemente la carreta para transportar sillares y grandes moles. Las montañas hubieron de abrir sus senos y dieron el asperon, el granito, la pizarra en anchas y delgadas hojas, la caliza convertida en cal por el hacendoso Pir y áun el pórfido y el mármol. Ni uno solo de los servidores del hombre en aquella fecha, dejó de poner manos en la obra; los bueyes porteaban en carretas; los demás cuadrúpedos acarreaban; Pir, á la vez herrero y alfarero, forjaba herrajes y clavos ó cocia azacayas, caños y ladrillos; Báros trituraba y amasaba, y hasta Tongo y Eco bullian de cuando en cuando por allí al escuchar los cantares que por todas partes en indefinible confusion sonaban.

A pesar de tan ímprobos esfuerzos, la obra no adelantaba al compás de la impaciencia del gigante, y éste mandó á Gina y á sus hijos, á labradores y soldados, ayudar en ella al constructor. Así se confundieron castas y categorías con escándalo de los amigos de Seuda.

Los oficios además se multiplicaban y se diferenciaban.

Cuando llegaron á la bruja las noticias de tan audaz atentado, creyó que se desquiciaba el mundo y determinó poner remedio. Los triunfos, y sobre todo las riquezas de su amigo, venian excitando su

envidia y su codicia, porque empezaba á comprender su impotencia al vivir aislada y sin Dinamion. Temia además los olvidos de la ausencia, temblaba ante la idea de verse reducida á la nulidad, y á la postre se decidió á salir en busca del guerrero.

—No puedo vivir sin tí, ¡Oh sábio y fuerte y delicioso Dinamion!—exclamó al llegar á su presencia con acento entre altanero y melífluo.—Nuestro destino es vivir juntos y juntos luchar para vencer. Eres fuerte, pero demasiado generoso, y necesitas de mis consejos para gobernar la isla. Nuestro pueblo es como el grano de sésamo: suelta su aceite sólo cuando se le oprime ó se le tuesta (1). Aquí me tienes siempre humilde, siempre respetuosa; tu voluntad será mi ley. Déjame servirte con amor y velar por tu salvacion y tu grandeza.

—Bien venida seas—contestó el gigante.—No me opongo á que me ayudes; pero ¿cómo has podido abandonar tu admirable Recinto de las Castas?

—Nada hay que temer allí: todo queda por mí petrificado. Alecia seguirá bajo la guarda de Apénia. Aquí, aquí está el peligro, y aquí acorro, aquí acudo.

—Pues te prevengo—interrumpió el guerrero—que todo aquello de las castas se acabó. Vida nueva y haya paz. Desde hoy no habrá sino dos clases: un señor para mandar y esclavos para obedecer. Esta es la *Tierra de la Servidumbre.*

—Sin embargo.....—quiso decir la taimada.

—No hay sin embargos—exclamó el gigante.—Lo dicho, dicho. ¿Te acomoda?

Seuda se deshizo en protestas de fidelidad y su-

(1) Máxima de la India.

mision, y el guerrero, si no creyó en todas ellas, fingió como que creia y se ocupó en activar la construccion de su castillo.

Haciendo alarde de su omnipotencia, quiso dar un ataque decisivo al sistema de las castas en las mismísimas barbas de su consejera, y obligó á todos, grandes y chicos y medianos, á poner mano en la obra.

Poco á poco, ó mucho á mucho, cercáronse primero las mesetas con gruesos muros ciclópeos sin ripio y sin argamasa; despues, y para aprovechar los materiales más menudos, se usó la cal y se dió con el mortero, y con uno y otro ensayo, con uno y otro desacierto, se abrieron por fin los anchos y profundos fosos; rellenáronse con piedra, cal y guijo para formar los cimientos; alzáronse muros con sus puertas y poternas; brotaron robustas y empinadas torres con parapetos y almenas, y por fin de cuenta, á los tantos dias de empezar, llegó uno en cuya tarde, mucho despues de haberse cubierto las llanuras con triste pavorosa sombra, todavía los rayos del sol, oculto en el horizonte, doraban vívidamente los altísimos remates del nuevo colosal castillo.

Dejamos á nuestros lectores la tarea de calcular los progresos intelectuales provocados por aquella obra tan nueva como compleja. Ya no se trataba de una casa de madera cuadrada y sencilla hasta lo sumo; ya no se trataba de socavar una caverna y de cubrir sus paredes con colosales esculturas; para levantar aquel castillo hubo que agregar formas á formas enlazándolas con solidez, hacerlas compenetrar unas en otras, dar á cada parte dimensiones apropiadas, disponer huecos, entradas y salidas

convenientemente. Todo aquello habia sido complicadísimo y difícil. Ántropos necesitó evocar los millares de imágenes y recuerdos que poco á poco habia ido atesorando en su memoria; la línea recta y la curva, el ángulo y el triángulo, las secantes y tangentes, las superficies y los cuerpos. Verdad es que todo aquello se evocó por modo empírico y rutinario, pero al fin iba sacando nuestro hombre del almacen de su cerebro, ni más ni ménos, lo mismo que en tantos años observara.

En cuanto á los adelantos del sentimiento de Ántropos y sus manifestaciones, tampoco fueron escasos aquellos á que la obra dió lugar. Desde que la comenzara la contempló con cariño y tanto por esta causa, cuanto por el temor de desagradar á Dinamion se esmeró en pulir las formas, perfeccionar los detalles, darles simetría y órden y embellecer el conjunto, con lo cual y sin apercibirse iba desenvolviendo el gusto y perfeccionando cierta sublime y delicada sensibilidad.

Una vez el castillo terminado se dió aviso á Dinamion. Cuando éste seguido por Seuda y todas las legiones de sus próceres y duendes visitaron aquella inexpugnable fortaleza, midieron la largura y elevacion de sus paredes, la anchura y profundidad del foso, lo ingenioso de las defensas, la belleza de las proporciones, la espaciosidad de las estancias, la resistencia de las puertas, el atrevimiento y solidez de las torres no pudieron ménos de volver la vista al hombre, poseidos de respetuosa admiracion. Por desgracia, aquel sentimiento noble duró poco. La bruja, siempre dominada por la envidia, dijo al momento á su señor.

—No es justo, sábio y prudente Dinamion, que

teniendo tú tan magnífico castillo, no tengan los dioses casa. Si no quieres ofenderles conságrales algun templo.

—Cierto—contestó el guerrero sonriéndose—con tanto mayor motivo, cuanto que si los dioses tienen templo, tendrás tú choza ó palacio. Sea enhorabuena: aprópiate lo que puedas y que te haga buen provecho. Ahora Ántropos, necesito mi corcel.

Esta segunda exigencia del gigante era más difícil de satisfacer que la primera, y por lo tanto, el hombre la creyó imposible y así se lo manifestó á su génio amigo.

—En verdad, en verdad—le dijo Pónos—que el tal deseo parece por demás extraordinario, y sin embargo, no es así. Las cosas grandes, los organismos más complejos, se forman con elementos que se integran segun ley. Tu cuerpo que es, á no dudar, lo más complejo de la isla se ha ido formando gradualmente por unos órganos vivos cuya estructura es simplicísima. Así se forman los vivientes y así se forman los imperios. Mas como todavía no puedes entenderme, veamos lo que ahora importa. Dinamion quiere un caballo colosal, pues con caballos trataremos de creársele.

Al dia siguiente el hombre cogió por disposicion del génio dos potros arrogantes y los apareó de manera á ejecutar los mismos movimientos á la vez: andar, correr, revolverse, relinchar, como si no fuesen sino uno. Despues cogió otros dos y del propio modo apareados los reunió á los primeros, y poco á poco y á fuerza de paciencia juntó luego cuatro á cuatro, ocho á ocho, doce á doce, hasta reunir un escuadron. Luego que los vió maniobrar y revolver-

se unidos ejecutando cada cual los aires, los pasos y los movimientos de sus compañeros, entregó Pónos la vara mágica á su protegido y le previno que tocara con ella al regimiento caballar, ya en la cabeza, ya en los brazos, ya en las ancas, ya en los ijares, ya en las bocas y—¡oh prodigio!—con todos los brazos derechos se formó un brazo derecho; de los izquierdos otro izquierdo, un testuz con todos los testuces, dos piernas de aquella multitud de piernas, y unas ancas, una crin y una cola con los veintitantos pares de ancas, las veinte y tantas crines y las veinte y tantas colas.

Ántropos se restregaba los ojos dudando si soñaria, pero no habia duda; allí delante piafaba, gracias á la vara de su protector, una cabalgadura colosal, fogosa, sin pareja.

Á la vista del gigante potro, Dinamion apenas pudo contener su júbilo. Entonces sí que se creyó invencible. Contúvose, sin embargo, para no asombrar á su corcel, se le acercó con cautela, le rascó la frente, dejó que le olfatease todo el cuerpo, le acarició las ancas y los ijares y por fin se puso de un solo brinco sobre su muelle y poderoso lomo. El corcel partió veloz y el hercúleo jinete le manejó con la crin. Bajo los pesados cascos del animal enormísimo, la tierra temblaba y retemblaba, y como tenia portentosas dimensiones, donde se posaban aquellos cascos todo se reducia á polvo.

Desde la primera salida del bruto descomunal, comprendieron Ántropos y los suyos que los vergeles, huertas y sembrados de la isla de Gé tendrian en él un espantable azote.

—¿Cómo llamaremos á mi corcel?—preguntó el

gigante parándole sin precaucion en firme y saliendo por las orejas casi, casi.

—*Hipodonte*—contestó el hombre en alta voz.

—Que me place—así se llamará—replicó Dinamion.—Voy á pasearle breve rato y cuando vuelva necesitaré unas riendas.

Viéndole partir, Pónos se desembozó y abrazando á su protegido, dijo:

—Ánimo, Ántropos; buen ánimo. Ésto vá de bien en mejor. Con el castillo y el caballo, el manto de mi hija Alecia habrá mermado cuando ménos el espesor de un cabello. La soberbia del gigante, la codicia de la bruja comienzan á desbordarse. Los prodigios innumerables que de hoy más te pedirán, van á apresurar tu redencion. Luego, muy luego, serán más imposibles de contar que los átomos de polvo los peces de los mares ó las flores de los campos. Coge, pues, para fabricar las riendas y su bocado, hierro y cuero, y hasta plata y oro. Mañana te pedirá la silla; no nos paremos un punto; con todas estas nonadas trabajas por tu libertad.

Excusado es decir ni que las riendas se hicieron, ni como se adornaron, primorosamente, con gemas sobre oro y plata. Despues, segun habia previsto Pónos, Dinamion pidió algun aparejo para cabalgar ménos incómodamente: en seguida vino la peticion de los acicates (pero no de los estribos), y durante muchos dias, no se habló, ni se pensó, sino en el enorme cuanto gallardo potro. Las correrías del guerrero se hicieron, con todas estas novedades, más frecuentes y más largas.

No bien habia llevado á cabo media docena de ellas, sin embargo, cuando antojósele un carro como los de los esclavos, pero mucho mayor, más

ligero, más galano, desde el cual pudiera combatir de pié y atropellar, y aplastar, y herir á las muchedumbres enemigas.

El carro se hizo de tamaño proporcionado al de Hipodonte, con dos ruedas, cerrado en curva por delante, abierto y bajo por la zaga, para subir y bajar con prontitud y fácilmente. Sólo para probar su nuevo carro, únicamente para observar el efecto de sus pesadas llantas y los clavos de cabeza piramidal, puntiaguda, sobre las carnes del vencido, Dinamion regó con sangre las campiñas, y las cubrió de miembros palpitantes y cráneos á medio abrir.

Celosa Seuda, al contemplar las satisfacciones crecientes de su Señor, quiso tambien tener las suyas. Comenzó por pedir ricos mantos, soberbios ornamentos, pues á despecho de su hipócrita humildad, siempre fué soberbia y vana. Sabia, por otra parte, el efecto del esplendor y el boato sobre el vulgo, y con las vistosas vestiduras, daba pábulo á su eterno afan de imponerse impresionando.

Pero ¡cosa singular! las mitras, las ropas, los ornamentos fabricados con oro y plata y pedrería por Ántropos y las mujeres, nunca pudieron encubrir el manto primitivo de las cien caretas. Apenas caian sobre su cabeza y hombros, sobreponíase aquel manto á todo hábito ó disfraz, como el carmin se sobrepone á la tez, y el ojo del sagaz observador distinguia al poco rato las mudanzas incesantes, el movimiento vertiginoso de las impalpables cien caretas. No obstante, aquel fenómeno extraordinario pasó desapercibido para nuestra bruja, como pasan desapercibidos para cada cual sus defectos personales. Ébria, pues, con la autoridad que la presta-

ban sus sagradas vestiduras, pensó en hacer algo descomunal y portentoso para llamar la atencion, y recordando los milagrosos efectos del primer eclipse, pretendió sorprender, ni más ni ménos, los secretos de los astros en el cielo. Muy pronto debió de convencerse de su absoluta ineptitud, porque exigió del pobre Ántropos que pasara parte de la noche en vela, á fin de darla cuenta, dia por dia, lo mismo de las fases de la luna, como de la aparicion y desaparicion de las estrellas.

Dura era la exigencia de la bruja, muy duro haber de velar despues de un dia de trabajo, empero el hombre obedeció y aún obedeció con gusto, renovando las aficiones favoritas de sus tiempos de pastor. Recreábase de nuevo con la vista de luceros conocidos, embobábase siguiendo su curso majestuoso por la bóveda celeste, y como en aquella dulce ocupacion visitábale á menudo la locuaz y soñadora Fanta, noches hubo y no pocas, en que olvidando la fatiga de sus miembros, no llegó á pegar los ojos. Por la mañana daba cuenta á su Señora de las observaciones de la noche, y Seuda vaticinaba, de vez en cuando, algun fenómeno imprevisto con lo cual admiraba y sorprendia. Cavilando y cavilando, de un atrevimiento en otro, hizo con los rudimentos astronómicos lo propio que con todo lo demás: convirtió lo bueno y útil en lo trivial ó conducente á sus fines, relacionando las posiciones siderales con el destino de su Señor y de sus próceres, y echando así los cimientos de la falsa ciencia de la astrología.

Con semejantes artes á todos iba embaucando hasta el punto—¿lo creerán nuestros lectores?—de que Ántropos mismo, áun estando como estaba en

el secreto se contaminó con cierta pueril levadura de misterio, y en algunas ocasiones se daba aires de adivino.

Todavía hizo más la astuta Seuda: introdujo y procuró organizar el culto de los astros convirtiéndolos en divinidades, y levantó aras y templos al Sol en donde recolectaba ofrendas á manos llenas.

Todo esto hubiera sido inofensivo y áun entretenido, si para realizarlo no hubieran extremado, los dos rivales en el mando, procedimientos de inaudita crueldad. Una diferencia habia sin embargo: Dinamion mataba; ella le enseñó á considerar la muerte como castigo levísimo, á ensañarse con el débil, y le aficionó á gozarse en las prolongadas agonías de sus víctimas. Ella fué quien inventó la hoguera, el potro y las mutilaciones, el empalamiento y la cruz; ella quien erigió en sistema los tormentos, en dignidad al verdugo para aterrar á los mortales y convertir á las muchedumbres en masa dócil é inerte.

Á ejemplo de sus Señores, los próceres y los duendes pretendieron gozar tambien á más y mejor, llegando su concupiscencia á rayar en desenfreno.

Ántropos y los esclavos á todos satisfacian, y Pónos se regodeaba.

Un dia, sin embargo, en medio de aquel pedir, llegaron noticias alarmantes. El manto de Alecia se acortaba algo de prisa: ya se la veian los tobillos. De allí á poco llegó Apenia, y con visible sobresalto comunicó á su señora las novedades habidas. Acababa de dejar á la hija de Pónos bajo la guarda de Anoya, para venir á decírselo. Comprendió en-

tonces la bruja la necesidad de acudir al hipogeo, y ya se preparaba á emprender el viaje, cuando recibió la órden de comparecer ante Dinamion.

—Hablemos claro—la dijo éste al verla llegar impávida.—¿No prometiste alargar el velo negro de nuestra enemiga?. ¿Así te cuidas del único peligro, capaz de dar al traste con nuestro poder?. ¿Qué has hecho?. ¿Qué noticias son éstas que circulan ya de boca en boca?

—¡Señor fuerte, y sábio, y poderoso!—contestó Seuda como siempre.—Si no hubieras menospreciado mis leales advertencias, si el sistema que establecí hubiese prevalecido, nada tendrías que temer. Las innovaciones peligrosas que te plugo introducir—las innovaciones, esas innovaciones.....

—No es eso Seuda, no es eso—intertumpió Dinamion fuera de sí.—No te escurras como anguila. Seamos francos. ¿Puedes ó no puedes?

—Puedo—exclamó la bruja irguiéndose como herida en su vanidad.—Parto para poner remedio al mal. Antes de la luna nueva, cuanto ofrecí cumpliré.

—Sea en buen hora—concluyó diciendo Dinamion al despedirla con el gesto.—Veremos el resultado. Te va en ello mucho, mucho.

CAPÍTULO V.

Caminando de regreso al hipogeo, Seuda pudo reflexionar sobre su situacion y comprender el alcance de su compromiso. No se trataba de un enojo pasajero de Dinamion; el conflicto era más grave: tratábase de ser ó de no ser. Ante tamaña alternativa, la soberbia satánica y la inmensa vanidad de la taimada y codiciosa bruja se agrandaban y exacerbaban. Gracias á lo del eclipse y la ignorancia de todos, habia usurpado el puesto de lugarteniente de los dioses para verse temida y respetada cual depositaria de sus íntimos secretos é interprete de su voluntad. Y ¡era tan dulce, tan grato mirarse doquier rodeada de respeto, de veneracion, obedecida sin rechistar, ser en todo la primera!. ¡Era tan embriagador aquel incienso, tan seductora aquella omnipotencia, que Seuda perdia el seso con sólo entrever la posibilidad de su descrédito y caida! Á ratos juraba exterminar á su prisionera para acabar de una vez, pero aquello era imposible, media las consecuencias, temblaba á la sola idea de pedirla cuenta su Señor cuando llamase á la esclava para

verla y para oirla, y comprendia la insensatez de pensar en su exterminio. Luego el dilema terrible, el dilema eterno se la representaba con todo su rigor, con toda su inflexibilidad y, confesándose impotente para torcerle ó burlarle, rabiaba y se enfurecia.

—Calma, calma, Seuda—díjose á sí misma al dar vista al hipogeo.—Tienes que resignarte á no ser, á no pedír si no alargas de algun modo el negro manto de tu esclava. Busca y encuentra un subterfugio. No puedes, no quieres renunciar á la delectacion de ver á tus plantas á los habitantes de la isla; no te conviene que Alecia desaparezca para quedar aislada con tu nulidad ante las iras de Dinamion; eres débil y serias loca si te empeñases en luchar de frente, pero si empleas bien tu astúcia, podrias vencer y dominar. La fortuna ayuda á los audaces. Ya que no tienes en tus manos fuerza ó virtud para alargar ese maldito velo, no hay sino engañar á todo el mundo.

Así diciendo penetró en el hipogeo y quiso ver á la esclava. Apenia salió en su busca y la trajo á su presencia acompañada de Anoya. Aquella no habia exagerado: el manto apenas si tocaba en los tobillos y los raudales de luz que irradiaban por debajo deslumbraron á la bruja. El caso era todavía más grave de lo que ella misma imaginára.

Despues que se hubo convencido de la gravedad de las circunstancias ordenó á sus criadas que se retirasen y se quedó á solas con sus pensamientos, sumida en profundísimas meditaciones. Así permaneció toda una noche, y á la mañana siguiente se mostró más contenta y más tranquila. Habia dado con el subterfugio.

Con la tenacidad del ambicioso, tejió en las tinieblas y el retiro un manto negro, negrísimo, valiéndose de la materia y por los procedimientos referidos á nuestros lectores en un capítulo anterior, salvo una notable precaucion muy digna de mencionarse: recelando, y no sin fundamento, que su obra se desharia con la luz del sol, llamó á Pónos y le mandó tocar una y otra vez la negra tela con su vara mágica antes de cubrir con ella el cuerpo de la velluda Anoya. Cuando la vió disfrazada con el manto á fin de remedar á Alecia, quiso comparar el remedo con el original, é hizo venir á la enlutada. Á pesar de sentirse ciega de ambicion y de codicia, estuvo á punto de desmayar abandonando la empresa al ver juntas á las dos.

Empero, Seuda, no era quién para arredrarse fácilmente; conocia lo que puede la audacia en ocasiones y confiaba en la credulidad de los próceres y el vulgo. Resolvió, pues, llevar adelante la más célebre de sus célebres supercherías.

Quedándose sola con su fiel criada, dijo:

—Ya habrás comprendido mi intencion.

—Ni remotamente—contestó Anoya.

—Vamos á ver—prosiguió Seuda.—¿Te gustaria comer bien y hacer gran papel entre las gentes?

—Ya lo creo, pero ¿qué papel?

—El de Alecia, el de la sentenciosa Alecia, sin ninguna de sus privaciones, sin sustos y sin castigos.

—Difícil lo veo.

—No tal. Tienes felicísima memoria. Si tomases tono grave, estilo sentencioso, si á tu natural locuacidad añadieses el calor y el desparparpajo de Fanta, nadie, nadie advertiria la suplantacion, y

todos, desde Dinamion abajo, nos respetarian, nos obedecerian y nos enriquecerian. Figúrate qué buena vida nos daríamos. ¿Te atreves con el papel?

Mientras discurria así la bruja, agitando sus caretas, Anoya se pavoneaba con el negro manto rozagante y ensayaba el andar, el gesto y áun la voz de la noble prisionera. Al ver sus raras contorsiones, Seuda no pudo contener una risita debajo de sus antifaces.

Anoya, en tanto, contestó á la pregunta de su maestra:

—Lo que es por atreverme, ¡ya lo creo!. Soy tremenda, inexpugnable; pero ¿cómo lo desempeñaré?

—Bien, muy bien. Desde que te puse el manto dá gozo ver cómo adelantas. Tienes que ensayarte vivir muy sobre tí, retener en la memoria mis consejos, pero con voluntad todo se alcanza.

Anoya seguia pavoneándose. La vieja continuó,

—Así, así, ese talle ni muy erguido ni muy lácio las manos cruzadas sobre el pecho con aparente humildad, con mansedumbre. Muéstrate humilde, humilde siempre, pues del humilde nadie se recela.

—Pero *¿qué* digo? Ese es mi apuro—interrumpió de pronto Anoya.

—Eso es lo de ménos para el vulgo nécio y áun para los que no lo son. El toque, la maravilla está en *cómo* se dice. Tú tienes buena memoria: pues procura retener un ápice de pensamiento de los muchos que se escapan á nuestra prisionera, alguna palabra mia, una leyenda de Fanta, un grano, en fin, de sentido, y si le aderezas con voces altisonantes, si le deslies en un mar de palabras desconocidas, pero eufónicas, cuenta seguro tu éxito. Sí, querida Anoya, despues de cuidar mucho de

ese manto para que no te se vea ni lo negro de una uña, lo principal, lo importante, son el tono, la frase, el gesto. Tú no sabes el efecto producido sobre los oyentes por un vocablo hueco, sonoro, enrevesado. Haz acopio de palabras, porque las palabras sustituyen á la idea con ventaja. Busca, rebusca, aprende y procura disparar con oportunidad las retumbantes, las grandilocuentes, áun las estrambóticas; inventa de cuando en cuando alguna nueva; viértelas sin vacilar con arrogancia, y si tienes buen oido, como tienes brava voz, harás á tu sabor de tu auditorio. .

Con estas y otras lecciones parecidas, Anoya se educó con rapidez proporcionada á los impulsos de su gula. Preguntaba sin cesar á Alecia (la cual, hablando con verdad, rara vez ó nunca respondia), buscaba á Fanta para oirla, y pocos dias despues de la primera é inolvidable leccion de su maestra, destrozaba muy gallardamente conceptos, tradiciones y leyendas. Al escuchar sus adelantos, Seuda la dijo por fin.

—Vas hablando de lo lindo, pero es necesario prepararte á contestar á unas cuantas preguntas—dos ó tres—que de seguro te han de hacer. Porque has de saber, amiga Anoya, que nada preocupa tanto á todo el mundo, desde el guerrero al esclavo, como saber quiénes son ó de dónde vienen, cuál es su papel aquí y su destino despues. Á esos tres puntos puede reducirse la universal curiosidad, y ahí habremos de fijarnos. Sigue interrogando á Alecia; pregunta á Fanta tambien; hazlo pronto, entérate de prisa, porque Dinamion empieza á impacientarse, y el dia ménos pensado viene á verte para oirte.

Anoya no echó el aviso en saco roto. Buscó á Fanta, pues su estilo y fácil desembarazo la atraian, y el hada, revoloteando entre la tierra y las nubes, la habló muy donosamente en estos ó parecidos términos:

—¡Ahí es nada!—tres preguntas—tres—y cada una vale por tres.—Una en tres—tres en una.—¡Maravilloso!. ¡Misterioso!. Un verdadero triángulo.—Una madre con tres hijos—tres hijos en una madre.—Como Trimurti, la hermosa Trimurti, la más fecunda de las madres—tuvo tres hijos, y aunque se desvivió por conservarles hermosos, sanos, orondos, se la murieron. — ¡Pobre Trimurti! — Todo nace, todo vive, todo muere, y nace debajo de ese cascaron azul, del hermoso dilatado cielo.—Pues si nace, alguien lo crea..... pues si vive, hay quien lo conserve..... y si muere, alguno destruirá.—Creador, conservador, destructor.—¡Otro triángulo!—Uno en tres y tres en uno—y ese uno será eterno como el tiempo, inmenso como el espacio.—Su sustancia una, infinita, todo lo dá, todo lo anega y absorbe—la flor de loto—el reptil—Dinamion—sus glorias—sus proezas—Seuda—sus dioses—sus enredos.—¡Cuánta ilusion!—¡Cuánta miseria!—Cuánta podredumbre!—Tras la juventud y la alegría, la vejez y la tristeza—el dolor; ¡siempre el dolor!—Nuestra mision es padecer y el placer único, la esperanza de descanso cuando termine la vida.—¡La vida!—¡nube pasajera!—Mira.—Como aquellas nubes negras ó blancas, de oro ó de carmin.—Bato mis alas..... subo..... toco..... nada, apariencias, gotas de rocío que caen al mar, que traga el mar.—La nada es todo y todo es nada.—¡Oh sublime beatitud!—¿Y despues?—la piel, la sangre los hue-

sos.—Un revoltillo sin forma—¿Á dónde se fué la forma?—¡De dónde las formas nuevas?—del hombre al buey—del buey al cerdo—del cerdo al ave, al pez, á la culebra.—¡Transmigraciones! ¡Contínuas transmigraciones! ¡Ilusiones, puras ilusiones, juegos y pasatiempos y solaces de la traviesa y juguetona Trimurti!

De esta guisa, en este estilo divagador, incoherente, caprichoso, contestaba Fanta una y otra vez á las preguntas de Anoya. Decir aquí sus dislates fuera tarea prolija. Su sensibilidad maravillosa, su actividad vagabunda, recogia impresiones pasajeras, hechos aparentes, conceptos mal definidos, y con donaire gentil mezclaba para darlo forma seductora todo cuanto habia visto, todo cuanto habia oido.

Anoya se aprendia de coro las leyendas y procuraba amoldarlas conforme á las prevenciones de la bruja, es decir: á defender y ensalzar el cómodo sistema de las castas. De este modo la falsa Alecia con su negro manto llegó á ser en pocos dias un verdadero portento. Ya peroraba lindamente y su maestra la escuchaba sin reirse, cuando Dinamion, apurada la paciencia, quiso saber si ésta podia ó nö podia.

Llegó de improviso una mañana y encarándose con su consejera la increpó en los términos siguientes:

—¿Á qué altura se encuentran tus promesas?. ¿Podremos pedir sin amenazas, ni zozobras?. ¿Cómo está el manto de la esclava?

—Perfectamente—contestó la bruja.

—Pues quiero verla, quiero oirla.

—Cuando gustes.

—Ahora mismo.

Y Seuda satisfecha de su obra mandó comparecer á su criada.

Entre tanto que comparecia, con intencion hárto transparente dijo la consejera á su Señor:

—Vas á contemplar mi triunfo y verás si valgo con los inmortales. Alecia está desconocida y podrás interrogarla sin que el menor rayo de luz alborote á tus esclavos. Adviértote por mera precaucion que cuanto diga reza únicamente con nosotros. La verdad no se hizo para miserables párias. Quien tuviere la estofa de Señor, los nacidos para el mando, esos solos entienden sus palabras. Quienes fueren indignos de mandar se quedan de ellas en ayunas.

La llegada de Anoya acompañada por Apenia puso fin á las intencionadas prevenciones de la astuta. El guerrero miró y remiró á la del manto negro. Advertia diferencias que no sabia explicarse pero las juzgó obra de su consejera y se dispuso á interrogar á la para él hija de Pónos.

—¿Qué te parece?—le preguntó la bruja.

—Perfectamente—contestó el gigante.—Ni un solo rayo de luz se vislumbra, con efecto, por resquicio alguno. Todo es oscuridad. Te felicito por el triunfo.

—Pregúntala cuanto gustes. Verás que piquito de oro—continuó Seuda siempre audaz.

—Esclava—exclamó el gigante.—Tres cosas me han preocupado siempre. ¿Quién soy?. ¿Qué debo hacer?. ¿Cuál será mi último destino?

Anoya tomó una de sus actitudes más solemnes y con voz altisonante, aunque un tantico gangosa, relató sin vacilar y de corrido la siguiente perorata:

—¡Oum! ¡Oum! ¡Oum! (1) Escucha ¡oh Dinamion! Contempla y cree. Dentro de la substancia única, idéntica, universal, simplicísima mora serena é hipostática la mística Trimurti, consubstancial una y trina con las terrenas ilusiones y la sublime emanacion del Todo triangular por hipotético inmanente. Allí en el seno de ceruleo huevo con tres cabezas, seis piernas y seis brazos, la exudacion fatal de su libérrima conciencia dió por divino modo cuerpo anímico á lo idéntico distinto, á la ilusion realidad, á la contradiccion armónica sacando lo uno múltiple y la más rica indivisible variedad ya de su cúspide tricéfala, ya de sus hexiformes sustentáculos. Con el hedor balsámico del pié formó al abyecto, miserable pária; de su rollizo muslo sacó al hombre; á tí del momio de su brazo—(no sé cuál de las seis á punto fijo)—y de su boca melífiua, al pasmo piramidal del universo, delicia mística de los inmortales, columna de la creacion simbólica, dechado concomitante de lo eximio y lo sublime que tanto y más es mi maestra.

El guerrero frunció el ceño, Seuda tosió dos ó tres veces y Anoya continuó impertérrita.

—Demostrado así con perfecta diafanidad *pară siempre y de una vez* tu orígen, pasemos al segundo punto.—Inmoble la flor de loto sobre las linfas acuáticas del piélago, cual símbolo inconsutil celestial del ombligo de un dios innominado, contempla extática la nube vaporosa y emite efluvios incorpóreos pugnando por confundirse en titilante conturbenio con la sutil hipóstasis divina. ¡Oh contem-

(1) Invocacion brahmínica. Tres letras y un sonido.

placion!. ¡Santa contemplacion archiseráfica!. ¡Dichosa la panza túmida que en este mundo maldito contigo se refocila!. ¡Hé ahí la gran mision! ¡*Nuestra* mision.—Y vamos al tercer punto.—Vivirás los años hierológicos que con toda exactitud vivieres, y como todo es nada y nada es todo, y piedras, plantas, brutos, cosas, surgen innúmeros, revueltos, cual los hórridos miasmas de sagrado rio bajo los rayos rutilantes del diurno luminar, y la luz, hija del gran Todo, trino y uno, al quererse multiplicar creó las aguas, y las aguas queriendo multiplicarse crearon los sólidos terráqueos, serás inquilino escuálido en metempsícosis mirífica de los inmundos corporales senos, y de ilusion en espejismo, y de espejismo en ilusion, transmigrarás, transmigrarás, transmigrarás hasta caer dentro de la nada inexistente, Todo de todo y misteriosa tumba.

Anoya se paró, y su maestra preguntó al gigante:

—¿Qué te parece?

Dinamion, cuyo natural sentido hiciera esfuerzos heróicos por comprenderla y no lo habia logrado, se preguntaba á sí mismo si seria tonto y destinado á obedecer, ya que, segun su consejera, sólo podia entender á la enlutada quien fuese nacido para el mando. La pregunta de Seuda á quema ropa le puso en no pequeño compromiso, mas como no le convenia confesar su cortedad de meollo, por primera vez en su vida fingió lo que no sentia, y respondió en tono mentido de franqueza:

—Me parece bravamente; imposible decir más.

Segun se vé, Dinamion iba adaptándose al medio, y al hacerlo adquiria la facultad de recibir una impresion y ocultarla ó modificarla.

—¿Has oido?

—Sublime; los dioses hablan por su boca.

—¿Lo entendiste?

—Vaya si lo entendí. Nada hay más evidente, más claro.

—Bien se nota—exclamó la bruja riéndose á dos carrillos debajo de sus antifaces—que el delicioso Dinamion nació para mandar y reinar sobre la isla. Sólo tú, ¡oh Señor, fuerte y sábio y poderoso! comprendes la profundidad de las elocuentes palabras de tu esclava.

—Advierto, sin embargo—continuó el gigante procurando poner término á aquella situacion embarazosa—advierto que la hija de Pónos habla bastante más de lo que solia.

—Eso—le dijo Seuda—es debido á la confianza natural que vá tomando. Reconoce implícitamente mi saber y comprende que es inútil resistir.

—¡Hem!—dijo el gigante.—Tiene esa esclava un no sé qué..... En fin: ello dirá. Recoge tus chirimbolos y sígueme á mi castillo. Si nada tenemos que temer desde hoy, y pues todo está petrificado por acá, venga Alecia con nosotros, y á pedir á los esclavos maravillas y más maravillas.

—Recuerda, Señor, el peligro que hay en ello—se descuidó en decir la bruja, olvidándose por un momento de su situacion.

—¡Cómo!—la interrumpió el gigante—¿vuelves á tus antiguos sermones?. ¿Pues no has alargado y alargarás con tus sortilegios, siempre que fuere menester, el negro velo de Alecia?. ¿Qué temores son esos?. ¿Qué nueva contradiccion es esta?. Ó puedes ó no puedes. Si gozas del favor divino, quiero pedir para gozar: si no eres lo que presumes, me puedo pasar sin tí.

Seuda se vió cogida en sus propias redes. Aplacó lo mejor que pudo á Dinamion; pero su antigua osadia como que vaciló al advertir en su Señor aquella sombra de desconfianza. Vió con esto la necesidad de duplicar sus esfuerzos, y no obstante, no hallaba salida: si el gigante creia en su potestad, acortaria con su pedir y las consiguientes invenciones de los hombres el manto de la verdadera Alecia; si perdia la fé en su ciencia y su virtud, la nulidad, la mofa, el menosprecio serian su porvenir.

En verdad, en verdad, que el dilema en que se encontraba la cuitada, no era de fácil resolucion.

Obedeció, sin embargo, á su Señor, dejando encerrada á la verdadera hija de Pónos en lo más recóndito del hipogeo, y en compañía de la mentida Alecia tomó en pós de Dinamion el camino del castillo.

Desde el punto y hora en que Seuda se estableció con su criada en la Tierra de la Servidumbre, se aumentaron sin cesar sus nacientes sobresaltos. El guerrero confiaba demasiado en su mentida habilidad para alargar velos y disfraces; su prurito por innovar le producia zozobra; advertia que su sistema de castas iba de mal en peor, y calculaba que al paso de los acontecimientos le estaba reservado muy en breve el segundo lugar en el imperio.

Por otro lado, el nuevo modo de vivir debilitaba sus recursos. Con Alecia lejos, bajo la guarda de Apenia; con Anoya haciendo el papel de aquella entre las gentes del castillo, la vieja de las cien caretas no sabia que decir y se encontraba asaz mal.

Su Señor, por el contrario, comenzaba á vivir holgadamente. Extendia por doquier sus correrías

y esquilmaba á sus esclavos más que nunca. Las armas, los trajes (inclusos vários atributos de mando y de autoridad con los cuales, á imitacion de su consejera, quiso adornar su magnífica persona), los muebles, los refinamientos exigidos por su codicia ó su ambicion, aunque hicieron mermar poco el manto de la verdadera Alecia, le hicieron mermar no obstante.

Despues de correr á diestro y siniestro para explorar la comarca del castillo, despues de pelear con otros gigantes y vencerlos, de enriquecerse con sus rebaños y despojos, pensó en cambiar su vivienda estableciéndose en otra parte de la isla, porque le sucedia lo propio que sucede siempre á quien no conoce límites á su voluntad: comenzaba á hastiarse y aburrirse.

—Vámonos de aquí—la dijo por fin á su consejera—quiero extender mis conquistas, quiero ver algo más allá.

—Hágase tu voluntad, ¡Señor sábio y delicioso!—le contestó la bruja—pero confieso que tiemblo ante tu afan de mudanzas. De todos modos, bueno seria consultar el caso con Alecia. Mis inmortales reprueban todo cambio, toda innovacion. Oigamos á la enlutada.

—Oigámosla si te agrada, aunque al fin y al cabo, he de hacer mi gusto y nada más.

Seuda previno á su criada, y áun parece cosa cierta que la previno condenar la proyectada expedicion, pero Anoya no habia vivido en balde entre los amigos y favoritos del guerrero. Barajando en la memoria cuanto les oyera sobre el bien y el mal, gustaba de oir á Fanta y de copiar sus veleidades, por todo lo cual, cuando compareció ante Di-

namion y éste repitió sus preguntas sempiternas, soltó la voz como torrente que destruye un dique, y de corrido respondió sin vacilar:

—¡Gloria al Uno eterno!. ¡Fuente perennal bifurca!. ¡Sol increado y creador!. ¡Padre bifronte de sus hijos: uno rutilante como el dia, el otro como la noche tenebroso!. En antagónico fraternal dualismo luchan truculentamente acaudillando sus dos prosapias homólogas para enseñorearse de la ilusion tangible de la vida, cual tú y tus próceres perínclitos digladiais con los dogmas y las castas desde tu inexpugnable propugnáculo. Así naciste uno de tantos y de igual modo vivirás hasta recibir el premio ó el castigo en un dual no sé dónde pero dos veces glorioso y dos veces laberíntico.—Probado así, por doble vía, *definitiva y terminantemente* de dónde vienes y á dónde pararás, veamos lo que te conviene hacer.—No te amilanes, no te arredres, el triunfo será á la postre de los buenos y si tu consejera, que es la luz, se apropincua á tí, y tú, óptimo entre óptimos á ella amorosamente te apropincuas, recorrerás jiróvago la ínsula, prepotente y victorioso, con tu voluntad omnímoda por ley, despreciando el vil quietismo, enmarañando las castas, riéndote de la contemplacion y dándote media higa por los frenos místico-dogmáticos.—Todo con, en, de, por, bajo y sobre un sempiterno dualismo.

Al escuchar inesperadamente retazos de una doctrina tan otra de la suya y tan extrambótica á su juicio, Seuda no se pudo contener y acercándose con disimulo á su criada la dió un pellizco mayúsculo en una de las partes más sensibles.

—¿Qué te parece?—la preguntó al mismo tiempo el gigante.—Supongo que estarás conforme.

—De toda conformidad—contestó Seuda doblando con humildad el espinazo.

Y acercando la boca á las orejas de su estúpida criada la dijo en tono imperceptible pero con ira concentrada:

—¡Me la has de pagar, bribona!

En seguida y en alta voz añadió:

—Está bien, pero muy bien, insigne hija de tu padre. Puedes retirarte á descansar.

Y como aparente muestra de cariño la tocó mansamente el cuerpo con la punta de su báculo hiriéndola sañuda por vía de despedida con un último movimiento rapidísimo y nervioso.

Anoya, temerosa del enojo de su maestra, quiso girar apresuradamente y se enredó en el manto negro. Dió un traspiés y estuvo á punto de caer de bruces. En sus esfuerzos por erguirse descubrió por debajo del disfraz un pié enorme y juanetudo. El gigante lo advirtió y dirigiéndose á su consejera, dijo:

—¿Qué es esto, Seuda? ese pié no es el de Alecia: hasta jurara que olia.

—Señor—contestó la bruja—en mi afan por tranquilizarte y deseosa de demostrarte mi poder, no sólo he alargado el manto de la hija de Pónos, sino que envolví sus piés en feísimo calzado. Por eso sin duda se mueve tan torpemente.

—Pero lo que ha dicho—exclamó el gigante sin poderse contener—en nada se parece á la sublime perorata del hipogeo. Es más claro, muy más claro, mucho ménos pretencioso, pero allí todo era trino y uno; aquí todo es dual y dualismo.

—¿Qué quieres? ¡Oh fuerte y delicioso y sábio Dinamion! Alecia es así.

—Pues yo creia—replicó el gigante en tono de desconfianza—que Alecia siempre decia la verdad y la verdad es una. Ahora salimos con que es tan acomodaticia como tú. Aquí hay enredo; no le atisbo todavía pero..... ello dirá. Ni te temo á tí, ni temo á nadie. Con la aprobacion de Alecia, llevo adelante mi plan. Mañana al apuntar el sol, saldremos todos á buscar fortuna. Voy á dar mis órdenes á los esclavos.

Y efectivamente, toda la tarde y la noche se pasaron en cargar camellos, asnos y elefantes, en afilar los cuchillos y revisar los escudos.

Seuda, furiosa cuanto corrida, quiso interrogar á Anoya antes de salir para explicarse su traicion.

Citóla para aquella misma noche entre los muros á medio construir de un templo dedicado al Sol, y cuando allá á media noche Anoya se presentó amostazada y mohina, recibióla de mal modo, enarbolando su báculo y la dijo:

—Ven acá ¡estúpida!. ¿Cómo te permitiste alterar mis máximas y mi doctrina?. ¿Cuál es tu autoridad para tanto?

—La misma que la tuya—gritó Anoya enfurecida arremangándose el manto

—¡Cómo! ¡Sacrílega!. ¡Blasfema!—gritó la bruja á su vez.—¿Te quieres comparar conmigo?

—¿Y por qué no, sapientísima maestra?. ¿Me crees tan supinamente estólida que no columbre tu objetivo al través de tus marañas?

Seuda se quedó petrificada de asombro, pero comprendió la necesidad de transigir.

—No es eso, mi querida Anoya, no es eso. Es conveniente obrar de acuerdo, es preciso no escamar á nuestro Señor, diciendo un dia una cosa y otro dia

otra cosa. Haces el papel de Alecia, de oráculo de verdad: si te contradices, te desacreditas. ¿Cómo llenarás despues la andorga?

—Esa es otra cantinela y otro tono—replicó la criada dejando caer el trapo negro.—Dije elocuentísimamente lo que aprendí de los demás, y al decirlo te imité.

—¡Cómo!—volvió á gritar la bruja.—¿Pretendes imitarme á mí, diciendo una cosa ayer y otra cosa hoy?

—Pues claro—contestó Anoya con sorna.—¿Qué haces tú? ¿Qué has hecho tú hasta aquí?. Oir á Alecia, observar á Ántropos, enterarte de todo cuanto descubre, tejer con los datos que te suministran él y el génio, con las observaciones de sus protegidos, con las palabras de tu esclava, un embolismo á tu antojo, y ofrecérsele á nuestro amo como doctrina de los dioses. ¿Qué pones tú de tu caletre?. La forma. Eso puse yo y nada más. Aquí me enteré de las cavilaciones del obrero, las conjeturas de los cismáticos, escuché las inducciones de unos y otros, supe cómo y por qué era la isla maldita en un principio, las razones por las cuales comienzan á admitir el bien en medio de tanto mal, y despues de retener en la memoria cuanto oí, procuré repetirlo segun tu gusto y en tu estilo. Adaptéme al medio..... ¡Claro!

—Lo comprendo todo—interrumpió Seuda.—No digas más. Pero tú olvidas que yo aproveché los datos de la experiencia universal con un propósito y un fin, y tú no tienes ninguno. Esto no puede continuar así. Quien no se propone un fin ayuna. ¿Quiéres tú ayunar?

—De ningun modo ¡Qué horror!—se apresuró á decir Anoya.

—Pues entonces haya enmienda y mide bien tus palabras. Con otra perorata como la de hoy, vivirás á media racion y gracias.

Anoya, ante la perspectiva de comer poco ó comer mal, prometió obediencia á su maestra, y las dos se separaron en la mejor armonía. Una y otra habian comprendido los peligros de modificar en un solo ápice uno cualquiera de sus dogmas.

CAPITULO VI.

La expedicion anunciada se llevó á cabo felizmente, sin embargo de sus muchas peripecias, harto largas de contar. Una sola recordaremos aquí con el propósito de poner de manifiesto lo rudo de aquellos tiempos, la suma de trabajo, casi estéril, necesario para vencer dificultades, y el proceso difícil, lento, fatigoso, mediante el cual los adelantos se iniciaban y las necesidades se satisfacian.

Durante la marcha, los expedicionarios llegaron á orillas de un rio caudaloso, y no hubo medio de vadearle. Ántropos, aunque tenia vagos barrüntos del puente desde que tendió los troncos sobre el foso de la primera casa del gigante, no encontraba árboles á mano, y la impaciencia del guerrero no le permitia tomarse el tiempo necesario para intentar la construccion de una obra por entonces nueva y colosal. Así, pues, por consejo de su ingenioso protector, se presentó al caudillo y dijo:

—Un solo medio se me ocurre para ponerte al otro lado del rio con Hipodonte, tus huestes y tus

elefantes. Para ello necesito la ayuda de capitanes y soldados. Todos han de trabajar.

—Pues que trabajen y acabemos—rugió el impaciente Dinamion.—Si no quieren trabajar, por mis barbas que los arrojaré uno á uno, ó ciento á ciento en el rio, y he de pasar al otro lado encima de sus cadáveres.

Vista la órden y la impaciencia del guerrero, nadie se atrevió á negar sus brazos, y aquella innumerable muchedumbre abrió en seco un nuevo cáuce para el rio á la izquierda del campamento. El rio corria á la derecha. De esta suerte quedó el campamento circunvalado por éste y por un ancho foso. Rompiendo entonces las orillas rio arriba y rio abajo, las aguas se precipitaron por el nuevo cáuce, el antiguo quedó en seco, y Dinamion y sus gentes se encontraron al otro lado sin siquiera levantar las tiendas (1). No pudiendo transportar la muchedumbre al otro lado del rio, Pónos habia transportado el rio al otro lado de la muchedumbre.

Continuaron, pues, siguiendo al sol en su marcha hasta dar en largo y tendido valle, bañado por otro hermoso rio. Allí era el clima apacible, las colinas bajas y lejanas, el terreno igual y ubérrimo; allí el sol salia sin cortinajes de niebla á la manera de inmenso globo de fuego, y las estrellas rehilaban con extraordinario brillo. De vegetacion exhuberante, rico en frutas y en esquilmos, el suelo se inundaba con una periodicidad verdaderamente extraordinaria para cubrirse de limo fecundante y producir, sin mengua de su fertilidad, las más variadas cosechas en prodigiosa abundancia.

---

(1) Tháles de Mileto para hacer pasar el Halys al ejército de Creso.

En este privilegiado valle fijó sus reales Dinamion prendado de su feracidad, y allí exigió á sus esclavos que comenzaran de nuevo una série de más complejas maravillas. Pidió un palacio-castillo para él, y le pidió grande y sólido, añadiendo que fuese desde el cimiento á la techumbre, de pórfido y de granito.

Inútil es decir que la exigencia del gigante se satisfizo por el hombre, gracias á su protector, pero ¿cómo dar idea remotísima de su angustioso trabajar ó de su contínuo discurrir?. Remontando el rio largo trecho, hubo de abrir varias canteras para extraer piedras colosales; mediante cábrias, tornos y otras máquinas inventadas para el caso (entre las cuales hay quien incluye el tornillo), las puso sobre almadias; bajó á flote aquellas moles, cuya pesadumbre ponia espanto al más fuerte, hasta el sitio elegido por su Señor, y allí las labró en toda clase de formas; hizo columnas y pilones para sustituir á los piés derechos y los troncos; los levantó con mil sudores (inventando y fabricando préviamente maromas de excelente cáñamo); tendió sobre las cabezas piedras largas á manera de las primitivas trábes; fué colocando á fuerza de tanteos hiladas de sillares sobre hiladas, haciéndolas volar unas sobre otras, á fin de cerrar dinteles y de preludiar el arco, y al cabo de muchos, muchos dias, pudo ofrecer á Dinamion una vivienda solidísima en donde su fuerza, su poder, su magnitud en cada pormenor se reflejaban. El mismo Dinamion se quedó absorto ante la solidez, la severidad, la magnitud del imponente edificio. Hallóle, sin embargo, cómodo, y en él se estableció para gozar de nueva vida.

Envidiosa, como siempre, la bruja de las cien caretas codició á su vez una vivienda para sí; hizo presente á su Señor la necesidad de congraciarse con los inmortales—sus poderdantes—y consiguió que aquel permitiera á los esclavos comenzar la edificacion de un inmenso y suntuosísimo templo. Más expertos y más inteligentes en aquella segunda construccion, Ántropos y su familia se escedieron á sí mismos. Si bello y cómodo era el palacio del gigante, fué todavía más ámplio y más maravilloso el templo erigido por la bruja.

Muchas fueron las innovaciones y mejoras introducidas en el nuevo templo para complacer á Seuda, pero entre todas ninguna tan digna de recordacion como la del alumbrado de las criptas con lámparas metálicas de aceite. Fué preciso para ello extraer de la aceituna aquel caldo preciosísimo en nunca vista abundancia, y como hubo que extraerle á toda prisa se valieron los esclavos de un medio muy ingenioso para conseguirlo. Metieron la aceituna bien madura en manguitos de lienzo del más fuerte, cerrados por dos manijas de madera, y retorciendo con paciencia y con teson, el aceite se filtraba por la tela y despues de recogido se conservaba en vasijas, cuya fabricacion perfeccionó grandemente el alfarero.

Hasta bastante despues los aceiteros no se acordaron de las buenas condiciones de Báros el dormilon, ni aprovecharon su pesantez para redimirse de la fatiga muscular haciéndole moler las aceitunas.

En torno de aquellas construcciones destinadas á desafiar al tiempo hicieron otras de menor cuantía, pero en verdad no ménos útiles. Toda la vega se cubrió de casas rodeadas de huertas y jardines, si-

métricamente divididos y admirablemente cultivados. No parecia sino que en aquel rincon reinaba una perenne primavera segun estaba vestido en todo tiempo de flores y de verdura. Pero pasaron los meses, llegó la época de las lluvias torrenciales, y el rio salió de madre, invadió con sus aguas la campiña y la cubrió y la inundó. En el espacio de algunas horas las aguas convirtieron el valle en inmenso lago, deshicieron plantaciones y arrasaron alamedas. Gracias al emplazamiento elegido y á la solidez del templo y del palacio, Seuda y Dinamion pudieron salvarse en su morada en donde afortunadamente la codicia habia amontonado provisiones. Cuando las aguas cedieron y el rio volvió á su cauce, quedó el suelo soterrado, deshechas las empalizadas, por tierra tapias y paredes, y cegados de ras en ras los canalizos y canales. Toda la llanura se veia cubierta de un cieno oscuro, húmedo, malsano, porque con los rayos del ardiente sol, sus exhalaciones se trocaban en miasmas deletéreos. El gigante contempló el peligro, llamó presuroso á Ántropos y dictó sus órdenes para restituir las cosas á su primer ser y estado.

Obedecieron nuestros amigos como de rigor, y en aquella novísima tarea, aunque tan material al parecer, hicieron notables adelantos intelectuales como podremos observar por una sola de sus infinitas pláticas con el bueno y cariñoso Pónos.

—Tú dirás por dónde debemos dar principio—le decia Ántropos viendo á millares de esclavos esperando sus órdenes con las azadas al hombro.

—¿Por dónde has de comenzar!—contestaba el génio.—Por recordar cuanto has ido observando durante toda tu existencia sobre el modo y la ma-

nera de limitar el espacio. Hay que repartir la superficie del valle tal cual estaba repartida y Dinamion desea dar á cada uno de sus próceres lo suyo. Para ello tienes ya idea de la cantidad y ahora necesitas relacionar la cantidad con la forma.

—Pues te confieso—replicaba el hombre—que no recuerdo haber observado eso que dices, pues no tengo otras ideas sobre la forma y la cantidad sino aquellas que me suministra mi propia inteligencia de por sí.

—Ese es un error, amigo. Tus ideas se hacen y no nacen. Al toque de mi vara mágica se han reflejado en tu mollera algunas formas perennales orígen de toda cosa. Hoy tienes ya las bastantes para el trabajo pedido y sólo se trata de poner tu inteligencia en movimiento, á fin de relacionar y comparar. Y para que notes cómo se tejen tus ideas y por cual modo lo material y lo tangible dá el sér á lo intangible y lo abstracto, para que lo abstracto é intangible reobre sobre la materia, repara como al convertirte en agrimensor-geómetra vas á medir el derecho de los poseedores de la tierra para dar lo suyo á cada cual. Las nociones de número y de igualdad, de forma y de semejanza, de sucesion y de coexistencia, son elementos indispensables á la aparicion de la idea más compleja de derecho, que Dinamion con sus atrocidades y Seuda con sus supercherías, van provocando en la parte sensible de tu sér para proporcionarte á su tiempo y su sazon el arma más preciosa y más preciada si has de conquistar la libertad.

—Pues no te entiendo, no te entiendo—repitió Ántropos perplejo.

—Pues ahí tienes una prueba irrecusable de lo que son tus ideas: hoy no te se ócurre ni remota-

mente lo que mañana constituirá el fondo mismo de tu espíritu, cuando la necesidad de vivir y de medrar, los choques y conflictos de la vida, te hagan aplicar al sentimiento impalpable los conceptos de cantidad, de forma, de extension, de ligereza ó pesantez, de anterioridad ó posterioridad, cuyas reminiscencias infinitas quedarán esculpidas para siempre en la expresion de tus ideas, es decir: en tu lenguaje. Recuerda lo que te digo y emprendamos tu tarea actual.

Pónos tocó como al descuido con su vara mágica al novel agrimensor, y éste sintió bullir en su cerebro enjambres de formas distintas (irreductibles algunas) y se puso en movimiento.

Bajo la hábil y previsora direccion de su maestro trazó las rectas con sogas ó con jalones, formó triángulos, cuadrados, polígonos é inumerables figuras de variadas proporciones y de propiedades que poco á poco se fueron descubriendo por necesidad. Con una estaca fija y una cuerda á ella sujeta, estudió el círculo, primera y la más sencilla de las líneas curvas. Enlazó líneas á líneas, superficie á superficie, una figura á otra figura, y al notar las propiedades y condiciones de todas ellas, empezó á medirlas con el fin de comparar su extension, cabida ó magnitud, recreándose cada dia más y más en aquel trabajo verdaderamente seductor, de aplicaciones útiles entonces, de deleitosas analogías siempre.

—Repara bien en lo que estás haciendo—decia á su protegido el génio.—Observas y la observacion te revela cada dia una verdad. Y esta verdad no es otra cosa sino el modo y manera en que son las cosas y en *que siempre son:* cuando un hecho se verifica del mismo modo, por manera constante y re-

gular, aquello es una verdad. Este conocimiento de las cosas inmutables te permite prever para saber el resultado final. Á este saber para prever, es á lo que debes llamar ciencia. No olvides por de pronto que para saber y prever es necesario primero observar y experimentar, luego generalizar, y por último aplicar. Así el principio y el fin de toda verdadera ciencia son la observacion y la práctica.

Claro está que al hablar de magnitudes se habló de la cantidad. Pónos ya en anteriores ocasiones habia tenido necesidad de decir á nuestros amigos lo que era número; ahora les fué iniciando pacientemente en el modo de expresarle y representarle. Sabian contar por los dedos de las manos y, sin prohibirles aquella costumbre, les dijo que formasen montoncitos de diez en diez con los objetos que contaban, para agrupar despues diez decenas en una aglomeracion mayor, y constituir así con diez de aquellas aglomeraciones, otras más grandes cuya magnitud les diera cabal idea de los cientos. Á fin de que aquellas cantidades, demasiado crecidas para su ruda comprension, no se les fuesen de la memoria, inventó tambien hacer rayas en diferentes casillas sobre el suelo, nudos en tres ó más sogas ó correas para distinguir las unidades, las decenas, las centenas y contarlas, muescas distintas y de forma convencional en un pedazo de madera y otra multitud de arbitrios ingeniosos, como eran todos los suyos. Merced á estos y otros artificios—pruebas evidentes de los recursos de aquel génio—Ántropos calculó, midió, trazó y volvió á formar el campamento, las huertas, los campos, los jardines, los paseos, calles y caminos con tanta exactitud y precision, que al ter-

minar su tarea parecióle sueño la ya pasada catástrofe. Todo era como fué.

Decimos mal, sin embargo. Para los héroes de este cuento no era todo como habia sido. El sol salia como de costumbre, las plantas crecian como antaño, las aves gorjeaban como siempre, ningun cambio se notaba en el cielo ni en la tierra, y sin embargo, en otro mundo recóndito habian brotado nuevos gérmenes y comenzaban á poblarse los espacios del sentimiento y de la idea con formas más complejas, más galanas, augurando frutos esquisitos. Y entiéndase que á nadie excluimos de estos cambios, que á ninguno emancipamos de semejante evolucion: Dinamion, afeminado por la dulzura del clima, no alardeaba de activo ó de sanguinario, pero buscaba sin cesar una disciplina, un órden, y revolvia en su mente reminiscencias sobre el bien y el mal y como anticipaciones sobre lo justo y lo injusto; Seuda, á pesar de su temperamento práctico, sentia trasformarse sus éxtasis contemplativos en observaciones y aficiones astronómicas, y hasta la voraz Anoya comia ménos y comia frutas ó legumbres, con lo cual dicho se está, que alambicaba sus peroratas muy pulidamente y daba á sus dogmáticos baturrillos una finura más sutil y una complejidad de filigrana. En una palabra: satisfechas con bastante holgura las necesidades materiales, surgian otras intelectuales para agrandar la vida colectiva y ensanchar el círculo de accion de los indivíduos multiplicando sin límite sus satisfacciones.

Por esto, sin duda, notábase un prurito general por deslindar, medir y ordenar los cielos como se habia hecho con la tierra; trazáronse los caminos del sol, la luna y algun astro de los más brillantes;

anunciáronse las inundaciones, porque se observó que coincidian con la aparicion de una estrella refulgente sobre el horizonte, y áun hubo quien llegó á sospechar, simplemente por analogía, si la isla de Gé, seria redonda como una bola.

Semejante efervescencia no pasó desapercibida para Seuda, y viendo á su Señor entregado al regalo y la molicie dispuso traer cerca de sí y con el mayor sigilo á la verdadera Alecia. Encerróla dentro de la cripta más profunda de su inmenso templo para ocultarla á los ojos de todos sin excepcion, con cuyo objeto procuró guardar las avenidas con largas calles de esfinges y obeliscos.

Además de esto fué restableciendo á la sordina el sistema de las castas, y redujo todo conocimiento, toda manifestacion intelectual, todo saber y toda ciencia á un inextricable simbolismo. La voluntad y las órdenes de Dinamion, las reglas de conducta por ella imaginadas, las astronómicas observaciones, las peroratas de Anoya, todo, se esculpió en los obeliscos y sus pedestales, en el templo y en sus aras, mediante innumerables geroglíficos y por manera simbólica, para hacer ininteligible á los demás hasta las cosas más sencillas y reservarse ella su conocimiento. En su manía por petrificarlo todo, tallaba en piedra las ideas: ansiosa por dirigir á todo el mundo, redujo la actividad del espíritu á la rutina inviolable de una doctrina esotérica.

Y á pesar de esto, y tal vez por esto mismo, cuando quiso visitar ocultamente á la hija de Pónos, se alarmó y sobrecogió al contemplar el estado de su manto. Veíanse por debajo de él los arranques de las pantorrillas, y la luz, aunque difusa todavía, casi casi deslumbraba.

Salió del templo resuelta á poner coto al pedir de los demás.

Mas apenas hubo comenzado á poner por obra alguna de las disposiciones trascendiendo á los resabios del Recinto de las Castas, cuando Dinamion sacudió su apática modorra, y entre iracundo y malicioso, la dijo:

—Veo, Seuda, que eres tenaz como nadie. Vuelves á tus antiguas castas y sigues rindiendo culto al quietismo. Oculta enhorabuena á los demás cuanto aprendieres ó supieres, pues tal vez podamos gobernar así mejor; pero si te haces la ilusion de volver á dominarme, te prevengo que es inútil. Contempla, siente, cavila cuanto quieras: en tratándose de hacer, ó de disponer de frutos y de cosechas, soy el más fuerte y mando yo. Ántropos, Andros, Gina, Télia, los esclavos, las mujeres, mis próceres, mis guerreros, sólo obedecen á mí. Serán labradores ó artesanos, agrimensores ó astrónomos, soldados, capitanes, párias,—lo que á mí se me antojare.—Los necesito así, y así los quiero. En cambio lo que ellos hayan menester, eso tendrán.

—Pero ¡Señor!—interrumpió la consejera sin poderse contener.—¿Y los peligros?. ¿Has pensado en los peligros?

—No me intimidas. ¿Qué temes?

—Temo á la hija de Pónos. Su velo pudiera desaparecer de golpe. Noto como síntomas de una terrible catástrofe.

—¡Cómo!—gritó Dinamion.—¿No te has comprometido á alargar su velo cuanto necesario fuere? ¿No te entiendes para ello con los inmortales?. ¿Qué novedades hay?. Venga la esclava.

Y tan fuera de sí, tan decidido se mostró nuestro

gigante, que Seuda hubo de callar y salió en busca de Anoya.

Compareció de allí á poco seguida de la falsa Alecia con quien se encaró Dinamion para decirla:

—¿Qué es esto, Alecia, qué es esto?. ¿Por qué sobresaltas á mi consejera?. Inútil es que resistas; tu encantamiento será eterno: Persuádete de ello y cede. Mira tu manto: sigue rozagante, y cuantas veces mermare otros tantas le alargará mi amiga, la amiga de todos los dioses habidos y por haber. No te empeñes en resistir, pues en último término te aplasto.

Y el gigante alzó el puño y rechinó los dientes.

—Señor.....—balbució Anoya toda temblorosa.—Yo no resisto.—Yo hago cuanto puedo.

—Entonces ¿qué significan los temores de mi consejera?

—Lo ignoro, Señor; lo ignoro.

—Pero te desconozco..... ese temblor.... ese velo.... ¿sientes como si fuese á desaparecer?

—Permite, Señor—interrumpió la de las cien caretas.

—¡Silencio!—gritó el gigante.—Calla tú y que hable ella. Acabemos de entendernos. Por tercera vez, digo y pregunto: ¿quién soy? ¿qué debo hacer? ¿cuál es mi fin?

Anoya, aunque conturbada con la actitud de Dinamion, se olvidó de todo cuando la dieron licencia para hablar, y con inconsciente expontaneidad desembuchó locuaz, como de costumbre, la siguiente perorata.

—¡On! ¡On! ¡On! (1) Soy cuanto ha sido, es y será,

---

(1) El *oum* brahmínico, segun le pronunciaban los Egipcios en señal de resignacion.

y nadie ha descorrido aún el velo que me cubre (1). Soy eterna é inmutable, y esta es *la última palabra* (no damótica), sobre las cosas y los casos. Eres espíritu inmortal, alma insubstancial, inamovible, que pasa y pesa por modo perfunctorio sobre los bultos animales. De aquí los dioses multiformes, que en sublime contemplacion estática velan sobre los vicios y virtudes de las mortales frágiles hechuras, cuyo vital transmutatorio dualismo prepara en la yerta mómia su excelsa resurreccion para cumplimentar el final juicio. El manso buey, el fiero cocodrilo, el gato, el can, el pelotero, el íbis, testigos homófonos y auténticos, en el tremendo gemebundo juicio, acusan, salvan ó condenan. Respétalos, cébalos, adóralos, y cuando la carnal pergamínica pavesa, fajada en lino sacrosanto, embadurnada con untos, mirra y perfumes, reclame transubstancial su prístina esencia anímica de nuevo por inquilino, tornará á erguirse inmortal el ruin óseo palacio, haciendo vida la muerte, como fué muerte la vida con el alma y por el juicio mediante resurreccion. ¡On! ¡On! ¡On!

---

(1) Inscripcion del templo de Sais.

CAPÍTULO VII.

El asombro de Seuda no tuvo límite al escuchar á su criada; pero aquel asombro subió de punto, y áun tomó visos de miedo, cuando oyó decir á Dinamion en tono de buen humor y de zumba:

—Bien, muy bien; quedo enterado. Perfectamente inmutable: en un principio, era todo mal, con mucho trino y mucha nada; despues un pisto de mal y bien con infinitos dualismos; ahora el alma, su juicio, su resurreccion..... Perfectamente inmutable. Amiga Seuda, vamos estando en el secreto. Quiero visitar á tus dioses disfrazados de animales. Crecen como por ensalmo y no es justo olvidarse de ninguno. Vamos al templo y sea Ántropos nuestro guia; ¿quién mejor que él supuesto que le construyó?. Haz que venga con nosotros y que Pónos le preste su varita mágica.

—Señor.....—comenzó á decir la bruja.

—¡Al templo!... y á visitar hasta sus últimos rincones—vociferó el guerrero.

No hubo sino obedecer. El gigante penetró en el templo dirigido por el hombre para aclarar sus sos-

pechas. Examinó con suspicacia todos y cada uno de sus escondrijos hasta llegar á la entrada de una cripta ante la cual el guia se detuvo.

—Este es lugar reservado, dijo.

—Para mí—gritó el guerrero—no debe haber nada reservado. Adelante.

—Señor—exclamó la bruja—para tí nada oculto habrá. ¿Pero para los esclavos.....?

—Comprendo—contestó Dinamion.—Entremos solos tú y yo.

Y los dos bajaron á la cripta.

Estaba toda iluminada y Dinamion se sorprendió al ver luz cuando esperaba hallar tinieblas. Su sorpresa se trocó en asombro al atisbar en el fondo de aquel antro á la hija de Pónos guardada por la vigilante Apenia.

—¿Qué es esto?—preguntó.—¿Quién está aquí? Mis sospechas no eran infundadas. Y..... ¡cuánto ha mermado el manto!. ¡Qué luz tan explendorosa sale por debajo!. Explicate y acabemos.

—¡Oh Señor sábio y fuerte y delicioso!—contestó la bruja hincando una rodilla en tierra y apoyándose en su báculo.—Perdona á tu mejor amiga. Si te engañé fué para salvarte. Es imposible contener la merma de ese ominoso manto; imposible evitar que encoja de dia en dia á cada nuevo prodigio, con cada nuevo progreso. Por eso procuré siempre paralizar todo movimiento, estancar toda actividad; pero tú quieres gozar, añadir fuerza á tu fuerza, armas á tus armas, medios á tus medios, y para evitarte peligros y disgustos discurrí la manera de conjurar la catástrofe de la emancipacion de nuestra esclava. Teniéndola enterrada aquí, nadie la vé, nadie la oye, y aunque su manto se descorra, su luz

á nadie iluminará. Si mientras tanto el mundo toma por Alecia á mi criada y mi hechura, nada tendremos que temer y la isla nos seguirá obedeciendo. Bueno que nosotros sepamos la verdad y por saberla estemos precavidos: Ántropos y su familia y las falanges de obreros, cuyo destino es trabajar para nosotros, deben ignorar estos misterios y mirarnos con la veneracion á Nos debida.

—Ya te dije, amiga mia—contestó Dinamion despues de una buena pausa y de reflexionar bastante —que iba estando en el secreto. Nunca pude convencerme de que era Alecia tu criada, pero me iba bien y me callé. Desde hoy ya será otra cosa. Nos conocemos y nos entendemos. Deja tu afan de embaucarme á mí con tu favor cerca de los dioses; embauca cuanto quieras á nuestros esclavos para mantenerles en sumision y obediencia. En cambio yo haré la vista gorda, fingiré creer en tus patrañas y te prestaré mano fuerte contra quienes á ponerlas en duda se atrevieren. ¿Estás conforme con el trato?

—Señor, Señor—exclamó Seuda levantando la cabeza con alegría tan gozosa que apenas si podia hablar.—Tu sabiduría me anonada, tu generosidad me admira. Colmas todos mis deseos y si tal haces y juntos nos entendemos para esquilmar y gobernar, podemos dormir tranquilos y reirnos por los siglos de los siglos de las mermas del manto de esta esclava. Su luz nos servirá para ver, su sabiduría para prevenir. Seremos invencibles y no habrá tasa á nuestra satisfaccion. Permite que te bese el pié en señal de amor y de alianza.

La bruja besó una y otra vez las plantas á su Señor y entonces éste la dijo:

—Conviene ahora discurrir el mejor modo de ocultar á tu prisionera. Bien está aquí por ahora, y sin embargo, debe estar mejor. Hay que echarla encima montes y montañas, hay que esconderla donde no llegue alma viviente. Consultaré y meditaré. No olvides nuestra alianza.

Durante todo este diálogo Ántropos permaneció á la entrada de la cripta. Ansiaba saber lo que hacian allí dentro la bruja y el gigante, pero el temor le contenia. Por fin pudo más que el temor la curiosidad y se deslizó con cautela de escalon en escalon. Llegó á la estancia subterránea y apenas hubo contemplado á la graciosa hija de Pónos, cuando vió que sus Señores se dirigian hácia él para salir y se apresuró á volver á su puesto lleno de admiracion y de zozobra. La luz de aquella aparicion habia producido en él desconocidas emociones.

Dinamion y Seuda regresaron al palacio.

Ántropos corrió á su choza para evocar á solas á su protector.

Oigamos primeramente á aquéllos y despues veremos cómo cuenta el hombre á Pónos sus inefables impresiones cuando contempló á su hija.

—Las cosas claras— decia Dinamion á Seuda sentado sobre un trono sólido de oro y piedra soberanamente magnífico.—Me siento más tranquilo porque ciertos escrúpulos que yo me sé, no me escarabajean ya por dentro. Sobre aquellas cosas sabemos tanto el uno como el otro; pero haga cada cual bien su papel, pues á los dos nos conviene.

—Así es, ¡oh sábio y delicioso Dinamion! — le contestaba la bruja. — Ahora no tendrás inconveniente en otorgarme tu permiso para pedir trajes suntuosos, vasos sagrados y páteras, incensarios,

perfumes, ornamentos para mí y mis ceremonias.

—Pide cuanto quieras y autoriza tu persona como gustes. Hagámonos respetar, pero ¿qué hacemos con Alecia? ¿dónde meterla? ¿cómo enterrarla para siempre?

—En ninguna parte se encuentra más segura y más oculta que en el templo. Guardado por mis esfinges, infunde á todos pavor.

—No me satisface, no me satisface—interrumpió Dinamion.—Mis soldados se van haciendo atrevidos y tú pudieras descuidarte. Quisiera echarla encima una montaña. ¿Y por qué no? Una montaña de piedra en medio de la llanura, una pirámide aislada para verla desde lejos, y vigilarla de contínuo. Está dicho. Dá las órdenes á los esclavos y que todos sin distincion trabajen noche y dia en la pirámide.

Mientras los dos amos de la isla hablaban y se entendian, Ántropos decia á Pónos:

—Fué para mí una aparicion celeste. Un manto negro la cubria cabeza, hombros, cuerpo y piernas, y sin embargo, á la luz suave y clarísima, formando como una túnica en rededor de sus piés, adivinaba sus formas, su hermosura, sus facciones. Jamás sentí una emocion semejante. Desde que la contemplé, la estoy mirando, la estoy viendo. Me siento como regenerado.

—Esa es mi hija — exclamó Pónos. — Su luz aumenta con tus obras. Si la llegas á contemplar sin velo, en su divina belleza, te sentirás más fuerte que Dinamion y te reirás de Seuda.

—Es necesario sacarla de la cripta—interrumpió Ántropos con entusiasmo.—Quiero que todos la vean.

—¡Y quién lo desearia más que yo!—contestaba

Pónos tristemente—pero no es posible, no es posible. Sólo á fuerza de constancia, de valor, de sufrimiento, podrás libertarla ejecutando prodigios y más prodigios.

—Pues yo lo quiero y ha de ser—insistia el hombre.

—Enhorabuena — replicaba Pónos. — Quiérelo y será, pero será con el tiempo.

La voz de los emisarios de la bruja puso fin á la conversacion de nuestros amigos. Llamaban á Ántropos, á Gina, á sus hijos, á los esclavos de todos los oficios, á fin de pedirles manto, corona, cetro para Dinamion, y vestiduras, vasos, incensarios para Seuda. Concluidas estas cosas, habian de dar principio á la construccion de la pirámide.

Los discípulos de Pónos se pusieron á fundir, tejer, bordar y cincelar, y pronto satisficieron, como de costumbre, los caprichos de sus amos.

Cuando Seuda vió la corona del guerrero, sintió una envidia incontrastable y quiso tener tambien la suya. Mas presumiendo que Dinamion no habria de tolerar ningun poder ostensiblemente igual al suyo, llamó á su criada Anoya y se desahogó con ella, platicando como sigue:

—Hemos librado esta vez mejor de lo que presumia. Estás confirmada por nuestro Señor en tu papel de falsa Alecia, y ya puedes despacharte á tu placer. ¿Pero quién te metió en la sesera el cúmulo de atrevimientos y misterios contenidos en tu perorata?.

—Y ¿lo sé yo, maestra, por ventura?. Fanta tiene buena parte de la culpa. Oye á Ántropos discurrir sobre sus sueños y su espíritu, le vé dormir y despertar, repara que tambien duermen las plantas en invierno y resucitan en la primavera, y como es tan

extremada en sus cosas y gusta de exagerar hasta lo sumo, coge al Ántropos de aire de los sueños, le hace impalpable é inmortal, equipara todo sueño con la muerte, convierte el placer de abrir los ojos á la luz en goces celestiales y gloriosos, y asociando estos y otros conceptos baladíes, mezclándolos y amoldándolos por modo caprichoso pero siempre bello, me cuenta mil leyendas peregrinas, las cuales apenas acierto á repetir. Y hablemos claro, maestra, ¿no te sucede á tí otro tanto?.

Seuda, para no entrar en discusion con Anoya, y eludir preguntas impertinentes y vidriosas, hizo como si no oyera, y dió otro giro á la conversacion.

—¿Has visto—preguntó como quien no dice nada—la magnífica corona labrada por los esclavos para Dinamion?.

—La ví y la admiré. ¡Qué joya más soberana!. ¡Gallardo signo de suprema autoridad!. Despues de él no es fácil dar con otro superior.

—Allá lo veremos—exclamó Seuda con marcado retintin.

—¡Cómo!—exclamó Anoya.—¿Te atreverias todavía á luchar con Dinamion?

—Por mandar, por dominar, me atrevo á todo, Anoya, á todo.

Y Seuda pronunció esta frase con vehemencia tan insólita, que su criada se sobrecogió.

—¡Corona! ¡coronas!—continuó la bruja—ya veremos quién es quien sabe lo que son. Nuestro Señor se prenda de apariencias: yo persigo las realidades. Á ver, quítate ese manto.

Y diciendo y haciendo, echó las garras al disfraz de Anoya, y arrancándosele de un solo tiron, la dejó la cabeza al descubierto.

—Inclínate—la dijo—y déjame hacer para que aprendas.

Al sentir Anoya que su maestra la arrancaba los pelos encima del colodrillo, no pudo ménos de gritar.

—¿Qué haces, maestra?

—Te pongo una corona algo más duradera y más temible. Consérvala cuidadosamente y en seguida tonsuraremos de igual modo á todos nuestros acólitos. Así seré reina de un sin número de reyes, y sobre mi autoridad no habrá ninguna.

Anoya soltó una carcajada estúpida, y señalando con el índice al circulillo calvo hecho por Seuda en su pelambre, tartamudeaba trabajosamente con la boca rebosando risa.

—¿Y esta corona..... esta coronilla..... vale tanto como la de oro macizo, con perlas y esmeraldas y diamantes?.

—Vale más, estúpida, mucho más, y tiene sobre la de Dinamion incalculables ventajas. No excitará la codicia como aquélla ; es más barata y más fácil de obtener; puede ocultarse en ocasiones; se luce sin cesar de noche y dia—símbolo por símbolo, sobre ser éste más cómodo, más humilde y más severo, será sagrado é inviolable. No te rias, pues, y deja correr las cosas. Que todos nuestros amigos se pongan hoy por hoy sobre la cabeza el sello de mi autoridad.

Y con efecto, desde entonces, algunos acólitos de Seuda adoptaron la tonsura.

Entre tanto, Ántropos, al frente de los esclavos del imperio, cumpliendo las órdenes de Dinamion, daba principio á la pirámide. Innumerables muchedumbres trabajaron en aquella obra gigantesca á

las órdenes del hombre, bajo la direccion de Pónos. Montañas de granito se arrasaron para transportar sus sillares á la vega, y una vez tendidas las primeras hiladas de la base, se hizo cada vez más y más difícil elevar las piedras á la creciente altura. Entonces, nuestros amigos, discurrieron un modo muy ingenioso de resolver la dificultad: acumularon contra las cuatro caras exteriores la tierra y la arena en rampa, por cuya pendiente arrastraron los sillares á fuerza de bueyes y de esclavos hasta colocar dos ó tres hiladas más. Tornaron á recrecer la rampa con arena; volvieron á subir piedras y más piedras; con ellas continuaron las hiladas, y repitiendo la misma operacion una y otra vez, llegaron hasta la cúspide dejando la pirámide enterrada bajo una montaña cónica de tendido suave. Á seguida deshicieron el inmenso cono, esparciendo la arena por la llanura, y fué surgiendo la pirámide—como brotando del suelo para desafiar al tiempo majestuosa—en medio de un arenal.

En el centro de su base, se habia dejado un hueco y en él se proponian Seuda y Dinamion encerrar á la verdadera Alecia, tapiando despues, con pórfido y granito, el estrecho pasadizo que al horrible sepulcro conducia.

Cuando la obra tocaba ya á su término, Ántropos le dijo á Pónos.

—En verdad, en verdad, que el trabajo ha sido gigantesco y mucho habrá debido de mermar el velo negro de tu hija si ha mermado en proporcion de mis afanes.

—No lo creas—contestó Pónos.—Es un estúpido alarde de soberbia, carece de utilidad, y por lo tanto, el velo negro de Alecia no habrá mermado de

seguro. Tu trabajo, en sí, no goza de esa virtud por ser trabajo. Su influencia benéfica consiste exclusivamente en su utilidad. Útil es tu trabajar cuando con ello satisfaces una necesidad, llenas un objeto, produces una satisfaccion; empero si todo esto no deja rastro tras sí, si los que vengan de tí en pós no heredan una cosa útil más, una idea mejor, un sentimiento más noble, tu trabajo, áun siendo útil, habrá sido estéril ó baldío. El manto de mi hija no ha de encojerse con él. Muy al contrario sucede con el trabajar fructuoso, porque deja en reserva y ofrece á todos disponibles, ya un objeto material de utilidad, y por consiguiente, de valor, ya ideas exactas con las cuales se prevé y se acierta, ya sentimientos ámplios y elevados, cuya hermosura endulza, facilita ó engalana la existencia. Además de estos dos modos de trabajar, hay un tercero todavía: tú y tu familia podeis sudar y rendiros en trabajos verdaderamente ruinosos. Podreis trabajar en destruir riqueza; podreis afanaros néciamente por torcer las leyes de la isla é inculcar así el error; por matar al sentimiento y sustituir á sus dulcísimos efluvios la llama de la pasion torpe ó ardiente; pero semejante demencia nunca puede durar mucho porque conduce á la muerte. Por eso siempre os recomiendo cualquier trabajo fructuoso, pues esa clase de esfuerzos son los únicos capaces de desencantar á mi hija. Afortunadamente esos son los que tienden á fomentar, por lo comun, la ambicion y la codicia del gigante, la soberbia dominadora de la bruja. Esa pirámide, ¡ay de mí! es una triste excepcion de aquesta regla.

—Te voy entendiendo un poco—contestó Ántropos con impaciencia—pero no es esta ocasion para perder el tiempo discurriendo. La pirámide se ha

concluido. ¿Dejaremos á nuestros esquilmadores en ella enterrar á Alecia?. Estoy decidido á resistir. Te mando imperativamente sacar del templo á tu hija para huir lejos, muy lejos, esta misma noche.

Pónos obedeció sin rechistar y penetró en el templo y en la cripta.

—Alecia — dijo apresuradamente. — Es menester huir. Nuestros enemigos te van á enterrar en vida debajo de una montaña de piedra.

—¿Y qué?—preguntó la encantada con dulzura.—¿Conseguirán lo que pretenden?

—¡Cómo!—exclamó su padre.—Me espanta tu tranquilidad. Ántropos quiere verte libre á todo trance.

—No es posible, padre mio. Ya lo sabes: sin hacer tus protegidos una série de prodigios, más imposible de contar que los peces de los mares, los átomos en el polvo, ó las flores en los campos, importa poco estar aquí ó dentro de la pirámide. La libertad se constituye con obras, no con deseos. Deja extremar sus rigores á los hoy dueños de la isla; quizás el estímulo de su látigo sea indispensable para abreviar el plazo de mi encantamiento.

—Ántropos en libertad y contigo, realizará mejor esa série de prodigios.

—No tal, padre mio. Tu buena intencion te ciega. Cuando se trataba de robustecer el penúltimo eslabon de la cadena—el organismo de tu Ántropos—bastaron sus esfuerzos y los tuyos, mas hoy se trata del último eslabon, del más complejo y más maravilloso y todavía me parece escasa la cooperacion de duendes, brujas, gigantes, de servidores como Pir y lisonjeros como Fanta.

—¡Ah!—exclamó el génio tocándose la frente con

su vara.—¡Cuánta luz me dan esas palabras! Son el eco de otras no entendidas, y ahora comienzo á comprender (1). ¿Cómo se irá constituyendo ese último eslabon?

—Del propio modo que el penúltimo—continuó Alecia en tono tranquilo y dulce.—Los hombres en sociedad sentirán necesidades de tres órdenes como el indivíduo, y cual él harán esfuerzos de tres clases para satisfacerlas fácil y cumplidamente. Estos esfuerzos—constituyentes de su actividad—agrandarán su vivir, ensancharán su saber y elevarán sus afectos hasta el cielo. El hambre y sed de su cuerpo, la sed y el hambre de su espíritu, excitadas de contínuo por una vaga y soñadora aspiracion, les impulsarán á obrar dando forma, carácter y manifestaciones múltiples á un poder inmenso, colosal, á una inteligencia ámplia y superior y á una conciencia segura y casi infalible. Todo esto no es obra de un momento, ni depende de una intempestiva libertad. Falta mucho, padre, falta mucho.

—Aunque así sea—interrumpió Pónos,—¿cómo negar al hombre una esperanza, un ideal?. Él lo quiere y yo debo obedecerle. Conságrale un respiro en esta huida; que mis protegidos te vean y te oigan para cobrar fuerzas y continuar.

La esclava calló y suspiró en señal de asentimiento, pues daba oidos de ternura al proyecto de su padre y la halagaba la idea de salir de su prision. La huida quedó concertada para despues de media noche.

El buen génio, despues de preparar á su hija, conferenció con la familia de Ántropos. El padre acep-

(1) Prólogo en los cielos.

tó el plan con entusiasmo, el hijo le oyó indiferente, la mujer y la hija prometieron no faltar á la hora señalada. Aquella aventura tenia para el esclavo irresistibles atractivos. Soñaba á todas horas con la antigua libertad y deseaba respirar libre un instante, aunque aquel instante le hubiera de pagar con la existencia.

Cuando el sol hubo desaparecido por ocaso, cuando todo era silencio y sombra en la tierra y las estrellas lucian sus vivísimos destellos en los cielos, Ántropos abandonó su cabaña de juncos y de barro y se dirigió á la de su hijo, porque bueno será decir aquí á nuestros lectores la situacion y modo de vivir de la familia. Ninguno de ellos gozaba de más comodidades ni de mejor trato; dormian en distintos pero igualmente desapacibles tugurios; su lecho era un brazado de paja; su alimento los frutos más desabridos, las raíces más insípidas, el pan más negro; su bebida agua del rio en comun con los rebaños y bestias; su traje un paño revuelto á la cintura, basto y haraposo, el cual ni engalanaba su desnudez, ni de abrigo les servia. De nadie alcanzaban compasion; sus infinitos tiranuelos les menospreciaban; á la menor falta alzábase el azote. En cambio, dia y noche, veíanse agobiados por los trabajos más ímprobos. Ándros seguia dedicado casi exclsivamente al campo; vivia en inmunda choza, y si comia algo más en ocasiones y á hurtadillas, en cambio pensaba ménos y estaba en camino para embrutecerse. Gina y su hija servian al gigante en su palacio; iban á limpiar el templo, desempeñaban las faenas más humildes, y eran el blanco del ódio mortal de Seuda. En cuanto al padre, era artesano de todos los oficios, capataz y

maestro de los esclavos en general, todo lo hacia, de todo era responsable como amigo y favorito del insigne Pónos. En una sola cosa habian adelantado aquellos infelices: los duendes, próceres y trasgos despreciábanles por su mansedumbre, teníanlos en muy poco y ni siquiera se les ocurria que pudiesen pensar en sublevarse. De aquí el no encerrarles como antaño y gozar ellos de la triste libertad del abandono.

Ántropos, pues, segun íbamos diciendo, se dirigió á la choza de Ándros. Llamó con prisa á la puerta una y otra vez: nadie contestaba; era evidente que dormia. Por fin oyó Ántropos la voz del hijo, y le escuchó gritar medio dormido desde adentro.

—No quiero huir. ¿Para qué?. De labrador no he de pasar. Lo mismo me dá trabajar para unos que para otros. ¿Dejaré de ser pobre y miserable?. No quiero huir. Déjame.

Con harto dolor de su corazon comprendió el padre que su hijo era verdaderamente esclavo, y deseoso de no comprometer el éxito de la empresa, se alejó de allí con lágrimas en los ojos en busca de su mujer y de su hija.

Ni la una ni la otra acudieron á la cita. El esclavo dió cien vueltas al palacio, al templo, á las viviendas de los principales próceres, y en todas partes vió luces y festines, oyó cantos y disputas, olió el aroma de los inciensos, el tufo de los manjares, pero ni dió con su mujer ni averiguó el paradero de la moza. En esto se acercaba media noche, y Ántropos se vió obligado á reunirse con su protector y con Alecia, quienes le esperaban impacientes á la puerta del suntuoso templo. El desconsuelo de

ambos fué muy grande al saber la resistencia del mancebo, y rogaron á su protegido buscase al ménos á las dos mujeres.

Afortunadamente cuando Ántropos se dirigia en su busca, llegó la moza sin aliento y trémula, y lo que es más, hasta unas cuantas docenas de esclavos, todos deseosos de seguir al hombre, todos dispuestos á dar la dulce vida por un dia de libertad. Con su ayuda el rebelde reunió presuroso un rebañuelo de cabras, media docena de pollinos, puso dentro de los serones cuanto encontrara de alguna utilidad, sin olvidar unas cuantas de sus mejores herramientas, la flauta de Tongo, el leño donde se escondia Pir y la piedra en cuyo seno dormitaba Báros.

—Es hora ya de huir. Pongámonos en camino—decia Pónos al hombre mientras éste hacia sus últimos preparativos.—El alba se acerca. ¡Ay de nuestras esperanzas, si no ponemos mucha tierra entre el gigante y nosotros!.

Ántropos y su hija se apresuraron y se reunieron con Alecia.

—Pero ¿y tu mujer?. ¿Dónde está Gina?—preguntó la hija de Pónos cuando les vió llegar.

—La busqué y no la encontré. No sé donde se ha metido. Preciso será salir sin ella.

—Es una desgracia—exclamó Alecia.—Casi una catástrofe. ¿Á qué clase de libertad aspiras mientras la madre de tus hijos sea esclava?

—En marcha, en marcha—interrumpió el génio.

La pequeña caravana emprendió triste la huida, y arreando en ansiedad las cabras y los pollinos, corrieron todo el resto de la noche.

CAPÍTULO VIII.

Era una mañana nebulosa. La luz difusa alumbraba divagando perezosamente por la bruma dormida ó recostada sobre el suelo. Los objetos todos, mirados al través de aquella gasa (que el viento agolpaba ó descorria, como tiende ó repliega un velo cándido sobre el seno de la vírgen), aparecian ya claros y distintos, ya desvanecidos y fantásticos aunque deformes siempre y vacilantes. El tomillo aparentaba ser arbusto, el laurel encina, la encina cedro secular, zorzal la calandria, águila ó buitre el miserable milano. Los sonidos tenian todos eco, los pasos repercutian y las voces distantes oíanse cercanas con claridad cristalina. Y á pesar de lo claramente que resonaba todo ruido, un silencio singular pesaba sobre las llanuras y las selvas. Ni los jilgueros trinaban, ni la tórtola plañia, ni se extremecia aún soñolienta la atmósfera con las innumerables voces que todos los amaneceres, al retorno de la aurora se despiertan y saludan. No se presentaban á la vista tendidos panoramas, ni se alcanza-

ban lejanos horizontes; apenas si se vislumbraba bastante trecho para acertar con el camino, y los árboles y las plantas destilaban, por cada una de sus hojas gotas diáfanas y puras que caian á compás cual lágrimas vertidas en dolor por el síncope fortuito en que yacia la naturaleza.

Gracias á la luz de Alecia—la cual marcaba la ruta como un faro—Pónos, seguido por Ántropos y Télia, se encaminaba hácia una cala profunda de la mar, bien conocida del génio, y que en su opinion era muy conveniente interponer cuanto ántes entre ellos y sus perseguidores. Porque con el alba oyeron los fugitivos extraordinario alboroto al cual dominaba de contínuo la voz y las amenazas del gigante. Innecesario creemos referir la causa de aquel rumor y aquellas voces: tan luego como apareció la claridad del dia quisieron algunos próceres exigir nuevas satisfacciones á los esclavos; no hallando al padre, hicieron comparecer al hijo y éste confesó á la postre la escapada y áun explicó cómo lograra evadirse. La noticia de la huida de Ántropos cundió entonces por el valle con nunca vista prontitud y Seuda despertó tambien, y apenas supo lo ocurrido cuando sospechó si el esclavo no se habria sublevado solo. Corrió desatentada al templo, no encontró á su esclava allí, y desconcertada como pocas veces, acudió á su Señor, le hizo abandonar el lecho, le alarmó con sus augurios, le instó, le suplicó, le dijo hasta que Dinamion sacó á Hipodonte, saltó sobre él con su espada y salió á explorar el Valle de las Inundaciones. En toda aquella excursion Fobo le acompañó sin cesar y hasta se atrevió de cuando en cuando á ponerle sobre las narices un par de sus antiparras.

Viendo peligros y visiones corrió el gigante la llanura mientras sus secuaces ya en tropel, ya divididos, hacian otro tanto sin órden, sin pericia, sin concierto. Porque es muy de notar y conviene aquí decir, que desde la desaparicion de Pónos y sus amigos, ni la bruja astuta y perspicaz , ni los más taimados de los duendes daban disposicion con tino, ni en las que daban, acertaban.

Los fugitivos, segun íbamos diciendo, se encaminaban diligentes á una comarca desierta en la cual esperaban poderse defender de sus tiranos por falta de provisiones, pero para llegar á ella tenian que atravesar la cala á donde se dirigian.

Antes de mediar el dia comenzó una lucha singular entre los rayos del sol y la niebla perezosa. Donde quiera que el astro explendoroso rompia la gasa de la bruma, allí se precipitaban oleadas de vapores blanquecinos como para llenar el puesto y defenderle palmo á palmo á manera de escuadrones entusiastas y valientes. Poco á poco, sin embargo, se multiplicaron los huecos, distinguiéronse de vez en cuando trechos cada vez mayores de aquella inmensa llanura, el vapor de la neblina acudió más y más tardío cada vez á tender sobre las brechas su cendal, hasta que por fin los restos destrozados de la niebla treparon dispersos y en derrota por los últimos cerros y altozanos.

En uno de aquellos claros repentinos y fugaces, Dinamion (cuya estatura era tanta) divisó á los fugitivos orillas del mar disponiéndose á atravesar la cala. Lanzó su caballo en aquella direccion con el intento de impedirlo; pero en aquel mismo punto los vapores tornaron á cerrar sobre la tierra interponiéndose como un angel bueno entre el tirano y

sus víctimas. Cegado por aquel velo el gigante no supo ya á dónde caminaba y se extravió, mientras que Pónos conocedor de aquella region por ápices, condujo á su protegido hácia un istmo entre dos mares situado sobre la izquierda. Por él pasaron á pié enjuto á pesar de las ciénagas y charcos abundantes en el istmo y llegaron á la opuesta orilla de la cala para descender á lo largo de ella y enderezar el rumbo hácia el Desierto.

Ya habian descendido grande trecho sin alongarse mucho de la orilla, cuando el sol venció la bruma y nuestros amigos vieron á su perseguidor enfrente, pero en la orilla opuesta, montado sobre Hipodonte. Ántropos, en su ignorancia, admiró los recursos del buen génio, y se figuró que, por la sola virtud de la varita dorada, acababa de separar las aguas y detenerlas á uno y otro lado. Contemplando el brazo de mar que le separaba de su tirano, le miró con ánimo sereno y hasta se gozó en la burla. El gigante tambien les divisó y comenzó á amenazarles con la voz y con el gesto. Poseido de soberbia estúpida y creyendo que sus esclavos acababan de pasar el mar en línea recta, calculó que si ellos le habian pasado, él tambien le pasaria. Confió en su estatura y en los bríos de su corcel, y se arrojó al mar para alcanzarlos. Tanto orgullo, tanto menosprecio, parecieron indignar á las impasibles olas que, agitadas por el viento, le asaltaron iracundas, y á despecho de los heróicos esfuerzos del temerario perseguidor, caballo y caballero rodaron en lo más profundo de aquella profunda cala, llevados y traidos por la corriente como los despojos inertes de un naufragio.

En cuanto á los próceres que seguian á Dina-

mion, ni uno sólo de los que se arriesgaron á entrar dentro del mar salió con vida á la orilla.

Grandísimo peligro corrió entonces Dinamion. Su lucha con el prepotente mar fué arriesgada y angustiosa, aunque la feliz casualidad de asirse en medio de sus ánsias á la cola de Hipodonte le sacó por fin á salvo: el bruto, guiado por su natural instinto, nadó resueltamente para volver al punto mismo de donde saliera. Sin su sagacidad y sus extraordinarias fuerzas, el coloso, arrastrado por el peso de sus armas, hubiera perecido allí.

Cuando se repuso de la fatiga y recuperó su serenidad de espíritu, sintió á par del alma no haber atravesado aquella cala de mar para seguir vengativo sobre los que llamaba sus esclavos viles. Empero ya era tarde: los fugitivos penetraron entre tanto por la comarca desierta, en cuyas lindes les esperaba allá en el cielo la muda y deliciosa Elpisa para infundirles nuevo aliento y centuplicar sus fuerzas.

Todavía estaba Dinamion sentado sobre la playa, y más ahogado por la ira que por las amargas ondas, cuando llegó su consejera seguida por un ejército inmenso de duendes y servidores. Dinamion se puso en pié, y los dos, sin perder tiempo, se retiraron para deliberar.

—¿Qué hacemos?—preguntó el gigante en torvo ceño.

—Paréceme Señor—contestó Seuda—que la fuerza ha desempeñado su papel y comienza el de la astucia. Los esclavos se dirigen á una comarca árida, selvática, sin víveres, sin pastos; tú eres voraz; tu caballo más aún; montado sobre Hipodonte los fugitivos te verán á gran distancia y desde donde tú

no les columbres podrán burlarte, perecerás con tu caballo de hambre y es inútil continuar la persecucion. Empleemos otras artes, únicas que ya podrán restituirlos á la esclavitud. Vuelve al valle con tus huestes para vigilar sobre Ándros y Gina, la otra mitad de la familia y sus criados. Levanta el ánimo de nuestros vasallos porque le veo abatido, déjame con mis secuaces prepararlo todo para emprender la persecucion, y yo prometo restituir á la obediencia á esos ilusos.

Hízose así: Dinamion tornó á su palacio preocupado é iracundo, y Seuda, despues de pertrecharse en su templo con lo necesario, tomó el camino del istmo encomendando los preliminares de la empresa á las malas artes de sus duendes, cuya fidelidad y travesura conocemos. Como gente sutil, menuda y perspicaz, se podian mantener en caso de grande apuro, casi casi con el aire.

Cuarenta dias estuvieron en el Desierto Ántropos, su hija y Pónos en compañía de Alecia, y cuarenta dias se vieron asediados de contínuo por sus mortales enemigos. En ellos sucedieron millares de hechos notables que no podemos referir á la menuda, mas entre aquellos hechos los hubo de tamaña trascendencia para lo futuro, que forzosamente habremos de mencionar, siquiera sea de un modo desaliñado y somero, algunos de los culminantes. Fué aquella la ocasion primera en que el hombre escuchó directamente á la sábia hija de Pónos, y bien merece recordacion especial este corto y fugaz período de ventura por la influencia trascendente de la palabra de Alecia sobre los destinos del protagonista de este cuento y de su descendencia más remota.

Las privaciones y los apuros de los primeros dias, pusieron á prueba la extraordinaria virtud de la vara mágica de Pónos. Carecian de pan y transformó la sávia ó jugo de los arbustos (sávia que exudaban los troncos y las ramas bajo los rayos del sol) en un verdadero maná azucarado, nutritivo—razon por la cual llamaron á aquel desierto *La Comarca del Maná;*—se morian de sed y enseñó al hombre á perforar la tierra allí donde corrian arroyos subterráneos é hizo verter el agua en fuentes abundantes. En todo estaba, á todas partes acudia, y cuando observó que los duendes, emisarios de la bruja, habian llegado y molestaban á sus protegidos insistentemente, pasó las noches en vela temeroso de su simplicidad y procuró ponerlos en guardia contra toda clase de asechanzas. Despues, y viendo los peligros y los ataques de los duendes, quiso darles reglas de conducta para consolarlos y guiarlos.

Á este fin, hizo alto al pié de un monte elevado sobre cuya cima humeaba—rugiendo á veces—un volcan, y rogó á la sábia Alecia que dirigiera la palabra á sus protegidos.

—¿Y qué quieres, padre, que les diga?. Á impulsos de tu cariño te finges posible anticipar los acontecimientos, aunque sabes que no puede ser. Ni Ántropos, ni Télia, ni los demás de su familia, se hallan en disposicion de comprenderme. Tal vez, ni áun sientan ellos la necesidad de oirme.

—Sí tal, sí tal—exclamó Ántropos con verdadera pero cándida efusion.—Como el guerrero y con más ahinco que el guerrero, quisiera saber de dónde vine y dónde voy. Dime lo que debo hacer. Dime quién hizo esta isla.

—Veo con efecto—contestó Alecia risueña—que

el curioso Dinamion, en curiosidad no te aventaja. Aprovechemos el respiro antes de separarnos otra vez por mucho tiempo. Escucha. En una época tan remota, que se pierde en la inmensidad infinita de los tiempos, Teo, el incomparable encantador, el encantador tres veces sábio, tres veces justo, tres veces poderoso, sacó esta isla de la nada, y dándola tres toques con su vara omnipotente, la vistió con la variada galanura que ufana por doquier ostenta. Tendió sobre su haz la verde alfombra con flores, los rizados relieves de la selva, los pliegues perfumados de los valles; ciñó reflejos y matices con cintas é hilos de plata unidas al azul del mar como cordones de donde pende un manto; dejó desnudas las cabezas de los montes sin perjuicio de abrigarlas en invierno con una toca blanquísima, y envolvió el portento vivo en ligera vaporosa gasa con lazos multicolores de vistosas y movibles nubes, y tachones rehilantes de luceros y de estrellas. Morada celestial dispuesta para el amor y la bienaventuranza, sólo esperaba la aparicion de séres inteligentes, los cuales, comprendiendo sus encantos, supiesen sacar la paz y la abundancia de todas y cada una de sus innumerables maravillas. Entonces, el Supremo Encantador cuya bondad no tiene límites, cuyos fines todo el mundo ignora, con otros divinos movimientos de su voluntad, pobló las aguas de peces, la tierra de reptiles, pájaros y brutos, y puso sello y remate á los preludios de la gran comedia de la vida creándote á tí y poniéndote, todavía niño, bajo la custodia de mi padre. Aguijoneado por necesidades y deseos has luchado y has crecido; esclavo de otros semejantes tuyos, más astutos ó más fuertes, lucharás y crecerás. Para ello

fuera inútil entretenerte ahora con secretos que te están vedados. Escucha y graba en tu memoria una regla de conducta, y si la observas con amor, podrás continuar la série de prodigios necesaria para desencantarme á mí y verte con el tiempo libre. Ama á Teo—adórale—honra y obedece á tus mayores—respeta al prójimo y á lo suyo—nunca reniegues de mí, y no busques otras satisfacciones sino aquellas con que mi padre te brinde (1).

Así habló Alecia: lo que acababa de decir era bastante para trastornar la débil inteligencia del protegido de Pónos.

Ántropos y Télia la oian con respeto y procuraban comprender todo el sentido de su regla de conducta; pero rendidos de cansancio y mareados con aquel su extraordinario cavilar, cayeron en un sueño letárgico y profundo.

Al poco rato se divisaron á distancia los escuadrones de Seuda corriendo á todo correr y arreando hácia adelante una multitud innumerable de esclavos. Pónos, alarmado como nunca, procuró despertar al padre y á la hija para avisarlos y huir; pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y cuando á la caida de la tarde llegó Seuda seguida por Anoya, sus acólitos y hechuras, Ántropos y Télia dormian todavía.

El primer cuidado de la bruja fué apoderarse de Alecia. La hizo retirar de allí en medio de un escuadron de los suyos y puso en su lugar á Anoya rodeándola ostentosamente con una muy lucida compañía de turiferarios.

La célebre consejera traia bien meditado su plan

(1) Exodo, cap. XX.

y venia prevenida por lo visto. Y como su llegada fué en momentos tan propicios á sus fines, con su osadía habitual y su actividad indiscutible, procuró cambiar totalmente el espectáculo á la vista para engañar y subyugar al hombre.

Anoya, segun íbamos diciendo, ocupó el lugar de Alecia sobre la falda del monte y un poco más arriba del punto en donde dormian Ántropos y Télia. Dos hileras de acólitos comenzaron á agitar los incensarios del templo, pues tal habia sido la prevision de Seuda que entre los muchos esclavos de su séquito los habia cargados con la timiama sagrada, compuesta con estacte y con onique, con gálbano y con incienso (1).

Tampoco se descuidó la consejera en interrogar á los duendes emisarios y saber por ellos cuanto habia sucedido. Los más sagaces refirieron mal que bien los dichos y máximas de Alecia, todo lo cual hubo de repetirse varias veces y Anoya procuró aprenderlo y retenerlo á fin de desempeñar su papel convenientemente.

Al despertar los protegidos de Pónos tras una noche de letargo, todo estaba preparado para impresionarles. Al través de nubes de humo y perfumes creyeron ver á la hija de su protector cubierta con su velo negro y se dispusieron á seguir escuchando con veneracion su palabra plácida y divina. Pónos se habia embozado y no le echaron de ménos.

—¡Hijos mios!—exclamó Anoya al verles desperezarse y restregarse los ojos.—Mientras descansábais y dormíais, he visto á Teo y he conversado con Él. Escuchad su voz, mirad su luz: os habla desde

(1) Exodo, cap. XXX.

lo alto con bocina. Tengo mision de conduciros hasta su presencia. Si deseais volver á las ollas suculentas del Valle de las Inundaciones, (ollas que tantas veces habeis llorado en este estéril desierto) preparaos á seguirme para recibir de manos del mismo Teo cumplida bienaventuranza. Pero su luz os cegaria, su voz os dejaria sordos, y para verle y oirle habreis de poneros un par de vendas en los ojos y en los oidos bedijas.

Ántropos y Télia sorprendidos por el espectáculo ni tuvieron tiempo para reflexionar y, como autómatas, se sometieron á cuanto Anoya les decia. Vendados y ensordecidos sin acertar á ver ni oir, se dejaron guiar por los secuaces de la bruja para llegar, segun creian, á la presencia de Teo.

Entre tanto, Seuda avisó á Dinamion y le dió cita en la costa.

Ántropos y su hija se pusieron en marcha sin tardanza rodeados por sus enemigos cuya algazara era mucha.

Pónos intentó acercarse á ellos y hasta les gritó y les previno, mas como ni oian, ni veian, todo su esfuerzo era en balde.

Ántropos y Télia caminaban y caminaban.

¡Oh triste y mil veces lamentable condicion de los míseros mortales!. ¡Cuántas veces como ahora creísteis ser conducidos allá al cielo por quienes cubrian vuestros ojos á la luz y cerraban vuestros oidos á toda palabra amiga de verdad!

CAPÍTULO IX.

Por demás impaciente y receloso, vigilaba Dinamion sobre el peñasco más culminante de la costa. Con ojos inquietos y anhelantes escudriñaba las tierras á la redonda, y no viendo venir á ninguno de su grey con los rebeldes fugitivos, escarmenábase iracundo la rufa cabellera, rechinaba los dientes de coraje, alzaba al cielo los puños, y prometia tomar atroz y nunca oida venganza. ¡Oh! y el caso no era para ménos. Ser dueño de una criatura, miserable, sí, pero muy inteligente; tener por consideraciones á la misma, sujeto al más fecundo de los génios; no antojarse de cosa alguna sin ver al punto colmados y con creces sus antojos; disponer de armas irresistibles proporcionadas á su estatura; oprimir el lomo de un caballo con cuyos cascos se podian asolar cien tierras; creerse prepotente, y serlo en realidad, dentro de los muros, fosos y ferradas puertas de un castillo ó de un palacio, y levantarse una mañana para saber que el pigmeo se ha atrevido á tanta omnipotencia, ha huido sin saber por qué, llevándose goces, ensueños y esperan-

zas, es lance bastante, y áun sobrante, para apurar la paciencia ó despertar el enojo de un sér más sufrido y más humano que el iracundo Dinamion.

—¡Ellos son! ¡allí vienen!—exclamó por fin, despues de haber seguido atentamente un punto negro que se presentó en el horizonte, y el cual creciendo y más creciendo, daba á entender que se acercaba.—¡Ellos son!. ¡Mi caballo! ¡mi caballo!

Montó con esto, sin espera, sobre Hipodonte, y á su carrera tendida, partió para reunirse á la tropa duendesca, triunfadora, la cual capitaneada por la bruja traia engañado al hombre.

La llegada del gigante produjo entre los de Seuda alboroto y confusion, y Pónos, aprovechando aquel desórden, se acercó á su hija y la dijo:

—Huyamos, Alecia, huyamos. Con mi manto y con mi vara, nos pondremos fácilmente en cobro.

—Seria inútil—contestó la esclava.—¿Qué somos, qué suponemos lejos de tus protegidos?. Ahora más que nunca tendrán necesidad de nosotros. Y por otro lado, algo se nos pega á todos de los demás con el trato, y algo modificarán mis palabras y mi ejemplo, de seguro, la índole de Seuda y de Dinamion. Envuélvete en tu manto azul y cédeme el puesto de mayor peligro. ¿Qué importa un poco más ó un poco ménos de dolor cuando con ello el triunfo se asegura?. ¿Hay por ventura otro camino del bien en este mundo sino el áspero, pero deleitoso de la abnegacion y el sacrificio?

Apenas concluyó Alecia esta frase, cuando ya estaba Dinamion dando sus órdenes. Quitaron á los esclavos las bedijas y las vendas, los desnudaron de sus bisuntos harapos, y Apenia les azotó impíamente con su látigo de alambre. Para evitar nuevas

fugas, se sacaron cadenas, grillos, esposas y se les cargó de hierros. Despues volvieron á azotarles.

—Basta por hoy—exclamó el gigante cuando vió al hombre muy próximo á sucumbir.—Aquí mismo, sobre aquel peñasco, me vais á levantar otro castillo. Porque has de saber, amiga Seuda (dijo volviéndose á la bruja), que yo no puedo vivir como tú quieres. Sigue encerrada si te place; te cedo templos y palacios; pero yo necesito divagar, correr la isla, buscar lances y enemigos, y pelear y vencerlos. Buen provecho te haga tu inmutabilidad; prefiero la vida y el movimiento.—Y mira: mándame á Gina por acá. Á tí no te hacen gracia las mujeres y yo no vivo á gusto lejos de ellas.

Todo el mundo obedeció. Seuda se volvió al templo para gobernar á su sabor el Valle de las Inundaciones; con ella se quedaron Ándros y los esclavos más sumisos, en cambio de los cuales remitió al gigante á Gina con todos los utensilios, joyas ó trebejos que fué pidiendo su Señor.

Reunido de nuevo Ántropos á su mujer y puestos á la cabeza de un enjambre de prisioneros semisalvajes, cogidos por Dinamion á diestra y á siniestra, nuestros amigos obedecieron otra vez pacientemente las órdenes del buen Pónos, y trabajaron sin cesar hasta cubrir el peñasco de la costa con las murallas y torres de un castillo más espacioso, más complicado, más bello, que el primitivo allá en la Tierra de la Servidumbre. Ocupóle Dinamion cuando todavía estaba á medio construir, y sintiéndose emancipado de la tutela de su consejera, dió rienda suelta á su ambicion y comenzó de nuevo á pedir y más pedir. Muchas fueron las maravillas pedidas, innumerables las hechas, y entre

ellas las habia tales y tan trascendentes, que nosotros no podemos hacer caso omiso de lo ménos dos.

Cansado de explorar la tierra mientras se terminaba su castillo, Dinamion, cuando lo contempló terminado y vió que nada le quedaba por reconocer ó devastar en aquella comarca de la isla, llamó un dia á sus esclavos y les dijo:

—Quiero recorrer la mar; me hastian las aventuras en tierra. Recuerdo que cuando yo te perseguia, solias atravesar los rios sobre un leño; despues, en el Recinto de las Castas, pasabas de orilla á orilla en balsas con pasamanos; en el Valle de las Inundaciones, has construido almadias bastante grandes para sostenerme á mí, y unos cascarones muy bonitos para atravesar el rio ó pescar sobre la costa; sabes manejar el remo, y cuando remas te envidio. Pues reune todas estas cosas; júntalas—mejor hechas y mayores—y hazme pronto un cascaron muy grande para llevarme por las aguas. Todo es cuestion de tamaño. El mio es grande, y pues te dice tu génio que todo puede ser motivo de adelanto en Gé, séalo ahora mi estatura para fabricar otra nueva maravilla: un palacio flotante, cómodo, seguro.

Dinamion hizo un gesto imperativo, y Ántropos se retiró para consultar á Pónos.

—Ánimo Ántropos, buen ánimo—exclamó el génio al saber la nueva peticion de su Señor. No sabes tú cómo vá á mermar, con la hechura de esa nave, el velo impenetrable de mi hija.

—Y sin embargo—contestó el hombre suspirando—no me creo con fuerzas para ejecutar eso que Dinamion desea.

—¿Y por qué?—preguntó el génio.

—¡Y preguntas el por qué?—exclamó el hombre. —¿No ves su pesadez, sus proporciones?. ¿Cómo quieres que yo con mis brazos raquíticos y diminutos pueda mover una nave en donde quepa Dinamion, ni remando, ni bogando, ni ciando?

—Buscaremos un criado que nos ayude—dijo Pónos.

—¿Un criado?—preguntó Ántropos con evidente curiosidad.—¡Cómo! ¿otro criado como Báros, como Pir?

—¡Exactamente!—prosiguió el génio.—Un criado que, á la verdad, no será tan dócil y doméstico, pero que bien ó mal te redimirá tambien de una suma inmensa de fatiga. Escucha otro más de los increibles misterios de esta isla. Voy á contarte una leyenda, que no ha de ser Fanta la única que te las cuente. Todavía vaga por los aires el espíritu de un génio activo y poderoso, y de él nos hemos de valer para llevar á Dinamion por la mar. Ánemos era —aunque fuerte—ligero y vaporoso y vivia perdidamente enamorado de una beldad de ojos negros y morena tez, unida desde muy antaño á él por la más tierna y entrañable simpatía. ¡Cómo se querian! ¡Cómo se estrechaban! Siempre estaban abrazados, siempre confundidos, vagando amantes por el cielo sobre la espalda de un inmenso cisne que se cernia embelesado oyendo sus dulcísimos coloquios. Un dia Teo, ese Supremo Encantador de quien te habló mi hija en el Desierto, tendió su mirada desde sus nubes de gloria para recrearse con las galas de la isla y no pudo examinar su obra claramente: se lo estorbaba el cuerpo de la bella Atmosa, la doncella de negros ojos y de morena tez de quien te hablo. Mandóla Teo desviarse, pero ella, embelesada en

brazos de su querido Ánemos, ó no lo oyó, ó no se cuidó de obedecer, y entonces el Encantador lanzó un rayo desde arriba y la convirtió en carbon y cubrió con su negrura la tierra. El amante infeliz y sin consuelo ante el horror de aquel luto, pidió mil veces la muerte, y viendo que otro rayo no ponia fin á su cruel é insoportable angustia, perdió el seso, se volvió loco, y dió en llorar de tal suerte que su cuerpo se convirtió en arroyos, en rios, en lagunas, en piélagos y mares, y su alma (loca como deben estar las almas de los locos), continuó errante por el espacio, siempre pensando en su Atmosa, buscándola frenético doquier. (1) Apenas ve un lienzo blanco y tendido, un paño suelto, flotante, cree que son las alas de su gallardo cisne, que allí vá á hallar á su Atmosa, y vuela desatentado, y se abraza al objeto que le atrae, y huye con él en ledo y blando movimiento ó con furia veloz é incontrastable. ¿No has sentido tú á menudo, cuando tendias la tienda ó desplegabas el manto, que una fuerza invisible, poderosa, pugnaba por desgarrar el lienzo ó pretendia arrancártele? Pues era el espíritu de Ánemos el loco, y ese espíritu es el que pretendo ahora que nos sirva. Yo bien sé que no es posible sujetar un ánima, reducirla á servidumbre, pero podremos engañarla. Hagamos una nave que se asemeje cuanto posible sea á un cisne, pongámosla sobre las ondas como se ponen aquellas nadadoras aves, tendamos dos fuertes paños para remedar dos alas: el espíritu del loco los ha de ver, acudirá, se abrazará á ellos, querrá huir y así nos arrastrará por encima de las aguas.

---

(1) Alegoría meteorológica.

—Pero si esa alma está loca—preguntó el hombre—¿cómo pretendes que á ella nos confiemos?. ¿No nos impelirá demente hasta hacernos zozobrar?

—Confieso que algun peligro corremos—repuso Pónos—aunque no tanto como te imaginas. Habrás notado que las aves indican por medio de la cola la direccion que se proponen llevar, y en la época en que ese Ánemos era feliz y venturoso, con la cola tambien daba á entender su noble cisne el rumbo por el cual se dirigia. Añadiremos una cola al remedo de cisne que propongo, y con ella procuraremos que comprenda Ánemos hácia dónde deberá arrastrarnos. Estoy seguro que mientras su enfermedad tenga el carácter manso y apacible se conformará con las indicaciones del para él querido cisne y por su amor será dócil, y grandemente nos podrá servir. Sólo cuando le acometa un arrebato, algun delirio, es cuando tal vez nos lleve lejos ó nos estrelle contra los escollos, ó nos encalle en los bajos. Es un peligro que por ahora no podemos rehuir, pero no hay otro medio alguno de complacer á Dinamion. Además, amigo mio, las grandes ventajas de gozar de la libertad del mar, bien valen este y otros peligros mayores. No hay atajo sin trabajo.

Ántropos se avino á todo cada vez más maravillado, y aquella misma tarde dieron principio á la construccion del remedo propuesto por el génio. Era de ver el ardor y diligencia con que trabajaba el hombre. Los pinos, los robles, los cedros, cayeron innumerables por tierra como cae bajo la guadaña el aromoso y frágil heno. Labráronse baos, vergas, palos y mástiles; forjáronse pernios, argollas y anclotes; alzáronse las encorvadas cuadernas sobre la recta y tendida quilla; multiplicáronse las tracas ó

hileras de maderos; enlazáronse vigas á vigas, tablas á tablones, y á los pocos dias de poner la quilla en astillero ya estaba terminado todo ménos el adorno. Y aquí fué donde se dió á conocer el gusto delicado, la gracia singular ingénita de Pónos; aquí donde se manifestó la tendencia á lo armónico y lo bello del cada vez más robusto sentimiento estético del hombre. Con cáñamo bien empapado en la resina de los pinos calafateó las costuras y, valiéndose de tierras mezcladas con aceite, pintó todo el exterior imitando el color y galanura del pájaro. Doró ciertos remates y perfiles para realzar las partes y el conjunto; puso á proa una figura y á popa el moble timon para remedar la cola y, en una palabra, tan hábilmente copió la elegancia y la esbeltez del galano cisne, que no sólo engañara aquel señuelo á un pobre, desvanecido loco, sino tambien al más listo y perspicaz de los cuerdos perspicaces. ¡Oh, era de ver cuán gallardo se mecia sobre la rizada superficie de las aguas el ingente y abultado casco de aquella imitacion de cisne!. Echado sobre los pechos, con el fondo curvo, alto y enarcado el cuello, enjuta y remangada la cola, tendia dos velas de blanca lona por los altos como si fuesen dos alas á punto de remontarse. Gozo daba el contemplarle y á la par gana, y no poca, de mecerse sobre su cubierta.

—Es necesario probar al instante ese prodigio—exclamó Dinamion cuando le vió sobre el azul del mar.—Paréceme una gaviota. Preparaos para recorrer playas y horizontes; quiero que unas y otros me paguen tambien tributo.

Los esclavos lo dispusieron todo sin tardanza: llenaron de provisiones la bodega y eligieron entre

sus compañeros la tripulacion. Pero estaba escrito que por entonces no se cumpliera el deseo del gigante. Ánemos vió, segun parece, al mentido cisne, y su primer arrebato fué verdaderamente extraordinario: durante quince dias se agitó de tal modo para apoderarse de él, que el mar batió con tormentas formidables los cimientos del castillo.

Tras aquel furor del loco, vino el consiguiente aplanamiento, y los presuntos marinos se hicieron animosos á la mar. Poco se alejaron de la costa en sus primeros ensayos: siempre á la vista de tierra navegaron despaciosamente de cuando en cuando con la vela, pero por lo general bogando, y así aprendieron á manejar el timon y á conocer las corrientes, las mareas, los escollos. En sucesivas expediciones fueron comprendiendo la necesidad de una y otra y otra járcia, de este ó el otro aparejo, y llegaron á rizar y tender la vela, á variarla ó á alargarla, para dar singladuras y bordadas.

Una vez dueños, hasta cierto punto, de la nave, metiéronse mar adentro con creciente confianza, aunque sin perder vista de tierra, y grado á grado se alejaron del castillo haciendo vida de marino durante más ó ménos tiempo. En aquella primera época, sin embargo, no variaron de sistema: navegaban durante el dia porque la luz les permitia ver los bajos y los peligros, pero á la caida de la noche buscaban los senos abrigados, y allí, cerca de la tierra, echaban los anclotes y descansaban seguros hasta el siguiente amanecer. Sin embargo, las peripecias de aquel sistema de navegar les dieron á conocer sus peligros, entre los cuales el mayor era el de dar sobre un banco ó una roca para quedarse en tierra extraña sin recursos y sin medios de vol-

ver á su castillo. Por esto, sin duda, agregaron embarcaciones más pequeñas que llevaban sobre la cubierta de la nave, cuya ligereza y pequeñez les permitian reconocer los fondos y establecer comunicaciones con los naturales costaneros cuando el agua era somera. Para mayor seguridad, construyeron una segunda nave y la hicieron seguir á la primera con el objeto de socorrerse mútuamente en caso de algun percance. No tardaron en experimentar las ventajas de aquellas precauciones. Hallándose lejos á Occidente sobre una costa bravía y con calor sofocante, una de las naves encalló en una bahía y todos los esfuerzos fueron inútiles para ponerla nuevamente á flote. Estaba tripulada por marinos inespertos, y Dinamion, para castigar su impericia, la abandonó y los abandonó inclemente sin dar oidos á sus lamentaciones y sus ruegos. Más adelante veremos por cuán singular manera volvió Dinamion á dar con aquellos infelices náufragos, y cómo contribuyeron en su lucha por la vida al comun y general progreso.

Así fueron reconociendo muchas y muy distintas playas, y el gigante se aficionó á la nueva vida porque sus variadas aventuras le encantaban. Cuando divisaba una campiña fértil ó sus salvajes pobladores se acercaban para contemplar la nave, hacia atracar á tierra, saltaba desde la borda, heria, degollaba, se apoderaba de cuanto encontraba á mano y llenaba la bodega con toda clase de cosas, de animales y de prisioneros. Por tan sencillo sistema los sótanos y subterráneos del castillo se llenaron de plata y oro y metales, destinados á fabricar armas, copas ó preseas; los almacenes viéronse repletos de provisiones, trigo y frutos, y los rebaños (algun

tanto decadentes con la ausencia de Ántropos), se pudieron reponer con las reses adquiridas mediante el robo y la rapiña.

En una de aquellas expediciones marítimas llegó la nave á la embocadura de un rio. Quiso saltar en tierra Dinamion y una muchedumbre armada le opuso incontrastable resistencia.

—¿Qué es esto?—exclamó el gigante.—¿Quién se opone á mi poder?

—Nuestra señora sapientísima—contestaron los contrarios.

—Pues que venga y yo me entenderé con ella—concluyó diciendo Dinamion.—De ella tomaré venganza.

En estas y otras amenazas pasó el dia, trascurrió la noche, y ya muy entrada la mañana, la gritería de los enemigos dió á entender á Dinamion que la Señora se acercaba. Saltó en tierra, avanzó resueltamente, y ¡cuál no fué su admiracion y asombro al encontrarse frente á frente con su consejera!

—¿Qué significa esta conducta, Seuda?—exclamó el gigante.

—Nada de particular—contestó Seuda impasible.—Mi sistema es el aislamiento, la inmutabilidad, como el tuyo son el comercio y las mudanzas. No quiero que mi pueblo conozca á nadie, sepa nada, y por eso cierro las puertas de mi casa y no doy hospitalidad á nadie. Esta embocadura es la del rio de las Inundaciones. Aquí mando yo. Corre á tu perdicion con tus locuras: yo procuro ser feliz evitando todo trato y alianza.

No hubo medio de convencer á la bruja de las cien caretas. Por gracia especial les permitió hacer aguada un poco más rio arriba, y Dinamion tomó la

vuelta de su castillo jurando volver tarde ó temprano al Valle de las Inundaciones para vengar el agravio.

Aquella inesperada ruptura entre los dos magnates de la isla, anunciaba grandes cosas y habia de tener forzosamente incalculables consecuencias.

Durante el viaje de retorno, Ántropos aprovechó el sueño del gigante y de los marineros cierta noche, y evocó á su génio protector, cuando sobre la cubierta de la nave, anclada en una bahía, estaba él de centinela.

—¿Qué me dices de lo sucedido?—preguntó el hombre á su génio.—Sospecho que la enemistad de Seuda y Dinamion ha de redundar en mi ventaja, porque tengo observado que cuando ellos riñen se me trata ménos duramente.

—Así es, en verdad, y así será en lo sucesivo—le contestó Pónos.—Las desavenencias entre tus esquilmadores redundarán en beneficio tuyo. Por de pronto, y cuando ménos, el gigante entregado á sus instintos nos pedirá prodigios á granel, y los prodigios realizados por tí son nuestra única esperanza. Despues de lo sucedido en la Comarca del Maná me he convencido de ello: no hay otro camino. ¿Quién habia de esperar en tí tanta veleidad, tanta candidez?

—¿Por qué me dices eso, Pónos?—preguntó el hombre en tono triste de reconvencion.

—Porque eres incapaz de comprender la verdad y ménos aún de practicarla. ¿No te dejaste vendar y tapar los oidos para no ver ni escuchar á mi hija? ¿No tuvieron igual peso, igual valor pará tí las pa labras de Anoya y las de Alecia? Y sin embargo, ¡qué diferencia entre las dos!

—Pues esa es mi desesperacion—exclamó el hombre.—¿En qué está la diferencia?

—¡Ahí es nada!—contestó Pónos.—¿No comprendes lo que significa haberte dado á conocer al Gran Encantador, sustituyendo un padre omnipotente y cariñoso á tantos dioses grotescos y ridículos?. ¿No pudiste adivinar el gran progreso que esto entraña? Entregado á la ignorancia y al temor, lícito pudo serte en un principio convertir cada sorpresa ó cada susto en un fetiche ó una divinidad y simbolizar así las causas de lo entonces misterioso, para explicarte mal que bien lo que no entendias. Con mis lecciones, sin embargo, pudiste ver como la falange de tus divinidades se fué agrupando y diferenciando, y Seuda misma y Anoya, atentas siempre á tus adelantos y tus pensamientos, pusieron á la cabeza de sus infinitos dioses, y como progenitores de ellos, á dos ó tres á lo sumo. Así, y de la propia manera que se forma todo en Gé, aquel sinnúmero de dioses ha quedado reducido á un Dios por virtud de la sabiduría de mi hija. ¿Cómo pudiste olvidar su figura y su palabra, para dejarte vendar y ensordecer por Anoya?

—Porque creí que todo aquello era una revelacion—contestó Ántropos desesperado—y pues era una revelacion inmediata, del momento, tuve prisa y no quise perder la coyuntura, y en mi curiosidad por ver á Teo y oirle, yo no pude resistir.

—¿Y crees tú, pobre mentecato—continuó diciendo Pónos—que áun siendo una revelacion llegaria á tí de golpe?. ¿Qué idea tienes de la distancia que média entre tu pequeñez y lo infinito?. Esa revelacion se ha ido formando con millares de revelaciones, para prepararte á tí á escucharla y comprenderla. Como todo lo grande y lo sublime de esta isla,

creció en el seno de lo pequeño y lo múltiple antes de nacer. Aun dicha con tanta sencillez por mi hija, todavía no atisbas su importancia.

—No lo niego—murmuró Ántropos con acento de vergüenza.—Con un Dios ó con cien dioses, paréceme que mi situacion no ha de cambiar.

—No prosigas—interrumpió Pónos con vehemencia.—Presume tu razon pensar claro y pensar bien, y nunca vé ni aquello mismo que por los ojos te se mete. Ven acá, ciego, ven acá. Contéstame á estas preguntas: si los hombres se creen criaturas, hijos de dioses diferentes y enemigos ¿qué lazo les puede unir?

—Ninguno.

—Y si sus padres, los dioses, luchan y se odian ¿qué deben hacer los hombres?

—Odiarse y dañarse, claro está.

—Y si por el contrario, toda la familia humana tiene por padre á un sólo Dios, ¿qué serán todos los hombres?. ¿No serán hermanos?

—Cabal.

—Y siendo hermanos, ¿no habian de ser iguales, salvo las diferencias de aptitudes?

—Es evidente.

—Luego siendo así y no existiendo otro medio de dar á cada cual lo suyo, que el de conocer el valor de cada cual, es consecuencia forzosa que á cada cual se le deje en libertad de demostrar con actos lo que sea capaz de hacer, de pensar ó de sentir.

—Claro está. Si fuese en manera alguna cohibido, no habria medio de comparar el mérito del uno con la insignificancia del otro. La virtud se confundiria con el vicio, y la ignorancia valdria lo mismo que saber.

—Luego la libertad es una consecuencia precisa de todo esto.

—Ya caigo—exclamó el hombre—¡oh, cuánta luz! ¡cuánta luz!. ¡Bendita sea tu hija!.

—¡Bendita mil veces sea!—concluyó diciendo Pónos.—Con una sola palabra puede cambiar tus destinos. Dándote la nocion de un sólo Dios prepara el reinado de la fraternidad. Hoy por hoy, es un ideal y nada más, una estrella que te guie por el proceloso mar de tu existencia como te guia aquel lucero del Norte por este otro mar mil veces más fácil y piadoso. Conserva ese ideal en lo más recóndito de tu conciencia, ten los ojos fijos siempre en ese único lucero y sigamos ejecutando prodigios, porque para llegar al término final, ellos solos nos abrirán camino. Tenemos que proceder á la manera del viajero que vé lucir en lontananza la luz del hogar querido teniendo delante un bosque impenetrable: su vista no ha de apartarse de la meta ambicionada, pero el hacha y el brazo no pueden descansar hasta abatir los obstáculos que se presenten para impedirle tocarla. Tienes un instrumento más para caminar hácia tu definitiva redencion: la nave te aliviará de una inmensa parte de fatiga. *Desde hoy imaginarás un dia por cada uno que trabajes.*

Aquí llegaban en su plática el génio y el marinero, cuando Dinamion se despertó y mandó levar el ancla, anhelante por llegar á su castillo.

CAPITULO X.

¡Cuán admirable es la eficacia de ese gérmen de sociabilidad ingénito en la criatura humana!. ¡Por cuán variados y al parecer recónditos caminos logra sus fines y los realiza!. El comercio, hijo primogénito del robo y de la fuerza, ó del pillaje y la astucia, oficio vil y cruel allá en su infancia, menospreciado en su adolescencia por Platon y Ciceron, excomulgado por los Santos Padres en su juventud, esquilmado en su virilidad por el Señor feudal ó el déspota, es el ejemplo más elocuente de esa eficacia salvadora, la prueba más inconcusa del fin al cual se encamina áun por los medios al parecer más opuestos. En vano le desconoce el brahma; en vano pretende el mago cerrarle el mar, dando al piélago carácter sacratísimo; en vano el egipcio le prohibe, le menosprecian el heleno y el romano, el sacerdote le abomina, el filósofo le condena. Egoista y villano y desalmado, sigue impávido su lucha de rapiña contra todos, y en alas de su codicia insaciable explora el llano, traspasa la montaña, vadea el torrente, afronta las borrascas espantables de los

mares, sufre el ardor tropical, aguanta los polares frios, suda y sangra, ayuna y vigila, piensa, calcula, padece, y al cabo de sesenta siglos de heróicos sufrimientos, nos ofrece más amor, más filantropía, mayor caridad que lograron inocular en nuestros ruines corazones, la moral de los filósofos, los anatemas del profeta, la predicacion de los apóstoles ó el sacrificio cruento del divino Redentor. Porque hoy, gracias al comercio, trabajan y preven, y velan y se martirizan miles de nuestros semejantes sobre la haz del planeta en los más distantes climas, á fin de proporcionarnos en dia fijo á nosotros (desconocidos para ellos), pan y vestido, goces y satisfacciones, saber y seguridad, salud al cuerpo y paz al alma; porque hoy, gracias al comercio, las ideas—compañeras inseparables de la mercancía—se cambian de polo á polo y hacen vibrar unísonos los sentimientos, vertiendo sobre el inquieto corazon un bálsamo de fraternidad que fortifica y consuela. ¡Ah! ¿cuándo comprenderán los hombres la misteriosa evolucion, mediante la cual se transforma fatalmente lo útil en la verdad, lo verdadero en belleza, y la armonía sublime de estos tres elementos relativos en esa bondad, mil veces sacrosanta, que es su ambicionado fruto?

De mal talante y por demás airado pisó el soberbio pirata los muelles y murallas de su puerto. El desaire recibido le llegaba al corazon, tanto más cuanto que lastimaba su codicia, y desde aquel momento formó el propósito de aprovechar la primera coyuntura y emplear hasta la violencia para abrir de par en par la entrada del Valle de las Inundaciones al tráfico y al comercio. Mientras llegaba esta ocasion, se propuso dar en ojos á la bruja con

su riqueza y su boato. Poseia más oro y plata que nadie, y siempre estos metales, ya entonces tenidos por preciosos, gozaron de la singular virtud de excitar la vanidad.

Una de sus primeras peticiones fué, pues, un manto de grana. ¡Un manto colosal cual eran todos los suyos, cuando por sus recientes aficiones marítimas y su ruptura con Seuda ni el número de ovejas paciendo enrededor del castillo era bastante á merecer el nombre de rebaño, ni era lícito á su orgullo pedir á su consejera toda la lana necesaria!. ¡Un manto inmenso y de color de sangre!. ¿Cómo imitar aquel color?. ¿De dónde sacar la lana?. ¿Podrá nadie figurarse el apuro de nuestro hombre?

En union con su mujer y su hija, Ántropos comenzó al punto la obra. Hilaron y tejieron sin que su buena voluntad lograse ni áun promediarla; inventó las tijeras para apurar los vellones; lavó con esmero las bedijas y aprovechó los resíduos, mas á pesar de todos sus esfuerzos, la primera materia le faltó.

Vióse con esto obligado á confesar la falta á su Señor. El gigante contempló el tejido, y si antes era su deseo vehemente, despues de verle fué desatentado, incontrastable.

—¿Conque te hace falta lana?—dijo al hombre.—Pues pronto tendrás ovejas. Mientras las haya en la isla, las hallaré y las robaré.

Salió entonces el guerrero y trajo algunas ovejas. Sus vellones no bastaron para concluir la obra. Volvió á salir y no encontró; repitió sus correrías, y por primera vez pudo observar que, para obtener una satisfaccion, no siempre la fuerza y el valor bastaban. Entonces su esclavo, perito por expe-

riencia, se aventuró á insinuar las ventajas de los trueques, y hasta añadió que allá, en tiempos de su vida pastoril, los trueques con los salvajes siempre le proporcionaron buenas y grandes ganancias.

Dinamion reflexionó. Como todos los séres racionales asoció sus recuerdos para reflexionar, y como no en balde habia vivido tantos años al lado de su consejera, recordó las palabras tantas veces vertidas en sus oidos, é instintivamente bastardeó la significacion de las de Ántropos, como la bruja bastardeaba hasta los principios más evidentes y sencillos.

—No hay duda, no—se decia.—Donde la fuerza no basta, allí principia la astucia. Hay muchos modos de conseguir nuestros fines: la violencia es el más obvio, pero á veces el ménos eficaz. Ántropos tiene razon: cuando se trata de adquirir, no hay nada como el engaño.

Los trueques libres propuestos por el esclavo, se convirtieron con aquello en la ciencia de engañar, y el comercio y sus oficios comenzaron á tener desde aquel punto carácter oprobioso de ignominia.

Parte por fuerza, parte por astucia; valiéndose de sus armas unas veces y otras de las malas artes aprendidas de su consejera, Dinamion, y de su órden los esclavos, se hicieron con la lana necesaria para terminar el manto. Tan luego como el tejido se lavó y bataneó para darle flexibilidad, Ántrópos procuró teñirle con el color de la sangre. Por de pronto no le fué posible conseguir aquella tinta con el brillo y la viveza que el gigante deseaba. Ni la sangre de los animales, ni la de los prisioneros, dieron el tinte apetecido. Un miserable marisco de la playa diz que sacó de apuro á los esclavos. El gigante vistió al fin el régio manto de grana.

En cambio los trueques menudearon, y en ellos ganaban siempre los noveles comerciantes porque procuraban trocar dijes sin valor ó trebejos anticuados, por especias, granos, frutas, metales, reses, gemas. Ántropos, Gina, Télia y los esclavos á sus órdenes tuvieron que ir y venir con grandes recuas, cargar asnos y mulas y camellos; estudiaban los gustos de los demás, á fin de permutar por un tesoro cualquiera baratija baladí, y sin querer y por la fuerza de las cosas se fueron todos aficionando al lucro, dedicándose más y más al incipiente comercio, no obstante que en el fondo de su conciencia Ántropos conservó siempre aversion hácia un oficio entonces ruin y lleno de supercherías. De vez en cuando hasta el mismo Dinamion se sentia disgustado de aquel envilecimiento.

Con las idas y venidas y el cebo de las ganancias, el trabajo de los esclavos se centuplicó. Tenian que preparar los objetos para los trueques, cargarlos sobre las acémilas, emprender como trágineros marchas cansadas, cuanto peligrosas, y aunque el gigante fué poniendo á disposicion del hombre y de los suyos un número cada vez mayor de esclavos, hechos en la guerra, las dificultades del comercio fueron tantas que el hombre estuvo á punto de sucumbir. Entre los inconvenientes que tocó, fué el mayor el de cambiar los objetos pequeños por los grandes cuando estos eran por su naturaleza indivisibles. Dar un cuchillo ó un caldero por la mitad de una rés, no era fácil cosa, y en más de una ocasion el gigante, enfurecido por el resultado de las operaciones, obligó al inhábil comerciante á desandar grandes distancias cargado con enormes pesos, á fin de permutar otra vez y en otra parte las mer-

cancías recibidas en pago de los productos de su industria.

De vuelta de uno de aquellos viajes, penosos sobre todo encarecimiento, en el cual á poco más perdiera Ántropos la vida, consultó con su buen génio sus penas diciéndole entre suspiros.

—No puedo más, no puedo más: este oficio concluirá conmigo. ¿Es posible mi buen Pónos que tu ingénio peregrino no encuentre medio de aminorar mi fatiga, facilitando los trueques?. Haz algo para aliviarme de tanto discutir ó disputar; quiero hacer fácil el comercio; quiero simplificar sus hoy difíciles operaciones.

—Ya sabes, mi querido Ántropos—le contestó Pónos—que todo adelanto tiene su sazon y coyuntura. No basta hacer un invento; despues es preciso generalizarle. Sin que se haya adelantado mucho el período de su generalizacion, su utilidad es restringida. No sé si todas las cosas útiles que juntos hemos creado, se han esparcido lo bastante en torno nuestro, pero voy á intentar una nueva maravilla, voy á crear un talisman que contenga todas las clases de valor. Toma un buen pedazo de oro y otro pedazo de plata y otro tercero de cobre; haces con ellos tres clases de cajitas redondas, planas, no muy grandes. Así que tengas buen número de cajitas, prepáralas con amor de la manera siguiente: siempre que comieres te quitarás de la boca una miguita de pan y la depositarás en una de las susodichas cajitas; cuando sudares dejarás caer en cada una, una gota de sudor; si te azotan y te hieren, recoje otras tantas gotas de tu sangre cuantas cajas desees prevenir; y por fin, guarda en ellas las primeras lágrimas de tus constantes aflicciones para com-

pletar la virtud singular del nuevo prodigio, yo las tocaré con mi varita y esto bastará para que cuentes desde entonces con una maravilla nueva de poder incalculable.

—No te entiendo todavía—le dijo Ántropos.—¿Qué virtud pueden contener esas cajas pequeñuelas para trocar cosas tan diferentes y tan grandes?

—Pequeñuelas y todo—prosiguió el génio—dentro de su pequeñez, te encontrarás en ocasiones de apuro por cada miga, una hogaza; un dia de descanso por cada gota de sudor, las lágrimas transformadas en placeres, las gotas de tu sangre en otros tantos signos de tu poder y autoridad, en igual número de régios mantos de grana.

—Sólo porque tú me lo aseguras—exclamó el hombre al oir aquellas razones nunca imaginadas—puedo creer que sean posibles prodigios tan fuera de lo comun. Mas, ¿cómo ni de qué manera podré yo conseguir todo lo que tú me dices?

—Muy sencillamente: cogerás entre dos dedos de entrambas manos una ó más de esas cajitas de plata, de cobre ó de oro; separarás las dos tapas, pronunciarás el nombre de la cosa que desees, y arrojarás las dos mitades al viento. Las cajas desaparecerán para tí, y en cambio tendrás entre las manos, ó á tu disposicion y alcance, aquello que pedido hubieres.

—Es decir—preguntó el hombre—que nombrando la cosa y abriendo una caja, ¿tendré la cosa que nombre?

—Cabalmente.

—¿Y si pidiere un caballo?

—Un caballo tendrás bajo la mano.

—¿Y si un arado ó una casa?

—Casa y arado sacarás.

—¿Y cómo las llamaremos?

—Númas—replicó el génio.

—Pues desde ahora te digo—continuó el hombre—que necesito ver ese prodigio para creer en él.

—No lo extraño—siguió diciendo Pónos.—Pero todavía no has oido sino una parte de la maravilla. Escucha un poco más, y tu asombro subirá de punto. Desde luego comprenderás que puedes continuar tus correrías sin llevar en la caravana la quinta parte del balumbo; algunos objetos, pocos, y buena copia de númas, será cuanto necesites para comprar y vender. Podrás dirigirte á cualesquiera mercados sin temor de equivocarte; no hay objeto grande ni pequeño que no consigas valorar así, y al justipreciar para adquirir en buenas condiciones cuanto necesitares, tus transacciones serán fáciles, espeditas, múltiples, precisas, innumerables. Porque hágote saber, y no lo olvides, que antes de pedir tal ó cual cosa es necesario que exista; es condicion precisa que esté hecha pues las númas, aunque te auxiliarán y mucho en tus futuros inventos, son estériles en parte y sólo pueden contener lo ya existente. A pesar de ser de plata ú oro, poco ó nada te enriquecerás mientras no las hayas dotado de sus virtudes singulares con tus privaciones, tu sudor, tus lágrimas y tu sangre, mientras no las hayas convertido en receptáculo maravilloso de cuanto existiere creado de cualquier modo y manera. Estas ventajas son grandes, mas de ningun modo las mayores. Comprenderás que al depositar en esas cajas las migas de tus economías, el sudor de tu trabajo, tus penas y tus peligros, acumularás prontamente un capital de inestimable riqueza, y esta ventaja de atesorar

sudor para formar el precio de tu redencion, y para arrancar á la ignorancia y á la miseria á los hijos de tus hijos, es quizá y sin quizá la mayor de todas. ¿De qué te sirvieron hasta aquí los frutos abandonados en los campos, las lágrimas secadas por los vientos, el sudor y la sangre que manchó tus vestiduras? De nada por que tus tesoros eran de un dia, tus ilusiones del momento. Desde hoy empero podrás guardar en esas cajas tus sobrantes, y cuando los ahorros del abuelo se junten con las privaciones del padre, y el nieto, aún no nacido, los reciba inalterables, enteros, y los pueda ocultar y transportar en su cinto; en verdad en verdad te digo que cuando todo esto suceda, el hombre ha de verse emancipado, libre del hambre y de sed y más gigante que todos los Dinamiones. Tal y tan grande es este talisman, que será en lo sucesivo uno de los que adore tu descendencia en todo tiempo y lugar. En él existirán como encarnados los trabajos, las privaciones, las virtudes y los dolores de las generaciones precedentes, y disculpable será si una criatura débil, efímera, sensible, adora el signo consagrado y el incorruptible símbolo de cosa tan elevada y noble.

—¡Válgate el cielo por hechicero!—exclamó Ántropos sobrecogido, aunque sin acabar de entender con claridad las palabras del buen génio.

En cambio se puso á trabajar con diligencia, y en breve se recreó viendo y tocando, y contando buen número de cajitas de cobre, de plata y oro, en todo parecidas á cualquiera de nuestras hoy comunes y codiciadas monedas. Eran á la verdad muy lindas; diez de ellas, puesta una sobre otra de plano, apenas si levantaban la altura de la primer fa-

lange del pulgar, es decir, una pulgada; su diámetro variaba y no media otro tanto. No obstante, segun aseguraba Pónos, eran capaces de contener sucesivamente y mediante la susodicha preparacion, todas las cosas existentes en la tierra.

En su ansiedad por verlo y por cerciorarse, Ántropos se privó con gusto de una parte de su alimento cotidiano para guardar la miga consabida en cada caja; depositó con constancia en ellas su sudor; contó con resignacion sus lágrimas, y vió correr su sangre valeroso tan luego como se cercioró de que todo aquello no era perdido, ni en balde.

Las facilidades que las númas proporcionaron al hombre en su comercio fueron increibles. En cualquier parte, en el cogujon de su manta, llevaba un almacen inagotable; compraba y vendia sin más que arrojar las cajas por el aire, dando en seguida al vendedor aquello que deseaba.

En un principio, como el gigante era tardo, no comprendió toda la importancia de las númas, y permitió á sus esclavos fabricarlas sin regla, tasa ni medida. Luego veremos que, tan pronto como comprendieron él y la bruja y su gente la virtud de aquella maravilla, sintieron por ellas una codicia sin freno, y apenas si permitieron á nadie esconder alguna núma para sí. Libre su fabricacion en un principio, los Señores se la arrogaron por fin exclusivamente, y para legitimar aquella apropiacion por medio de un signo externo, obligaron al esclavo á estampar sobre las tapas sus venerandas efigies, si bien todas las migas, las lágrimas, las gotas de sudor, la sangre para darlas su virtud, siempre fueron suministradas por Ántropos y familia.

No fué la invencion de las prodigiosas númas la única provocada por las necesidades del comercio: entre las muchas que pudiéramos citar, se encuentra tambien otra de incalculable trascendencia. Las cuentas exigidas por Dinamion despues de cada caravana ó travesía no eran fáciles de dar, y los datos infinitos de un sin número de transacciones tampoco se podian fiar á la memoria. Esto obligó á los esclavos á idcar algun modo de retener por indeleble manera los números, los pesos, las cantidades, los tratos y contratos con sus pormenores é incidencias. Recurriendo como siempre á Pónos les sugirió por de pronto varios artificios, groseros y rudimentarios, para representar con símbolos lo que querian. Á imitacion de los geroglíficos de Seuda hizo pintar sobre diferentes tablas un signo que representase cada una de las diversas mercancías; sobre estas tablas hiciéronse á la izquierda tantas rayas como unidades, pesos ó medidas de cada mercancía se iban recibiendo, y á la derecha rayas tambien para indicar las cantidades entregadas, y de este modo pudieron llevar la cuenta de cada cosa con separacion y dársela ellos á sí mismos. Por grados é insensiblemente se diferenciaron los signos representantes de las mercancías, de los que expresaban el número ó la cantidad, éstos de los que significaban operaciones, actos, tiempo, cualidades, posiciones, y cuando los unos y los otros se hicieron muy numerosos, ocurrióseles aliviar á la memoria representando, con pocos y sencillos trazos, los sonidos (ya diferenciados) de la voz, con los cuales se componian las palabras. Estos nuevos símbolos fonéticos, trazados sobre cuero ó sobre las cortezas coráceas de los árboles, les acabaron

de ahorrar reconvenciones y disgustos al rendir cuentas al amo.

—Reparad bien—les decia Pónos entre tanto—por cuán maravilloso modo surge de lo material y ruin, lo inmaterial y lo sublime. La avaricia del pirata prepara insensiblemente un prodigio sin pareja. Una creciente multitud de transacciones os obliga á combinar y á asociar lo material y lo inmaterial, las cosas más heterogéneas, y de tanteo en tanteo, el revuelto cúmulo de símbolos, á cuya vista se evocan en vuestro cerebro bultos, palabras, pesos, cantidades, números, ideas, se vá diferenciando en grupos, y tiende á dar forma duradera y perceptible al pensamiento. El pirata no sospecha su propia obra, y de nuevo, por un procedimiento siempre análogo, el mal vá engendrando el bien.

Á favor de estas y otras invenciones propias, y del nimio rigor de la codicia agena, Ántropos, sus compañeros y cuantos tenian con ellos más ó ménos trato, se acostumbraron á la puntualidad y al órden y se impusieron una saludable disciplina, cuyos beneficios fueron muchos cuando se extendió.

Consecuencia de esta conquista lenta y trabajosa sobre sí mismos ó de la costumbre y hábito de rendir cuentas para dar lo suyo á cada cual, fueron otras invenciones útiles, y entre ellas ninguna como la balanza. Habiánse hecho los esclavos artífices bastante diestros y cada vez más observadores; al fabricar arcos y más arcos para los soldados de Dinamion aprendieron la importancia de igualar las dos mitades de aquel arma si los tiros con la flecha habian de ser certeros. De aquí nació la balanza, instrumento muy útil para comprar y vender, pero símbolo á la vez de un progreso espiritual debido á la reaccion

de las necesidades materiales más groseras sobre el espíritu, y la germinacion en él de un sentimiento de equidad, padre de otro de justicia é iniciacion incipiente en la idea del derecho. No en balde fué en lo sucesivo la balanza el símbolo de la justicia. Su invencion por de pronto dió fijeza á las transacciones, decoro y honradez al acto de cambiar, y comenzó á desterrar del comercio algo del fraude y del engaño.

Como solia decir Pónos á sus protegidos—«los »hombres podrán quizás nacer perfectos y llenos de »virtudes, pero bueno será acostumbrarles á usar en »sus relaciones con el prójimo la balanza y otros »adminículos para ver si á fuerza de medir y de pe»sar, de ponderar los cambios regateando, la costum»bre les dá idea de equidad y el hábito con la fuerza »engendran algun concepto remoto de justicia».

Las ganancias de Dinamion se aumentaron sin medida con aquel órden y aquella disciplina, y su avaricia creció. Multiplicó sus viajes por el mar, y á cada viaje, más y más de costa en costa se alongaba. Llegó hasta tocar en los hielos en busca de estaño y de ámbar (1); buscaba con indecible diligencia nuevos objetos para enriquecerse, y cuando aquellos objetos le faltaban robaba hombres, niños y mujeres, y los trocaba cual si fuesen bestias por las cosas que queria. Como guerrero, habia barajado las razas y las familias á su antojo: como pirata, seguia ahora barajándolas, empero en aquel nuevo trasiego predominaban los cambios de ideas, usos y cosas.

Esto, sin embargo, los chascos y los peligros le

(1) Los fenicios llegaron hasta el Báltico.

hicieron preferir, poco á poco, los procedimientos amistosos á los bárbaros y violentos; mas como aquellos no podian emplearse sin tener mucho que dar, la industria creció pasmosamente en derredor del castillo. Además de fabricar telas, armas, cueros, vasos, procuraba el pirata aprovechar toda materia, y sacar de ella algo útil y cambiable. Hasta las arenas y las plantas se entregaban á Pir, y Pir las reducia á cenizas.

Un dia, por casualidad, aquel célebre criado sacó un producto singular, allí donde creyó sacar otro metal como el hierro. Era una bola de vidrio y su color verdoso, su diafanidad y trasparencia sedujeron, desde luego, á los amos y criados. Volvieron á fundir la arena con cenizas, observaron la plasticidad de aquella pasta de fuego y se empeñaron en hacer vasos, copas y redomas, cuya hermosura, dureza y fragilidad se hermanaban para hacerlas más preciosas.

—Brava invencion has conseguido—le dijo Pónos al contemplar los artefactos de vidrio.—No es fácil que presumas de golpe su importancia. Ahora seduce tus sentidos y no vés en esa singular materia sino sus propiedades ménos útiles. Pues esa seduccion que ejerce su hermosura sobre tí, es el halago que andando el tiempo te abrirá las puertas de mundos desconocidos. Cuida y perfecciona en todo tiempo la fabricacion del vidrio: por de pronto le cambiarás por oro; mañana á impulso de otra codicia más noble pondrá al alcance de tu inteligencia datos y medios para penetrar en mundos, hoy por hoy inaccesibles.

Estas y otras novedades que callamos, dieron al comercio nueva vida. Con ello se extendió la nave-

gacion, y Ántropos se vió perplejo para dirigir la nave dónde y cómo le mandaban. Más de una vez estuvo á punto de perder el rumbo y recibió por ende golpes de su dueño; más de una vez hubo de recurrir á Pónos á fin de salir del paso. Entre lo mucho y lo bueno que su génio le enseñó, hubo dos adelantos singulares de extraordinaria valía: el primero fué la aplicacion de sus conocimientos astronómicos al difícil y útil arte de dirigir la nave, valiéndose de las estrellas y el sol, así de noche como de dia; el segundo, el establecimiento de hogueras ó de luces en los promontorios inmediatos al castillo, para guiar al navegante y hacer fácil y segura la entrada ó la salida del puerto.

Volvia Dinamion de uno de sus largos viajes, y volvia en noche oscura, ansioso por pisar la tierra. Cerca, muy cerca ya de su castillo, vió con indignacion que su gente se habia descuidado y que el faro del puerto no lucia. Temiendo dar en los escollos, púsose la nave al pairo, y tan cerca estaban de la tierra, que escucharon con asombro contínuos y quejumbrosos alaridos en señal de duelo y luto. La sorpresa y la inquietud no les dejó sosegar, y con los primeros albores de la aurora atracaron, y Dinamion desembarcó. Pronto su fuerte corazon fué tocado de ternura al contemplar el más desgarrador de todos los espectáculos. Una peste, la más terrible de todas cuantas presenciara—y las habia presenciado horribles — diezmaba instante por instante á los brutos, los esclavos y los próceres. Cadáveres insepultos cubrian la plaza, los campos, los caminos, y sus mortíferas miasmas dieron al pirata náuseas y como sombras de aprension.

—¡Egos!—gritó alarmado é impaciente.—¿Dónde está Egos?

El duende se presentó temblando de pavura, y el pirata le dijo acongojado:

—Sal diligente, veloz como una flecha, para el Valle de las Inundaciones. Cuenta á mi consejera mi desgracia, recaba su intercesion con los dioses, pídela su consejo y vuelve para decirme lo del caso á conjurar el peligro. Corre, vuela. Consultemos á los inmortales.

Dinamion, como otros tantos, se acordaba de los dioses cuando la magnitud del mal le acobardaba.

Egos partió y no tardó en volver sino una noche, pero aquella noche fué un siglo para el gigante y su grey. Cuando regresó, iba acompañado de la falsa Alecia más enlutada que nunca.

Hallábase el pirata á la sazon en la plaza del castillo rodeado de mujeres. Todas, con sus hijuelos en los brazos, pedian pan y gritaban:

—Toma nuestras vidas, Dinamion, pero salva á nuestros hijos. Murieron sus padres, murieron sus hermanos, los campos se esterilizan, crian cardos en lugar de mieses, nuestros pechos no pueden sustentar á estas tiernas criaturas. ¿Dejarás morir tambien, sin hacer un sacrificio, á estos inocentes, esperanza, gloria, orgullo de la isla?

Anoya (respetada por todos como Alecia) se adelantó por medio de aquellas madres, y le dijo á Dinamion:

—Tu consejera y mi señora dice que la peste es el castigo natural de tu olvido y tu desobediencia. Los dioses tienen hambre de tu pueblo. Elige lo mejor de él y hártales con ello sin tardanza.

—¿Lo mejor!. ¡Y cuál es lo mejor?—preguntábase Dinamion perplejo, sintiendo resucitar y agitarse en su conciencia las fatídicas sombras del fanatismo sanguinario y de la impía crueldad de su devota consejera.

Las madres seguian excitando la compasion para sus hijos.

—¡Ah! ya caigo. Á ver: vengan todos esos niños. Encendedme un horno grande, muy grande. Nada hay más tierno que los niños, y si ese manjar no satisface á los dioses, no entiendo nada de manjares.

Así lo dijo el pirata y así se hizo. Quinientas criaturas inocentes, y entre ellas hasta los mimados herederos de sus próceres y favoritos, fueron arrojados á las brasas y muchas madres se volvieron locas. La peste cesó, no sabemos si por hartura de las divinidades ó porque debia de cesar, aunque sospechamos esto último; pero las escenas repugnantes del horrendo sacrificio, hicieron tal impresion sobre la noble naturaleza del gigante, que sintió horror hácia su oficio y su castillo, y decidió cambiar de pátria y de vida.

—Ántropos—dijo á los dos dias á su esclavo—quiero alejarme de esta tierra; quiero buscar nuevas aventuras. Necesito mudanzas y novedades; me repugnan el dolo y las mentiras, á pesar de hacerme célebre. Mis armas son inmejorables; tengo escudo de metal: prepara la nave, haz aguada, llénala de bastimentos, y mañana mismo, á la salida del sol, abandonaremos esta costa para meternos mar adentro y buscar tierras ignotas por opuesto y desusado rumbo. Toma media docena de los marineros más robustos y apodérate de Alecia. Ya que

estoy mal con mi consejera, quiero llevarme conmigo á la divina enlutada y..... yo me sé para qué.

Ántropos cumplió las órdenes de su Señor. Anoya, no obstante su resistencia, y á pesar de su disfraz inviolable, durmió á bordo.

CAPÍTULO XI.

Yo te saludo, ¡oh mar! ¡yo te saludo mientras ruedas tus ondas palpitantes de zona en zona, del uno al otro polo!. Tu faz azul, ya tersa, ya rizada, es imágen de lo eterno, trasunto del infinito, emblema de libertad y representacion gigante de la fuerza. ¿Quién al medir tu inmensidad no se anonada?. ¿Á qué valor tus iras no suspenden?. Tu arrogancia enamora al generoso; tu grandeza convida, atrae, seduce á los valientes. ¿Quién humilló jamás tu frente libre?. ¿Qué insensato soñara en dominarte?. Siempre que la locura de un pigmeo pensó en hacerte sentir su nécio yugo, hiciste resonar, allá en las nubes, tus carcajadas estruendosas, y al rehilar convulsivo de tu alegre seno, hundiéronse las escuadras y desaparecieron cual aristas, armas, bajeles, guerreros y ambiciones. Cuando retozas ó te agitas, los cascos abultados de las naves, los rayos y espantajos de la guerra, los cetros, las legiones, son tus juguetes, tu solaz. ¡Oh, cómo te queria cuando mozo!. Ni un solo dia viví sin visitarte, y el soplo de tu aliento, que res-

piraba plácido ó febril, me inoculaba calma ó energía. Entonces te miraba yo y te amaba: nada más; y tú me acariciabas sobre ese manto de albicante espuma. Porque tú, si eres libre, eres comedido; si prepotente, generoso. Unos granos de arena te contienen en tus propios y prudentes límites; sustentas sobre tus hombros los bajeles y llevas sus cargamentos manso; dejas al diligente surcarte por doquier, y respetas con admiracion el heroismo. Desde el principio de las edades abriste al hombre camino hasta el hogar ignoto del antípoda, le invitaste á emprender sus temerarias travesías llevando consigo su pobre choza ó su palacio, y al darle á conocer climas, tesoros, costumbres, con tus brisas barriste de su corazon miedos, bajezas, servilismos, uniendo con vínculos de amor al aterido trabajador polar y al soñador entusiasta de la zona tórrida. Fuiste el fautor constante del progreso: has convertido el mundo todo en pátria y próvido, y amante y justiciero repartes la abundancia de la tierra entre la familia humana, dispuesto á abrir magnánimo tus senos para hartar á las generaciones venideras con el pan sustancioso, inagotable, que en tus entrañas escondes y atesoras. Yo te saludo, ¡oh mar! yo te saludo.

—¿Á dónde viro?—preguntó el piloto á Dinamion cuando salieron del puerto.

—Pon la proa hácia donde el sol se pone. Quiero seguir su curso y, ¡por mis barbas! que le tengo de seguir hasta saber dónde vá. Rumbo á la mar; perdamos de vista estos lugares; siento hastío de oro y de perfidia: deseo respirar el aire libre.

Ántropos obedeció, y cuando llegó la noche hubo de vigilar atentamente y de guiarse en la imensa

soledad por la estrella situada en la region de donde sopla el cierzo, la cual procuró tener siempre á manderecha ó á estribor. Esto, no obstante, en las distracciones de su soñolencia, contínua é inadvertidamente derivaba hácia ella sin querer.

Á la mañana siguiente estaban en alta mar y el círculo sin límites de las azuladas aguas se unia todo enrededor con el azul de la bóveda celeste para formar el horizonte. Dinamion, despues de un sueño apacible, se sintió como regenerado. Su primera órden salió por fuerza misteriosa de sus lábios á impulso de un sentimiento noble: fué un arranque de generosidad. Mandó acercarse á su esclavo, diciéndole que deseaba ponerle en toda holgura para dirigir la nave y ejecutar las maniobras, y le quitó él mismo los grillos y las cadenas, dejándole sólo el corbatin y un eslabon pendiente de él en señal de servidumbre.

Elpisa pasó rozando con el tope en su nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y Ántropos y Gina cobraron nuevo valor y se sintieron más felices.

El aire del mar ejercia su natural influencia sobre todos.

Durante más de dos semanas visitaron innumerables islas, una tras otra, pero Dinamion no se dió por satisfecho. Las encontró todas pequeñas y mezquinas para su estatura y su ambicion. La nave siguió adelante, siempre hácia Poniente.

Por fin, antes de mediar un dia esplendoroso como pocos, divisaron por encima del bauprés los picos azulados de otra tierra. Por la tarde llegaron cerca de la costa, y en uno de sus senos anclaron y descansaron.

Apenas clareó la luz cuando saltaron á tierra para reconocer las cercanías. El aspecto de la comarca les admiró y les sedujo: valles risueños cubiertos de arbustos y verdura; arroyos frescos y límpidos corriendo sobre albos guijos entre rosas y mirtos y laureles; farpados montes á lo lejos; colmenas y diligentes enjambres por doquier; la cigarra dejando oir su canto monotono al sol, bandadas de palomas batiendo las ledas brisas con sus alas.

Despues de admirar aquella naturaleza delicada, cuya sonrisa sempiterna contrastaba con la severidad, la extension y la grandeza de los lugares de donde venian, dieron vuelta hácia la nave y comenzaron á costear. Si grata habia sido su impresion con la primera ojeada del país, más grato fué para los marineros el exámen de sus costas. Eran un variadísimo recorte, un feston de filigrana bordado por la espuma caprichosamente en las playas y en las rocas; eran sorpresas contínuas de seductores panoramas con cabos, rias, abrigos, promontorios y cantiles. Nadie podia imaginar país más fácil para arribar, más cómodo para embarcarse. Simbolizaba el amoroso abrazo de la tierra con el mar.

Recorrido que hubieron las fronteras, hallaron que estaban en una península, y despues de reconocer su istmo anclaron en una bahía espaciosa y no lejana de aquél. El gigante saltó á tierra y tomó posesion de la península, eligiendo para acampar un altozano á poca distancia de la mar. Allí, segun su costumbre, mandó al hombre levantar otro castillo, dejándole en completa libertad respecto á su forma, distribucion, y aspecto.

Ántropos, dignificado por aquella confianza y atento á las lecciones del buen génio, procuró mejorar su nueva obra, pues comenzaba á sentir desconocidos barruntos de belleza. Sin saber cómo ni por qué, pugnaba por reflejar en aquel nuevo castillo algo de la gracia y la armonía del cielo y del paisaje ambiente.

Mientras tanto Dinamion se propuso conquistar aquella tierra, y armado de todas armas salió á cumplir su propósito. No encontró tigres ni leones, pero en cambio se quedó admirado al dar con los habitantes. Ni huian ni se asombraban; contemplábanle serenos, y si les amenazaba con el acero ó el puño, requerian sus garrotes, erguian las cabecillas, sacaban impávidos el pecho y tomaban actitudes garbosas de desafío muy gallardamente.

—Esta familia es singular—se decia el gigante para sí.—Me gustan estos pigmeos. Su vanidad me hace gracia. En ellos he de tener buenos servidores, y—¿quién sabe?—tal vez, tal vez rivales dignos. Pero son vivos y hay que impresionarles. Si yo tuviera aquí á Seuda.....

Al regreso de Dinamion al campamento, encontró su castillo casi terminado. Hallóle muy á su gusto y se dispuso á organizar un nuevo imperio. Antes, sin embargo, meditó diciéndose:

—Veamos cómo acertar. País nuevo, vida nueva. Utilicemos lo aprendido, ya que mi consejera se halla lejos y soy dueño de mí mismo. Tengo hartazgo de autoridad y de mando. Ser temido no me satisface: quisiera ser, cuando ménos, admirado. Pero esta gente tiene trazas de ser ingobernable y ha de poner á prueba mi sagacidad y mi paciencia.

Habré de hacerles concesiones, reconocerles derecho á ser algo y tener algo, porque, lo repito, mi corazon siente con estas brisas unos deseos, unas ánsias como nunca antes sentí. Luego..... no hay que olvidar á los dioses. Aparte de las trapacerías de mi consejera, les tengo y siempre les tuve cierto respeto temeroso, porque en fin, hay en todo ello un no sé qué y..... yo me entiendo. Conviene contar con lo desconocido. Por eso me traje á Anoya y por eso aparento respetarla cual si fuese la verdadera Alecia. En dándola mucho de comer, será un instrumento mio. Ella perora de lo lindo y aprende todo de coro. La enseñaré su leccion, y entre los dos, ya veremos. Haré que diga..... pero ¿qué?, esa es la dificultad. Las crueldades, las mutilaciones, sobre repugnarme, témome que aquí no sirvan, y ó yo me equivoco mucho, ó estos pigmeos se habian de reir de bueyes, gatos y cebollas, y hasta de los cocodrilos. Si Anoya pudiera darme luz..... algo habrá aprendido de su maestra. Consultemos á la falsa Alecia.

—Vamos á ver, mi buena Alecia—la dijo con cariño Dinamion cuando Anoya se le presentó obedeciendo su mandato.—Aquí hay mucho que manducar para quien sepa apañarlo. ¿Estás dispuesta á desempeñar un gran papel?

—El que tú gustes, Señor. Tengo un hambre archicanina que me mata.

—Pues te hartarás, si eres prudente. Hay que hablar poco, pero bueno.

—En toda la travesía, no he desplegado los lábios. Verdad es que con el mareo, más muerta estuve que viva. Ahora de puro famélica no veo.

—Pues comerás, y te hartarás. La tierra es rica

en miel, en frutas, y tampoco falta carne. Aguza el ingénio y dime por dónde hemos de empezar.

—Por hacer un templo para que tenga yo habitáculo y me traigan las gentes sus ofrendas.

—¡Ola!—exclamó Dinamion.—¡Bien aprovechaste las lecciones!. Lo primero tú. Pues cuidadito, que no aguanto ancas de nadie. Se hará el templo; comerás, pero ves pensando en lo que debes decir: haces para todos el papel de Alecia.

Anoya se retiró y los esclavos recibieron órden de fabricar al pié del castillo un templo. Como la obra se habia de hacer de prisa, Ántropos hubo de construirle de madera como hizo la primera casa para Dinamion allá en el Recinto de las Castas. Hasta imitó la sencilla disposion de aquella, aunque mejorándola notablemente. Los troncos del pórtico y la galería se descortezaron, redondearon y pulieron; pusiéronse todos sobre grandes dados de piedra para evitar su podredumbre por la fogonadura; se reforzaron sus extremos con una ó más vueltas de buena cuerda de cáñamo, para evitar que se ventearan; las cabezas de las vigas se cortaron por igual; los remates de los parecillos del tejado se labraron al exterior bien y simétricamente; sobre ellos se tendió tabla y pizarra, y en fin, entre las aristas de los dos faldones de la inclinada techumbre se estableció el fronton, dentro de cuyo espacio triangular Gina y Télia colgaron frutas, flores, conchas, dijes, formando graciosos grupos, pues con las nuevas costumbres las mujeres se iban dedicando á faenas más en armonía con su sexo.

Ocupados estaban en concluir aquel templo de madera y Anoya—obrando y hablando como Alecia—indicaba á Ántropos cómo colocar las aras, cuan-

do inopinadamente se les apareció Fanta agitando sobre el templo sus alas de tornasol.

—¿Tú por aquí?—gritó Ántropos.—¿Cómo tú por esta tierra?

—¡Pues si es mi pátria! Aquí vive mi familia toda.—¡Y qué familia!. ¡Qué familia!. Mis hermanas son innumerables.—Son ninfas y á cual más lindas, más graciosas—graciosas como estos valles. —Las encontrarás en todas partes: las náyades ó nereidas en los rios y en el mar; las limniadas en los lagos, las creneas y pegeas en las fuentes, las driadas en los bosques, en las selvas las napeas y en las montañas y páramos las vaporosas oreades.—Las meliadas guardan los rebaños bailando en graciosos giros debajo del fuerte fresno y por esto—ó por lo otro—se las consagró aquel árbol.—¡Qué familia!. ¡Qué familia!. Viven alegres, jugueteando, ideando travesuras, envidiadas de los dioses. ¡Ah! los dioses. ¡Pues y los dioses? ¡Esos sí que gozan y cantan y comen y se divierten!.

Anoya aguzó los oidos. Fanta continuó sin dejar de ir y venir.

—Hermosos como los hombres, mil veces más hermosos que todos los Ántropos habidos y por haber, tienen el cuerpo inmortal, incansable, inmarcesible y cuando bajan á la tierra desde el sublime y esplendoroso Empíreo vencen en todo á los mortales á quienes ya protegen, ya persiguen.—El dios caudillo lanza rayos á diestro y á siniestro; sus hermanos gobiernan, uno el mar, otro la tierra y hasta los hay que rigen lo de abajo—porque has de saber que nada se les escapa, y debajo de la tierra hay un Averno todito fuego, todo horrores.—Allí se vá y allí se pesan las obras en balanza de rigor.—Nada, nada

hay en la isla sin un dios, sin una diosa.—Porque los dioses tienen sus hermanas, numerosas, hermosas, veleidosas, como mujeres que son—¡pero qué mujeres!—Su belleza no tiene rival. Sin ellas, ni la tierra daria pan, ni los árboles la dulce fruta, ni los recentales se multiplicarian, ni los peces acertarian á nadar:—Vuelan como unas palomas, recorren alíjeras la tierra y navegan por el mar sobre conchas de oro y nacar tiradas por cuadrigas y delfines.—Con sus aventuras peregrinas, emboban al más sábio y al más zote.—Te marearán, te burlarán.—No hay modo de resistir.—Fuertes son los sátiros y los centáuros, sagaces y seductoras las ninfas y sirenas; pero nada, nada, nada puede oponerse á los caprichos de los dioses.—Por huir una hermana mia de uno de ellos fué convertida en mirto ó en laurel—por eso respeta al laurel el rayo.—Por atreverse una doncella, muy hábil, á competir con una diosa en el bordado de tapices, recibió un golpe de su lanzadera y se vió trasfigurada en araña.—Todo lo pueden, todo lo castigan—y ¡qué castigos!—Escucha.—Un hombre audaz, muy audaz, arrogante, muy arrogante, subió al Empíreo y allí robó una chispa del sagrado fuego;—pues bien—fué encadenado, desnudo, sobre una roca, y el dios supremo juró que un buitre le roeria eternamente las entrañas.—¡Qué horror Ántropos, qué horror!—Estar sintiendo dia y noche las garras, los picotazos, del ave hedionda y carnívora—no podia ser—no podia ser—era demasiado horrible—demasiado monotono—y por eso un héroe intercedió—y por eso el dios para no quebrantar su juramento, permitió que el temerario robador de la centella divina llevase al dedo el último eslabon de su cadena

con un pedazo de la roca—y cátate los anillos y su orígen.

De esta suerte continuó Fanta largo rato, mientras Anoya embebecida, ni perdió acento, ni ripio. Despues que el hada hubo desaparecido, la falsa Alecia buscó al gigante y le dijo:

—Ya está el templo, y ya puedes anunciar sus fiestas y ceremonias. Para atraer á las gentes y amansarlas tengo urdida una muy amena y deleitosa mitología. Deja que me oigan y verás.

—Pues despáchate á tu gusto—contestó el guerrero—y procura traer en derredor de tu templo las gentes de la Península con sus ganados y sus frutos. Tú dispondrás las ceremonias, pero nada de horrores y barbaridades. Quiero borrar el recuerdo del horno de los chiquillos. Me persiguen los gritos desgarradores de las madres, y he menester de un bálsamo de paz,—quiero fiesta y alegría.

Anoya no se hizo de rogar. Volvió diligente al templo é instituyó los nuevos ritos, pero como los instintos ingénitos de cada cual se traducen en sus obras, mezclados con reminiscencias del Recinto de las Castas, de la Tierra de la Servidumbre y del Valle de las Inundaciones, se dispusieron segun sus órdenes banquetes, que fueron cabal manifestacion de su gula ó su apetito.

Todo se arregló con ayuda de la vara mágica de Pónos, y el templo se engalanó vistosamente.

Entre columna y columna de su galería exterior pusiéronse guirnaldas de hojas y flores, cuernos de carnero retorcidos en lo alto de los fustes, y mil colgajos no exentos de gusto y gracia á lo largo del alero. Acordándose de una de las máximas de su maestra, decia Anoya que el templo debe convi-

dar por fuera é imponer por dentro. Á la entrada de aquel templo así exornado al exterior, eleváronse las aras y se amontonaron víctimas. Al son de los mugidos y balidos, rociáronse los testuces de cabras, novillos, toros y corderos, con sal molida y harina; degolláronse las reses sobre las gradas de los altares; las víctimas espiraron entre convulsiones, y sobre su sangre, aún caliente, los cadáveres se desollaron. Cortáronse luego las pezuñas, cubriéronse con la pella, encendiéronse los fuegos, los despojos se quemaron, y las carnes, puestas sobre asadores de cinco puntas se asaron con gestos, á compás para servirlas á los concurrentes (1). Todos comieron á porfia y bebieron en proporcion, porque segun un santo y muy sabio dogma, las tajadas suculentas se habian de regar con copiosas libaciones.

En medio de las interminables ceremonias ideadas por la falsa Alecia ó más bien inspiradas por su glotonería, mediante las cuales procuraba dar al opíparo festin y á la cruenta hecatombe la pompa y el misterio de sacrificio divino, viéronse llamas en varios puntos del templo, alzáronse, corriéronse, se dilataron, se unieron, se agigantaron, y Dinamion y Anoya y sus comensales, ahitos de carne y vino, se salvaron del incendio con harta dificultad. En poquísimos instantes, templo, aras, trípodes, ánforas, cuchillas, pebeteros se redujeron á pavesas.

Repuestos del primer susto, se enfurecieron los sacrificadores y pidieron á su Señor venganza. Cuanto mayor era su impotencia para remediar el daño, tanto más desenfrenada fué su santa indigna-

(1) Homero.

cion. Buscaron con empeño á quien culpar, y no pudiendo designar como incendiario á ninguno, todos acusaron á Ántropos, si no por criminal, por torpe. Era el amo de Pir, de él disponia, y aquel estrago sólo podia ser obra del herrero. Dinamion, irritado como los demás, escuchó las quejas y convino en la necesidad de hacer un escarmiento. Alguien habia delinquido y convenia escarmentar. Mandó comparecer á sus esclavos, y en tono severo y duro dió principio al siguiente interrogatorio, como todos los suyos, sumarísimo:

—¿Quién puso fuego al sacrosanto templo?

—Lo ignoro—contestó Ántropos.—Yo no habia de destruir mi obra.

—Pues nadie más que tú puede tener la culpa. Te lo conozco en lo blanco de los ojos. Ahora mismo, y en justísima venganza, te voy á cortar la nariz y las orejas.

Y así diciendo el irritado guerrero, recordó sus antiguos procedimientos sanguinarios, y echando mano al cuchillo que llevaba al cinto se dispuso á mutilar al hombre.

—Detente—exclamó Gina adelantándose.—Ántropos es inocente, yo soy la única culpable.

Aquella inesperada declaracion hizo enmudecer á todos. Hubo un rato de silencio.

—¡Señor!—gritó Ántropos saliendo de su estupor—Gina miente. Mi mujer no estaba aquí. Yo soy el amo de Pir; yo el único responsable.

—¡Silencio!—rugió Dinamion.—Aunque así sea, ó dice tu mujer verdad, ó se mofa de mis iras. Sea, pues, ella la víctima que sirva á todos de escarmiento.

Y dirigiendo su voz á la mujer la preguntó:

—¿Has oido mi sentencia?

—Sí—contestó la mujer impávida.

—Si persistes te he de cortar la nariz y las orejas.

—Lo sé.

—¿Quién puso fuego á la casa de los dioses?

—Yo.

—¿Y cómo?

—Sacando á Pir de su leño.

—¿Y para qué?

—Para verme libre un sólo dia.

—Mira que vas á quedar horriblemente mutilada.

—Lo sé y lo espero, pero salvaré á mi Ántropos.

—Pues sea—exclamó el gigante—y levantó la mano y el cuchillo para herir; pero antes de descender el brazo, uno de los infinitos esclavos prisioneros, hasta entonces confundido con los otros, se precipitó entre el gigante y la mujer y dijo:

—Detente. Esa mujer me quiere robar mi gloria. Soy el culpable y reclamo tu castigo. En prueba de ello, ahí está el leño en donde duerme Pir. Esta mañana le robé para poner fuego al templo.

El asombro producido por estas palabras fué indescriptible y general. Al cabo de unos instantes le preguntó Dinamion:

—¿Quién eres?

—Nadie, porque siendo prisionero soy esclavo, y el esclavo ni siquiera tiene nombre.

—¿De dónde eres?

—De esta *Península de Luz,*, amamantado con sus libres auras.

—¿Y qué te has propuesto con quemar el templo?

—Ser alguien, ser inmortal.

—¡Tú inmortal!—¿Y cómo?

—Oscureciendo todas tus hazañas con una sola.

—No te entiendo. Explícate.

—Gozas de envidiable nombradía y todo lo tuyo es célebre. Te vi engreido con tu templo, te advertí ufano, prepotente y orgulloso, y no pudiendo vencerte cuerpo á cuerpo, busqué la manera de irritarte para despreciar tus iras. Véngate como te plazca. Yo tengo asegurada la inmortalidad.

Todo aquello era tan nuevo, tan extraordinario, que Dinamion volvió á su cinto el cuchillo y mandó encerrar á Gina y al prisionero. En seguida subió con torvo ceño á su castillo y se puso á meditar.

—¿Qué es esto?—se preguntaba.—Estos esclavos son otros. ¿Qué es esto?. Retarme á mí. Despreciar mi poder y mi venganza, y todo por una palabra vana: por vivir en la memoria de las gentes. Ya no basta el terror. Crece el peligro. He de buscar otros medios de gobierno.

Entre tanto Ántropos, no ménos sorprendido que el gigante, interrogaba á su buen génio y éste le decia:

—Nada hay en ello para motivar ese tu asombro. Los sentimientos se han ido haciendo y se van manifestando como todo lo demás. En cuanto á tu mujer la cosa es óbvia: aquella facultad de engañar y de mentir, adquirida con la careta de la bruja, es un arma inestimable y ahora la usa noblemente. Quiso salvarte la vida, y al mentir ha dado prueba de una abnegacion heróica. Tu mujer se transfigura. En cuanto al esclavo prisionero es más notable la transfiguracion. La idea de inmortalidad, la aspiracion á lo infinito cundieron ya sin duda alguna y se ingertaron en el egoismo de ese loco y, á trueque de hacerse célebre, no retrocedió ante el crímen. Pero áun así y todo, la idea se sobrepone á la mate-

ria, y si hoy la idea es falsa mañana se rectificará, y cuando crezca, se afine y se aquilate entre vosotros ese elemento libre de vuestra naturaleza, en verdad, en verdad te digo que empezará á declinar el omnímodo poder de vuestros esquilmadores.

No sabemos si Ántropos entenderia la profunda significacion de las palabras del génio, pero algo debió entrever porque despues de haberle oido sintió como consuelo y esperanza.

Dinamion, ménos razonador y más ejecutivo, sólo sacó de sus meditaciones la necesidad de hacer dos escarmientos. Cortó al incendiario las narices, las orejas y áun algo más en presencia de los habitantes del castillo; le colgó, le aserró las manos y los piés; quemó sus miembros, esparció por los vientos las cenizas (1), y satisfecha por de pronto su venganza, se entregó al sueño tranquilo sin que el menor remordimiento le acuitase.

Antes, sin embargo, habia pedido al hombre una jaula de oro de triple reja y de tamaño bastante á dar cómodo albergue á una persona. Cuando despertó de su dormir, la jaula estaba terminada.

—¿Para quién es esa jaula?—le preguntó la falsa Alecia.

—Pues claro está: para Gina—la contestó Dinamion.

—¡Para Gina!

—Sí, para Gina. La quiero encerrar de una vez y para siempre. ¿No presenciaste su osadía?. ¿No temes sus atrevimientos?. Su entusiasmo, su hermosura, pudieran darnos enojos si la dejásemos libre.

---

(1) La Odisea; castigos de Ulises y Telémaco.

—Pero una jaula tan hermosa, más bien es premio que castigo.

—¡Qué quieres! No lo puedo remediar. Y pienso alhajarla lindamente; quiero que encerrada y todo no eche la mujer nada de ménos. La temo, pero la admiro. Su accion fué noble y heróica. ¿No te parece bastante privarla de toda libertad?

—Así será, si tú lo dices—contestó la falsa Alecia—pero conviene dar al acto la mayor solemnidad si ha de servir de escarmiento.

—No me opongo, si es tu gusto—concluyó diciendo Dinamion.—Dispon tú lo necesario que en esas cosas no me meto.

Anoya se retiró gozosa con la idea de instituir una ceremonia más, y al efecto dió sus órdenes.

Era ya entrada la tarde cuando el innumerable pueblo, los próceres y los duendes ocuparon las ventanas y hasta los altos socarrenes de la plaza del castillo para contemplar la fiesta. Cubrióse una carreta con blanco y perfumado lino; tendióse de la propia tela un toldo por encima festoneado con guirnaldas, vistiéronse con rosas y con mirtos los testuces de los bueyes, los yugos, el timon y la gamella; coronóse á la mujer de flores (lisonja que parecia escarnio); hízosela tomar asiento en aquel carro triunfal; rodeáronla los mozos en confusa y descompuesta gritería; paseáronla en triunfo por el patio, hasta ya entrada la noche, y entonces se encendieron teas de pino y de otras maderas olorosas, y continuaron las carreras y los bailes desde la puerta de la jaula á la puerta del castillo, y de la puerta del castillo á la puerta de la jaula, mientras las sombras producidas por aquellas luces oscilantes y fatídicas se movian sobre los muros y las tor-

res cual fantásticos gigantes, nuncios de luto y tristeza.

Cuando actores y espectadores se rendian al cansancio, Dinamion cogió á Gina ferozmente por el cuerpo, la metió dentro de la jaula de oro y cerró la portezuela con pesadísimo cerrojo. Para quitarla allí mismo todo asomo de esperanza de libertad, los duendes, bajo la direccion de Anoya, quemaron el eje de la carreta en señal de que *jamás* saldria de su encierro (1).

Gina cayó desmayada sobre las barras de su calabozo.

El gigante, sin reparar en ello, cogió la jaula con el dedo meñique, penetró dentro del castillo, llegó á su cuadra y la colgó del techo.

Á la mañana siguiente llamó el gigante á su esclavo, y señalando con el dedo desde su castillo á los tizones humeantes del primitivo templo, le dijo en su tono imperativo de costumbre.

—Allí mismo, sobre aquel monton de ruinas, me habeis de levantar un templo idéntico al quemado el otro dia, con sus perfiles, adornos y requisitos, sin olvidar ni las flores con sus hojas, ni los cuernos y testuces, ni las sartas de huevos y de conchas, ni un ápice de cuanto Alecia te indicó para su ornato; pero me le habeis de levantar incombustible, de piedra, de modo que nunca, ni áun con los rayos del cielo pueda arder. De piedra le labrarás, todo de piedra, eterno como los dioses, á los cuales se consagra. Tienes granito para sus columnas, mármoles y jaspes para sus paredes; hazle con aquella solidez del Valle de las Inundaciones, pero más gra-

---

(1) Ceremonias del casamiento griego.

cioso, más en armonía con este país risueño y apacible.

Ántropos no desmayó al escuchar tan inaudita peticion. Acostumbrado á las exigencias de su tirano, dió principio bajo la direccion de Pónos al más suntuoso y más gracioso templo que jamás se construyera.

—Escucha—le decia Pónos, durante la obra, deseoso de animarle.—El trabajo que vas á emprender te será, en lo sucesivo, como ninguno provechoso. Así lo comprenderás si recuerdas mis lecciones, mis consejos, mis doctrinas. Tras los medios materiales conquistados en tantos años de lucha contra la naturaleza, tras el gradual crecimiento de la inteligencia y la razon en la lucha aleccionadas, el sentimiento se desborda y pide soberbias manifestaciones. Vas á tallar en piedra dura las formas que han cautivado con su gracia á Gina y á Dinamion, á los próceres y á tí. Cuando las hayas agrupado en ritmo, con armonía, y la euritmia de la arquitectura penetre seductora por los ojos, sentirán áun los más fieros y rebeldes corazones, una aspiracion sublime hácia el órden, la belleza, la serenidad y ésta y otras aspiraciones semejantes (cambiadas por la costumbre en sentimientos), se filtrarán en las obras de tus manos, en tus pensamientos y en tu manera de sentir, para inocularte la bondad, último fruto de tu trabajar y el único eficaz para hacerte digno y libre.

Embebecido con pláticas tan sabrosas, trabajó nuestro Ántropos y trabajó su familia en el suntuoso edificio. El toque de la vara mágica de Pónos parecia haber evocado en los cerebros de aquellos trabajadores recuerdos de existencias olvidadas,

formas graciosas y bellísimas. Sustituyéronse los troncos del templo provisional con esbeltas y bien proporcionadas columnas (remedo y nada más de aquellos); los dados sobre los cuales los fustes se apoyaban, en graciosas basas y bien cortados pedestales; las guirnaldas de flores, los retorcidos cuernos, las hojas acigarradas de acanto en cincelados capiteles con sus volutas y elegantísima hojarasca. Del propio modo y por los mismos impulsos imitáronse las cuerdas ó los aros puestos en torno á las extremidades de los árboles, para evitar que se rajaran con el sol ó se ventearan con el viento, y esto dió orígen á los toros y junquillos; la viga corpulenta, apoyada sobre los piés derechos para enlazarlos y reunirlos por arriba, se transformó en arquitrabe; los extremos salientes de los maderos del techo se distribuyeron en hilera con forma de modillones y dentículos. Hasta las cabezas de los corderillos, ó las sartas de huevos ó de conchas que Anoya mandó colgar para celebrar la fiesta; hasta las ligaduras, ensambles, recortes y cabezas de los clavos se tallaron en mármol ó granito, surgiendo de cada imitacion, ya un miembro, ya una moldura, ya un perfil, cuyo conjunto y armoniosa distribucion constituyeron la cornisa, el zócalo, el fronton, las metopas, los triglifos, y mil y mil otras partes de un monumento bellísimo (síntesis de millones de esfuerzos musculares, intelectuales y afectivos) capaz de recrear la vista, inspirar dulces emociones é imponerse soberanamente al alma por su carácter de grandeza y de severidad.

—Está bien—exclamó el gigante cuando contempló la obra maestra.—Está muy bien. Yo no sé lo que me corre aquí dentro, desde el corazon á la ca-

beza, y desde la cabeza al corazon. Está muy bien. Esta noche mandaré que te den en galardon y por añadidura tres bellotas.

Para exornar autoritariamente el nuevo templo, Anoya pidió vasos sagrados ó páteras, trípodes, coronas, aras, reliquias, purificatorios y otras cien preciosidades, todas de valor y mérito. Á la vez, y sin piedad, Dinamion exigia á los esclavos, muebles, galas, cascos con cimera, pertrechos, máquinas y armas. Añádanse á todas estas peticiones las innumerables necesarias para navegar por la costa ó por el golfo tan á menudo como lo hacia el gigante, ó para emprender travesías grandes y arriesgadas, á las cuales se iba aficionando poco á poco, y se formará remota idea de los trabajos increibles realizados por Ántropos y los suyos, durante la época cuyo esplendor y grandeza nosotros apenas si apuntamos. ¡Cuánto no mermaria entonces el velo negro de la verdadera Alecia!. Todos lo ignoraban ménos Pónos, quien gracias á su manto azul, salvaba toda distancia y podia, de cuando en cuando, visitarla allá en el Valle de las Inundaciones.

CAPITULO XII.

En la interminable lista de humanas contradicciones y antinomias no hay en verdad un hecho más controvertido, un fenómeno más reconocido y más negado á la vez, que el fenómeno y el hecho de la insensible y sucesiva modificacion de un sér, segun y conforme sea el medio en donde se desarrolle. Desde la planta embrionaria hasta el hombre inteligente y culto, todos viven y vivimos sujetos á la influencia de cuanto nos rodea ó nos envuelve. Lo material como lo inmaterial, el grado de luz ó de calor, el aire que respiramos, las nubes que nos cobijan, la clase y el aspecto de la tierra, las costumbres de los animales que nos sirven, el saber ó la ignorancia del prójimo, la rectitud ó la perversidad de nuestros contemporáneos, todo, absolutamente todo, obra durante el sueño ó la vigilia sobre nuestra personalidad esquisitamente impresionable, y algo del medio ambiente penetra á cada instante de la vida dentro de nosotros y en nosotros se encarna y se inocula. El órgano, dentro de cada organismo, el organismo dentro de la colectividad, tien-

den por ley fatal al bienestar, y al encontrarse á disgusto se agitan, luchan, trabajan desprendiéndose de lo nocivo para tomar lo grato y provechoso. Y sin embargo, la humanidad que reconoce en sus actos esta ley buscando suelo y clima y nutricion para la planta, luz y auras tíbias para el triste ó el doliente, ejemplos que imitar al ciudadano á quien procura rodear en la niñez de una atmósfera de ciencia, de virtud ó de cultura, niega en redondo lo que acata cuando teme que se desmoronen sus seniles utopias.

Segun se ha podido ya advertir, los héroes de nuestra historia se hallaban sujetos sin saberlo á este fenómeno constante y por eso Dinamion se mostraba más magnánimo y alegre.

Empero á la accion del mundo y sus pobladores, oponíanse los recuerdos y las costumbres de otros tiempos, porque unos y otras habíanle dotado como de una segunda naturaleza. Sentíase inclinado al regocijo y á las fiestas de la paz; á ellas le predisponian un sol esplendoroso, un cielo azul y despejado, valles, colinas y montes vestidos de galanura y de flores, torrentes de aromas y perfumes, las frescas brisas del mar y la armonía inefable de los insectos campestres, y á pesar de todo, seguia derramando sangre, la fuerza era su ley y las supersticiones—reminiscencias de las doctrinas de su consejera—anublaban y avasallaban su espíritu.

En los primeros tiempos sus hazañas fueron muchas para domeñar á los habitantes de la Península de Luz. Quiso hacer lo mismo allí que en otras tierras, pero nunca lo logró. Sujetaba, sí, la parte de la Península al alcance de su espada, pero no bien se volvia á su castillo cuando los vencidos se levanta-

ban contra él y á cada nuevo sol se veia precisado á comenzar de nuevo sus conquistas.

Harto ya de batallar, como batalla el soñoliento con las moscas, se puso al habla con los jefes de las principales tríbus y les propuso un convenio.

—Esto no es vivir—les dijo.—Ni yo adelanto un solo paso, ni vosotros descansais. Gobernando otros imperios he aprendido mucho, pero mucho. Revueltas en mi memoria se hallan mil cosas y lecciones: la necesidad de peso ó de medida, la utilidad de la balanza, los rencores del agravio, los peligros de los ódios, y ahora quisiera concertar, armonizar, ordenar. Comienzo á sentir como sed inextinguible de órden. Si me admitis como Señor, procuraré sacar de mi esperiencia alguna regla de derecho, seré vuestro amigo y vuestro juez, os haré justicia á mi manera y os dejaré en libertad para reñir y batallar entre vosotros. Sólo os exijo un compromiso: que no ampareis ni deis asilo á mis esclavos como yo no ampararé ni daré asilo á los vuestros. Seremos enemigos del que trabaja con sus manos y le haremos todo el mal posible (1) ¿Aceptais?

—Aceptamos—contestaron los caciques de aquella raza impresionable y veleidosa.—Bueno será tener algo de ley para nuestro uso. Los esclavos no la necesitan.

—Sea enhorabuena—concluyó diciendo Dinamion.—Ya podeis degollaros mútuamente: en seguida juzgaré vuestras querellas. Pero al ménos haya paz un solo dia en el año. Nos reuniremos en rededor de mi templo, y de sol á sol haremos alarde de destreza y honraremos á quienes posean los

(1) Juramento de las oligarquias griegas.

mayores beneficios que los hombres reciben de los dioses: la fuerza, la agilidad.

—¿Y la gracia?—preguntaron los peninsulares.

—La gracia tambien—siguió diciendo Dinamion. —Cada tríbu mandará al templo su embajada; habrá tregua general en los ódios y en las luchas, y yo haré que mis esclavos arreglen los pormenores y los requisitos, á fin de que todo se haga bien.

—Sea como dices—gritaron entusiasmados los jefes de las tribus—pero un dia es poco para tanta fiesta. Pedimos que sean ocho cuando ménos.

Así quedó convenido, y para dar principio sin tardanza al nuevo arreglo, se encomendaron los preparativos á la familia de Ántropos bajo la guia nominal de Anoya (la cual seguia haciendo su papel de Alecia) pero en realidad bajo la efectiva direccion de Pónos.

Al saber éste un cambio tan inaudito, decia á sus protegidos:

—Dinamion se trasforma sin saberlo. Se aficiona al regocijo que es como la espansion del alma; admira lo bello; busca la superioridad: ó mucho me engaño, ó en las entrañas mismísimas de su ingénita ferocidad se está formando gérmen de justicia. Al reunirse esos bandoleros y piratas á competir en los festejos aprenderán unos de otros lo mejor y todos irán tomando algo de tí. Obedezcamos al gigante porque grandes cambios se preparan.

Muy entusiasmado se encontraba Dinamion con sus planes de solaz y fiesta, y sin dar tregua á su entusiasmo exigió de sus esclavos una série de prodigios, deseoso de dar á sus innumerables huéspedes idea aventajada de su riqueza y su cultura. Una insólita vanidad se apoderó por completo de

él, y en alas de aquel desvanecimiento se valió hasta de lo antes por él menospreciado para dar á las nuevas asambleas carácter santo y magnífico.

Anoya habia de infundir un saludable temor y contener todo desman perorando sobre su mitología celebérrima; desnudos los contendientes lucharian cuerpo á cuerpo y con toda clase de armas; los mancebos más hermosos, los guerreros de formas esculturales competirian en la carrera á pié, á caballo, en carros y lo harian con donaire y á compás para lucir su desenvoltura, su majestad ó su gracia, y para no omitir la menor cosa, Tongo, evocado de nuevo de la caña, acompañaria con su flauta y con su lira los coros, las invocaciones y los cantos de victoria.

Todo se hizo como dispuso Dinamion y la descripcion de aquellas fiestas periódicas ocuparia tanto espacio, que renunciamos á hacerla. Sobre la tierra y la mar se celebraron juegos nemeos, pithios é ístmicos, pero los más famosos y solemnes fueron los olímpicos. El éxito de unos y otros se debió á nuestros amigos, porque sin la multitud de prodigios y detalles por ellos inventados ó ideados, aquellas célebres fiestas habrian carecido de esplendor y utilidad. Los próceres al divertirse sacaron de ellas provecho. Un año y otro año se celebraron y perfeccionaron, y era de ver cómo la bulla y regocijo atraian gentes de la Península y de fuera, y por cuán sencillo y agradable modo suavizábanse los ódios y los dulces afectos germinaban.

No es de extrañar, por lo tanto, si aquella vida nueva y sin precedente produjo cambios increibles.

Digamos alguno de ellos.

Servicios como los prestados por Ántropos á Di-

namion no podian ménos de ablandar las entrañas más pedernalinas, y el gigante comenzaba á sentir un átomo de piedad cuando reparaba en los trabajos del hombre y le veia agobiado bajo el peso de tantas ímprobas faenas. Era aquello como latidos formales de una conciencia más ámplia.

Acabábanse de celebrar los juegos olímpicos un año y Dinamion se dirigia al templo comparando en la memoria aquel su espléndido boato con su antigua desnudez, cuando Fanta se posó sobre la cimera y le fué hablando suave, suavemente, en términos á estos parecidos:

—¡Vaya un cambio!.—¡Vaya una mudanza!—Una clava y una piel de tigre constituian tus tesoros..... antaño—cuando Ántropos y su familia cayeron en tu poder.—Vivias miserablemente—comiendo crudo—sin saber lo que era el pan.—Él puso á tu alcance los más delicados gustos.—Una caverna te albergaba—mira ese templo, mira aquel castillo.—¡Pobre Ántropos!.—¡Pobres hijos suyos!—Ellos te dieron armas, regalos, númas—te levantaron á Señor de palacios y castillos—te hicieron jinete de Hipodonte—pusieron á tu mandar auxiliares como Pir—abrieron el Océano á tu ambicion—colgaron la púrpura de tus hombros—ciñeron tu sien con la corona—y autorizaron tus manos con el cetro.—¡Pobres esclavos!.—¡Pobre Ántropos!.

El guerrero fijó entonces la vista en Ántropos y Télia. Estaban estenuados, sin fuerzas, tendidos al pié de las columnas elegantes del grandioso peristilo. La obra parecia menospreciar al obrero.

Dinamion sintió, sin saber cómo, compasion, y deteniéndose, dijo á sus esclavos en tono desusado de bondad:

—¿Por qué en vez de abatiros y gemir no sacais á Tongo de la caña?

—Señor—le contestó Ántropos entre un suspiro y una lágrima—Tongo no alegra á los esclavos; se encuentra bien en tus juegos, y allí con gusto toca ó tañe; mas sus propios cantares le repugnan al compás de las cadenas.

—No importa—replicó Dinamion.—Hoy mismo le hareis comparecer: ahora mismo en aquella pradera, al pié del castillo, orillas del mar. Os quiero ver contentos una vez al año. Para que esteis más á gusto, voy á sacar á tu mujer al sol; la colgaré en la ventana—en lo alto—para que desde allí presencie vuestro reir, vuestra alegría. Hoy mandas tú dentro y fuera del alcázar; hoy te he de servir y te han de servir, desde Alecia abajo, todos. Es un capricho mio—casi una necesidad. Diviértete, manda, pega, embroma, burla. Justo es al fin hacerte un dia Señor, ya que todos los del año trabajas como tú trabajas. Te doy libertad ámplia y omnímoda. Comienza á disponer á medida de tu antojo.

Ántropos se quedó suspenso al oir tan insólita salida. Parecióle al principio que soñaba, mas despues de un momento de vacilacion se palpó á sí mismo, se convenció de la evidencia y se decidió á no perder la coyuntura.

—Pues si mando hoy y he de mandar—dijo por fin al gigante—mándote que subas á tu estancia y que saques á Gina como dices.

Dinamion subió al castillo presuroso, y colgó fuera de un balcon la jaula de oro de la prisionera.

Mientras subia en dos trancos, el hombre buscó la caña en que dormia Tongo, bajó con Télia á la pradera y cuando el gigante se asomaba con la jaula

de oro en lo más alto del castillo, llegaron hasta él suavísimos acentos de una melodía dulce y melancólica. Gina suspiró al oirla y vertió más de una lágrima. Dinamion se quedó suspenso con la jaula en alto, y al cabo de un breve espacio la colgó sobre el abismo.

—¿Qué es esto?—se preguntaba.—¿Qué nueva fascinacion se derrama como un filtro sobre mí?. ¿Qué melodía es esa más dulce y más seductora que todas las escuchadas y aplaudidas en nuestros juegos olímpicos?

—Esa melodía—se atrevió á decir Gina—es una de las primeras que endulzaron nuestra vida en tiempos en que fuimos libres. ¡Ah, qué memorias está evocando en mi mente!. ¡Cuánta emocion hace muchos años no sentida!. La melodía no es nueva, pero tú no eres el mismo.

—Tal vez aciertes—contestó el gigante—porque ese Tongo, de dia en dia, me hace sentir nuevos goces. Ahí te dejo y corro á la pradera. Hoy manda en todo tu marido y noto que ya me llama.

El gigante bajó tan complaciente como habia subido, y se quedó ensimismado oyendo al músico y observando los movimientos de su diadema de orejas puntiagudas entre la cabellera blonda, pero Ántropos lo vió, y deseoso de ejercer lo más posible aquella su autoridad de un dia, tomó el tono del que manda y dijo:

—¿Qué haces ahí, mano sobre mano?. Vé en busca de Alecia y de sus acólitos, tráemelos aquí y ya verás lo que es bueno. Prontito, pronto, y cuidado cómo me haces esperar.

Dinamion echó á correr á grandes trancos, llegó á la casa de los dioses, y dió órden de seguirle á los

intérpretes y sota-intérpretes de la voluntad divina.

—¿Qué pretendes?—preguntó Pónos al hombre cuando le oyó comunicar el imperioso mandato á Dinamion.

—Vengarme en cierto modo de la criada de la bruja y del encierro de Gina—contestó Ántropos.—Pues á la fuerza hemos de tragar á Anoya por tu hija, pongámosla en evidencia y riámonos siquiera hoy de su sandez á las claras, ya que durante todo el año sólo podemos reirnos á hurtadillas.

—Cuidado Ántropos—prosiguió el buen génio.—No pierdas el juicio como todos los que ejercen un ripio de autoridad. Recuerda que la tuya fenecerá con la postura del sol.

—Nada temas—concluyó diciendo el hombre.—La chanza es muy llevadera, y ni la falsa Alecia ni los suyos, se apercibirán de mi intencion. Envuélvete en tu manto azul, pues de seguro te ries.

Llegó el gigante con la falsa Alecia y buen número de acólitos, todos con trajes talares, reventando de importancia y gravedad.

—Aquí tienes á la sacerdotisa y á los sacerdotes—exclamó el gigante al llegar á la pradera.—Todos esperan tus órdenes.

Ántropos, por toda contestacion, habló al músico al oido, y le pidió que tocase la más alegre, la más viva de sus tonadas coribánticas. En seguida ofreció á los recien llegados crótalos, tamborcillos y panderos que aceptaron sin perder su gravedad.

Apenas oyeron aquellos mentidos sacerdotes las primeras notas de la melodía, cuando empezaron á bailar desaforadamente haciendo las contorsiones más ridículas. Anoya, la locuaz, la sentenciosa

Anoya, bailaba con su favorito Eidólatros, y sus acólitos brincaban por parejas. Con cada resoplido como una racha de viento, danzaban y rebotaban. En medio de sus piruetas, la mentida hija de Pónos se habia arremangado el manto, sin advertir que por debajo asomaban dos piés informes, descomunales, juanetudos, los cuales piés eran el regocijo de las gentes. Al verlos feos y grandes, ni el más torpe podia equivocar la obesa criatura con la divina hija de Pónos, pero Dinamion, lo mismo que los demás espectadores de aquel baile coribántico, padecian con la risa tan descomunal fascinacion, que, si miraban, no veian. Esto nada tiene de particular: muchos y muy sesudos personajes bailaron antes, bailan ahora y bailarán despues al son que se les tocó, toca y toque, y el lance, por lo comun, no merece siquiera mencionarse; mas lo donoso y peregrino de la danza coribántica fué que Anoya y sus acólitos se empeñaron en hacer creer á todo el mundo, que si bailaron habia sido por inspiracion divina, y que aquel dejarse ir á impulsos de su sensacion, era una manera y modo misterioso de rendir á los inmortales culto. Hoy mismo, segun parece, se obstina aquella taimada en hacer pasar en Gé como ritos sacrosantos, gestos y pantomimas, y espectáculos de corte y de sabor inverosímiles.

La burla del esclavo era regocijada y única. Dinamion, con los puños sobre las caderas, se revolcaba por el suelo, porque la risa no le permitia estar en pié.

Allí llegaban las cosas, y Ántropos se proponia seguir pasando el dia alegremente, cuando Fobo se presentó presuroso, sin aliento como siempre, con el rostro demudado, y con voz hueca y temblorosa, dijo:

—No pierdas tiempo, Dinamion. Corre, corre, vuela. Sube á tu alcázar, vístete las mejores armas. Grande tropel de gigantes—los más altos, corpulentos y feroces que jamás vieron estas tierras—vienen por el lado donde sale el sol, armados de un modo singular y con espantables cataduras. Son muchos, son numerosos, pasaron la mar sobre puentes nunca vistos, traen cadenas para encadenarte, juran no descansar hasta mirarte aherrojado, despues de arrasar tu casa. Corre, corre, Dinamion; dentro de un instante será tarde.

Con tan temerosas é inopinadas nuevas, el músico puso fin á sus alegres melodías y se refugió dentro de la caña. Los santos bailarines, sin resuello, tomaron apresuradamente la subida del castillo, y el mismo valiente Dinamion atravesó el foso á muy buen paso. Todo fué prisas y confusiones y aturdimientos. El guerrero descolgó sus armas, sacudió el polvo á su casco, ciñóse el acero, calzóse el gentil coturno, abrazó la egida y volvió á traspasar la puerta del alcázar, ardiendo en deseos de pelear y centellando de entusiasmo los enrojecidos ojos, mientras acariciaba impaciente con la diestra el duro puño de la espada.

Los gigantes anunciados por el enano bigotudo de las antiparras, no tardaron en presentarse á la vista.

Hagamos punto nosotros para explicar al lector las causas de su venida.

Abandonada Seuda á sí misma en el Valle de las Inundaciones, supo de vez en cuando por sus emisarios las novedades acaecidas en el novísimo imperio de su Señor, y los cambios por él introducidos en sus costumbres y aficiones. Tembló por la tier-

ra, por el cielo, y se asombró de que éste no se desplomara. Por otra parte el templo con sus riquezas, los juegos y su regocijo excitaron su codicia, y envidió desapoderadamente la creciente autoridad de Anoya su criada, cuyo prestigio era á sus ojos como un robo hecho al prestigio universal, objeto eterno de su constante ambicion. Sabia que contra Dinamion no habia sino la fuerza, y despechada y rabiosa se puso á recorrer los imperios en donde ejerciera antaño su indisputada autoridad, sin olvidar las montañas y la caverna, cuna de su Señor y cuna suya. Á fuerza de astucia y de constancia reunió á los gigantes más feroces, y les pintó con arte las delicias del nuevo imperio de su antiguo amigo, díjoles cuán fácil seria la victoria y cuán riquísimo el botin; incitóles á intentar la empresa, y cuando los vió dispuestos á la lucha, les lanzó contra aquel que ella solia llamar en otros tiempos, Señor fuerte y sábio y delicioso.

Hé aquí cómo y por qué se presentaron los gigantes á la vista del castillo y hé aquí la razon de prepararse Dinamion, como hemos visto, á pelear con todos ellos.

Ya al otro lado del foso detuvo el paso el guerrero y con su voz estentórea gritó al hombre:

—¡Hola! Ántropos. Me parece que tendria más coraje si me precediese Tongo tocando un canto guerrero; baja pronto con el músico.

El espectáculo que entonces se ofreció á la vista de los medrosos pobladores del castillo, fué á la verdad magnífico y sublime. En los primeros momentos unos y otros se contemplaron impávidos, Dinamion, como sorprendido ante el número y la estatura de sus enemigos, y éstos al oir á Tongo y

al contemplar la gallardía y militares arreos de Dinamion. Midiéronle con la vista y le miraron con desprecio, pues á pesar de su tamaño no les llegaba al hombro con la engallada cimera. Unos venian cubiertos con pieles de tigres y leones, otros disparaban flechas, vestidos de blanco lino, éstos blandian lanzas cortas y vestian túnicas cortas tambien de lana parda ceñidas por la cintura con correas, aquéllos de horribles rostros cobrizos agitaban sobre sus cabezas ñudosas pesadas mazas, y áun algunos hacian girar vertiginosamente y chasquear despues la honda para despedir pesadísimos peñascos con precision y violencia sumas.

Despues de breve vacilar, los bárbaros acometieron al bien armado Dinamion, el cual les esperó á pié firme. Silbaron por los aires piedras y flechas y lanzas, pero ninguna tocó al Señor de la Península y éste no esperó á ser herido desde lejos y cerró con sus contrarios. Cercado por mil peligros de muerte, se defendia contra todos como un leon; los valles resonaban con los golpes; el suelo rehilaba de pavor y la yerba se tiñó de sangre. La muchedumbre abigarrada y confusa de los gigantes invasores, procuraba herir á Dinamion, pero se la veia vacilante al encontrar tanta resistencia. El peto, el escudo y el almete despedian centellas al embotar los tiros y al deshacer en astillas dardos, flechas, mazas, lanzas.

En aquella revuelta y pavorosa lid, en la cual tan pronto cejaban unos como acometia el otro, doquiera que se posaban las plantas de los gigantes allí aparecian ruinas. Chozas, templetes, pensiles, se trocaban en fealdad y luto, y hasta los cedros seculares crujian como alcacer bajo la inmensa pesa-

dumbre de los feroces guerreros. Las fuentes y los arroyos perdieron sus linfas cristalinas y se cambiaron en rojos.

—¡Qué horror!—dijo Ántropos á su buen génio— y sin embargo, fuerza es confesar que el espectáculo es sublime.

—Tienes razon—contestó el génio.—Por eso mismo debes inferir que en esa cruenta lucha se decide algo muy grande.

—Pero, ¿cómo puede resistir uno sólo contra tantos?

—Porque las armas de Dinamion son precioso talisman templado con tu sudor, tus lágrimas y tu sangre. Son al parecer de hierro, pero en realidad de otras muchas é impalpables cosas. Por eso al tocar en ellas se deshacen las incompletas de esos bárbaros, las cuales si tienen algo de tu trabajo primitivo carecen de otros elementos posteriores que constituyen la superioridad de Dinamion. Y la misma diferencia que en las armas, existe en los cuerpos y en el valor de los combatientes: mientras nuestro amo saca de su corazon raudales inagotables de entusiasmo, parece como si los brazos de esos bárbaros colosos se debilitasen á cada uno de sus golpes.

Y así era la verdad. No parecia sino que al tocar las aceradas defensas de Dinamion, los brazos de sus contrarios perdian brío y pujanza; dos de ellos yacian inánimes en tierra, los demás luchaban como temerosos y como desmazalados. Lejos de atacar á Dinamion procuraban esquivar los tajos, reveses, estocadas y mandobles—que menudeaban cada vez más repetidos—del corajudo é indomable defensor de la Península y su templo. La lucha siguió

feroz hasta despues de mediodia. De vez en cuando se desplomaba un gigante y al fragor de su caida rodaban de cerro en cerro, de nube en nube sordos ecos como truenos, y con el estrépito llanuras y montes retemblaban.

Al comenzar la tarde quedaban pocos gigantes aún en pié. Todos daban las espaldas á la mar como acosados. Tal fué su apuro, que por huir de la muerte se lanzaron dentro de las olas y se internaron en el mar hasta que el agua les mojaba las orejas. Como eran tanto más altos que Dinamion, éste no pudo perseguirlos. Cuando se apercibió de lo imposible de la empresa, se agitó sobre la playa cual aprisionada fiera que vé al corderillo trémulo desde las rejas de su jaula; denostó de cobardes á sus enemigos, y por fin, volviéndose hácia su esclavo le gritó ronco de coraje:

—¡Ántropos! ¡Ántropos! acude aquí, ven á gobernar la nave. Todo el poder de los dioses no ha de libertar á esta canalla de la más temerosa muerte.

El esclavo hizo lo de siempre: obedeció.

Pisó Dinamion de nuevo la cubierta y Ántropos desplegó las velas, y el alma de Ánemos el loco las acarició plácidamente. Entonces el marinero manejó el gobernalle y como todo parecia suceder perfectamente aquel dia, la nave obedeció las indicaciones del timon y con su tajante proa abrió los pechos y deshizo las cabezas de los atónitos gigantes. Á la postura del sol flotaban sus cadáveres sobre la mar como enormísimas ballenas, y el agua del golfo á la redonda se tiñó de azul en colorada.

Dinamion, soberbio con el triunfo, hizo atracar la nave en tierra y á ella saltó, sin olvidar ni un momento hacerlo con majestad y con gracia. Em-

pero cada uno de sus enemigos le habia dejado memoria eterna de la lucha, ya en una contusion, ya en una herida cuyas cicatrices modificaron despues muy grandemente su fisonomía.

Sin cuidarse por entonces de semejante menoscabo se irguió victorioso cuando pisó tierra, mandó á Tongo precederle con su melodía más alegre, y con paso marcial y mesurado se dirigió hácia su castillo. Un rastro rojo, sin embargo, indicaba que perdia sangre á toda prisa. En la mitad de su camino le acometió mortal congoja, y para no caer en tierra se apoyó sobre el ensangrentado acero; en seguida bajó el escudo y tambien se apoyó sobre él; cerró los ojos para no desvanecerse, y así le encontraron los habitantes del castillo cuando bajaron en tropel á darle sus parabienes.

—Vámonos pronto á mi estancia—les contestó el vencedor con voz doliente.—Gran menester hé del lecho, porque me siento sin bríos.

Despojado del peto y de las armas, muy otras á la sazon por hallarse cubiertas de polvo y sudor y sangre, se tendió sobre una cama nuestro herido, y la palidez de la muerte tiñó su frente y sus mejillas.

—Ánimo, ¡Señor fuerte é inmortal y delicioso!—le decia Anoya remedando á su maestra—ese vahido es del cuerpo. Iré al templo, consultaré á los dioses, haré ofrendas, libaciones, sacrificios, y en breve te has de sentir más valeroso que nunca.

—No es este asunto para tus dioses ni tus sacrificios—contestó el maltratado Dinamion con voz asaz enfermiza—es cosa más sencilla y muy más árdua á la vez. Nadie puede restituirme la salud, como no sea el esclavo y su buen génio. Que venga Ántropos, que venga pronto.

Ántropos se acercó al lecho del herido, y Dinamion, por primera vez, le dijo que se sentara.

—Todo lo consigues tú del incomparable Pónos— añadió en voz casi imperceptible.—Procura alcanzar de su pericia remedio saludable para mí, y si me curas, como espero, os juro por lo más sagrado, sempiterna gratitud y leal correspondencia. Dí á Pónos que se conduela de un herido: si viene á reconocerme, hallará por parte de todos la más benévola acogida.

Ántropos se retiró, evocó al génio del manto azul, y le comunicó el caso.

—Exige al guerrero una promesa formal para obligarle en sério á no faltar á su compromiso—fué la única contestacion de Pónos.

—¿Y cómo quiere Pónos que lo diga?—preguntó Dinamion cuando el hombre hizo presente la exigencia.

—Eso me toca á mí, yo lo diré—exclamó Anoya.— Tengo ritos especiales para este caso como para todos, y si se observan en regla, es imposible que falte Dinamion á su palabra.

Y como en esto de ceremonias, de fórmulas y misterios, la criada de la bruja habia aprendido de ésta lo bastante, Anoya inventó sobre la marcha juramentos espantables é imprecaciones tan pueriles en el fondo como imponentes en la forma. Hizo levantarse al herido de su lecho, le envolvió majestuosamente en una sábana, y dándole un venablo para apoyarse y colocando sobre su pálida frente coronas de yedra y de cicuta, le dictó un juramento terrible que Dinamion repitió dócil (1).

(1) Maneras de jurar en la antigüedad.

—No fué mi ánimo exigir esas sandeces—contestó Pónos al saberlo—pues nunca pueden obligar al pérfido. Si una promesa dada tras madura reflexion y á la faz de todo el mundo no garantiza el compromiso, ¿cómo quiere Anoya inspirarnos confianza con maldiciones llevadas por el viento é invocaciones de poderes imaginarios, y frases y más frases inventadas para embobar á los nécios, únicos que al oirlas se espeluznan?. Palabras, siempre palabras; ¿cuándo veremos buenas obras?. Pero en fin, esas niñerías son útiles, hoy por hoy, para refrenar al ignorante Dinamion. Cumpliremos con la piedad, y venga lo que viniere.

Acto contínuo, protector y protegido, comparecieron á la cabecera del enfermo. Por primera vez Pónos se presentó ante el gigante al descubierto. Para lograr aquella honra, preciso fué que peligrase su vida.

Despues de los primeros comedimientos el herido dejó colgar el brazo, pues Ántropos, por consejo de su maestro, queria tomarle el pulso. Allí fueron las dificultades: ¿cómo abarcar con la mano, muñeca tan descomunal?. Por fortuna muy luego encontró el médico novel la manera de salir de aquel apuro; las pulsaciones se veian á la simple vista y con poner sobre la enorme vena el pulpejo del pulgar se podian contar exactamente. Comprendiendo por el pulso el estado calenturiento, examinaron la lengua, el color de la pupila, observaron el calor de la piel, sobre todo hácia la frente, escucharon repetidamente el ruido de la respiracion dentro del pecho, y de todos los síntomas así observados, dedujeron el diagnóstico: habia sobrescitacion en el cerebro y en el corazon mayor blandura.

—Nada temas—fueron las últimas palabras del génio y de su discípulo.—Esta crísis que te abate te hará más fuerte, pero tambien más sensible. Dentro de tres dias gozarás de más cabal salud.

—Gracias—contestó el gigante.—Cuando dentro de tres dias me vea sobre las piernas, juro adorar vuestra destreza en el arte de curar, y he de hacer que el médico figure entre el número de las divinidades.

Con diligencia y perspicacia sumas, Pónos enseñó al hombre á deshilar el lienzo para las heridas, empapó las hilas en jugos de yerbas salutíferas, le recordó las virtudes de las plantas observadas desde los felices tiempos en que fué pastor, le dió recetas para cada dolencia y se valió para ayudar á la naturaleza hasta del veneno de la víbora. Aprovechando como siempre tan propicia coyuntura, queria hacerle perito en el arte de conservar y recobrar la salud. Él le hizo notar las señales y los síntomas de las enfermedades, juzgar del interior por el aspecto externo, elegir la mejor manera de aplicar á cada dolencia su correspondiente lenitivo, y lo que es más aún, redujo á breves aforismos los principios fundamentales de toda la medicina.

Como de costumbre, mientras el hombre preparaba los medicamentos, Pónos resumia todo su saber de entonces en pláticas como la siguiente:

—Despues de la agricultura—le decia—no conozco saber tan necesario al hombre como la ciencia de curar ó más bien la de prevenir á tiempo las enfermedades, y cuando no se puedan evitar, la de prestar contínua ayuda á la accion de la naturaleza para dominarlas. Verdad es, que ha de juzgarse de las perturbaciones interiores, y por lo tanto ocultas,

por los síntomas externos, pero el conocimiento de tu organismo y de su modo de funcionar te irá dando mediante la concienzuda observacion de los hechos y de sus relaciones, datos bastantes para inducir. Con esto y con conocer los específicos capaces de templar la violencia de los primeros ataques, de calmar sus dolores agudísimos ó de modificar las infinitas tendencias morbosas, podrá el médico auxiliar la energía de la vida, aunque á veces lo hará á ciegas como quien sostiene á un lisiado en noche oscura por escabroso camino. Porque has de saber, mi buen Ántropos, que así como llegarás á obrar en plena luz cuando se trate de componer un brazo ó una pierna, de religar un hueso roto, de extirpar una escrescencia ó de cortar un ligamento, así tambien tropezarás con cien dudas al juzgar de las perturbaciones interiores por los síntomas de fuera. Saber leer en la fisonomía y en la piel, adivinar por sus indicaciones los padecimientos íntimos, siempre será un don especial concedido á pocos y muy contados hombres, por más que la necesidad nos obligue á suponerle en quienes se llamen médicos. Para que comprendas lo difícil de la empresa voy á decirte por ahora dos cosas y nada más. Es la primera, que todos los organismos, mientras viven, pueden asimilarse á la construccion de un edificio en el cual trabajan dos cuadrillas de operarios enemigos y hasta con opuestos fines: una construye y ordena con pericia y con empeño; la otra destruye y desbarata no ménos empeñada y animosamente. Durante el primer período de una vida, los obreros constructores pueden más, son más potentes, y á pesar de cuanto destruyen sus contrarios, el organismo vive y crece; pero llega una época despues

en que los agentes destructores siguen con igual tenacidad su obra mientras los constructores ceden, y entonces parecen equilibrarse los dos opuestos trabajos, y hay un lapso de equilibrio en el cual si el organismo pierde por un lado, gana otro tanto por otro. Sigue la lucha tenaz y siguen los buenos aflojando y los malos destruyendo, y desde el punto mismísimo en que estos hacen más que aquellos principia la decadencia para terminar necesaria mente en espantosa disolucion. Comprenderás bien ahora el deber que tiene el médico de averiguar ante todo el período de la vida de aquellos á quienes cura. Combatir á los obreros destructores, reanimar y prestar fuerzas á los obreros creadores, debe ser su principal cuidado, pues á esto sólo se reduce el arte de hoy y se reducirá, andando el tiempo, la ciencia. Pero aún hay más: en las entrañas mismísimas del Ántropos de carne y hueso, habita—segun tú mismo—otro Ántropos impalpable. Las regiones de tu cuerpo y de tu espíritu podrán ser distintas, independientes, pero es de toda evidencia que ejercen recíproca accion la una sobre la otra, y de aquí la evidente necesidad de sostener el ánimo del enfermo si quieres curar su cuerpo. Para ello habrás de estudiar atentamente las manifestaciones de la sensibilidad—ese misterio impenetrable de la isla—para emplear como remedios infalibles cuanto pueda dar paz, alegría, esperanza al Ántropos de puro aire. Todo lo cual, amigo, se reduce á conocerte en salud, si te propones sanar cuando te sientas enfermo. En esto como en todo lo demás, tu razon de poco vale si no conoce las leyes eternas de la isla y á ellas se ciñe y se amolda.

CAPÍTULO XIII.

El esmero en la asistencia y las atinadas prescripciones, restituyeron en cuatro dias la salud al herido Dinamion.

—Me siento bueno—dijo éste al ver entrar á su médico la tercera tarde.—Me siento bueno; mas ya que tú lo conceptúas prudente, permaneceré, contra mi gusto, un dia más en la cama. ¡Oh! ¡qué admirable es el arte de curar!. Ayer me ví sin fuerzas y sin ánimo, hoy me siento con más bríos que antes del combate. Desde ahora he de considerar tu saber como una ciencia divina, y para mostrarme reconocido mandaré levantar templos y en ellos se dirán tus máximas, tus aforismos, tus recetas, para conservarlas por los siglos de los siglos.

La noche del segundo dia cerró oscura y silenciosa, y todos los habitantes del alcázar, incluso el ya más aliviado Dinamion, se entregaron con amor en brazos del apacible sueño. Una lámpara de plata ardia sobre un precioso cincelado trípode dentro de la estancia del gigante, arrojando por el techo y por el muro la sombra de la jaula de oro, prision

tristemente bella de la generosa Gina. Mirando con atencion al través de las doradas rejas, notábase que la mujer era el único sér viviente que velaba en el castillo. Repasaba en la memoria los rumores llegados hasta su prision, sentia no haber presenciado la batalla, se entusiasmaba con sus propias figuraciones, y de vez en cuando echaba una mirada furtiva sobre el gigante guerrero, y en verdad en verdad que aquella mirada más parecia de admiracion que de ódio.

Estando, pues, entregada á sus inquietos pensamientos, penetró Fanta en la estancia y se introdujo sutil al través de la triple reja de oro.

—Buenas noches, Gina—exclamó la célebre inventora de consejas.—¿Velas?. ¿Qué puede tenerte desvelada?

—No lo sé; un tropel de imágenes confusas—contestó la prisionera.—¿Cómo has estado tantos, tantos dias sin visitarme?

—¡Oh!—replicó Fanta—he tenido mucho que ver para tener mucho que contar. Te juro, sin embargo, que estaba deseando venir, y sobre todo, examinar tu jaula. ¡Qué bonita es!. ¡Qué cómoda!. ¡Y luego tan admirablemente alhajada!. ¡Vaya un lecho de marfil!. ¡Vaya un precioso escabel!. ¡Nácar aquí, oro allá, joyas acullá!. ¡Qué lámpara tan graciosa!. ¡Qué colcha!. ¡Qué tocador!. ¡Hasta un espejo de acero reverberante!. ¡Cuántos dijes!. ¡Cuánta invencion!. ¡Qué adornos!. ¡Qué preseas! ¡Cómo se conoce que tu marido trabaja con amor cuando trabaja para tí!. Vamos, debes vivir aquí feliz, muy feliz.

—No y mil veces no—interrumpió Gina con el acento de la desesperacion.—Estoy aquí como ver-

dadera esclava. Mucho peor: como una cosa. ¿Vés estos muebles inventados por el ingénio de mi Ántropos? pues yo soy un mueble más. ¿Vés estas joyas, este regalo, este lujo? pues todo, todo lo daria por prenderme en el cabello una modesta violeta cabe á la fuente cuyas linfas en otros dichosos tiempos me lavaban con sus caricias los piés, aquellos piés desnudos, sí, desnudos; pero libres. ¡Oh!. ¡Cuándo, cuándo se abrirá la puerta de esta prision aborrecible!

—Cuando tú quieras—contestó el hada con indiferencia.

—¿Cómo cuando quiera!—exclamó Gina con admiracion.

—Cuando tú quieras — repitió Fanta en tono distraido.—Cuando tú quieras: mañana.

—¡Mañana!. ¿Y cómo puede ser eso?—tornó á exclamar la mujer juntando suplicante entrambas manos con una emocion profunda. ¡Ah! no me engañes como sueles, mi querida Fanta. No me hagas concebir ilusiones para trocarlas en amargos desengaños.

—No te engaño—volvió á repetir la contadora.—¿Quieres verte libre?

—¡Si quiero?. ¡Y me lo preguntas?

—Nada de exclamaciones y contesta. ¿Quieres verte libre?

—Sí.

—Pues canta.

—¿Que cante?

—Que cantes.

—¿Qué?

—La gloria de tu carcelero.

—¡Oh! jamás.

—Pues jamás te verás libre. Escucha, escucha lo que he visto, y dime si no es digno de tu canto.— Innumerables como tenaces moscas persiguiendo un panal en el estío, eran los gigantes que invadieron nuestros campos.—Todo, todito lo arrasaban.— ¡Si hubieses visto sus cataduras, su corpulencia, sus armas!.—Pero Dinamion se sonreia.—Ni su número, ni su ferocidad, ni su pujanza, le hicieron vacilar poco ni mucho.—¡Si hubieras contemplado su noble majestad cuando bajaba airoso y arrogante al valle—precedido de Tongo—marcando el gentil compás de sus cadencias!.—La sombra de su arrogancia cubria toda la tierra—su gallardía enagenaba al viento—descendia airoso al son de la dulce flauta—con el casco y su cimera, con el peto refulgente—el escudo más aún—y el acero, colgante con desden—y en la mano la robusta lanza —Es feroz, eso sí, pero enamora.—Frente á frente de los bárbaros—sin andar en melífluas razones —arrojó una lanza—haciendo silbar el aire y atravesó el abultado pecho del enemigo más próximo. —¡Qué fragor, qué estrépito, qué caida!.—¿No lo sentiste?.—¿No temblaste?—Con las ánsias de la muerte, con las convulsivas de agonía, sus brazos, arrasaron las faldas opuestas del frondoso valle— quedaron despobladas, yermas.—En seguida Dinamion—ese que ves ahí pálido y tranquilo, sacó el acero y se arrojó sobre el remolino de gigantes— altos, tan altos, que sus cabezas ceñian nubes, como la tuya en otros tiempos coronas de violetas.—Levantaron clavas, venablos, aceros.—Todos temblamos.—Dinamion se sonreia cubierto con el escudo, y las clavas se quebraban—y los venablos se hendian contra el lampo del escudo como deshacias

tú contra las peñas del arroyo un hacecillo de cáñamo por rastrillar.—Ni reparaba en su sangre, ni sentia sus heridas. ¡Cuánto valor! ¡Cuánto heroismo! —Mírale como duerme èl valiente, el audaz, el animoso.—Voy á tejerle una corona de laurel siempre fresca, siempre verde—ó de roble, el más fuerte de los árboles. —¿Y despues de la victoria? ¡qué erguido! ¡qué bizarro! ¡qué magnánimo!—Canta Gina; canta la gloria del guerrero.—Á tí te toca—sólo á tí.—Él se conmoverá, y pondrá á tus piés su acero, y te franqueará la jaula, y serás reina y Señora.—¡Señora!—y una diadema de perlas autorizará gallardamente el ébano de tus cabellos—y yo vendré—y te cojeré de la mano—y nos lanzaremos por los aires á mecernos regaladamente.—¡Qué hermosura, Gina, qué hermosura! Canta hermosa Gina, canta, canta.

Al susurrar estas palabras últimas, el hada sacudió las alas de tornasol y salió de la jaula y del aposento, y Gina se durmió tambien. Su sueño ni fué largo ni tranquilo.

Los primeros resplandores del alba la descorrieron con suavidad los párpados, y saltó de su lecho soñando todavía con los delirios de Fanta. Pegó el cuerpo y las mejillas á las barras de su cárcel y clavó una mirada intensísima en su dormido carcelero.

Era la hora en que la naturaleza se despierta para gozar de la vida tras una noche de sueño y de reposo. Los tendidos y rubicundos rayos del naciente sol penetraban por las ventanas de la cuadra y Dinamion se sonreia entre dos sueños, bañada la frente en luz y el rostro como encerrado en su abundosa cabellera. La brisa de la mañana, juguetona y odo-

rífera como las auras de Mayo, retozaba por el aposento despues de beber perfumes por los campos y jardines, y se paraba leda y cariñosa para acariciar las sienes, calenturientas aún, del victorioso caudillo. Gina le veia sonreir ó arrugar el torvo ceño; oia su acompasado respirar; advertia los movimientos de su pecho, y hasta la parecia percibir en gestos y en ademanes, ya el furor de la batalla, ya el satisfecho regocijo del glorioso triunfo.

La contemplacion de aquel espectáculo, los recuerdos de los relatos de Fanta, sus sueños, sus pensamientos, derramaron por sus venas el frio del entusiasmo, y conmovida por nunca experimentadas emociones soltó la dulce voz al viento, entre esperanzada y trémula, para pronunciar en canto melodioso las siguientes entusiastas y peregrinas estrofas.

Alto y sereno se levanta el roble sobre la montaña para esconder su copa allá en las nubes; pero más levantada toca á los cielos serena la frente augusta de mi dueño.

Majestuosa é imponente se mueve cubriendo el suelo la inmensa sombra de gigante nube; pero la marcha de mi Señor es más imponente y majestuosa al hollar impávido la tierra.

El estampido horrísono del trueno sobrecoje de pavor al mundo, y sin embargo, la voz de mi Señor domina al trueno y es veces mil más pavorosa.

¡Cuán rápido se lanza el rayo desde el cielo para sembrar la muerte y el espanto! pero el brazo del guerrero es más terrible para quienes le retan ó le enojan.

Vé cómo baja desde el monte al llano. ¿No sientes rehilar bajo su planta? Con su diestra blande el pino

más robusto de los bosques, mientras embraza con el siniestro brazo su brillante escudo. ¡Su escudo!

No le mires, no le mires: te quedarás sin vista como si te empeñaras en escudriñar el disco flamígero del sol.

¿Qué rebuscan los ojos centellantes del guerrero? No creas que busca flores para adornar sus sienes muellemente. No temas que busque galas para vestirse ó exornarse.

Se agita y se desvive por lo que dá congoja al pecho ruin; se agita y se desvive por lo que arredra á los cobardes corazones. Su placer es el peligro; su ambicion luchar y padecer; su recompensa la hueca pero noble palabra de victoria.

Ya su vista de leon reverbera rayos de fuego y de entusiasmo. Ya su pecho se ensancha y sus alientos parecen las ráfagas precursoras del huracan. Levanta el brazo tremebundo, hace silbar la lanza ponderosa.

¡Guay del imprudente que despreció su pujanza! ¡Guay del infelice que concitó su coraje!

¡Ah! Dioses, como lucha. Mírale cuál se revuelve; ni el tigre es como él ligero, ni el leon es más bizarro.

Corre su sangre y no la mira; su cuerpo está lacerado y no lo siente; le atormenta el dolor y se sonrie; le amenaza la muerte y se adelanta.

¡Oh! nobleza. ¡Oh! valor. ¡Oh! heroismo.

Noble es el vuelo del águila cuando se remonta con la presa, pero otro tanto es soberana la diestra de mi Señor cuando enjuga de su frente la sangre y el sudor del triunfo.

Tejed, tejed mis manos coronas siempre vivas de laurel y roble.

Sereno, gallardo, majestuoso álzase el cedro sobre la montaña, y las nubes besan su frondosa copa; pero

más majestuoso, más gallardo, más sereno levantas ¡oh Dinamion! tras la victoria tu preclara frente para acariciar—pio y generoso—lo grande, lo sublime.

Gigante te contemplo, magnífico te admiro. ¡Loor al heroismo del guerrero!

Las primeras frases del himno anterior fueron cantadas por Gina en notas trémulas, sentidas, prolongadas, con compás lento, en tono bajo y grave. Al principiar la melodía, Dinamion abrió los ojos sin atreverse á mover por temor de disipar lo que él creia ser ilusion suavísima. Muy luego apresuró Gina la medida, subió su voz de tono, tomó un timbre más claro, más vibrante y sus palabras nacieron de un entusiasmo purísimo.

Dinamion se sintió como levantar por los cabellos por una mano invisible y se sentó en el lecho clavando los ojos en la jaula. Entonces la mujer, inspirada cual delirante pitonisa, acumuló notas á notas, alzó la voz hasta que las paredes rehilaron, redobló el compás, multiplicó las cadencias, moduló el ritmo segun el sentido de la frase, respiró febril ardor, y el guerrero que escuchaba embebecido y anhelante aquellos acentos inspirados, himno entusiasta á sus proezas, se puso en pié, alzó el talle, irguió la frente, sacudió altivo la melena y se fué acercando en singular fascinacion para levantar el brazo, cuando resonaron las últimas palabras, y descolgar sin poderse contener la jaula de oro de su generosa víctima.

Con la sacudida del descenso, Gina se sobrecogió y puso fin á su canto.

—¿Qué es eso?. ¿Porqué te callas?—preguntó el gigante con una dulzura nunca antes revelada por su voz, siempre soberbia é imperiosa.

—Me callo—contestó la mujer sobrecogida—porque temo haberte causado enojo.

—No tal, no tal—exclamó el conmovido Dinamion.—Me has hecho sentir un placer, una delectacion que jamás he sentido antes de ahora. Será tal vez porque como dice Pónos, mi corazon se ha reblandecido. Canta de nuevo hermosa Gina; te lo ruego, te lo suplico; esa melodía, mezclada así con tus palabras, derrama sobre mi sér un bálsamo de consuelo. Canta inspirada cantora. Canta, canta.

Gina tornó á cantar. Dinamion la escuchó sin pestañear siquiera. Al concluir las estrofas se hallaba tan conmovido que una lágrima rodó por su atezada mejilla.

Bajo una impresion irresistible de admiracion entusiasta abrió á seguida la puerta de la jaula de oro, y tomando de entre sus tesoros una riquísima presea colgante de una cadenita (1), se la puso á la mujer en sendas vueltas al cuello, y la dijo respetuoso y comedido:

—En premio del mucho bien que me has hecho, toma esta joya sin precio y sin pareja para que sea fundamento de tu patrimonio y prenda de tu emancipacion. Es joya de gran valía y de virtudes singulares. Si alguna vez me arrebatase ó te quisiera oprimir, preséntamela y detendrá mi brazo donde quiera: preséntamela y escucharé tu voz y á tus súplicas accederé. Aunque el acero bajase sobre la víctima con la rapidez del rayo, le clavarás en el aire á la vista de esta joya, tan pronto como quisieres. Desde hoy puedes andar en libertad por el castillo. En cambio prométeme que las mañanas y las

(1) Alegoría del dote de la mujer.

noches cantarás como has cantado, para arrullar mis ensueños ó despertarme á la luz acariciando (como acabas de decir) lo bello, lo grande, lo sublime.

Poco despues de escena tan nueva é inesperada, acudieron Ántropos y Pónos á visitar al enfermo: á su grande admiracion le encontraron lleno de vida y como nunca animoso.

El canto de la mujer habia obrado un milagro.

Séase por temor de verse otra vez enfermo (lo cual es lo más probable), por admiracion ó gratitud, Dinamion apenas se puso en pié no echó en olvido los servicios del médico novel cuya conducta noble y generosa no dejaba de maravillarle. Decretó la construccion de un nuevo templo dedicado á la medicina y en él dispuso que se conservasen, del mejor y más seguro modo, sentencias ó aforismos hipocráticos á los cuales no tardó Anoya en prestar cierto carácter sacrosanto, no exento del todo de misterio.

Aún hizo más Dinamion: dispuso que hubiera curanderos para asistir á los esclavos enfermos, cuyo acto nos dá á entender, bien á las claras, cómo con el miedo, la gratitud, la compasion, el entusiasmo y otras cien emociones y otras ciento, se iba desarrollando en Gé una virtud totalmente desconocida hasta entonces, á saber: la futura caridad.

Hecho esto y algo y mucho más, pensó en reponer del todo su salud, y recordando los efectos de la brisa de los mares resolvió volver á navegar durante una temporada para recobrar su robustez y lozanía. Por espacio de muchos dias visitó las islas y las costas, extendió sus exploraciones tierra adentro, aunque nunca á gran distancia, y fué llevando á todas partes noticias de su propio imperio, las in-

venciones de Pónos y los artefactos de Ántropos á cambio no sólo de los frutos, el ganado, los minerales y las gemas de otras tierras, si que tambien de datos y conocimientos exactos acerca de la configuracion de las comarcas, cuyos datos inconexos recogidos con curiosidad por Ántropos y los suyos, constituyeron por entonces toda la geografía.

Y á la verdad, ni áun así fué el protegido de Pónos muy fuerte ni muy perito en el conocimiento exacto de la isla. Iba recogiendo datos de unos y otros, escuchaba con avidez las descripciones y consejas acerca del interior de las tierras, sus animales, sus tesoros, pero no acertaba todavía á entresacar de entre mentiras la verdad para quedarse con los hechos más verídicos, coordinarlos y relacionarlos. Fanta era el guía obligado de todo viajero explorador, y sus leyendas, contadas en alta mar ó durante la amodorrada siesta del estío, produjeron cierta confusion, mezclando indagaciones meritísimas con cuentos estravagantes y sugestiones fantásticas. Por eso con multitud de verdades, andando el tiempo muy útiles, se mezclaron los delirios de los hipomolgos alimentándose con leche, de los hiperbóreos, dechados de felicidad, de los pigmeos con sus caballitos y vaquitas, y de otros hombres informes, ya con una sola pierna para hacerse sombra al sol como los sciapodos ó monoscolos, ya con ocho dedos en las manos y otros tantos en los piés, un ojo sólo, cuñas por cabezas y otras mil estravagancias.

Posible es que alguno de nuestros lectores nos pregunte, qué especie de manifestacion se encierra en aquel mentir y la razon de mencionarle nosotros. Satisfaremos por esta sola vez tan legítima

curiosidad, y si no hacemos otro tanto siempre, es por no agraviar el buen ingénio de quien nos leyere, haciendo interminable nuestro cuento.

La manifestacion era de impotencia racional y su causa la sed de gloria, forma sublime de la vanidad, ó en otros términos: un prurito de singularizarse. Áun tratándose de lo evidente y tangible, los habitantes de la remota isla de Gé, á pesar de sus ínfulas racionales, nunca acertaron á entender lo que una y otra vez se les metia por todos sus sentidos, y para llegar á un hecho hubieron siempre de perderse en uno y otro laberinto de fantasmas. Si esto sucedió, como se acaba de indicar, respecto á la forma humana, ¿qué monstruosidades no le sugeriria su razon por sí, tocante á las demás formas?

De todos modos, el prurito por contar embustes de luengas tierras, obró como un aliciente poderoso en aquella nueva série de viajes marítimos y terrestres. Los resultados positivos de ella fueron los graduales adelantos, exigidos sin cesar para gobernar la nave, hacerla más ámplia y más segura, ó para tratar de compra y venta con las diferentes tríbus de los países visitados. Así, por ejemplo, Ántropos colgó de la popa un penacho levísimo de pluma—un aplustro—cuyas sacudidas le indicaban la direccion de los vientos y por ellas se regia. La vista fija en aquel juguete y la mano sobre el gobernalle, pudo precaver los saltos, arrebatos y mudanzas de Anémos el loco, templar su saña ó engañar su ceguedad. Así tambien fué añadiendo nuestro marino remos y más remos para luchar con las corrientes de los mares, y despues de navegar con una hilera ideó el modo de añadir otra, y hasta llegó á colocar tres por banda.

Cuando el gigante se vió dentro de uno de aquellos triremes, soñó con el imperio de la mar.

Los muchos y muy sérios desengaños recibidos al trocar con toda clase de gentes, la desconfianza de los insulares y costeños (por haber sido engañados con más ó ménos perfidia), obligaron al marinero á pensar en alguna garantía para infundir confianza, y consultando con su génio protector, propuso á Dinamion que se adoptaran pesas y medidas invariables. Como ya conocia la balanza y habia aplicado de contínuo el largo del pié, la abertura de la mano, el tamaño del codo ó antebrazo ó la estatura del hombre para medir dimensiones y distancias, sólo tuvieron que idear cajones cuadrados de diferentes tamaños, pero de capacidad fija é inalterable, á fin de apreciar las cantidades de los áridos ó líquidos (1).

Este sistema de pesas y medidas generalizado por los viajes marítimos de Dinamion, fué de grande utilidad para sembrar buena inteligencia, y aunque no tardaron en alterarse los patrones por la ignorancia ó la codicia, contribuyó, sin embargo, mucho á preparar el terreno á crecimientos futuros. Era un lenguaje convencional para entenderse los hombres, y un elemento necesario á la aparicion de gérmenes de lo que se llamó más adelante la moral.

Además de todos estos y otros adelantos indispensables á la formacion del pensamiento, los viajes por mar y tierra renovaron en la mente de Ántropos su sospecha de otros tiempos. Viendo como desaparecian las naves en el horizonte, y al observar cómo los altos picachos surgian en lontananza,

(1) Primeros sistemas métricos en Corinto.

dedujo la curvatura del mar y volvió á preguntarse si la isla no seria redonda como la luna. Su razon rechazó altanera aquel absurdo con sólo preguntarle con desden dónde habia visto un globo de agua.

En el intermedio de aquellos paseos por la mar, Dinamion se solazaba en su castillo con los cantares de su prisionera. Su aficion á los himnos guerreros se fué modificando sin sentir y obligó á Gina á cantar, ya la grandeza de los mares, ya la apacible serenidad del campo, ora el placer ó la gula, ora la omnipotente travesura de los inmortales. Estábase las horas muertas oyendo la dulce voz y sintiendo renacer su espíritu á un mundo nuevo poblado de ilusiones.

Cierta noche, Gina, acababa de cantar y Dinamion yacía en arrobamiento melancólico, procurande detener en sus oidos el postrer eco moribundo de un himno favorito. La lámpara de la noche ardia sobre su trípode y la sombra del perfil de la cantora se dibujaba en la pared.

—No te muevas Gina—exclamó de pronto Dinamion.—No te muevas, no te muevas.

Y sacó del cinto su puñal y con su aguda y acerada punta procuró seguir el gentil contorno de la belleza femenina.

El gigante sin saberlo habia inventado algo muy útil.

Por la mañana llamó Dinamion á sus esclavos y les hizo reparar en el trazo finísimo de su puñal.

—Quiero conservar la representacion de esa cabeza, dijo al hombre el inventor del dibujo de figura. Te llamo para copiarla. Pondrás la oreja y el ojo; añadirás luego el busto..... ¡Qué diantre! Me vas á

pintar sobre ese muro á tu mujer, enterita—toda entera.

Ántropos se puso á trabajar y llamó al génio en su ayuda. Este le trajo á la memoria sus primeros diseños en las armas de pedernal, en los cuernos y colmillos; sus sucesivos remedos de plantas, aves y brutos, hasta tallar para Seuda colosales elefantes en el hipogeo; le recordó despues el sinnúmero de objetos y vivientes representados en los geroglíficos, los perfiles de la nave, los adornos de las ánforas, las molduras de los templos, y al fin concluyó diciéndole:

—Á fuerza de ensayos y constancia, tu mano obedece dócil las más leves indicaciones de tu fantasía, y has adquirido la facultad de hacerla seguir en el espacio hasta los suaves contornos de un ideal sentimiento. Como todo cuanto toma forma y realidad en Gé, el dibujo perfecto de figura parece nacer de golpe por virtud de una inspiracion divina, cuando no es sino el fruto de larga y laboriosa gestacion verificada sin cesar por ápices. El instrumento—tu mano—ha llegado á su perfeccion, y en lugar de la rigidez antigua de los trazos de tu pulso, podrás ostentar ahora las mórbidas delicadas líneas de la vida.

Ántropos, á fuerza de borrar y corregir, consiguió armonizar bastante bien la cabeza con el busto, el cuerpo con las manos y los piés, y apurando la paciencia y fijándose así en los mínimos detalles, como en los efectos de la sombra y de la luz, logró trazar, con relieve sobre el muro, un no despreciable retrato de la hermosa Gina.

Tanto agradó al entusiasta guerrero, lo que él llamaba su invencion, que por espacio de mucho tiem-

po nada exigió de su esclavo sino reproducciones del busto de la mujer en diferentes posturas y actitudes. Poco á poco fuéle pidiendo retratos de sus principales próceres; en seguida quiso tener el de Hipodonte, y con una y otra cosa, los muros del castillo se cubrieron de pinturas monocromas admirablemente dibujadas. Verdad es, que más que pinturas eran diseños con líneas negras sobre fondo blanco, pero la carencia misma de colores hizo que el dibujo fuese más esmerado y correcto.

No pararon, sin embargo, aquí las deliciosas novedades nacidas del canto arrobador de Gina. Los séres progresivos y perfectibles nunca se detienen en el camino del deseo, y cuando se han hastiado de uno por mirarle fácilmente satisfecho, surgen prepotentes otros nuevos, los cuales, á su vez, se multiplican y se agrandan. Sucedió, pues, al gigante una cosa parecida cuando vió cubiertas todas las paredes con retratos y dibujos.

—Muy bueno es esto y muy bonito—le dijo por fin al hombre cierto dia—y sin embargo, no me satisface. Me dá una idea de la persona ó de la cosa, evoca en mí un recuerdo pero tengo que poner todavía mucho si he de completar la imágen. Deseo algo más. Quiero tener de bulto cuanto se me antoje, y no sólo de bulto sino de una materia incorruptible, eterna. Para decirlo de una vez: me vas á tallar á Gina en piedra, como las esfinges de mi consejera allá en el Valle de las Inundaciones. ¿Lo entiendes?. Me vas á hacer á la mujer primero, y luego despues á los hombres y los dioses, vivitos y en puro mármol.

No hubo remedio: los deseos de Dinamion eran órdenes y Ántropos se hizo escultor.

Sus primeras estátuas no fueron sino remedos imperfectos de la figura humana, más áun así y todo, la escultura pareció á las gentes superior á la pintura, y cada cual pidió al hombre una estátua y otra estátua.

Pobláronse las plazas del castillo, los átrios y avenidas de los templos, los jardines y los bosques, de mujeres-diosas y hombres-dioses (1) de piedra, mármol y metal tan admirablemente modelados, tan sábia y galanamente esculpidos, que en cada gesto, músculo y detalle, vibraba el culto idolátrico á la bella forma humana.

Repetidas veces hemos indicado, ya directa, ya indirectamente, que todos y cualesquiera acontecimientos, allá en la isla de Gé, se religaban con filiacion estrechísima. De una cosa nacia otra, cual brotan los botones y retoños en el árbol. Las manifestaciones del arte una vez en camino de progreso, dieron el sér á la crítica, y los críticos formaron desde entonces una raza molesta é inútil al parecer, pero en realidad de la mayor importancia. Mordiendo sin cesar á todos cuantos hacen, constituyen con sus dientes y colmillos una como á manera de misteriosa escofina, cuyos desapiadados ataques hieren al artista, pero liman y perfeccionan las obras.

Para Ántropos, cuya epidermis iba adquiriendo pasmosa sensibilidad, los juicios de aquella turba pretenciosa fueron amargos y casi casi intolerables. Á fuerza de consejos excelentes, Pónos acostumbró á su protegido á oir con calma y corregirse.

—Para crecer más y más hasta alcanzar supre-

(1) Alusion al antropomorfismo griego.

macía—le decia el génio—para satisfacer esa tendencia ingénita al desenvolvimiento, no hay como vencerte á tí mismo. Valiosas son para el caso tus conquistas sobre la naturaleza, pero serian baldías, si no provocasen otras impalpables sobre tu propio sér. Unas y otras, tu actividad y sus resultados, tienen un solo y mismo fin: perfeccionarte, ennobleciéndote. La vida es movimiento, y todas sus repercusiones se concentran y obran sobre tí como en un foco. Por eso te vas formando con tus propias impresiones y tus juicios toman el carácter subjetivo; por eso el arte, expresion sublime de tu personalidad, es y será en todo tiempo lo más personal, libre y expontáneo tuyo. Al toque de mi vara mágica se han ido reflejando en tu cerebro las formas perennales de belleza, y cuando hayas cedido á la necesidad de traducirlas en algo real y tangible, tus obras bellas ejercerán accion benéfica sobre las fibras sensibles de tus semejantes para afinarlas al herirlas. El culto á lo bello envanece y las críticas te exasperan: procura ganar sobre tí mismo alta y nobilísima victoria. Cuando seas víctima de la pasion y te sepas contener, cuando escuches los juicios injustos de la ignorancia y los aguantes y dudes, cuando la envidia te calumnie y compadezcas á los envidiosos, estarás en camino de bondad, y comprenderás cómo y de qué modo la belleza es su sombra y su reflejo.

—¿Por qué me dices todo eso?—preguntaba el artista al génio de la vara mágica.

—Porque deseo advertirte cómo concurre todo en esta isla á tu formacion, á la formacion del bien. La satisfaccion de tus necesidades materiales te obligó á observar para aprender y creó tu inteli-

gencia; tu creciente bienestar fué disminuyendo el mal, dulcificando las sensaciones de tu cuerpo; con uno y otro servidor, con cien invenciones y otras ciento, disminuyó la fatiga de tus músculos y se multiplicó la actividad de tu cerebro, y cuando sentiste á voluntad sensaciones infinitas, las fibras de tu organismo sensible vibraron al menor soplo, experimentaste deleite desconocido con el ódio y el amor, la tristeza ó la alegría, la indignacion ó el entusiasmo. Á impulso de estos afectos encontrados, tu inteligencia tómó forma de razon, y al gemir bajo el azote de tus esquilmadores, cruzaron por tu mente las confusas sombras de lo justo y de lo injusto, del deber y del derecho. Ahora y por el curso mismo de las cosas, se esboza en tí con claridad la idea pura de belleza, y cuando pretendas dársela á todas tus creaciones, ella perfeccionará lo material y lo inmaterial para producir al fin un ideal de bondad, último fruto de tu trabajo y tu martirio. Los ciclos de evolucion siguen su curso, y este desarrollo sentimental es precursor de otro inmenso y trascendente para el porvenir de tu familia.

CAPÍTULO XIV.

Prosigamos con los notables adelantos sugeridos por la incipiente emancipacion de Gina ó debidos á la influencia de su voz sobre los fieros corazones.

¡Cuánto puede la voz de una mujer!. ¿Quién resiste á sus halagos cuando gime pesadumbres, suspira amor, ó finge quejas?. ¿Quién la oye frio ó impasible si modulados sus acentos por la pasion generosa, vibran en lo profundo de nuestro sér, con sonidos más dulces, más puros, más melodiosos y melífluos que los gorgeos de las canoras aves, ó ese cúmulo de artificiales instrumentos inventados por el hombre en imitacion de la voz humana, pero tan inferiores á ellà, á pesar de sus torrentes de armonía?. ¿Quién no ha creido penetrar dentro de un verdadero eden al oir en el silencio de la noche ó en la calma apacible de la tarde, la voz de una mujer cantando alegre ó melancólica sus dichas ó sus pesares, su felicidad ó desconsuelo?

Verdaderamente que la voz humana es una misteriosa maravilla, como se probó allá en Gé con el entusiasmo del guerrero y la honda modificacion de

las costumbres. Aleccionada Gina por el hábil Tongo, uniendo á las sencillas melodías del maestro, las leyendas sublimes de la sutil y vaporosa Fanta, realizó en el mundo interno de los Dinamiones y los Ántropos, las Anoyas y los duendes, una revolucion trascendental, complemento de la otra lenta, tenaz, paulatina, emprendida por Pónos y sus protegidos en las regiones de la materia y el saber. Porque el sangriento, el fuerte, el insaciable Dinamion, la glotona Anoya, soberbia y ambiciosa como su maestra, los trasgos, duendes y próceres á cual más desalmados ó feroces, comenzaron á sentir, á pesar suyo, una sombra de varios sentimientos más piadosos y más dulces. ¡Oh! el milagro era grande y seductor y sublime. ¡Algo puede y algo vale, quien tales milagros obra!

Mil volúmenes serian poca cosa si hubiéramos de relatar aquí las maravillas de aquel período refulgente como ningun otro. Los habitantes de la Península de Luz, sus amigos y vecinos parecian someterse á Pónos, acatar sus máximas y áun desear alistarse en el número de sus discípulos; mas como no podian olvidar de golpe sus antiguas aviesas aficiones, como el trabajo corporal les repugnaba y tenian por indigno todo esfuerzo meramente útil, se entregaron á una actividad brillante en las agoras, los circos y la plaza pública, sin dar descanso á la lengua. Muchos se preciaban de poetas, muchos alardeaban de oradores, y no pocos para lisonjear á Dinamion representaron en anfiteatros trazados y dispuestos por el hombre, sus hazañas más famosas, los episodios del pasado, para volver á recrearse con las emociones del ódio ó de la piedad, del orgullo ó la esperanza, del terror ó el entusias-

mo, reirse de fingidos lances cómicos, llorar con trágicas escenas ó aguzar el ingénio con los chistes de situaciones peregrinas.

—¿De qué sirve, á qué conduce tanto hablar y tanto divagar?—preguntaba Ántropos á su buen génio, rendido por las innumerables menudencias exigidas por sus amos en trajes y disfraces y caretas, para lucirlas en la tribuna, en los pórticos ó en los teatros.—¿No es esto gastar la vida inútilmente?. ¡De qué sirve?. ¿De qué sirve?

—De mucho, de muchísimo—le contestaba el génio.—En primer lugar, estas nuevas aficiones son obra del sentimiento, cuyas manifestaciones se multiplican, se diferencian y en todo predominan; y el sentimiento, amigo Ántropos, aunque es sensacion transfigurada, aunque nació con textura material, vá tomando con todo esto carácter semidivino. No ignoras, porque lo sientes y lo sabes, que sin la sensacion no hubieras dado un paso en el camino del progreso. Ella te movió, ella te espoleó. Tambien te hice observar á su tiempo cómo se despertaban en tu sér los afectos, uno á uno, para hacerte sentir en espíritu, los males ajenos ó los peligros futuros, y esta clase de sensibilidad es ya y será de dia en dia más y más la fuerza motriz de todo afan y trabajo. Pues á los demás les sucede lo mismo, evidentemente. Dedicados hoy á satisfacer el sentimiento en sus esferas más nobles, te ayudarán con las conquistas sobre sí mismos á descorrer el velo negro de mi hija. En segundo lugar, esta manía de discurrir de todo y sobre todo, no puede satisfacerse sin ejercitar la inteligencia y mejorar el lenguaje, porque la palabra es el instrumento indispensable y precioso de toda comunica-

cion, de toda relacion espiritual, y cuanto tienda á darla exactitud, flexibilidad, belleza, es de una importancia suma. Nada hay para tí más digno de cultivo. Con la perfeccion de la palabra se fijarán y aclararán tus ideas; elevarás á tus prójimos á tí, estrecharás los lazos entre las familias, se afirmarán la amistad y la hospitalidad, primeros sentimientos incipientes hoy en estas reuniones y festejos, pero primeros y nada más en la série de otros más ámplios y benéficos, destinados á servir como de fuerza cohesiva en la construccion social.

—No alcanzo cómo podamos crear esa fuerza de atraccion con sólo añadir vocablos á otros vocablos, multiplicarlos ó pulirlos.

—No lo entiendes, porque has perdido la memoria. Tú no te acuerdas, pero yo me acuerdo: el lenguaje, merced á cuya eficacia fuiste y serás superior á los irracionales, no nació en tí de repente como formado en un molde. Poco á poco, lenta, lentísimamente, llegaste á repetir los sonidos de la naturaleza y las voces de los brutos ó las aves, para lo cual tenias en la garganta, en la boca y en la lengua, medios y disposiciones admirables. Aquellos pocos sonidos se escaparon de tus lábios para expresar tus primeras sensaciones, y mediante la expresion de cada una diste á conocer á Gina si padecias ó gozabas. Cuando la necesidad de darla á entender alguna cosa más compleja ó la de entenderla ella, hubo clasificado los sonidos en categorías, alargándolos, acortándolos, dándoles nuevas inflexiones con los dientes, los lábios, la nariz ó la garganta, mediante tu voluntad, fundiste unos sonidos en otros, asociaste sonidos como asociabas imágenes en tu cerebro, y aglutinando unas veces y

procurando las más dar flexion y soltura á la palabra para evitarte trabajo, fuiste nombrando las cosas, sus cualidades y atributos, distinguiendo las acciones, los tiempos y los lugares, y en una palabra, obedeciendo inconscientemente á la realidad del mundo que te envolvia. Tu lenguaje ha nacido como todo, de innumerables circunstancias y de múltiples y complejísimas acciones que desarrollaban paralelamente tus potencias hasta designar, por medio de sonidos, las cosas y fenómenos del mundo real y los fenómenos y sombras de tu propio sér. Cuando al fin me conociste, cuando te apercibiste de mi presencia á tu lado pudimos entendernos, porque la gestacion habia dado ya su fruto y sólo faltaba madurarle. Pues ahora se madura.

—Me sorprendes y me admiras—insistió Ántropos.—Yo creia haber sido hecho de una pieza y tal como me veo ahora.

—¿En qué te diferenciarias de los brutos si eso fuese cierto? El caballo, el toro, el asno, nacieron tipos inmutables, porque son máquinas creadas para tu servicio; pero si esa sempiterna ilusion del hombre fuese cierta, si hubieras sido desde el primer dia el sér racional perfecto con todas sus facultades anímicas, carecerias de perfectibilidad y tu existencia en la isla ni tendria objeto, ni interés. No, amigo, no te degrades y confundas con los irracionales. Tu organismo, aunque más delicado y más complejo que los otros, pudo un instante confundirse entre ellos, pero no tardó en luchar y descollar. Tus hazañas en la lucha fueron grandes, nobilísimas, y en ellas se funda el título irrevocable de tu suprema autoridad. Con tu trabajo,

con los esfuerzos heróicos de tu cerebro y de tu corazon, tanto ó más que con los esfuerzos de tus músculos, creaste la palabra para dar forma á la idea como has creado tu vestido, tus armas, ese castillo arrogante, ese templo majestuoso, esas estátuas perfectas. Ahora se hace tangible el auxilio de tus tiranos para la obra de tu definitiva redencion. Ellos trabajan en pulir y dar flexion á la palabra, y no sabes todavía los milagros que la palabra obrará en tu beneficio y pró.

—Así será—concluyó diciendo el hombre—pues cada vez me convenzo más y más de que esta isla es una isla encantada.

Mientras Ántropos sazonaba su oscuro trabajar con tan deleitosas pláticas, los privilegiados de la Península de Luz amenizaban los intervalos entre combate y combate, entre correría cruenta y correría pirática con las fiestas gimnásticas del circo, las luchas de los atletas, las representaciones del anfiteatro, los festines y certámenes en los cuales tomaba parte Gina, y con inacabables disputas, á cuyas seductoras emociones por grados se aficionaban. Decir aquí, ni áun en cifra, el curso y los accidentes de estas famosas disputas, fuera inoportuno y fastidioso. Tuvieron grande importancia cual todo tenia en Gé; pero nuestra mision no es de eruditos, y basta á nuestro propósito decir á nuestros lectores lo indispensable y nada más, para que comprendan á la postre el modo y manera de obrar de las leyes de la isla, encaminadas fatalmente á la redencion de Ántropos con la libertad de Alecia.

Diremos ante todo, sin embargo, que en aquel contínuo disputar hizo Anoya el gran papel. Separada y lejos de su maestra, nada la refrenaba ó co-

hibia, y en séries varias, prodigiosas, de elocuentes peroratas, daba rienda suelta á su decir. De todo habló con desenfado y metió la hoz en todo, y como quiera que los temas favoritos fueron entonces, como siempre, las preguntas que la hiciera en otro tiempo la curiosidad de Dinamion, la falsa Alecia se despachó á su gusto, explicando de mil modos el orígen de la isla, describiendo la cuna de sus habitantes, estatuyendo cómo debian obrar, pensar ó sentir, y vaticinando cuál seria su destino. Maravilla y embeleso causan el cúmulo de explicaciones de la pretenciosa Anoya con la ayuda de Fanta la parlanchina en su prurito de responder y fascinar. Lo mismo sacaba al mundo del agua (1), el aire (2) ó el fuego (3), como de los átomos animados por inteligencia inmanente creadora; tan pronto suponia todo en Gé obra del acaso como designaba los artífices, les daba formas y atributos, les pintaba con sus pelos y señales, describia lo indescriptible ó explicaba lo inexplicable.

Pero lo singular del caso, lo verdaderamente curioso en aquel ardor del discurrir y en aquel afan por sacar de sus molleras la causa y razon de todo, fué que Anoya, sus acólitos y cuantos se llamaban á sí mismos *amigos de la sabiduría*, acudian sin excepcion á Ántropos para tener hechos sólidos en que apoyar sus raciocinios, argumentos admisibles y hasta comparaciones ó metáforas para seducir y convencer. En el calor de las disputas, en las luchas de amor propio, la falsa Alecia ó alguno de

---

(1) Thales de Mileto.
(2) Anaxímenes.
(3) Heráclito.

sus contrincantes solian soltar tal cual vocablo sonoro, que si era con efecto como inspirada síntesis de las verdades por Ántropos descubiertas, y si facilitaba á éste algun instrumento nuevo para su futuro trabajar, dejaba en cambio las cosas como estaban, esperando una nueva observacion, un nuevo descubrimiento, para tomarle oportunamente en cuenta y rehacer las famosas teorías.

Áun en el modo de decir, en la manera de presentar los razonamientos, la larga experiencia del obrero sugirió nuevas perfecciones. Fuéronse reuniendo algunas reglas en armonía con el modo de ser de los cerebros, reglas cuyo conjunto constituyó la base de la lógica. El descubrimiento más notable de Ántropos en esta clase de trabajo intelectual, fué sin disputa alguna el silogismo, instrumento inapreciable para razonar, que salió casi perfecto de su mente, pero que en boca de los duendes, de Anoya y de su maestra degeneró despues en maquinilla artificiosa, muy á propósito para fabricar sofismas.

Anoya, por su parte, procuraba aprender de memoria trozos selectos de las leyendas de Fanta, los repetia de corrido, y sustituyendo palabras á las ideas, salia de los apuros hablando de la *gran mónada, de la música de las esferas*, de los prodigios del *número ternario*, de contingencias y predicamentos. Absoluta, sistemática, exclusiva como su digna maestra, hoy hacia consistir la suma perfeccion en un idealismo utópico, mañana en un positivismo deducido del presente, pasado en el estoicismo ó muerte del sentimiento, el otro en la más indolente, cínica impasibilidad hácia la familia, la pátria y el mundo entero. Lloraba un dia sobre las

molestias mínimas y se reia al siguiente de las horrendas catástrofes. De extravio en extravio sembró la duda universal, y como su índole la encaminaba á la concupiscencia y á la gula, concluyó por repetir sin empacho que la suma perfeccion y el sumo bien residian en la panza (1).

¿Quién hubiera sospechado que semejante algarabia acortaba alguna cosa el manto negro de Alecia?. Y, sin embargo, le acortaba.

Oyendo Dinamion en medio de su incesante lidiar tantas y tan peregrinas cosas, procuraba descubrir en ellas algo útil y algo práctico para el mando y el gobierno. Y la razon de este querer era muy óbvia. Uno y otro dia tropezaba con dificultades y no acertaba á vencerlas, porque aquella raza levantisca en nada se parecia á las demás que habia barajado con su espada. Para mantener la disciplina en sus huestes se veia obligado á transigir y respetar, pero queria dar forma estable y definida á sus respetos y sus concesiones. Revolvia, pues, allá en su fuero interno, el modo y forma de realizar sus deseos utilizando los cien retazos de encontradas ideas, pescados aquí y allí acerca de ley y de justicia, y no queriendo abdicar ni un ápice de autoridad ni tampoco dar á entender sus apuros, ocurrióse le concurrir á los festines llamados simposías por los amigos de Anoya. ¡Cuántas vacilaciones, cuántas dudas no le agitaron entonces en medio de los discursos, las danzas y la música!

Daremos cuenta del más célebre de aquellos célebres festines, en el cual hizo el guerrero el papel de simposiarca.

---

(1) Alusion al ciclo filosófico en la Grecia.

Ántropos, y un número considerable de esclavos y esclavas, habian trabajado noche y dia, durante casi casi un mes, para preparar la fiesta, la cual iba á celebrarse por espacio de una noche en un precioso templete de mármol blanco pentélico situado en medio de un jardin como en una canastilla de rosas, mirtos y laureles. Abierto por los cuatro vientos á las perfumadas brisas, ardian entre sus columnas lámparas de oro sobre trípodes de plata, y una tarima, cubierta toda de flores, ocupaba el centro con lechos enrededor. Coros de mancebos y doncellas vestidos de clámides y túnicas, unos bailando graciosos y otros tañendo sus liras ocultos en la espesura, obedecian las órdenes de Télia y Tongo para amenizar intervalos ó celebrar los triunfos de la oratoria. Asesorado de Pónos, Ántropos disponia las viandas, las dulces frutas y los vinos, siendo á la vez escanciador y despensero, mientras Gina, con un elegante peplo sobre la túnica blanca, atenta á retocar y completar la sencilla elegancia del conjunto, hablaba y oia á Fanta, que atraida por los preparativos, revoloteaba en torno del templete y agitaba las llamas y las flores, batiendo sus nunca sosegadas alas de tornasol.

Allí fueron llegando los numerosos convidados cuando la luna llena se asomaba por el horizonte, y allí tomaron asiento en confusion amistosa, despues de dar la presidencia á Fanta casi por aclamacion.

Hechas las primeras libaciones á los dioses inmortales, trabóse una conversacion preliminar entre algunos de los simposiastas sobre las cosas á la vista, y de los hechos más evidentes y tangibles, se fueron remontando poco á poco hasta los últimos

principios, sosteniendo la mayoría de los oradores que nada se podia saber sin la experiencia, y citando á cada paso las obras de Ántropos como prueba de su especial modo de ver (1).

Al oir sus conclusiones, un prócer de cierta edad, vestido todo de blanco, con un triángulo rectángulo bordado sobre la clámide, quiso aquilatar unos y otros pareceres, porque habia seguido á Dinamion desde el Recinto de las Castas hasta el Valle de las Inundaciones, y estaba enterado muy al pormenor de las ideas de Seuda, las peroratas de Anoya y hasta el discurrir de Pónos. Para él *la idea* lo era todo, y aunque habló muy cuerdamente, produjo cierta sorpresa, y áun escándalo, al suponer á los bárbaros capaces de virtud y al condenar toda violencia (2).

Dinamion refunfuñó y apuró el contenido de su copa, que era una verdadera y elegante crátera.

Para atenuar el mal efecto de aquellas palabras atrevidas, el venerable prócer del triángulo redujo la justicia á la práctica del Talion y adjudicó la autoridad á los sagaces aristócratas. Aquello de ojo por ojo y diente por diente, con lo otro de vincular el mando en los más fuertes y más ricos, templó la ira general y contuvo á Dinamion.

Con motivo de opiniones tan encontradas y áun opuestas, la conversacion se generalizó, se multiplicaron las disputas, todos procuraban quedar encima á la vez, y durante un buen espacio la confusion llegó á su colmo (3). En el ardor de la contienda nadie pensaba sino en hacerse oir, y el amor propio

---

(1) Escuela Jónica.
(2) Pitágoras y su escuela.
(3) Sofistas.

de cada cual empeñado en salir airoso en la demanda, convertia á todos en sofistas.

Dinamion se impacientaba, calculando lo poco ó nada que aprendia, pero apuraba otra crátera.

En medio de la confusion, un anciano, amigo de Ántropos, y algo admirador de Pónos, tuvo la ocurrencia infelicísima de hablar un lenguaje práctico, de rebajar la discusion al modo de vivir ó conducirse y hasta indicar la conveniencia de dejar el gobierno de las cosas superiores al cuidado de un gran Encantador cuya existencia sospechaba. No nombró á Teo, pero poco le faltó (1).

La algazara producida por aquel razonar de vuelo bajo, fué á la verdad indescriptible, y como el anciano era todo un dialéctico y su buen sentido le bastaba para poner cualquier sofisma de relieve, la reunion se exasperó, y medio en burlas, medio en veras, le redujeron á silencio, obligándole á beber una copa de cicuta.

Despues de aquel incidente se levantó otro orador, cuyo discurso sigue siendo en Gé la admiracion de grandes y pequeños. Afable, discreto y amoroso era el amigo predilecto de Fanta la soñadora, cuyas sublimes inspiraciones recibia en éxtasis y en deliquios (2). Su oracion comenzó por un himno á la justicia, que le valió plácemes y aplausos, pero exagerando la indicacion del prócer del triángulo sobre la eficacia de la idea, patentetizó á todas luces cuán impotente era el génio mismo para disponer y gobernar sin el prévio conocimiento de las leyes de la isla.

(1) Sócrates.
(2) Platon.

Así, por ejemplo, cuando el orador descendió de las nubes á la tierra, dijo para satisfacer á Dinamion:

—Todo debe ser comun: bienes, mujeres, hijos, todo, hasta las cosas dadas por la naturaleza en propiedad á cada hombre, como los ojos, las manos, las orejas, para que siéndolo, se imaginen que obran y oyen en comun, teniendo iguales alegrías é idénticos sinsabores.

Al oir aquello, Pónos no pudo ménos de decir á su discípulo:

—No concibe la variedad en la unidad. ¿Con qué estímulo querrá sustituir el estímulo todopoderoso del egoismo individual?

—Porque la diferencia entre los dos sexos es tan grande—continuaba el amigo de la sabiduría—que la mujer parece un intermedio entre el hombre y el animal; y así como nosotros somos séres superiores á los bárbaros, y por eso hacemos esclavos de ellos y por eso rehuimos el trabajo, así la mujer ha nacido para ser molde de produccion y nada más.

Dinamion se revolvió con impaciencia, apuró otra copa, y Pónos dijo á su protegido:

—Quiere fundar la igualdad sobre la más irritante de las desigualdades: sobre la mutilacion de un todo. ¿Qué te parece la omnipotencia de la idea?

—Nada rebaja como el trabajo, nada envilece como el comercio—continuaba el ideófilo.—El oro y la virtud son dos pesos puestos en una balanza, de los cuales no puede subir uno sin bajar el otro.

—¡Pobres númas!. ¡Y yo que las tenia por prodigio!—exclamó Ántropos sin poderse contener.

—Tómalo con calma—le cuchicheó Pónos al oido.—Ese visionario ignora las relaciones entre lo

real y lo ideal. Nosotros se las iremos enseñando.

Para contestar al defensor de lo ideal se levantó otro prócer, no ménos elocuente, y dijo:

—Conforme estoy con el preopinante en señalar á la mujer, como á toda hembra, un lugar de servidumbre; pero no lo estoy en algunas otras cosas. Conviene estudiar la isla, sus pobladores, sus leyes, sin perjuicio de emplear el silogismo, y con él y por él, y mediante él, demostrar toda la verdad. Así, por ejemplo, los hechos están conformes con el razonamiento, y la guerra es legítima cuando su objeto es reducir á esclavitud á los hombres nacidos para obedecer. Con los bárbaros—y bárbaros son cuantos pueblan la isla ménos nosotros—se forma el ganado que habla, sin cuyo ganado no podríamos holgar y por lo tanto pensar. Los hombres serán iguales, cuando el cincel y la lanzadera trabajen solos (1). Ántropos y su familia serán eternamente esclavos.

Ántropos hizo un movimiento de indignacion: Pónos le contuvo, y dijo:

—Paciencia, amigo, paciencia: yo me comprometo á que el cincel y la lanzadera se muevan solos.

Dada esta muestra miliar del alcance de aquellas discusiones, no fatigaremos al lector con pormenores más ámplios. Cuando la aurora comenzaba á teñir el Oriente con sus arreboles Dinamion se puso en pié, y algo perturbado el seso por los vapores de sus libaciones, dijo:

—Estoy mareado, y no acierto á coordinar lo mucho y bueno que he oido. Hasta el templete dá vueltas. La fiesta se repetirá, porque confieso que

---

(1) Aristóteles.

no aprendí casi nada, y aunque sospecho que no nacísteis para gobernar, no quiero quedarme siempre en ayunas. Á ver, Ántropos, acércate. Prepárate para coger de hoy en adelante las palabras pronunciadas por los unos y los otros y meterlas en cajitas, á fin de poder oirlas yo, siempre y cuando se me antoje.

El hombre se quedó estático ante tamaña exigencia, y los circunstantes, riendo la gracia de su Señor, salieron del templete y del jardin, quién más, quién ménos, tambaleándose.

CAPÍTULO XV.

—¿Has oido?—preguntó lleno de asombro Ántropos á su buen génio.

—He oido—contestó Pónos en tono de indiferencia.

—Dinamion pide un prodigio extraordinario—insistió el hombre.

—Está bien—contestó el génio.

—Pero pide un imposible.

—Tanto mejor.

—Pues no te entiendo—exclamó Ántropos atónito.

—Pues no es difícil entenderlo. Eres esclavo, no tienes voluntad. Si tus amos no te piden, nada te es lícito hacer, y cuanto más importancia tengan sus caprichos, tanto más has de acortar el negro velo de mi hija.

—Pero ¿cómo recoger, cómo ensartar las palabras llevadas por el aire?. Semejante pretension sólo pudiera ocurrírsele á un gigante estúpido y antojadizo. Es imposible, imposible.

—No tanto como presumes—contestó Pónos.—

La cosa parece presentar insuperables dificultades; pero ¿qué hemos de hacer?. Todavía no está agotada la virtud de mi varita mágica, y tu obligacion es satisfacer las nuevas necesidades de tu Señor. Mas como está, hoy por hoy, de buen talante, cuerdo será conseguir algo por la maravilla. Sube al castillo y dí al gigante, que si desea tener la palabra aprisionada, necesitas una herramienta especial..... pero no: espera. Prepararemos primero lo necesario, y cuando estemos seguros del buen éxito, haremos la peticion. Á discurrir y trabajar.

Discurrieron efectivamente, y el hombre se puso á preparar unas cajitas de á palmo, conforme y segun su génio le mandara. Entre tanto, decia éste á su discípulo:

—¿Recuerdas por qué manera lenta, gradual, insensible, te has ido connaturalizando con los símbolos?. ¿Recuerdas cómo algunas frutas, yerbas ó raíces, fueron para tí símbolos de amargor ó de dulzor —sensaciones transformadas poco á poco en ideas de dulzura ó amargura—cómo algunas flores llegaron á ser símbolos de aromas, y tus primeros diseños en tus armas, símbolos de animales desconocidos y sin nombre?. ¿Recuerdas cómo supo aprovechar Seuda para sus geroglíficos esta admirable relacion entre los signos y la idea, esa vertiginosa celeridad de tu espíritu á transformar unos fenómenos en otros?. ¿Te acuerdas de la utilidad de aquellos otros signos más sencillos y ménos numerosos con los cuales representabas los números, las mercancías y hasta los sonidos cuando servias al comerciante pirata? Pues ahora, como siempre, se trata de aprovechar todos estos desarrollos sucesivos para la más grande y más pasmosa de todas nuestras maravillas: para

dar cuerpo y forma imperecedera y sustancial al espíritu, á la idea.

—Es decir—interrumpió Ántropos—que vamos á imitar á Seuda y á su intrincado simbolismo.

—No tal, amigo mio. Seuda lo bastardea todo, y tu mision es de verdad, creando. El símbolo, como todo, puede ser segun se use, causa de bien ó de mal. Podrá ser una gran cosa para las trapacerías pasadas, presentes y futuras de la sagaz consejera, pero á nosotros nos está vedado abusar de él, porque es el lazo de union entre el mundo material y el mundo misterioso del espíritu, y cualquier abuso, error ó engaño al emplearle, pudiera traer incalculables consecuencias. Al servir lealmente á Dinamion te servirás á tí mismo, pues si él consigue oir á todas horas las opiniones de sus próceres, ó los himnos en su aplauso, tú podrás conservar para tenerlas presentes mis máximas y lecciones.

—Pero no veo cómo. No lo alcanzo.

—Ahora, como siempre—lo repito—se han ido acumulando grano á grano los elementos tan heterogéneos como numerosos, indispensables para dar gusto á Dinamion, y cuando al toque de mi vara mágica, se integren, se combinen y confundan, la vista más perspicaz no alcanzará á distinguirles en el prodigio resultante. Así es en todo y así será esta vez. Llena esas cajas de arena, cubre esas otras con cera, adoba y tunde las hojas y las cortezas de esos árboles, limpia esos cueros y afínalos, y cuando tengas todo preparado preséntate á tu Señor y dile lo que vás á oir.

Pónos dió entonces sus instrucciones al oido del obrero, y éste, al tanto de su cometido, se presentó muy satisfecho á Dinamion algunos dias despues.

—¿Qué traes, bellaco? ¿qué traes?—dijo á su esclavo el gigante cuando le vió llegar con unas cajitas en la mano.—Mira que ya me voy impacientando. Deseo poder oir, lo mismo en tierra que en la mar, los discursos y las peroratas, pero sobre todo, los himnos de tu mujer.

—Señor—expuso el esclavo con cierta prosopopeya.—Ya lo vés: todo lo tengo preparado; la cosa será magnífica; pero necesito una herramienta, un estilo; y como este estilo sólo puede hacerse con hierro de mi cadena, signo de mi servidumbre, no me atrevo á tocar al eslabon, y vengo á pedir tu vénia.

El gigante se quedó pensativo breve rato.

—Si toma el hierro como quiere—se decia para sí—no tendré por dónde sujetarle..... ¡Bah! El collar es fuerte, la herramienta es poca cosa; y si acaso desapareciese el eslabon, le obligaré á forjar nuevos eslabones, y yo se los sabré ceñir.

—Sea como pides—exclamó en voz alta.—Puedes tomar el hierro necesario. Vuelve prontito con ese magnífico portento.

Ántropos salió en busca de su protector, y le dijo alborozado:

—Albricias, ya tengo permiso para encentar el último signo de mi esclavitud.

—Pues hoy comienza á desaparecer—contestó el buen génio—y no sabe Dinamion que en desapareciendo ese collar, toda su fuerza y su poder no podrán forjar otra cadena.

Al toque de la vara mágica del génio se desprendió un trozo del eslabon, y el esclavo, con el auxilio de Pir, le transformó en una especie de punzon agudo, al cual se siguió llamando *estilo* por haberle apellidado el hombre así.

—Ahora, amigo Ántropos, mucho cuidado y mucho ingénio—exclamó Pónos cuando vió que todo estaba coriente.—Toco estas cajitas con mi vara mágica, y te toco á tí en la frente para que dentro de ella se reflejen todas las formas necesarias. Piensa en el cúmulo de símbolos de los cuales sucesivamente te has servido; escucha atento las palabras que desees conservar, y golpea con la punta del estilo esas cajitas á medida que vayan saliendo aquellas de la boca. Con esto sólo, quedarán todas ellas claveteadas sobre la cera ó el cuero, como quedan presas en la miel las moscas, y no habrá sino herirlas con la vista para que agiten alas invisibles y lleguen á los oidos sus sones, su ritmo, su cadencia. Ensáyate, si lo crees necesario, porque esta noche debes presentar á tu tirano el prodigio.

Sin hacerse de rogar, Ántropos habló, pensó y golpeó con el estilo, calenturiento de impaciencia, fijó la vista en aquellas cajas despues de haber ejecutado todo cuanto le mandara Pónos, y su asombro no tuvo límites cuando al caer la mirada sobre la superficie de la cera oyó una voz casi imperceptible, repitiendo misteriosa lo mismo que él habia dicho. Cuantas veces miró á las cajas encantadas, otras tantas se repitieron sus palabras sin la menor variacion.

—¡Qué prodigio!—exclamó Ántropos sin poderse contener.—¡Qué prodigio!. ¡Oir por los ojos!. Esto trastorna todas mis ideas. Esos talismanes son mil veces más admirables que las númas. En ellos parece que están embalsamadas las palabras para hacerlas inmortales. ¿Cómo las llamaremos Pónos?

—Llamémoslas *biblos*, si tú quieres—contestó el buen génio.

Aquella misma noche el hombre hizo gala del prodigio. Advertido Dinamion por él, mandó comparecer á Gina, citó tambien á los oradores y poetas, y les dijo que celebraran sus hazañas para ver cómo el esclavo recogia sus discursos y sus himnos. Ántropos, con un biblo entre las manos, se colocó frente á Gina (la cual habló primero por galantería), y moviendo el estilo con destreza sin igual, fijó sobre él todas y cada una de sus sílabas.

Luego que hubo terminado Gina, Dinamion clavó la vista en la caja y oyó la exacta repeticion del himno, y volvió á gozar con él casi otro tanto.

—¡Maravilloso!. ¡Incomprensible! pero sobre todo, grato—exclamó el tirano sin poderse contener.—¿Y no me traes sino uno de esos biblos?. Otros quiero, muchos, infinitos. Desde hoy el viento no se ha de llevar ninguna palabra útil, de verdad ó de hermosura.

—Señor—contestó el esclavo aleccionado por su génio.—Mira que para cada biblo he menester un estilo.

—¡Y qué me importa?—exclamó el guerrero con la irreflexion del entusiasmo.—Mi voluntad es ley. Lo dicho, dicho: quiero muchos, muchos biblos.

Cuando el esclavo refirió á Pónos los lances de la entrevista y le dió cuenta de las exigencias del gigante, el génio, segun su costumbre, le dijo poco más ó ménos lo siguiente:

—Gran victoria has alcanzado y sobre el horizonte de tu redencion comienza á brillar la aurora. Lo que las númas son para las cosas, serán los biblos para tus pensamientos y emociones. En aquellas cajitas redondas de oro y plata conservarás las migas de tu pan para sacar á tus nietos de la miseria;

con estas otras cuadradas redimirás sus almas de la ignorancia y el vicio. Mediante aquellas recibirá tu descendencia el capital necesario para saciar su hambre y sed, edificar el palacio, y hacerte dueño y señor de la tierra, de los mares y del aire; en éstas hallarás siempre inmarcesibles tu saber y tu experiencia, las ilusiones de Fanta, el entusiasmo de Gina, los artificios de Seuda, las heróicas proezas de Dinamion. Con sólo fijar la vista en estos biblos, oirá el hijo á su padre y á su abuelo, y de ellos aprenderá en una mañana, tanto como tú en toda tu vida,, y con ellos volverá á sentir dichas ó penas pretéritas, ó futuras esperanzas. ¡Cuánta instruccion!. ¡Cuánto deleite!. ¡Cuánta luz encontrará tu prole más remota en esos mágicos biblos!. Ya el tiempo no se llevará el aroma del espíritu, la esencia del corazon; ya no habrá oido torpe ni memoria flaca; la muerte pierde su imperio y la ausencia queda suprimida, pues vivirás en espíritu con los nietos de tus nietos, por todos los siglos de los siglos, y los que son y los que fueron conversarán á despecho de distancias en el espacio y en el tiempo. No quiero decirte más: sírvate de consuelo, de recompensa y de esperanza, que así como desde la conquista de la nave *has imaginado un dia por cada dia de trabajo,* desde hoy en adelante al *trabajar un dia con el cuerpo, habrás de* PENSAR *un dia.* La fatiga del músculo se alivia, porque el cerebro con él comparte la tarea; y el corazon, que antes ponia en movimiento la materia, habrá de mantener ahora otra actividad más noble. Tu espíritu—á cuyo crecimiento borran los biblos todo límite—viene en ayuda de tu cuerpo, y como éste se apropia ó se asimila las fuerzas de la naturaleza—inagotables de

suyo—los dos grandes elementos se combinan, se compenetran, se integran, para constituir tu personalidad. ¡Qué maravilla, si en lo sucesivo desmesuradamente te agigantas!

El génio calló, y Ántropos le dijo estático de asombro:

—Cuando me diste á conocer las númas, te creí hechicero; ahora no encuentro palabra para manifestar mi admiracion, y valiéndome de una imágen favorita de la soñadora Fanta, te considero como una divinidad y sospecho que he de concluir por adorarte.

CAPÍTULO XVI.

Segun hemos ido viendo en el transcurso de esta fantástica historia, y segun iremos observando en adelante, todo en Gé era progresivo, y como que obedecia á una fuerza irresistible manifestada por modo maravilloso en miles y áun millones de otras mal llamadas fuerzas. Cosas y vivientes, los afectos y la idea, sistemas é instituciones, todo tendia á mejorar mediante la accion del tiempo, todos sentian la necesidad de vivir mejor, sentir más, pensar más claro, todos, absolutamente todos, ménos la obstinada Seuda. Encerrada en el Valle de las Inundaciones persistia en mantener dentro de él y en torno de él una absoluta inamovilidad, un aislamiento absoluto. Seguia atenta la marcha de las cosas en la Península de Luz, con un interés febril sostenido por la envidia, y observaba con espanto cómo, á pesar de todas sus precauciones, el velo de su prisionera mermaba constantemente.

Con la invencion de los biblos la merma del manto negro fué tal y tan perceptible, que Seuda de veras se alarmó. Para averiguar la causa, despachó

á sus emisarios y supo todo lo ocurrido. Entonces se puso á cavilar, resuelta segun su antigua costumbre á utilizar la nueva maravilla en pró de sus eternos fines y para ver la manera de poner coto de una vez al afan de novedades del gigante.

Respecto á los biblos se propuso desde luego tener uno que superase á los demás y ante el cual enmudeciesen, y á fin de detener entre tanto á su Señor en sus antojos, determinó mandar una embajada á Dinamion y prevenirle del peligro. Egos fué el elegido para el caso, y lógico y natural era que lo fuese.

El embajador desempeñó su cometido con aquella diplomática sagacidad que poseia como ningun otro. Dinamion le escuchó, y por él supo que el manto de la verdadera Alecia la llegaba escasamente al promedio de la pantorrilla. Tornó á preguntar acerca de la luz, y no obstante su despreocupacion, se impresionó vivamente al saber cuánto iba siendo esplendorosa.

—Está visto—se dijo despues de maduras reflexiones.—Tengo que poner remedio de algun modo. Mi consejera no sirve para el caso y es necesario concluir. Ella sin mí, poco ó nada puede, pero es lo cierto que yo tampoco me encuentro bien sin ella. Anoya, con su sempiterna charla, es elemento de desórden. Ya es tiempo de someter á todo el mundo y de vengar aquel ultraje hecho por mi consejera á mi indisputable autoridad.

Desde aquel momento el gigante guerrero se propuso ser rey único en la isla.

Empero el estado de su propia casa no era el más á propósito para llevar á feliz término tan ambiciosa aspiracion. En medio de tanta fiesta y tamaño

refinamiento, la anarquía imperaba en la Península de Luz, patentizando la necesidad de la fuerza como única garantía de órden. Ni habia unidad en la cultura, ni mucho ménos en los sentimientos. Así todos querian ser los primeros y cada cual tomaba para lograrlo los más opuestos caminos. Unos, atribuyendo los triunfos de Dinamion á sus crueldades y sus vicios se convertian en fieras, pues enterraban hombres y mujeres vivos, cubrian á sus enemigos con pieles de oso ó de javalí para cazarles y despedazarles con sus perros, y mandaban á flechazos (1). Otros, por el contrario, admiraban con preferencia la generosidad y los arranques heróicos de su Señor y se gloriaban de no matar nunca al vencido. Procuraban dar ejemplo de humanidad y mansedumbre, y sin renegar del valor y de la espada, valíanse para persuadir hasta de Tongo y su música (2). Todos, aunque por caminos varios, aspiraban á la heguemonía. Anoya misma sentia sus pujos de independencia y procuraba tenaz ir haciendo rancho aparte. Desde los tiempos de antaño, en los cuales hizo papel de pitonisa metida en rústica gruta, habia aprendido mucho y á la verdad no muy bueno. Taimada, glotona y codiciosa, habitaba majestuosos templos, y al predicar un temor santo para con los infinitos inmortales mitológicos, nunca olvidó su negocio. Por eso exigia de todo creyente el diezmo, y en épocas determinadas hacia su *Agosto de oro* como solia decir con regodeo y donaire (3). Rica y satisfecha y gorda, no la bastaban ya sus numerosos acólitos, y

(1) Alejandro de Feres.
(2) Epaminondas.
(3) Expresion de los sacerdotes de Apolo y otros.

quiso tener vasallos; pobló los campos en derredor de los oráculos con hieródulos y sus hieródulas: los primeros para la labor y su servicio, y las segundas para demostrar al mundo entero que sabia especular hasta con la misma crápula.

Ante tamaña anarquía Dinamion se impacientaba, porque soñaba ya con una expedicion capaz de eclipsar todas las anteriores suyas. Mortificábale la independencia de su consejera, y por una reaccion muy natural, concibió la idea de unidad y se propuso ser rey único. Para establecer aquella unidad, lo primero era poner órden en su casa, ahogando toda rebeldía.

Una vez formado el plan, el gigante no era quién para vacilar. Se hebilló el peto, caló el casco, calzó el coturno, embrazó la egida, requirió la espada, y salió á campaña decidido á meter á los aspirantes en cintura. Hubo de sostener grandes luchas, talar los campos, destruir viviendas, degollar en monton, cubrir la Península con sangre; pero al fin venció, obligando á sus contrarios á rendirle obediencia y homenaje (1).

Los servicios de Ántropos en estas luchas le fueron de gran valía, pues la dificultad mayor no fué la de luchar y vencer con el acero y el fuego, sino la de reducir á silencio á algunos oradores, cuya elocuencia singular é incomparable evocaban á Dinamion enemigos hasta de las piedras (2). La fuerza de las ideas luchaba ya contra la idea de la fuerza. Enfrente de aquella elocuencia arrebatadora convenia oponer razones sólidas, hechos evidentes,

---

(1) Filipo de Macedonia y Alejandro el Magno.
(2) Demóstenes.

y para esto la habilidad del esclavo y los sanos consejos de su génio protector fueron auxiliares decisivos.

Luego de vencer y pacificar la gente de su Península, pensó en sacarla de allí. Pidió al esclavo otra nave, le obligó á forjar noche y dia armas y más armas, y con hueste más lucida que numerosa atravesó el mar, y atracó al primero y más cercano de sus antiguos imperios.

Algo habian variado las cosas en aquellas tierras. Se habian poblado mucho, y sus pobladores poseian casi todos los inventos de Ántropos y su familia, á excepcion de alguno cuyas ventajas se hicieron pronto visibles. Porque el puñado de valientes á las órdenes de Dinamion, al verse fuera de casa, frente á frente de muchedumbres sin número, demostraron una incontestable superioridad. Á la fuerza del músculo y el hierro, se unió otra fuerza impalpable, que á uno y otro retemplaba.

—¿Vés ahora—decia Pónos á su amigo—la utilidad de tus obras de belleza?. Compara el entusiasmo, la energía, la virtud de Dinamion y los suyos con la resistencia de sus enemigos, mil veces más numerosos. El sentimiento es la gran fuerza, y el sentimiento creado por las bellas artes y el saber, arrolla la fuerza bruta.

Con efecto, Dinamion vencia en esta campaña más con su corazon que con su acero. Trataba á la mujer del enemigo pensando siempre en Gina y en sus cantos (1); afanábase por reconciliar vencidos y vencedores para formar una familia, y en su manía de unidad, sólo se mostraba rigoroso cuando todos

(1) Familia de Darío prisionera de Alejandro.

ellos no hablaban del mismo modo, ó cuando no tenian idénticas costumbres y aficiones. Al díscolo, al refractario, le decia:

—Vosotros todos sois mis hijos; yo nunca os daré otro nombre.

Y despues de pronunciar estas palabras hacíales sentar en inmenso opíparo banquete, llevaba á sus lábios la copa de oro de las libaciones y la hacia circular á la redonda para comulgar con ellos en noble y generoso afecto. ¡Qué diferencia entre todo esto y los horrores de sus primeras conquistas!. ¡Qué distancia tan inmensa de aquella su sed de simpatía y su primera sed de sangre! (1)

No es maravilla, por lo tanto, si el guerrero subyugó, en ménos tiempo que se cuenta, aquella parte de la isla, de rio á mar, de valle á sierra.

Imposible relatar á la menuda las invenciones exigidas al esclavo en toda aquella conquista. Si era preciso tomar el fuerte castillo primitivo, la honda se convertia en catapulta, el martillo en ariete, el escudo en tortuga, y la escalera y los andamios en torres sobre rodillos ambulantes, coronadas de guerreros, y gracias á estas y otras invenciones, llovian las peñas sobre el enemigo, se abria brecha en sus murallas, embestian las falanjes á cubierto, ó se batian y asaltaban las altas torres por el aire. Lo grande, en esto como en todo, nacia de lo pequeño, lo complejo de lo sencillo, lo prepotente de lo ruin.

Por fin, seguido de lucida grey, sobre elefantes cubiertos con paños de oro, tocó nuestro guerrero en los aledaños del Valle de las Inundaciones y se

(1) Alejandro Magno en Asia.

preparó á vengar el agravio de su consejera. La bruja presintió el peligro y discurrió la manera de evitarle. No se resignaba á someterse, y con su audacia de siempre determinó imponer su autoridad por el aparato y el misterio. Abrió de par en par las puertas del sagrado templo; sentóse á la entrada majestuosamente como para cerrar con su cuerpo la hilera de esfinges de granito; puso delante los cocodrilos sagrados, un perro á sus piés, un gato sobre su falda, el buey á la derecha, la anguila á la izquierda, y en sendas aras el ibis, la cigüeña y cien aves peregrinas asomando por detrás. Ándros, los labradores, los barqueros, se extendian en rededor del templo de rodillas en actitud de adoracion.

Á la vista del famoso templo y sorprendido de encontrar los campos abandonados, Dinamion se adelantó casi solo y se encaró con su consejera.

—¿Qué es esto, Seúda?—exclamó.—¿Qué nueva comedia es esta?. Por quien soy que estás en buena compañía. ¿Piensas quizás intimidarme?

—No blasfemes Señor sábio y delicioso—contestó Seuda en voz grave como si nada hubiese sucedido desde antaño.—Los dioses me acompañan: teme su ira y respeta las simbólicas encarnaciones que para protegerme me rodean.

En esto comenzaron á llegar las huestes rezagadas con Ántropos á la cabeza.

—¡Cómo!—rugió Dinamion cual leon herido.—¿Sueñas con detenerme á mí á quien nada ha detenido?

—Confío—contestó la bruja impávida — imponerte á tí y á todos el santo temor á los inmortales dioses.

—¡Ira de gigante!—gritó el conquistador fuera de sí.—Para tí no pasa el tiempo. ¿Crees que no hemos adelantado ni perfeccionado nuestros inmortales?. Ya son todos hombres y mujeres; y si entre ellos hay águilas ó pavos reales, les sirven para su adorno. Ahora verás cómo me intimido. ¡Á fuera esas antiguallas!

Y así diciendo se adelantó resueltamente, descargó dos tajos tremebundos sobre los sagrados cocodrilos, cortando sus cabezas á cercen, y al reparar que el perro le enseñaba los colmillos le dirigió un puntapié, y aquella divinidad voló dando vueltas por el aire.

—¡Á ver, acólitos de Anoya!—dijo volviéndose á los suyos.—Cogedme por los cuernos al dios buey y sacrificádmele al Tonante. Y tú, Ántropos, entrega á Pir el dios anguila, pues es bocado que me gusta. Vamos ahora con los pajarracos (1).

Dinamion levantó la espada en alto y el aire se agitó con violencia. Las aves tomaron vuelo y desaparecieron. Seuda cayó de rodillas.

—¡Señor fuerte y sábio y delicioso!—exclamó en muy distinto tono del primero.—¡Cuánto, cuánto he padecido ansiosa por asegurar tu salvacion!. Yo no puedo desobedecerte; no es de fuerza mi mision, sólo deseo vivir para velar sobre tí. ¿Quieres otros dioses? pues vengan otros dioses. Dispon de mí y de los mios: aquí nos tienes á tus piés. Aplástanos como reptiles, bendeciremos tu mano. No deseo sino servirte, acompañarte. Si nos concedes la vida y un tantico nada más de autoridad, te seguiré do

---

(1) Alegoría del papel histórico de los sucesores de Alejandro respecto á los misterios de Egipto.

quier como una esclava y como esclava ayudaré tus planes.

—Basta ya—la interrumpió el gigante amostazado.—Me revientan las zalamerías. Sabes que estoy en el secreto; pero en fin, tus travesuras suelen ser muy útiles á veces. Si quieres, sígueme; mas te prevengo que ni aquí ni en parte alguna tolero ya señores independientes. Quiero la unidad y la unidad habrá de ser.

—Sea como quieras—suspiró la bruja humildemente.

Y añadió para su sayo:—Los dioses se van—los dioses vendrán. Paciencia y á empezar de nuevo.

Seuda se agregó desde aquel instante al séquito de Dinamion, resuelta á no perderle más de vista.

Dejó á su rival Alecia bien guardada dentro de la cripta; dictó disposiciones nuevas para mantener en aquel valle la inmovilidad, y recogiendo los trebejos benditos del oficio, formó con aquel bagaje, entre sagrado y misterioso, una respetable caravana, cuyo cuidado encomendó á Ándros, mientras hacia las paces con Anoya, y por ella se enteraba de las divinidades puestas en boga y al uso en la Península de Luz.

¡Oh, y qué coleccion de dijes reunió Seuda en sus petates para aprovecharles oportunamente á su tiempo y ocasion!. ¡Qué mescolanza de medios buenos y malos, de cosas útiles y naderías infantiles, de perlas y de basura!. Geroglíficos ininteligibles envolviendo máximas curiosas, mómias repugnantes embalsamadas con aromas de inmortalidad, una tonsura modelo, mitras, incensarios, vestiduras y hasta una diosa de madera con un chicuelo en los brazos sobre un creciente de luna, destinada, an-

dando el tiempo, á enloquecer durante siglos á las mujeres de la isla (1).

Antes de abandonar el Valle de las Inundaciones, Dinamion llamó á su consejera y la dijo en presencia de sus allegados íntimos:

—Quiero dejar perpétua memoria de mi manera de vengar tu agravio. Aquí mismo, á la embocadura de este rio, sobre la rama más ancha y más profunda de sus deltas, voy á poner una señal para decir en todo tiempo á todo el mundo, que nadie puede atreverse á negar entrada libre en el Valle de las Inundaciones. Desde hoy será mercado y lugar de cita para los viandantes de los cuatro vientos. Á este fin harás, tú, Ántropos, un faro colosal tocando en las mismas nubes. Se llamará *Faro Libre* (2). Además deseo curarte á tí, Seuda, de una vez ese tu prurito inaguantable de poner límite á mi voluntad, y como nada de cuanto he pedido á mis esclavos desde que nos vimos, te ha escandalizado tanto como el biblo, ordeno y mando tambien, que al pié del faro se construya una casa grande en la cual casa me vais á reunir cuantos biblos se hayan hecho ó se hagan en lo sucesivo. Por lo mismo que mi consejera se empeñó en hacer reinar aquí el silencio de la muerte, me propongo convertir á Faro Libre en una especie de grillera. Cuanto se diga ó se cante en cualquiera parte de la isla, aquí se podrá oir y se oirá. ¡Ea, pues!, Ántropos, reune tu mejor gente y á trabajar. Dispon las cosas á tu gusto, pues yo entre tanto me daré cuatro paseos por el mar ó por el valle. Supongo, Seuda, que

(1) Isis y Orus.
(2) Faro de Alejandría.

á mi vuelta no habré de hacer un escarmiento.

Seuda se inclinó con las manos cruzadas sobre el pecho, pero el teje maneje de las cien caretas de su manto, revelaban todo ménos resignacion y mansedumbre.

El faro se hizo lo primero, y por cierto que al hacerle se permitió Ántropos una pequeña superchería, la cual dió á conocer como él tambien se contaminaba con aspiraciones á la inmortalidad. Por el mismo procedimiento de los biblos fijó sobre la piedra de la torre su propio nombre, á fin de que los navegantes y marinos, al poner la vista en Faro Libre, escucharan en sus oidos «*Ántropos*». Temeroso, sin embargo, de los celos ó la envidia del gigante, cubrió la palabra aprisionada en la piedra con una capa de yeso y sobre él fijó del propio modo el nombre de Dinamion. Calculaba, y calculaba bien, que la accion del aire, del sol ó de la lluvia, haria caer más ó ménos tarde aquel reboque y aquel nombre, dejando así al descubierto el suyo como arquitecto de la obra, con lo cual hacíase la ilusion de conseguir memoria sempiterna (1).

En cuanto á la casa de los biblos, la hizo grande, muy grande, y al ponerla bajo la custodia de sus más caros discípulos, les previno una y otra vez seguir las máximas de Pónos, y en vez de empeñarse en sacar de su cabeza la verdad en cualquiera cosa, que estudiasen las leyes de la isla y aprendiesen los secretos de la naturaleza de un modo experimental.

Decir ahora las invenciones secundarias hechas por Ántropos, con ayuda de la vara mágica del génio, seria tarea inútil. Mientras volvia Dinamion,

(1) Arquitecto de Gnido.

inventó la cóclea para sacar agua del rio, transformando así la idea del tornillo, ingeniosa y acertadamente; imaginó los medios de pesar todos los cuerpos echando los fundamentos sólidos de la hidrostática; se ocupó del cilindro, de la esfera, de la espiral y otras curvas, y para perfeccionar la luz del faro, descubrió varios principios de la óptica (1).

Seuda, por su parte, tampoco se descuidó; y pues los tiempos eran favorables á los biblos, quiso poner por obra su deseo de poseer ella el suyo. Á este fin obligó al esclavo á coleccionar sobre tabletas mágicas todo cuanto habia observado y aprendido durante su larga vida, logrando así meter en un volúmen el centon más peregrino y más variado, cuyo centon á fuer de justos é imparciales, resultó entonces bellísimo. Allí estaban las máximas mejores de gobierno con preceptos muy valiosos para la salud; allí las glorias del alma y las miserias del cuerpo, lo más grande y lo más ruin, la creacion en una pieza y el detalle minucioso para las prácticas triviales del aseo ó de la higiene, sus ritos y ceremonias, historias libidonosas de pecados y los arranques de lirismo más sublimes. Á todo queria proveer, en todo se propuso detallar, y para hacer inmutables su voluntad y sus disposiciones, sostuvo entonces, y despues y siempre, haber dictado aquel biblo por inspiracion divina. Con el fin de conseguirlo y de arraigar esta creencia, la muy taimada tuvo buen cuidado de mezclar las palabras pronunciadas por Alecia en la Comarca del Maná con sus propias elucubraciones, ahogando aquellas pala-

---

(1) Alusion á Arquímedes, como perteneciente á la escuela de Alejandría.

bras en un diluvio de las suyas, y algo del fárrago de Anoya.

¡Quién habia de decir que semejante centon, primera y por lo tanto informe enciclopedia, habia de ser la causa de inacabables disputas, de luchas cruentas, fratricidas, para cubrir los campos de la encantada Gé de sangre y luto y ódios é ignorancia!

Con unas y otras cosas, regresó al fin Dinamion de sus correrías para dar la vuelta á la Península de Luz, y así lo hizo, no sin entretenerse en el camino, ya para reconocer la tierra firme, ya para darse razon de la grandeza y la forma de la mar, sus rias, sus estrechos y sus golfos.

De vuelta á la celebérrima Península, el gigante permaneció pocos dias tranquilo, ninguno de ellos satisfecho. El primero parecíale que nada le quedaba por hacer. Habia vencido en todas partes; habia recorrido las comarcas, desde antiguo conocidas, y en todas ellas habia impuesto su voluntad y sus leyes, desparramado la cultura de la Península de Luz, generalizado sus aficiones, su lengua, sus costumbres y, sobre todo, sus biblos. El segundo dia parecíale ya poco lo hecho y pensaba en reunir las tierras desconocidas á Occidente con las ya subyugadas y amalgamadas de Levante. Al tercero dia sentia ganas de rivalizar en proezas consigo mismo, y al cuarto se sintió profundamente aburrido y decidió continuar la campaña hácia donde el sol se pone.

Una vez tomada semejante resolucion, citó á consejo á los suyos para pedírsele, sin perjuicio de hacer despues su voluntad.

Los pareceres fueron encontrados y la anarquía

sacó de nuevo la cabeza. Inspirabanse todos los próceres en una ambicion sin límites, con lo cual, si nuestro gigante se habia inclinado á guerrear por aficion, se afirmó más y más en su propósito por necesidad y cálculo.

De los infinitos pareceres con los cuales brindaron á Dinamion sus próceres, el más notable fué, sin disputa, el de Seuda; y por eso, y porque demuestra una vez más las tendencias de la consejera, nos vamos á permitir referirle.

—Oigamos tu parecer—la dijo Dinamion cansado de adivinar ambiciones.

—Perdóname Señor, sábio y fuerte y delicioso—contestó la interrogada tomando ínfulas de infalible al verse así reinstalada en sus funciones.—Confieso que no acabo de comprender tus propósitos.

—Pues mis propósitos son claros. Rompo la marcha hácia Occidente, y la primera tierra que pise mi caballo, será mi conquista primera.

—¿Y despues?—preguntó Seuda.

—Despues—siguió diciendo el gigante—sigo á otra tierra, lidio y venzo.

—¿Y despues?—volvió á insistir la consejera.

—Pues lo mismo: cruzo el mar, arribo á otra comarca, vuelvo á lidiar y vuelvo á vencer.

—¿Y despues?—continuó la bruja.—Cuando hayas conquistado la isla, y nada te quede por conquistar, ¿qué te propones hacer?

—¡Bah!—exclamó Dinamion.—Pasar los dias en banquetes, las noches en conversacion. Oiré cantar á Gina, perorar á Anoya, las disputas de los oradores, las melodías de Tongo, y gozaré de la vida.

—Pues bien—exclamó entonces la taimada Seu-

da—¿por qué no empiezas por ahí? (1). ¿Quién te estorba celebrar esos banquetes, tener esas conversaciones, oir esas melodías desde ahora?. Si ese es el fin de tus afanes, y le puedes alcanzar sin fatiga y sin peligro, ¿por qué te niegas á la quietud y á la calma?

—No está mal el razonamiento y es digno de tí: seduce á primera vista. Pero antójaseme falso como son los tuyos. Si en la isla no hubiese otro habitante sino yo, ó si yo no fuera yo, enhorabuena: tu consejo podria ser egoista, pero cuerdo. Por lo que voy aprendiendo, tu cordura es egoismo. Quedan tierras á Poniente, y al Sur y al Norte, y tras los mares; pululan en ellas bárbaros; hay conquistas por hacer y gloria que cosechar..... Si yo fuera como tú, ó como Anoya viviera para digerir, de seguro te obedeceria: yo vivo de movimiento, gozo en el peligro, lo temeroso me atrae, los azares me emocionan. Deseo comprar con moneda de sudor y sangre la paz y las satisfaciones, porque de balde no las quiero. Además, tengo nobles miras. Basta, pues, de miedos y de encogimientos. Mañana nos ponemos en camino. Voy á dar mis órdenes á los esclavos.

Salió, en efecto, Dinamion de la asamblea, y se dirigió al taller. Encontró al hombre y su familia muy atareados como siempre.

—¿Qué es eso?—preguntó el gigante.

—Estoy haciendo una obra por adelantado para evitarme golpes y disgustos—contestó el artífice.

—¿Cuál?—volvió á preguntar Dinamion.

—La de coleccionar en estas tablas tus mandatos

---

(1) Cineas y Pirro.

y tus órdenes: todo cuanto para los demás debe ser ley.

—No me parece la idea del todo mal, y hace ya tiempo que me afano por arreglar en mi cabeza reglas para todo el mundo. Ese es el modo mejor, el único, de acabar con la anarquía, y como cabalmente me propongo trasladar mi imperio á otra region á fin de conseguirlo, tu trabajo me puede ser útil y de seguro lo será. ¿Cuántas son esas tablas que me dices?

—Hasta ahora tengo doce.

—Pues mira: cárgalas en las acémilas con lo extrictamente más preciso para otra nueva y memorable expedicion. Mañana la emprenderemos con el alba.

—Tú me dirás lo que deberé cargar.

—Pues lo útil, lo indispensable en la guerra. Nada de galas, nada de regalos. Dejemos lo supérfluo aquí.

—¿Y vás á abandonar tanto primor, tanta obra de arte?

—Conviene reducir la impedimenta—concluyó diciendo Dinamion.—En la guerra, como en la guerra. Cuanto no sirve para pelear es un estorbo.

Ántropos se puso en actitud de obedecer, y lo hizo con sollozos y congojas. Áun así y todo, escondió por la noche y á hurtadillas entre la balumba del bagaje unos cuantos biblos de los más pequeños, varias de sus herramientas y una estátua á medio desbastar en la cual entonces trabajaba.

Al dia siguiente el esforzado Dinamion, armado de todas armas, jinete sobre Hipodonte y seguido por sus huestes, comenzó su marcha tras el sol como deseoso de alcanzarle.

Inútil, cuanto imposible, seria describir ahora las regiones visitadas ni los menudos lances de la marcha. Á la caida de una tarde calurosa se encontraron nuestros expedicionarios con un rio medianamente caudaloso en cuyas márgenes habia siete colinas.

Al pié de ellas acamparon y allí pasaron la noche.

CAPITULO XVII.

Todo reposaba, todo era silencio al pié de las Siete Colinas, y los cansados expedicionarios dormian profundamente con una sola excepcion: Seuda velaba y como siempre discurria. Su pensamiento, aguijoneado por la codicia y la ambicion, por aquel su eterno afan de dirigir cuerpos, cerebros y conciencias, no la dejaba conciliar el sueño.

Á la claridad de una luna llena sobre un cielo azul y despejado, vió balancearse sobre los olivos á la incansable vaporosa Fanta y la llamó casi sin querer. El hada, al escuchar su nombre en medio de aquella calma, se acercó leda y apacible, y se encontró con la bruja.

—¿Me llamas?—preguntó.—¿Qué te se ofrece?

—Te llamo—contestó Seuda—porque me encuentro acavilada, y como tú lo sabes todo, quisiera interrogarte.

—Pues tú dirás.

—¿Qué rio es ese?. ¿Qué colinas éstas?. ¿Dónde estamos?

—¡Ah!—contestó Fanta.—Es un país muy glorio-

so.—Sus habitantes son amigos mios, muy amigos mios, á pesar de no siempre obedecerme.—¡Tienen un carácter tan calculador, tan sério, tan prosáico!.—Qué quieres: lo dan el suelo y el aire, como dan uvas ó aceitunas.—¿Deseas saber cuál es ese rio?—Es el rio de los episodios, de las maravillas.—Ayer, sin ir más atrás, arrastraba en una cuna dos recien nacidos—tan robustos, tan hermosos—y sus ondas los llevaban dormiditos hácia el mar.—Hijos de una vestal hermosísima.....

—Pero ¿qué es una vestal?—interrumpió Seuda.

—Ya sabes: una de esas vírgenes encargadas de mantener perpétuamente el fuego sagrado sobre el ara—prosiguió la soñadora.—El fuego sagrado—como hacian allá en tus templos tus acólitos—para no quedar sin lumbre.—Un semi-dios—un guerrero—tan guerrero como Dinamion, la hizo madre—y ella, la pobre—quiso ocultar su vergüenza.—Por eso los dos gemelos dormian en la cunita—y navegaban sobre el rio—y corrian á perderse allá lejos en el mar.—Pues verás: la cuna se detuvo sobre esa falda—contra el tronco de una higuera silvestre, á tiempo que una loba se acercaba para beber.—Oyó el llanto de los hermanuelos, y como estaban tan hambrientos, les dió piadosa de mamar.—¿Qué te parece?

—Me parece una invencion como tuya—contestó Seuda—muy propia para mover á maravilla; pero ¿quién hizo el milagro?

—¡Y me lo preguntas tú?.—¿Pues quién habia de ser?—una diosa.—En habiendo algo incomprensible, cátate un dios—bien lo sabes.—Por eso son innumerables.—Esta diosa vió á los mellizos desde el cielo—y se dejó caer sobre la higuera.—Desde allí

amansó á la loba—allí la tienes todavía—en la higuera silvestre—entre las ramas.—¿No lo crees?—Pues adios—otras cosas más extraordinarias has hecho tú creer.—Adios.

Fanta partió como saeta y se perdió tan de prisa en la blanca luz lunar, que Seuda no pudo retenerla.

—Bonito cuento—se dijo.—¡Si estuviese allí la diosa!. ¿Y por qué no ha de estar?. Todo se reduce á ponerla yo con ingénio y con misterio. Veamos si puedo dar con mi criada Anoya y hablar á solas con ella.

La bruja aprovechó el sueño general para recorrer el campamento, dió con Anoya, la despertó, la puso en pié, y con su ayuda hurtó la estátua á medio desbastar que Ántropos traia en una de sus cargas, y la colocó entre las ramas de la higuera cubierta con un velo cuidadosamente.

El resto de la noche la pasó Seuda en arreglar á su manera la leyenda de los dos mellizos, para impresionar á Dinamion y emprender así la reconquista de su voluntad.

—¿Qué tal pasaste la noche?. ¿Cómo te encuentras aquí?—le preguntó apenas le vió desperezarse.

—Perfectamente—contestó el gigante.—El sitio es amenísimo y pudiera hacerse inexpugnable. Pero ya lo sabes: quiero ser único en la isla y antes de sentar mis reales es necesario elegir bien.

—Pues en ninguna parte como aquí—exclamó la bruja.—Mientras dormias, velé, y en todo pude observar un sin número de agüeros, todos propicios, todos bonancibles.

—¿Vuelves á tus eternas mañas?—la preguntó con cierta sorna el guerrero.

—¿Cómo!—volvió á exclamar la astuta vieja.—¿Negarás que los agüeros son avisos?

—Yo te diré—contestó Dinamion luchando con cierto temor interno.—Los agüeros son agüeros, y en fin..... yo me entiendo. No los desprecio, eso no.

—Y haces bien, ¡oh Señor, sábio y delicioso y fuerte!. Escucha y tú juzgarás.

Acto seguido, y aprovechando el estado soñoliento del gigante, Seuda le contó el episodio de los dos mellizos, cual si ella le hubiese presenciado, la caida de la diosa y otra multitud de lances y señales que explicó muy satisfactoriamente, para concluir diciendo:

—Ahora Señor, tú dispondrás. Eres fuerte y eres sábio; pero tu pueblo necesita creer si ha de imitar tu heroismo, y las señales no pueden ser más propicias. Allí tienes todavía entre las ramas de la higuera el paladion sagrado, prenda de eterna victoria.

El guerrero se quedó pensativo breve rato, al cabo del cual se puso de pié y exclamó:

—Bien mirado, no dejas de tener razon. Esa muchedumbre es crédula y..... El sitio me gusta. Aquí levanto mi castillo. Puedes recoger ese paladion y disponer lo necesario para que proteja al nuevo imperio.

Seuda, llena de esperanza, reunió sin perder tiempo todos los acólitos de Anoya, y se dispuso á proclamar solemnemente las invenciones de Fanta, añadidas y corregidas por ella, mientras el gigante llamó al esclavo y le dió órden de abrir las zanjas para los cimientos del más fuerte, más capaz y más hermoso de todos sus castillos.

Cuando vió Seuda que Ántropos, seguido por cuadrillas innumerables de obreros y empuñando

la vara mágica de Pónos, se disponia á construir la nueva fortaleza, le detuvo para hacer saber á todo el mundo la necesidad de consagrar el recinto, trazándole bajo la divina inspiracion. Pidió un arado cuya reja fuese precisamente de bronce, unció á su caña un toro y una novilla inmaculada, y empuñando ella misma la esteva abrió un surco en derredor de las colinas y proclamó aquel recinto sagrado.

El hombre, á la cabeza de los demás esclavos, se puso á trabajar dentro de él; y Seuda, seguida por Anoya y sus secuaces en ostentosa procesion, subió la estátua velada de la higuera y la colocó sobre una de las colinas, sin quitarla, por supuesto, el velo (1).

Mientras Ántropos hacia nuevo alarde de diligencia y pericia construyendo un castillo, como ningun otro, y un puente de madera sobre el rio para enlazar orilla con orilla, el guerrero pensaba cómo dar á su nuevo imperio condiciones de unidad, porque habia cobrado horror á la anarquía. Por de pronto tuvo la feliz idea de organizar sus huestes, imitando el modo de contar de Ántropos. Así como el aritmético se hacia cargo de toda cantidad, formando grupos de tantas unidades cuantos eran los dedos de su mano; así como agrupaba las decenas diez á diez para conocer el número de cientos y las centenas diez á diez tambien para abarcar los millares, así distribuyó sus guerreros en curias y decurias dando á cada una un jefe. Con cien hombres de á caballo formó del propio modo la centuria, y aunque los nombres variaron en lo sucesivo, procuró siempre conservar entre los dife-

(1) Comienzos de Roma.

rentes elementos de su ejército, aquella relacion aritmética cuya circunstancia le proporcionó ventajas nada despreciables sobre sus ménos avisados enemigos.

La asociacion de ideas, de órden diferente, daba vida vigorosa al órden.

Durante la construccion del nuevo y célebre castillo, el guerrero recorrió el país, segun su antigua costumbre, y Seuda, aprovechando sus ausencias, hizo colocar la estátua paladion en un lugar reservado que destinó con nuevas ceremonias á su custodia y su culto. Creíanla llovida de los cielos y hasta el mismo Ántropos en su ingénita credulidad dudó, porque el velo le impedia ver la obra inacabada de sus manos.

Por fin se terminó el castillo, y el gigante se dispuso á dar leyes á su grey para estar en aptitud de ausentarse sin peligro ó sin temor de revueltas. Llamó al esclavo, le pidió las doce tablas traidas de la Península de Luz, fijó en ellas la vista para oir sus máximas y sus palabras, y hasta consultó con unos y otros. De todo ello dedujo unas ordenanzas célebres, que por consejo de Seuda mandó aprisionar en bronce.

—De este modo—se decia—mi voluntad será firme y todos, al verla y al oirla, la respetarán.

Aquellas ordenanzas se dividian en dos secciones diferentes: las cosas y las personas. La posesion de las cosas, su trueque, su compra y venta, su herencia, su transmision, se fijaron y deslindaron con tanta nimiedad, tal tino, una precision tan clara, que todavía en el dia de hoy se tiene en Gé por dechado de sagacidad aquella parte del celebérrimo código. La otra parte referente á las personas, fué ni

más ni ménos reflejo de la época. Desde la constitucion de la familia, hasta la del nuevo estado y las relaciones de todos y cualesquiera de sus órganos, revelaban los desvanecimientos de la fuerza templados únicamente por hipocresías más ó ménos en apariencia magnánimas. Con decir que su primera disposicion era esta: «*lo que el padre diga eso es ley*»; y con añadir que, segun este principio, el padre podia matar á su mujer y á sus hijos cual si matase sus perros, se comprenderá cuánto imperaba todavía la barbárie y hasta qué punto el propósito de Dinamion de establecer en sus dominios la impía disciplina del guerrero, era por entonces necesario.

Añádase á estas ligerísimas indicaciones el formalismo ceremonioso introducido por Seuda para todos y cualesquiera actos, su prurito de consagrar las menudencias de la vida misteriosa y aparatosamente, y se tendrá una idea aproximada de aquel centon de sagacidad instintiva, de despotismo egoista y de feroz concupiscencia.

—Tú dirás lo que tú quieras—decia el hombre á su buen génio mientras trabajaba para aprisionar sobre las tablas de bronce las órdenes de sus amos.—No comprendo la utilidad de este trabajo, ni veo cómo, con él, el manto negro de tu hija, poco ni mucho ha de acortarse.

.—No lo vés—contestaba Pónos—porque eres corto de vista. Procuraré refrescarte la memoria. ¿Quiénes podian invocar derechos, allá en los primeros tiempos, cuando comenzó tu esclavitud?. Nadie, porque en hablando Seuda en nombre de sus dioses, desaparecia toda personalidad y nadie poseia cosa alguna. Cuando Dinamion salió del Re-

cinto de las Castas, y quiso emanciparse de su consejera, los papeles se trocaron, pero las cosas en tal estado siguieron: á la voluntad divina se sustituyeron los caprichos del más fuerte en la más indefinida confusion. Las necesidades de la guerra, allá en la Tierra de la Servidumbre, las exigencias del trabajo en el Valle de las Inundaciones, al dividir los cargos y los oficios, impusieron reglas y costumbres con asomos de derechos, reglas y costumbres que en el Castillo del Pirata, por la industria y el comercio se afirmaron, se multiplicaron, se diferenciaron. En la Península de Luz, la anarquía y las contiendas pusieron todo á discusion, y se discutió el derecho, y tras larga gestacion—de la cual no te has apercibido, aún siendo en ella obrero principal—la experiencia de Dinamion, su propósito de ser único en la isla, le obligan hoy á dar forma y consistencia á su poder, haciendo sentir á cada cual las ventajas de servirle, é inspirando á los grandes y pequeños amor á él y á la pátria. Para constituir una voluntad de bronce, sacrifica la arbitrariedad y reconoce el derecho. La regla podrá ser mala, pero es regla; y quiera ó no quiera Dinamion, ella se irá perfeccionando. Con ápices se formó, con millares y millares de hechos, al parecer heterogéneos, pero arraiga ya robusta, toma ya carácter definido, y desde hoy no serán derechos y deberes, juguetes livianos del capricho. La planta crecerá, sus raíces penetrarán en las conciencias, y andando el tiempo, sus ramas múltiples, sus hojas y sus flores, darán abrigo, consuelo, amparo, á quienes sientan y piensen. Nada cual ese derecho, hoy inflexible como el bronce, acortará de una manera segura el negro velo de Alecia; nada como ese resúmen de

todos tus adelantos contribuirá en lo sucesivo á tu dignidad y tu liberacion. La propiedad entre los fuertes se consagra: cuando se consagre para tí, tu personalidad estará en camino de ser reconocida y respetada.

No se descuidó la bruja en utilizar aquella vena de su Señor, y á imitacion suya se propuso tener tambien sus escuadrones y sus ordenanzas, aunque estas ordenanzas rigiesen para sus acólitos en la sombra y el misterio. Con la vénia de Dinamion reclutó la gente lista en torno de su fiel Anoya, y la distribuyó en ministros de los grandes dioses con el nombre de flamines; en arúspices ó augures intérpretes de la voluntad divina por el vuelo de las aves ó las entrañas de las víctimas; en feciales—maestros de ceremonia en los actos de la guerra—y en otra multitud de oficios de menor cuantía. Aún hizo más: en su afan por aumentar el número de sus secuaces y en su deseo de inutilizar á la mujer, instituyó un colegio de vestales á cuya cabeza puso á Télia, aprovechando las costumbres de los pobladores del país y aquella historia de la primera noche que Fanta la contara.

Como es natural, para albergar todos estos personajes y amoldarse, segun su eterno resabio, á los dioses proclamados en la Península de Luz, Seuda pidió templos y aras, y obtuvo, como siempre, aras sin número y templos.

Estas y otras instituciones y disposiciones quedaron establecidas antes de poner Ántropos con sus esclavos la última piedra sobre el muro del recinto.

Dinamion se sintió ufano de su obra y se dispuso á guerrear como siempre. Antes, sin embargo, la dijo á su consejera:

—Ahí te dejo. Cuidado con lo que se hace. Tienes mi voluntad en bronce. Salgo á vencer y á esquilmar, pero no tolero pujos de supremacía ni áun de los mismos inmortales.

—Señor—le contestó la astuta vieja.—Nada dará á tus hazañas tanto lustre y tanto tono, como aparentar temor y amor á nuestros dioses antes de emprender toda aventura. Haz que un fecial de los mios se presente sobre la frontera y exija á tu vecino cualquiera cosa, un antojo, hasta un absurdo: siempre que lo haga con moderacion hipócrita y la cabeza cubierta por un velo de pura lana, en tono de consejo, con ademan de mansedumbre, tu peticion será justa, porque la justicia está en la forma. Si el enemigo no se humilla y cede, lanzará entonces mi fecial una flecha sobre el campo del contrario, y ya estarás autorizado para degollar y apropiarte cuanto tenga (1).

—Hágase así—convino Dinamion.—Me placen esas ceremonias. Siempre es bueno aparecer agraviado.

Cumplidas al pié de la letra las prescripciones de Seuda contra el gigante más próximo, cuyos campos y riquezas excitaban la codicia de nuestro héroe, vinieron ambos á las manos, y Dinamion, despues de profanar su casa, le rindió á sus piés, le atravesó con el acero, le desnudó de sus armas, y por consejo de Seuda las colgó en el templo por ser *ópimos despojos* y prenda de nuevos triunfos.

Tras aquel enemigo se rindieron otros, y Dinamion se fué apoderando con heróica constancia de toda la tierra á la redonda. Pero no lo hizo como en

(1) Ceremonia romana.

sus primeros tiempos, exterminando á los vencidos, ni como en tiempos posteriores, reduciéndoles sin excepcion á esclavitud; pues ya predominaba en su conciencia la idea de confundir á los hombres en una sola familia para hacer veces de padre. Entiéndase, sin embargo, que aspiraba á ser padre á su manera y segun su ley novísima. De aquí un antes no sentido afan por convertir á los vencidos en aliados.

Varios y muy diversos sentimientos cooperaban de consuno para producir semejante asomo de piedad y humanidad. Cuando se veia en la necesidad de mantener á numerosos vencidos, de buen grado los cambiaba, y cuando siendo ricos, sus bienes no se encontraban á su alcance, les obligaba á rescatarse. Un egoismo más cuerdo y más perspicaz, una ambicion desmedida de riquezas hicieron así, lo que hubiese sido temerario demandar á su piedad generosa.

Véase, pues, cómo se manifestó patentemente un progreso del órden afectivo, del propio modo que en pos del adelanto material se manifestaba siempre el desarrollo de la inteligencia.

Semejante mejora en la manera de sentir, engendrada en las íntimas entrañas de un egoismo previsor, no fué la única de entonces. La igualdad ante el rigor de la ley, la tiranía del padre de familia, la disciplina sin piedad, transformaron las hordas de salteadores en embrion de un organismo regulado y definido. Luchas hubo y muy terribles en el seno de aquel naciente organismo, pero, valiéndonos del símil médico de Pónos, las cuadrillas constructoras eran cien veces más enérgicas y activas que las destructoras, y de dia en dia cobró el imperio vigor hasta hacerse prepotente.

—Esto marcha—decia Pónos á su protegido al contemplar aquella organizacion férrea.—Dinamion, con su voluntad templada en sangre, robustece la familia, la agranda, la perfecciona, y creada su familia con millares de familias, todo lo demás vendrá. Cuando la costumbre arraigue el sentimiento del deber y fortifique el cariño, en verdad, en verdad te digo, que aquel dia estarás de enhorabuena.

Pónos tenia razon: en los innumerables lances de aquella série inenarrable de campañas, se vieron claros ejemplos en apoyo de su idea. Hijos hubo é hijos próceres, coronados por el laurel de la victoria, que se quitaron la vida, porque sus padres desaprobaron su conducta (1), y algun padre, viendo al hijo pelear sin su licencia y volver vencedor, lleno de gloria, le colmó de recompensas por el triunfo, pero le cortó la cabeza por desobediente (2).

Es visto, por consiguiente, que los ciclos de progreso se enlazaban sin cesar en Gé, ya mediante la satisfaccion de las necesidades materiales, ya por el desarrollo consiguiente intelectual, ó ya modificándose los sentimientos diaria y pasmosamente. Satisfechas las necesidades de una clase, sentíanse otras de distinta especie, y á medida que el vivir se dilataba crecian las exigencias, para cuya satisfaccion no podia darse Ántropos un solo punto de reposo. Las armas se mejoraron y multiplicaron; construyéronse caminos de huella firme, muy otros que los de Oriente, los puentes de madera, tan fáciles de destruir, se construyeron con piedra, y con

(1) Silano, hijo de Torcuato.
(2) Manlio.

este motivo Pónos hubo de enseñar al hombre la construccion de la cimbra y el modo de colocar sobre ella las dovelas hasta inventar el arco de medio punto.

Inútil es añadir, una vez más, que el velo negro de la encantada Alecia se fué acortando por ende. Aun enterrada, como la tenia la bruja allá en la sagrada cripta, su clara luz iba aumentando.

CAPÍTULO XVIII.

Batallando y batallando Dinamion, y á fuerza de batallar, dió al fin con sierras inaccesibles al Norte, y se encontró con el mar hácia los otros tres vientos. Recordó entonces sus aficiones de antaño, pensó en surcar de nuevo aquellas ondas para ir en busca de los confines de la isla, y ordenó á Ántropos bajar á la ribera y construir otra nave.

Todo se dispuso para otra expedicion marítima. Ándros quedó encargado del cultivo de la tierra á fin de mantener á los habitantes del castillo, á Télia se la encargó, pena de la vida, la conservacion del fuego (cosa de primera importancia en alejándose Ántropos), y á Gina se la previno vivir sin salir de casa para enseñar á tejer á las demás esclavas á sus órdenes y dar ejemplo de recogimiento.

Ya en vísperas de embarcarse, Seuda propuso á su Señor admitir á bordo á su criada con unos cuantos acólitos. No queria perder ripio para ir introduciendo sus hechuras do quiera que se ejerciese autoridad, y por lo mismo le decia:

—Llévate á Anoya contigo. Ella, con un par de arúspices y unos cuantos pollos ó borregos, podrá verificar los sacrificios y serte de gran auxilio para elegir el tiempo y la ocasion, ó vaticinar el éxito. Todo esto dá confianza y ocupa poco trecho en la bodega.

Dinamion la dejó hacer una vez más.

Con un tiempo bonancible, Ántropos mandó levar el ancla y la nave hízose á la vela.

Apenas la perdió Seuda de vista, pensó en trasladar á la verdadera hija de Pónos, desde la cripta en que la habia dejado, al Castillo de las Siete Colinas. Para ello, y so pretexto de sacar piedra para nuevas aras, hizo cavar galerías muy profundas por debajo del castillo y encomendó la traslacion á sus más fieles emisarios. Alecia fué aprisionada en aquellas galerías, de noche y con el mayor sigilo.

Asegurada la bruja de la ocultacion de su rival, se dedicó con calma á instituir nuevos ritos y nuevas ceremonias.

Entre tanto Dinamion seguia navegando, tocando en algunas islas y arrasando nuevas costas. Un dia se sorprendió grandemente al divisar otra vela, doblando de bolina un promontorio.

—¿Qué es aquello?—preguntó á su esclavo.—Parece que tus invenciones se me roban y se imitan. Pon la proa hácia aquella nave. Es menester echarla á pique.

El marino obedeció, el velámen tomó el viento y dió principio la caza; pero antes y con esa percepcion pasmosa del marinero para conocer la procedencia de los cascos, Ántropos le habia dicho á su Señor que la nave era sin duda alguna la abandonada por él poco antes del desaire recibido de la

bruja, á no ser que fuese otra á semejanza de aquella construida.

—Tiene la popa menos realzada, es verdad, pero el aparejo es idéntico al primitivo allá en el Castillo del Pirata. Solo veo una hilera de remeros y hasta el timon es el mismo.

—Segun eso—contestó el gigante—maniobrarán tan bien como nosotros y podrian burlarnos ¿no es así? ¡Pues vivito! Mientras le damos caza y le abordamos, prepara un puente de madera con buen tablero y grandes garfios de hierro. Cuando estemos al alcance dejaremos caer ese puente por la proa, los garfios agarrarán en la obra muerta, y en pudiendo yo hacer pié sobre el tablero, veremos quién se me opone.

La necesidad hacia aguzar el ingénio á Dinamion.

Ántropos llamó á sus carpinteros de ribera y se puso á trabajar, y Anoya, fiel guardadora de los preceptos de Seuda, insinuó la conveniencia de agorar el éxito de la lucha por el estado de sus aves.

—Hazlo á escape y hazlo bien—exclamó impaciente Dinamion—pues quiero concluir pronto.

Anoya se retiró hácia proa y comenzó las ceremonias del caso. Mientras las ejecutaba despaciosamente, el cielo se cubrió de nubes, arreciaron vientos encontrados y la mar se alteró sobre manera.

—Señor—dijo al gigante el augur, apareciendo por fin sobre la popa.—No acometas esta empresa, porque ha de salirte mal: los pollos sagrados no quieren comer.

—¡Á ver!. Tráemelos aquí—contestó Dinamion mortificado.

Anoya obedeció y trajo á popa una jaula con media docena de pollos alicaidos.

—¿Con que no quereis comer?—exclamó el gigante con acento de ironía.—Pues bebereis y de lo lindo.

Y haciendo crujir la jaula entre sus nervudas manos, la levantó y arrojó al mar (1).

—¡Sacrilegio!—gritó Anoya.

La marinería se sintió como aterrada y de antemano vencida.

—Á babor, y larga rizos—vociferó Dinamion sin pararse en el terror de su gente.—Ninguna vela ha de surcar la mar sin mi vénia y beneplácito.

Ántropos puso el timon como queria su amo, pero la nave se encontraba próxima á la costa, el vendabal la arrolló, la echó sobre un escollo y el casco se extremeció.

Pocos momentos despues el agua inundaba la bodega, la nave se sumergía y todo fué desórden y confusion á bordo. Entonces Ántropos con una serenidad á toda prueba, comprendiendo que en aquel trance era amo quien más sabia, dirigió el timon hácia una playa cercana, aprovechó las rachas como pudo, y con la pericia del marino viejo, encalló el casco en la arena.

Aun así y todo, el peligro era grandísimo porque las olas rodaban imponentes y batian y desguazaban las maderas. Parte de la tripulacion se arrojó al agua y unos nadaban con desesperacion y otros, asidos á los despojos de la nave, luchaban contra la muerte. Los que quedaron á bordo dudaban todavía, cuando el casco se abrió de proa á popa y sus dos mitades cayeron á uno y otro lado como dos cascarones fragilísimos. Dinamion hizo por fortuna

(1) Apio Claudio Pulcher.

pié, y viendo muy cerca á Anoya flotando sobre la pompa de su manto, la echó la mano y con el agua á la boca salió con ella hácia tierra. Pocos momentos despues fueron llegando exánimes y magullados Ántropos y algunos marineros.

La primera que tomó aliento para hablar fué Anoya.

—Ya ves, Señor, las ineluctables consecuencias de menospreciar los vaticinios. Si hubieras escuchado la voz de tu fiel augur, no te encontrarias gemebundo sobre tierra inhospitalaria.

El gigante la escuchó en silencio y parecia meditar. Á pesar de hallarse en el secreto, aquellas coincidencias, sin querer, le impresionaban.

Al poco rato recobró sus naturales brios, y poniéndose de pié dijo á los suyos.

—Valor, amigos. Aún me queda la espada. Con ella conquistaremos esta tierra.

La mermada comitiva, acostumbrada á obedecer, siguió trabajosamente los pasos de su Señor.

Tras una marcha penosísima por arenales y páramos, bajo un sol abrasador, divisaron unas palmeras á lo lejos rodeadas de verdura. Medio muertos de cansancio y de calor llegaron por fin á las palmeras y allí encontraron un manantial de agua clara, que mitigó el tormento de la sed y les dió fuerzas para continuar. Cuando hubieron dominado un altozano hácia el Norte, divisaron una vega cubierta de vegetacion y un castillo orillas de la mar, á cuyo pié se extendia una ciudad espaciosa.

Á medida que se internaban por la vega, la sorpresa de Ántropos crecia. Allí entre bosques de higueras y naranjos, de olivos y palmeras, de almendros y limoneros, de manzanos y granados, crecian

las vides con sus verdes pámpanos, el trigo y la cebada, los guisantes y judías, el cáñamo y el arroz, el lino, el azafran, la durra. Cuando se acercaron más, divisaron templos y palacios, muelles y arsenales.

Ya comenzaba Ántropos á meditar quejas de celos contra Pónos y su vara mágica, cuando un tropel de gentes muy diversas, unos á pié, otros á caballo, rodeó como un enjambre de moscas el pequeño grupo de los náufragos.

Dinamion sacó la espada y se disponia á pelear, cuando reconoció en el jefe á uno de sus antiguos esclavos, marinero en otro tiempo á sus órdenes, y tripulante de la nave abandonada por él en aquella expedicion que precedió al agravio de la bruja y su ruptura con ella.

—¿Cómo—le dijo—tú aquí?. ¿Qué castillo es ese? ¿Cuál es ese imperio, tan dilatado, tan próspero?

—Señor—contestó el caudillo.—Te reconozco y como siempre te respeto. Esa ciudad y ese castillo se llaman *Puerto Pérfido*. Son obra de los que impiamente abandonaste. ¿Te acuerdas?. Cuando nos vimos sin recursos recordamos todo lo que Ántropos nos enseñó y nos pusimos á trabajar. Á fuerza de trabajo y de constancia, logramos desencallar y habilitar la nave; con ella imitamos tu conducta sobre el mar y practicamos tus lecciones. Navegando y pirateando, fuimos trayendo á nuestra nueva pátria esclavos y cautivos, plata y oro, plantas y animales, y hoy nos encontramos numerosos, ricos, sin rivales en el mar.

—Eso no—contestó el indomable Dinamion.—Aquí estoy yo, y si antes hubiera sabido lo que pretendíais, antes os hubiera obligado á rendir párias

y pagar tributo. Vamos ahora á Puerto Pérfido: quiero enterarme de todo.

Penetraron con efecto en la ciudad y la admiracion de Ántropos no tuvo límites. Sus antiguos compañeros habian hecho con la piedra, con la madera, con el hierro, casi otro tanto como él. Por su parte, Dinamion, sintió pujos de codicia al contemplar tanta riqueza, aunque en fin de cuenta se sintió ufano y satisfecho, porque observó debajo de aquel boato y aquel lujo, por todas partes barbárie y villanía.

—¡Al fin, esclavos!—exclamaba para sí.—Están donde les dejé: sagaces y codiciosos, pero sin mis estátuas y mis biblos. Ganas me dan de aplastarlos para utilizar esta riqueza. Imitemos por de pronto su perfidia. Disimulo, disimulo.

Entre las circunstancias observadas por el altivo guerrero, ninguna lisongeó tanto la idea de su superioridad como la mezcla incoherente de soldados á la cual llamaban aquellas gentes su ejército. Allí habia bárbaros de barba roja con melenas por toda vestidura; otros de barba negra y ojos centellantes medio vestidos de lino; rostros y cuerpos cobrizos mezclados con cuerpos y rostros de ébano; nómadas sobre caballos en pelo, honderos de catadura espantable; elefantes guiados por cornacas; camellos y hasta avestruces.

—¿Cuánto tiempo me resistiria esta tropa incoherente?—se preguntaba con sonrisa irónica.—Es una soldadesca allegadiza, y sólo merece menosprecio; pero en fin, me dan hospitalidad, y segun me dice Seuda, conviene tener pretexto. Congraciémonos con ellos por de pronto y ello dirá.

Para congraciarse con sus huéspedes les ofreció in-

condicionalmente sus servicios, y ellos, admiradores de la fuerza y respetuosos al amo por costumbre, aceptaron el ofrecimiento.

—Pensamos desde muy atrás—le contestaron—en una expedicion atrevidísima para dar vuelta á la isla. Ya que tienes á Ántropos contigo y que te brindas á servirnos, hágase una nave inmensa, y con la ayuda de Pónos llevemos tan alta empresa á buen fin.

Y con efecto, Ántropos se puso á trabajar, dirigió las cuadrillas de operarios y no tardó en botar al agua un bajel de los hasta allí más grandes y mejores. Los pérfidos piratas, suspicaces y desconfiados, dieron el mando de la nave á Dinamion, pero casi todos ellos quisieron formar parte de la tripulacion con el propósito de vigilarle y vigilarse mútuamente. Tanta era su suspicacia y su codicia.

Fuerte, muy fuerte era el corazon de Dinamion, y sin embargo palpitaba como nunca al poner sobre cubierta el pié, cuando el monotono plañidero canto del marino anunciaba el levar anclas. Ántropos tambien sentia triste congoja al recordar á su mujer y á los hijos, pero los esclavos ni tienen pátria ni familia y ni áun derechos siquiera para sentir tiernísimos afectos. ¡Ay! en cuanto á los demás, aquéllos eran verdaderamente esclavos, porque tenian las fuentes del sentimiento selladas ó corrompidas.

Tendióse, pues, la blanca y espaciosa lona y los navegantes dieron en breve comienzo al primero y más célebre de todos los periplos (1). No nos proponemos dar aquí cuenta detallada de él, y sólo mencionaremos algunos pocos de sus lances para evi-

(1) Periplo de Hannon.

denciar la trabazon y desarrollo gradual de esta peregrina historia. En este, como en otros pormenores, nos faltaria el espacio y á los lectores la paciencia.

Despues de haber visitado calas y ensenadas, ceñido bajos y arrecifes, doblado cabos y promontorios, echaron las anclas cierto anochecer, dentro de una bahía segura, para esperar la luz y continuar su navegacion segun costumbre. Durante toda la noche vieron los marineros fuegos y fogatas en los montes y creyeron percibir voces singulares á ningunas otras parecidas. Por la mañana, en vez de hacerse á la vela saltaron en tierra en alas de su curiosidad y por los bosques se internaron. Cuando ménos lo sospechaban, viéronse rodeados por una tropa de animales muy parecidos al hombre pero hirsutos. Sus cataduras eran extrañas y áun feísimas; sus brazos musculosos llegaban hasta las corvas; llevaban en la mano trancas y garrotes; los blandian con fuerza sin igual; enseñaban dientes enormes, blanquísimos, y dando gritos horribles, con agilidad pasmosa, con ímpetu violento, atacaron al gigante.

Tras de una lucha breve pero ruda, los animales huyeron y los marinos sólo pudieron dar alcance á dos, y esto por hallarse heridos. Eran hembras, pero tan fieras y sañudas, que áun agarrotadas con el mejor cáñamo, tarascaron los cordeles y se ahogaron de coraje. Los marineros para tener irrecusable testimonio de tan insólita aventura, desollaron sus cadáveres y rellenaron las pieles (1).

---

(1) Primera mencion de los Gorilas, cuyas pieles se veian en Cartago.

Un poco más adelante apresaron una familia de negros como el ébano, á cuya familia atrajeron á la playa, ofreciéndoles telas de tintas abigarradas y chillonas, sartas de vidrios azules, rojos y amarillos. En cambio habian obtenido fácilmente oro en polvo, colmillos de elefante, pieles pintadas, aves de plumajes nunca vistos, frutas, especias y drogas y hasta capachos de perlas.

La familia negra se componia del padre, la madre y de tres hijos, á quienes se hizo trabajar á bordo, en calidad de esclavos de los esclavos. Figúrense nuestros lectores la condicion de aquellos pobres negros.

Siguiendo siempre al Mediodía, notaron nuestros navegantes con asombro una circunstancia extraordinaria: el sol, que al principio de su viaje iluminaba la nave por babor, quedaba entonces á estribor sin saber cómo ni por qué.

Además de esto, el espectáculo de los cielos en donde aparecian estrellas nuevas de contínuo, el de la naturaleza, cada vez si no más rica más extraña, la extension inacabable de aquel mar, y los fenómenos desconocidos que á cada paso observaban, predisponian al hombre á aspiraciones más ámplias y más generales y á relacionar lo grande con lo pequeño sin siquiera de ello apercibirse. Con sólo ver amanecer, sus ideas se modificaban, porque en aquellas regiones no amanecia por ápices como en su pátria, y los albores de la aurora, allá graduales y ténues, eran cada mañana ménos duraderos y más rápido el crepúsculo. Amanecia como si manos invisibles corrieran de prisa, muy de prisa, uno tras otro velos impalpables, despejándose veloz el cuadro más estupendo y magnífico. Todo era fuego allí,

todo energía. El mar, ligeramente rizado, en primer término, brillaba tan pronto azul cual límpida turquesa, tan pronto verde semejando una esmeralda; la tierra aparecia más allá con sus playas blancas ó pajizas, su recortada costa, sus bosques vistiendo mil ropajes desde el verde al negro; los rios y lagunas, cual revueltos lazos de brillante plata, se tendian caprichosamente por el suelo, y más lejos, en el confin del cielo con la tierra, las cimas presuntuosas y farpadas de los montes, desvanecian sus colores para fundir en admirable gradacion lo opaco y denso de la tierra, en la trasparencia y diafanidad del aire, si por acaso no coronaban majestuosamente panorama tan grandioso, grupos fantásticos de nubes, las cuales, mudando sus matices al compás de las sombras inferiores, ya ostentaban un grato y nacarado tornasol, ó ya resplandecian con el fulgor vivísimo del fuego. Y para que nada faltase á la fascinacion de los sentidos, hasta parecia que la ardiente brisa de la tierra, cargada con la fragancia de especias aromáticas, murmuraba notas más viriles en tono lúgubre ó bronco, entre las cuerdas y las járcias.

Despues de correr grandes peligros sin obtener grandes provechos, porque la costa se mostraba más difícil y más inhospitalaria cada vez, llegaron á un promontorio gigante combatido por tantas y tan descomunales olas, que Ántropos no pudo ménos de darle el nombre de Cabo de las Tormentas. Uno y otro dia, una y otra vez pugnaron por doblar el Cabo, mas á pesar de todos sus esfuerzos, les fué imposible pasar más adelante. Rendidos y atemorizados, pensaban ya en volver por donde habian venido, pero Dinamion se empeñó en hacer una ten-

tativa última. Aprovechóse un momento de calma relativa y de viento favorable y volvió la nave á ser juguete de aquel mar embravecido. Arrollados por las olas maniobraban los marineros á pocas brazas del cantil, cuando sobre el promontorio apareció la figura de un anciano negro, de estatura colosal, de barba blanca, casi inmóvil y de pié sobre una inmensa tortuga.

—¿Á dónde vais, imprudentes?—les gritó—¿No os basta traer revuelta una mitad de la isla?. ¿No os satisface haber acorralado en esta region ardiente á vuestros antecesores?. Volved, ¡oh, hijos desasosegados de la codicia y el orgullo! volveos á vuestros helados climas. Procurad redimiros más y más de la fatiga creada por vosotros. Dejad en calma y en sosiego á quienes ni se agitan ni ambicionan, y tú, Melanio, y vosotros, hijos mios, arrojaos bravamente al mar y volvereis á vuestros bosques virginales y gozareis nuevamente de sus fuentes y sus frutas, de su paz y de su libertad.

Aún no habia concluido de salir la última palabra de entre los grandes y abultados lábios del anciano negro, cuando Melanio, su mujer, sus hijos, sueltos por necesidad para ayudar en la maniobra, se arrojaron de cabeza por encima de la borda, del propio modo que al oir un ruido próximo, se arrojan al charco verdisúcio la ranas en pleno sol desde el mullido y elevado césped. Dinamion, aunque distraido, tendió rápidamente entrambos brazos y no pudo asir sino á Melanio de una pantorrilla. Por ella le suspendió, le volvió á bordo y le hizo poner grillos en los piés y esposas en las muñecas. Los demás negros todos perecieron.

Así increpada la tripulacion, todos á bordo se

sintieron abatidos ante la braveza de aquel mar, y Dinamion comprendió que para doblar el cabo no bastaba su querer. Cedió, pues, de mal talante, y el piloto recibió la órden de virar en redondo sin tardanza.

Desde aquel momento, navegando la nave con opuesto rumbo, volvió á tocar en los parajes antes visitados, acercándose de dia en dia más y más á la querida y deseada pátria.

Durante las largas noches y las obligadas velas de aquella navegacion cansada é interminable, Ántropos evocó más de una vez á su buen génio, y en baja voz y en amoroso trato departió con él para instruirse ó solazarse.

—Tiempo perdido—le decia en una de aquellas ocasiones.—Ni este bregar, ni estos peligros han de contribuir al desencanto de tu hija.

—Estás en un error, amigo mio—le contestaba el cariñoso Pónos.—Ahora te toca ensanchar el escenario para lo futuro é ir adquiriendo las condiciones necesarias si has de ser en él actor. Además de las noticias recogidas, mil veces más valiosas para tí que el oro, las perlas y el marfil, ¿no sientes cómo se agranda el pensamiento y se afirma tu conciencia?

—Á decirte verdad, querido Pónos, no sé lo que pienso ó cómo siento. Bullen en mi mente ideas contradictorias sobre la isla, y sobre el mar, acerca de las estrellas y el sol, y mi corazon con todo esto se agita, sí, pero padece. ¿Por qué esas algas marinas y esas conchas gigantescas y vistosas son otras que en nuestras tierras?. ¿Qué significan esos monos que se confunden con los negros á distancia?. ¿Hay parentesco entre esos hombres velludos y Melanio,

y le hay entre Melanio y yo?. ¿Cómo se sostienen allá arriba el sol, la luna y otros globos?. ¿Dónde termina la isla?. ¿Será redonda como aquellos?. Y si es redonda, ¿la puedo dar la vuelta?. En fin, Pónos, veo tanto diferente y tanto nuevo, que me trastorna y me marea.

—Y sin embargo—contestaba el génio á su protegido—en ese cáos iremos haciendo el órden, y cuando conozcas las relaciones que hoy en vano buscas, pretenderás como otras tantas veces haberlas adivinado por el solo esfuerzo de tu ingénio. Fija en tu memoria tus actuales ignorancia y confusion, porque dia vendrá en que me veré obligado á recordártelas.

Todo tiene su término y su fin, y tambien le tuvo en Gé el célebre periplo del cual hemos dado breve cuenta. Ya iba la nave á dar vista á Puerto Pérfido, cuando Dinamion se sintió poseido de una avaricia incontrastable y comenzó á cavilar sobre la manera de volver á su castillo, llevándose las riquezas recogidas en el viaje.

—Bien mirado—se decia—puedo pagar á estos piratas sus servicios, como ellos pagan siempre á quien le sirve. De este modo me deshago de unos rivales temibles en el mar y me aprovecho de lo suyo.

—¡Ea, piloto!—exclamó en voz alta, dirigiéndose á su esclavo.—Arribemos á ese islote y descansemos un dia para prepararnos á entrar en Puerto Pérfido digna y convenientemente.

El piloto obedeció, y la nave se acercó al islote.

Sin sospechar perfidia en Dinamion, los piratas comenzaron á saltar en tierra para beber agua fresca. Todos, ménos Ántropos y algunos de sus mari-

neros, abandonaron la nave; pero entonces el gigante mandó desplegar las velas, y desoyendo las súplicas de sus antiguos amigos, les abandonó á su suerte sin asomo de piedad. Así se pagaban por entonces en la encantada isla de Gé las deudas ó las obligaciones contraidas. Todos aquellos infelices perecieron de hambre en el peñon, cuya aridez cubrieron sus esqueletos, por lo cual fué conocido en adelante con el nombre de la Isla de los Huesos (1).

Puesta la proa hácia el Castillo de las Siete Colinas, todavía hubieron de navegar dos dias y dos noches antes de tocar en tierra; pero al salir por segunda vez del mar el disco ardiente del sol, aparecieron sobre el horizonte los siete picos donde se asentaba el formidable castillo, y con la luz y la vista de la pátria, todo fué alegría á bordo.

---

(1) Modo de pagar alguna vez Cartago á sus mercenarios.

CAPÍTULO XIX.

—

¡Cuán dulce y delcitoso es el regreso á la adorada pátria!. Cuando despues de prolongada ausencia se columbran los azulados picos del valle que nos vió nacer, ¡cómo late el corazon y cuál pugna el alma alborozada por lanzarse hácia el hogar querido al través de la ausencia y del espacio!. Detrás de aquellas montañas está la choza en que nacimos, los bosques donde jugábamos, el eco que nos huia, la fucnte en cuyo cristal nos contemplábamos con embeleso. Allí nos espcran rostros familiares, sonrisas de bienvenida, afcctos tiernos y simpáticos. Allí, ni los árboles, ni las flores, ni las piedras nos dejarán pasar (como otros tantos durante el cruel destierro) sin recordarnos un lance, sin evocar una memoria.—«Á mi sombra, nos dirá el castaño, te atreviste á coger su mano trémula y á estampar en ella un ósculo cuya emocion te dura todavía».—«Nosotras, dirán las siemprevivas, los lirios, las amapolas, nos prestamos á formar coronas y guirnaldas para su negra cabellera».—Y hasta las peñas insensibles repetirán en su lenguaje

mudo: — «Sentado en nuestro regazo levantaste aquella noche los inquietos ojos, y por primera vez te preguntaste la razon de ser de las estrellas, y por primera vez, á la dudosa luz de la luna anubarrada, te se abrieron las puertas del infinito y recibió tu alma ese sello de meditacion que sólo borrará la muerte».—¡Oh, pátria, pátria!. ¡Cuánto te he querido!. Lejos, durante la amarga proscripcion, eras para mí el único ambicionado eden, y una voz, un gemido, una cadencia tuya traida por el viento que te habia acariciado, hacian correr las lágrimas de mi entusiasmo juvenil: despues, cuando al besar tu amado seno creí tocar la ansiada dicha, sólo hallé sinsabores y amargura, pequeñez donde soñé grandeza, do quier la ruin envidia en mil disfraces, y tambien hiciste correr mis lágrimas á fuerza de desengaños y desdenes. ¡Sólo me has hecho llorar!. ¡Jamás reir!. Mal me trataste, pátria ingrata, mal me trataste y me tratas, y sin embargo..... ¿cómo no quererte?

Con júbilo en el corazon y regocijo en los rostros, saltaron en tierra nuestros navegantes y se dispusieron para subir al castillo. Ya la blancura de las velas sobre el horizonte habia alborotado el imperio, y por eso, antes de tocar la quilla en la arena de la playa, salieron próceres, esclavos, augures, duendes y matronas en presuroso tropel á recibirlos.

Su entrada fué una verdadera ovacion.

Los habitantes de las Siete Colinas, llenos de curiosidad y más llenos de codicia, invadieron la nave y su bodega, y á la manera que á veces salen las hormigas del hondo y lóbrego hormiguero cargadas con sendos granos, todas activas y afanosas

para poner el trigo humedecido al sol, así una confusa muchedumbre entraba y salia de la ingente nave, llevando cuál flores, frutos ó conchas; cuál oro, plata ó marfil; éstos especias é inciensos; aquéllos perlas y diamantes, pieles pintadas ó corales rojos. El gigante dió sus órdenes, y Alazona se encargó de arreglar su entrada procesional en el castillo, pues deseando lucir tanta riqueza como prueba y testimonio de su poder y de su audacia, nadie sabria ostentar aparatosamente como aquella presumida. Precedido por una larga hilera de carros y carretas, crugiendo bajo el botin; seguido por Melanio, arrastrando sus cadenas, llegó al umbral del castillo, donde le esperaba Seuda en medio de sus flamines y arúspices, la cual, al verle, se dispuso á repetir una muy célebre arenga á fin de predisponerle desde luego á ceder algo á los dioses, cuando el gigante exclamó:

—¿Y Gina?. ¿Dónde está Gina?

—Está recogidita como debe estar — contestó Seuda.—Hila la lana, teje el lino y enseña á las demás esclavas.

—Bueno ha sido eso hasta aquí—interrumpió Dinamion.—Probado há que es matrona diligente y virtuosa; pero ya voy siendo rico, quiero volver á escuchar los dulces cantos de antaño, y desde hoy tomará parte en las fiestas para engalanar mi gloria. Me propongo arreglar en cuatro dias mi casa algo más cómodamente, antes de volver á recorrer la isla. Celebremos hoy mi vuelta, pero desde mañana vida nueva.

En aquel momento se oyó una gritería atronadora y se vió desembocar en la plaza delante del castillo, donde se encontraban Seuda y Dinamion,

inmenso tropel de gente á la carrera. Delante corria Ándros desaforado y con gesto de terror. Dirigíase como para arrojarse á los piés de sus señores, cuando vió por una calle de enfrente á su hermana la vestal, precedida de lictores. Entonces recordó que Télia gozaba del privilegio de salvar al criminal, bastante afortunado para encontrarla en su camino y bastante diestro para tocar su ropaje. Con la velocidad del pensamiento y como quien corre por la vida, torció de direccion, se dirigió á la vestal, y esquivando las hachas y los hacecillos de los lictores que le cerraban el paso, saltó como gamo por encima de aquellos signos de autoridad y se precipitó en los brazos de la hermana, quien le recibió en ellos amorosamente.

—¿Qué es esto?—gritó Dinamion enfurecido.—¿Qué significan este barullo, este desacato?

Los perseguidores todos querian hablar al mismo tiempo, y durante largo rato ni unos ni otros se entendian. Por fin impuso silencio Dinamion, y dirigiéndose al más autorizado de los próceres le ordenó hablar y decir.

—Señor—empezó á exponer el prócer—durante tu ausencia Ándros, como sabes, quedó encargado del cultivo de la tierra con obligacion de mantenernos á todos. Para eso le dimos por compañeros innumerables esclavos. Con un pretexto ó con otro, fué pidiendo á varios ciudadanos ricos, ya una cantidad de númas, ya el trigo de sus paneras, ó ya bueyes ó corderos. En el dia debe tanto, que no puede pagar á sus acreedores; y citado ante la inflexible majestad de la ley, se disponian aquellos, segun su texto claro y terminante, á descuartizar á su deudor y llevarse, quién una pierna, quién la

cabeza ó los brazos, cuando Ándros, con increible audacia, atropelló al tribunal y salió corriendo como loco. Persiguiéndole veníamos cuando dió con la vestal, y segun la ley tambien, salva su vida y burla á sus acreedores.

—Esto es grave: es cosa grave—dijo Dinamion reflexionando.—Matar al hijo de Ántropos, al entendido y diligente labrador, y todo porque debe un poco de lo mucho que produce, es una barbaridad.

—Podrá ser—exclamó Seuda viendo con disgusto que el amo se inclinaba á la clemencia—pero la ley es inflexible y debe ser inflexible. Tú mismo lo dijiste: sin la inflexibilidad de la ley, adios imperio.

—Pero en este caso..... y áun en otros—replicó Dinamion con torvo ceño—esa inflexibilidad pone en peligro la existencia. No puede ser, no puede ser. Para todo hay su peso, su ocasion y su medida, y el peso y la medida—bien lo veo—cambian.

—¡Mira!—añadió, dirigiéndose al prócer relator del lance.—Te nombro pretor. Tú harás mis veces, ejercerás mi autoridad, y cuando veas que la ley pugna con nuestros intereses, segun tu leal saber y entender, darás sentencia, y tu sentencia será ley para amoldar ésta siempre á nuestras necesidades (1). La ley debe ajustarse á las cosas, y no las cosas á la ley. Por más que digamos y hagamos Seuda y yo, hay algo más fuerte que nuestra voluntad, más sábio que nuestras previsiones. Ahora sigan las fiestas para celebrar nuestro regreso, y desde mañana vida nueva.

De este modo y por la fuerza misma de la evolu-

(1) Modificacion del carácter del derecho en Roma.

cion, se fueron modificando en Gé las soberbias pretensiones del gigante ó de la bruja, y en vez de una inflexibilidad absurda, pudo darse á la ley carácter ductil para amoldarla sin escándalo á los progresos de los tiempos.

Y efectivamente, desde el siguiente dia al lance de la vestal y al nombramiento del pretor pudieron introducirse algunas novedades en el régimen interior de las Siete Colinas y de los campos vecinos, novedades que revelaban una tendencia á la equidad y al regalo. Y como quiera que la riqueza era ya considerable en la encantada isla de Gé, gracias á Ántropos y á Pónos, y los pobladores del Castillo de las Siete Colinas podian nadar en la abundancia con sólo apoderarse de ella (áun robando y degollando), Dinamion y sus guerreros, paso á paso é insensiblemente, no sólo se aficionaron á lo ajeno fuera de toda medida sino que codiciaron sus propios bienes entre sí, comenzando desde entonces, dentro del próspero Castillo, luchas latentes fratricidas y antagonismos y crímenes. Por esto decia Pónos á su protegido:

—Ya asoman las consecuencias de hacerse rico sin trabajo. La riqueza adquirida sin sacrificio corrompe. Ve observando atentamente: la corrupcion de este imperio será el más alto y memorable ejemplo de la verdad y santidad de mis máximas. No es más rico quien más oro tiene si le falta el oro espiritual del saber y el buen sentir, sin cuyo oro impalpable é invisible, ese otro tan pesado y tan brillante, es un peligro. Ya irás viendo de qué se compone la riqueza si ha de servir á vuestro bienestar. Es un compuesto maravilloso, como todo en esta isla, y para desentreñarle has menester vista de lince.

Lo peor es que el mal amenaza á tu mujer, segun las palabras del gigante. En la primera ocasion habrás de prevenirla para que siga siendo modelo de matronas. Gina es nuestro auxiliar, nuestra esperanza.

La febril actividad de Dinamion no permitió al hombre aprovechar las advertencias de su génio. El guerrero le arrastró en pos de sí al dar una vuelta por sus dominios, ó como él decia, por su casa; en seguida le hizo construir bastantes naves destinadas á guardar la costa y al servicio de la mar; fué en una escuadra á Puerto Pérfido, le destruyó y se trajo el botin acumulado en muchos años de robo; visitó las islas, las taló, y no hallando en ellas oro, vendió como esclavos á sus pobladores; fué á la Península de Luz y la dejó desnuda y pobre para almacenar en su castillo los vasos, las estátuas, las esculturas, los biblos, los cuadros y hasta las piedras; penetró en la Tierra de la Servidumbre y allí encontró tesoros y más tesoros; pisó las fronteras del antiguo Recinto de las Castas, aunque no se atrevió á penetrar en él por su repugnancia ingénita á la inmovilidad inerte; y en fin, cuando todo el bienestar desparramado por la isla se acumuló en el breve espacio del Castillo de las Siete Colinas, vióse el gigante y viéronse los adoradores de su fuerza tan poderosos y ricos, que pensaron en gozar más que en luchar. Dinamion se propuso pasar una buena temporada en los placeres, y para dar principio á la nueva vida regalona, anunció desde la Península de Luz, su propósito de regresar en triunfo.

Seuda, Anoya, los duendes y los trasgos, los próceres y cortesanos, todos los estómagos agrade-

cidos en fin, se excedieron á sí mismos en los preparativos de aquel obsequio á su Señor. Las calles fueron sembradas de flores, y á uno y otro lado distribuyéronse, de trecho en trecho, millares de pebeteros riquísimos, en donde ardia el incienso para perfumar todavía más el aire.

Dinamion hizo su entrada triunfal sobre aquellas flores y respirando aquel incienso.

Rompia la marcha Tongo á la cabeza de un escuadron de músicos, tocando y tañendo trompas, clarines, cimbales y sistros, todos los instrumentos inventados hasta entonces. Detrás marchaban pausada y gravemente cien toros y quinientos bueyes con los cuernos dorados, víctimas destinadas por Seuda al sacrificio. Doscientos carros cargados de plata y oro, de telas vistosas, muebles, estátuas y vasos, seguidos por otros ciento cuyas ruedas rechinaban bajo el peso de las armas de bronce y hierro cogidas á los enemigos, marchaban seguidamente en pos. El ruido de aquellas armas chocando unas contra otras, era otra música muy más severa y casi más agradable para aquellos oidos sin piedad. Tres mil esclavos sudando por sostener setecientas cincuenta vasijas repletas de númas de todas clases y otros quinientos con cráteras y copas cinceladas de belleza singular, llevaban el paso al compas de aquel fragor y de cuando en cuando descansaban. Una cohorte de mancebos, vestidos todos de blanco, presentaban al concurso cuatrocientas coronas de oro, ofrendas al vencedor por los vencidos, y como último contraste y toque característico de aquella ostentacion de soberbia y vanidad, arrastrábanse á seguida los prisioneros y cautivos cubiertos de una simple túnica, cargados de cadenas, macilentos,

jadeantes, mientras una cuadrilla de bufones disfrazados de sátiros, capitaneados por un mímico vestido de mujer, insultaba su llanto, sus supiros, su dolor, con trovas del peor gusto y dicharachos y gestos tan cínicos, como viles. Por fin aparecia Dinamion sentado sobre un carro brillante como ascua de oro, coronado de laureles, cubierto con la túnica de púrpura y con el rostro pintado de bermellon, color ritual segun Scuda para pintar el rostro de los dioses. Al hombro llevaba una pértiga de encina y de ella colgadas las armas de los gigantes muertos por su mano, trofeo glorioso de su valor y á la vez ópimos despojos (1).

Al verle la muchedumbre, prorrumpió en gritos de entusiasmo. Decir ahora las escenas de aquel triunfo y las consecuencias de la fiesta, que duró bastantes dias, seria presentar el cuadro nauseabundo de las peores pasiones. Nadie pensaba sino en gozar y..... ¡qué gozar!. Digamos, pues, lo único que nos importa.

La procesion se dirigió de órden de la consejera al templo. Allí colgó Dinamion los ópimos despojos; alzó la copa de las libaciones; esperó á saber si los prisioneros todos habian sido degollados, y entonces entonó un himno de gracias á los dioses, y los bueyes y los toros cayeron bajo el hacha, ó la segur, y el triunfador atravesó el espacioso templo —cavado de antemano por los augures y los sacerdotes—y se dirigió á su estancia.

—¿Y Gina?. ¿Dónde está Gina?—gritó segun su costumbre al penetrar por la puerta.—¿Por qué no

(1) Triunfo Romano.

sale á recibirme?. ¿Por qué no canta mis proezas?. ¡Gina! ¡Gina!

Á las voces de Dinamion, oyóse otra familiar que le contestaba desde léjos. La gente abrió ancha calle para dejar paso á la mujer, y ésta se presentó corriendo con la vestidura desceñida, los cabellos colgantes por los pechos y la espalda, lácio el rostro, desencajado el semblante, pero la sien ornada lindamente con corona de pámpanos y hiedra. Llevaba en la diestra una ancha y tendida copa, en la siniestra el libertino tirso; bailaba con desenfreno y á la par cantaba y sin pudor histérica reia.

Los gestos y ademanes de la mujer, produjeron sensual hilaridad entre los duendes y los próceres; mas el soberbio triunfador, sin darse cuenta del motivo, se sobrecogió bastante más que ante un peligro de muerte.

De un solo golpe de vista lo habia comprendido todo: la mujer se habia vuelto loca.

Gina, la Gina pudorosa de otros tiempos, la cantora sublime é inspirada, la matrona severa y virtuosa, marchitaba en plena luz sus misteriosos encantos y hacia gala de impudencia y cantaba y se reia de sí misma. Habia en ello algo de horrible y repugnante, algo de temeroso y fatídico. Dinamion, sin acertar á explicarse cumplidamente su penosa sensacion, sintió terror y desmayo.

Ántropos, con el corazon oprimido, se adelantó presuroso para preguntar una y otra vez á Gina quién la habia trastornado el juicio. La mujer por toda contestacion alzó el tirso, se puso á la cabeza de la comitiva, entonó un himno de triunfo y comenzó á ascender la anchurosa escalinata para guiar á Dinamion y los suyos á la sala del festin.

Allí una vez, y sentados los comensales en triclinios con cojines, Gina presidió la fiesta; hizo hartarse al anfitrion, y á los postres, medio desnuda, espeluznada, llevando al desgaire y hácia atrás las coronas de pámpanos y hiedra, arrebató la copa báquica chispeante con la diestra mano, cogió con la siniestra un pandero, y con lascivo impudor lleno de gracia, cantó alegre estas estrofas:

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto; lo demás es nada.

Aquí traigo placeres á millares, el olvido de todo lo pasado, la indiferencia para lo futuro, y para lo presente el sumo bien, la bienaventuranza. Ved que si nace el hombre y si merece los ímprobos desvelos que exige entre la cuna y el sepulcro, es por verle gozar y que anhelante apure del placer hasta las heces.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto; lo demás es nada.

Un relámpago solo es nuestra vida, y la mejor de todas dura lo que una flor, y como aquélla, concluye en podredumbre. Tal vez por la mañana brilla el sol de la dicha y la hermosura y por la fria tarde cambia el viento, y sombra de pavor cubre la tierra, y se apagan los fuegos de los ojos, y fatídica nieve tiñe la cabellera rozagante.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto; lo demás es nada.

Los dioses en las nubes nos dan en nuestras dudas alto ejemplo, y su inmortalidad, ¿quién la envidiara sin ambrosía y néctar?. Todos beben y comen, y en los brazos de deidades lascivas, nos ofrecen el único trasunto de placer verdadero y bienandanza. Imitemos á nuestros inmortales, y gocemos, comamos y bebamos.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto; lo demás es nada.

Durante el canto, á la conclusion de cada estrofa, Gina se acercaba al lecho y ofrecia la copa á Dinamion. El gigante la contemplaba con lástima y tristeza, pero la apartaba suavemente.

Seuda, al socaire todo lo observaba con ansiedad indefinible.

Cuando terminó su canto, la demente tornó á presentar la copa á Dinamion, insistiendo más que nunca. Entonces adelantándose la consejera, dijo:

—¿Por qué vacilas, Señor?. ¿Qué tienes para entristecerte?. ¿No eres el vencedor de la isla?. ¿No has apurado ya todos los tesoros de tu valor y tu heroismo?. ¿Dónde has de saciar esa tu ambicion noble y generosa si no acudes al placer?. Ese vino es perfumado, y bebido en esa copa sobre cuyos bordes se posaron tantas veces lábios amorosos, debe ser un verdadero néctar.

Dinamion, meditabundo y distraido, alargó la mano, empinó la copa y apuró su contenido hasta los posos.

Una sonrisa diabólica de delectacion animó el rostro de la bruja debajo de sus cien caretas.

El gigante continuó algunos momentos más sentado sobre el triclinio. Fué sintiendo poco á poco un como dulce desmayo, y cuando sus comensales unian sus voces al coro de un himno nuevo, improvisado por la loca, dejó caer los brazos mortecinos, entornó la vista y cayó de espaldas sobre los blandos almohadones.

Ántropos, poseido de terror y temiendo las consecuencias de semejante caida, no pudo contenerse más, soltó el ánfora, abandonó el servicio, y cor-

riendo hácia Gina, la sacudió por un brazo una y otra vez, preguntándola impaciente:

—Infeliz, ¿quién, quién te ha llenado esa copa?

—Seuda—contestó la demente, sin dejar un instante de reir.

—¡Ah!—exclamó Ántropos.—No me engañaban mis sospechas. ¡Y Pónos sin venir!. ¡Sin acudirme!. El corazon me presagia nuevos males y no puedo continuar así. Mientras mis tiranos, unos ébrios y otros locos, se entregan á sus instintos más innobles, corramos en busca de mi buen génio hasta encontrarle. Él solo puede ser salvador.

CAPÍTULO XX.

Momentos despues de la última escena descrita en el capítulo anterior, todo era confusion, desórden y trastorno en el castillo espacioso. Próceres, augures, guerreros, trasgos, endriagos, acudian desde la campiña, las plazas, los templos y las almenas al dormitorio del gigante. Unos le suponian moribundo y otros le daban ya por muerto. Contemplábanle silenciosos á respetuosa distancia y apenas si alguno osaba cuchichear dentro del régio aposento, pero tan luego como salian fuera, quebrantábanse los diques de la verbosidad mal reprimida, y las disputas y las controversias atronaban estancias, patios y pasillos. El recogimiento en derredor de aquella cama mortuoria formaba singular contraste con el rumor á lo léjos, rumor semejante al de las olas, cuyo zumbido sordo, solemne y lejano, realzaba la terrífica tristeza de aquel inesperado síncope.

Dos solos personajes permanecian indiferentes, aunque por distinto estilo: Gina con el tirso y con la copa, seguia entrando y saliendo, prorrumpia en carcajadas histéricas, y de cuando en cuando con-

templaba al pálido Dinamion, para decir que dormia y exclamar que le envidiaba. Seuda, impasible, observaba á su Señor sentada á su cabecera, y cuando le vió próximo á volver en sí, se puso de pié y anunció á los circunstantes que iba á impetrar y á recabar de los dioses inmortales, salud y larga vida para su Señor.

Entre tanto Ántropos recorria las Siete Colinas, llamando en todas partes á su génio protector, quien por primera vez dejaba de acudir á su mandato. Por fin, y cuando ménos lo esperaba, apareciósele Pónos y se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—¿Dónde has andado, Pónos?. ¿Por qué así nos abandonas?. Hace rato que te llamo en baldc; ¿no es tu deber obedecerme?

—Cierto, mi querido Ántropos. Perdona á un padre próximo á perder el juicio. Vengo del Valle de las Inundaciones. Busco por todas partes á mi Alecia y ni allí, ni aquí la encuentro. Diríase que habia desaparecido de la Isla y sin ella ¿qué será de todos nosotros?

—Pero, ¿qué es esto? ¿dónde vamos? ¿quién ha vuelto loca á mi mujer? ¿quién ha causado al guerrero esa profunda postracion?. Yo no creia que Seuda tenia recursos para tanto. ¿Qué sabes?

—Te diré cuanto averigüé. Escucha: conociendo las mañas de la bruja, he visitado los lugares más recónditos y ayer mismo recorria por indicacion de tu hijo el laberinto subterráneo debajo de este castillo, cuando me sorprendí grandemente topándome con Anoya.—¿De dónde vienes?—la dije.—Vengo de nuestro taller—me respondió sorprendida por la pregunta.—¿De vuestro taller?. ¿Y dónde está?—

Está propíncuo de aquí.—Vamos—continué—en él habreis confeccionado el filtro que ha vuelto loca á la mujer.—Claro está—me contestó sencillamente;—á tí no te se oculta nada.—¿Y cómo le confeccionásteis?. Os habrá costado mucho.—No tal—siguió diciendo la estúpida y parlanchina Anoya.—Los ingredientes estaban todos preparados y no habia sino usarlos convenientemente.—¿Y cuáles fueron esos ingredientes?—la pregunté con curiosidad. —Efluvios de ciertos biblos epicúreos, esencias de algunas máximas de los amigos de la sabiduría. Seuda habia elegido los más recientes, los últimos, y los habia puesto en infusion para sacar su quinta esencia.—Lo confieso: me alarmé porque, amigo Ántropos, los efluvios y la quinta esencia de tanto disparatado cavilar, de tanto desatinado discurrir, de aquellos repertorios de audácias, dudas, necedades, pasiones, vicios y blasfemias, á cualquiera habian de volver loco.—Tienes razon—la contesté con disimulo—y ahora por lo visto aderezais un filtro más.—De eso nos estamos ocupando, porque dice mi maestra que ha de estar en punto antes de mañana.—Figúrate, amigo Ántropos, mi curiosidad. Me despedí de ella, me embocé en mi manto azul y la seguí sin perderla de vista un solo instante hasta un espacio lóbrego y profundo. Se internó en él, se paró, y á poco tiempo llegó Seuda. Colgó la bruja del pico saliente de una roca su manto de las cien caretas, descubriendo así sin pudor y sin rebozo el cuerpo más informe, horrible y contrahecho y el rostro más repugnante, pero más ladino que imaginarse pueden. Con admirable diligencia empuñó su báculo retorcido y negro, y comenzó á funcionar. Era ya de noche, en el subterráneo reinaban las ti-

nieblas, y sin embargo, el brillo de los ojos de la bruja iluminaba aquellos antros con una claridad fosforescente. ¡Cuán diferente era aquella luz de la luz clara de mi Alecia!. Las ví sacar de un escondrijo una calavera que las sirvió de mortero y un corazon para usarle como mazo ó á guisa de moleta; oí á la bruja invocar no sé qué génios ó fúrias, cazar por el aire los miasmas impalpables é invisibles que le vician y emponzoñan; sorprendióme su destreza al devanarlos en la punta de su báculo y me admiré al observar con cuán exquisito tacto los iba introduciendo en la calavera humana, en donde Anoya los majaba y adheria con el corazon. Por modo maravilloso, mezcló así—con el auxilio del corazon y del cráneo—no sé cuántas proporciones ó tantos de soberbia, de gula, de crueldad, de escepticismo. Disueltos aquellos ingredientes en la baba de su fiel Anoya, concentró el filtro sobre las llamas del amor sensual, y le mezcló con el otro filtro de los biblos epicúreos, causa, segun pude averiguar, de la locura de Gina.—Ya está—dijo Seuda tapando el pomo de cristal en donde puso aquella pócima.—Si Dinamion bebe mañana nuestro filtro, antes de la luna nueva mando sin rival sobre la isla.

—Pues le beberá—exclamó Ántropos echándose las manos á la cabeza.—¡Desgraciados de nosotros si llega á mandar la bruja!

—Valor, Ántropos, valor. ¿Dudas de mi vara mágica?. Déjame encontrar á Alecia, y aunque Seuda reasuma el poder de Dinamion y se crea única en Gé, nosotros la sabremos humillar. El tiempo no pasó en balde. No estamos ya en el Recinto de las Castas. Sube al castillo, torna á tus quehaceres,

ten paciencia y confianza, pues estoy sobre la pista, y así que dé con Alecia, seguiremos trabajando.

Ántropos obedeció. Cuando se acercaba al dormitorio del gigante, vió que Seuda entraba por la puerta con ademan satisfecho.

La bruja encontró á su Señor sentado sobre la almohada. Le preguntó cómo se sentia y él la contestó:

—Me encuentro bien, nada me duele; la voluptuosa delectacion del festin corre todavia por mis venas, y aunque no sé si tengo brios para manejar la lanza, no lo siento; este placer es preferible á las emociones de vencer y pelear.

—Ya te lo decia yo—continuó la bruja con zalamería—esa tu desasosegada actividad no es deleite, es un tormento. Nada hay como la quietud, nada como gozar de la vida en imperturbable calma. Ahora verás lo que es vivir. Llama á tu esclavo y mándale fabricar termas, y circos y teatros. Almorzaremos bien por la mañana; saldremos medio beodos á presenciar los espectáculos más de tu gusto; veremos sin peligro las batallas y los trances de la guerra; nos deleitaremos con escenas de sangre y muerte, y horrores, y agonías, y cuando las sombras de la noche cubran la roja arena del anfiteatro, encenderemos hogueras y luminarias, untando de pez á mil esclavos, y volveremos á la luz de aquellas antorchas ambulantes con la música de sus ayes y rugidos, á cenar opíparamente entre las farsas impúdicas de los histriones, las danzas licenciosas de las meretrices y los todavia más licenciosos cantos de la loca, hasta que sorprendidos por la luz de un nuevo sol, nos refocilemos en el baño y tornemos á empezar.

—¡Bravo!—exclamó Dinamion.—Tienes ingénio peregrino: venga el esclavo sin tardanza.

Ántropos se presentó y recibió las órdenes de su Señor. Habia de levantar en breves dias un anfiteatro y unas termas.

Á los pocos, las termas y el anfiteatro tocaban á su conclusion.

Entre tanto nuestro gigante, aleccionado por Seuda, apuraba los más inauditos y estravagantes placeres. Su gula rayó en lo fabuloso. Los tesoros arrancados al dolor universal, apenas si bastaban para sostener su mesa, para pagar los platos de sus festines. En uno de estos se consumieron dos mil clases de pescados de dos mil puntos diferentes de la costa y traidos vivos al alcázar en el agua de sus mares; siete mil aves cebadas con simientes de flores aromáticas y costosísimas especias. Para un solo plato, cuyas dimensiones fueron prodigiosas, se mezclaron los sesos de millares de faisanes, los higadillos de centenares de millares de escaros, las lechecillas de millones de lampreas, las lenguas de innumerables aves, desde el ruiseñor á la oropéndola, de voz canora ó de vistosa pluma, todas cazadas en el nido durante su sueño, para hacerlas más tiernas y sabrosas con la emocion y el sobresalto. Pervertido por todo extremo el paladar, y cual si fuese pobreza ruin tamaña estravagancia, el principal ingrediente de la salsa fueron perlas como huevos de paloma desleidas en vinagre. Con polvo de oro se aderezaron las legumbres; perlas enterizas se mezclaron con arroz, y estas y otras mezcolanzas increibles, se inundaron además con vino de ámbar y de rosas. Solo por haber hablado Fanta en una de sus leyendas del ave *Fénix*, el gastróno-

mo ofreció mil libras de oro á quien le presentara un ave Fénix (1).

Á fin de dar pálida idea de aquel inconcebible desenfreno, diremos un solo dato: consta en Gé de la manera más auténtica, que en siete meses se devoraron en la sola mesa de Dinamion tantos víveres como hoy pudiéramos comprar con sesenta toneladas de oro.

Por estas ligerísimas indicaciones, pueden calcularse las demás estravagancias. En el vestir y en el mueblaje, hubo el mismo despilfarro. Porque la seda era escasísima y se obtenia dificilísimamente, antojósele á Dinamion un vestido todo de seda, y este capricho, no el único, costó á los protegidos de Pónos sudores, peligros y trabajos, los cuales no es posible apreciar hoy.

Alternando con los festines y las cenas refocilábase Dinamion, sus próceres y su Córte en los espaciosos baños, cuyos secretos no son para descritos. Cómodas, ricas, espaciosas, eran las termas de mármoles y pórfidos; en ellas, los perfumes y las aguas olorosas abundaban tanto como el agua fria, templada ó caliente; los lechos se ofrecian voluptuosos, los ejercicios eran únicos, los desacatos corrientes, libidinosas las costumbres.

Una vez terminado el circo, se celebraron luchas de tigres y leones, de cocodrilos y elefantes; despues lucharon las fieras con cautivos, y por fin, el sentimiento de crueldad, escitado con el ejercicio, pidió víctimas más sensibles, cuyas angustias se tradujeran en frases de agonía, y ejércitos de gladiadores se degollaron mútuamente con la sonrisa

---

(1) Gula de Vitelio y varios Emperadores Romanos.

en los lábios, con la gracia en sus posturas para entretener la perezosa digestion de los estómagos. Los poquísimos ilesos en cada batalla, perecian las más veces en un barrizal de sangre.

Para que fuesen permanentes las contradicciones en aquella encantada isla, al lado de las ergástulas, sentinas y lupanares, se alzaban templos á los dioses por exigencia de la bruja. Tantos llegó á pedir, que hubo en las Siete Colinas muchas más aras que casas. Porque Seuda inventaba dioses á porfía, y cuando no los inventaba, los tomaba hasta de los salvajes como en préstamo. Llegó á rendir culto á treinta mil, y por si acaso se la olvidaba alguno, levantó un altar al Dios desconocido.

No sospechaba la vieja que éste era el único verdadero.

No hay para qué decir los resultados de estos ejemplos sobre la isla en general, y sobre los pobladores de las Siete Colinas y las tierras á la redonda en particular. El espíritu de imitacion ingénito en aquella especie y más ó ménos desarrollado en sus familias é indivíduos, extendió la gula, la avaricia, el libertinaje, los vicios y los crímenes en la parte privilegiada de la isla de Gé, mientras en las demás todo era miseria, inseguridad y sangre.

Para colmo de semejante disolucion, los gigantes de los desiertos del Sur, de las montañas de Oriente y de los bosques del Norte, aprovechaban las fiestas del temido imperio para talar las fronteras y mantener en alarma perpétua á su Señor. Cierto es que en sus intérvalos lúcidos Dinamion parecia recobrar su pujanza antigua y hasta mostróse en ocasiones magnánimo, y grande, y generoso, pero aquellos eran rasgos pasajeros, y las mejores haza-

ñas se sepultaban en la corriente de decadencia general, como se hunden entre las olas prepotentes los valiosos despojos de un naufragio.

No debemos olvidar una circunstancia, nada trivial y asaz curiosa, si deseamos dar á comprender las relaciones sucesivas entre Seuda y Dinamion, su lucha por el poder y las peripecias de esta lucha. Desvanecido el gigante hasta rayar con la locura, no pudo sufrir en nadie, y ni áun en su consejera, el menor atributo autoritario, y para asumir en su persona hasta los signos externos de todo poder y autoridad, cometió la última usurpacion declarándose á sí mismo Pontífice Máximo. Seuda cedió, como de costumbre, y se resignó aparentemente, aunque nada la hirió tanto como aquella usurpacion.

—¿Qué es esto, maestra?—la preguntaba Anoya.—Nuestras cosas se tuercen para siempre y van de mal en peor. Nadie me respeta ni me tiene por Alecia; no se pueden mirar cara á cara y de hito en hito tus arúspices, áun en medio de las más solemnes ceremonias, sin reirse en son de burla, y ahora te usurpa Dinamion hasta el título mayúsculo de tu sagrada dignidad. Estamos mal, estamos en derrota.

—No seas estúpida—la contestaba la despechada vieja.—Cuando los males llegan á su colmo está muy cerca el remedio. Dinamion se empeña en confundir al creyente en el ciudadano: yo confundiré al ciudadano en el creyente. Esta es nuestra lucha y este el gran problema. Ahora conviene exagerar, exagerar. Nuestro Señor se dice Pontífice Máximo. Pues es poco: me conviene hacerle Sol del Universo, y luego Dios. Así será su caida más espantosa y terrible.

Tan embobada se sintió la pobre Anoya ante la sublime audacia de su maestra carísima, que ni acertó á decir palabra.

Á semejante paroxismo, á tan general demencia, correspondia necesariamente un incesante pedir, y Ántropos no descansaba. Y sin embargo, poco decrecia el manto de la encantada Alecia. Se construian calzadas, puentes magníficos, puertos y acueductos, y hasta túneles de á legua para desaguar un lago (1); se recogian en biblos discursos elocuentísimos, cantos verdaderamente épicos, pero ningun prodigio nuevo se añadia á los antiguos, y todo aquel trabajar, si al parecer modificaba la situacion de unos y otros, escasamente influia en la colectividad tanto como el menor descubrimiento.

Las leyes de la isla se veian conculcadas, y amenazaba una catástrofe do quier.

Solamente Seuda, la tenaz é incorregible Seuda, medraba con el mal. Siempre dispuesta á destruir lo existente con tal de quedar encima, no perdonaba medio alguno para precipitar á su Señor, enflaquecerle y humillarle. No bastando la molicie, la voluptuosidad, el ócio, se propuso halagar la vanidad hasta infundirle aspiraciones ridículas y convertirle en la befa de los suyos. A fuerza de adulaciones y lisonjas, hízole creerse Sol y celebró su matrimonio con la Luna, tomando pretexto de aquella risible ceremonia para bacanales nauseabundas, vicios sin nombre, y asquerosas abominaciones (2).

---

(1) El del lago Fucino, llamado el Emisario de Cláudio, de 5.640 metros.
(2) Heliogábalo.

—¡Salve, delicia del Universo!—dijo la muy procaz á su víctima á la mañana siguiente.—¿Cómo te sientes despues de tus victorias de ayer en el circo, en la mesa y en el lecho?

—Me siento hastiado—contestó Dinamion.—Mi matrimonio con la luna ha sido frio, muy frio. Es preciso inventar algo nuevo, algo descomunal, algo sublime. Estoy hastiado, estoy hastiado. No sé qué hacer para humillar á todo el mundo. Hipodonte, mi caballo, será desde hoy primer magistrado y cónsul. Que todos le obedezcan y veneren.

—¡Magnífico!—exclamó la bruja con risa verdaderamente fatídica debajo de sus cien caretas.—Eres sublime, divino.

—Pues mira—la interrumpió Dinamion—tus palabras me sugieren una idea. ¿Por qué no he de ser divino?. ¿Quién se opondria á mi voluntad?. Quiero ser Dios para gozar sempiternamente. Dispon lo necesario para mi deificacion, mi apoteósis.

—Sublime, sublime—exclamó Seuda.—Nada hay comparable á tu númen sacrosanto. Te deificaré, ¡divinidad deliciosa!. ¡Salve augusta y deliciosa divinidad!. ¡Salve, salve!. Corro á prepararlo todo. Entretente mientras tanto en degollar á algunos de tus amigos. ¡Salve, Dios omnipotente, salve, salve!

¿Hay entre nuestros lectores quien juzgue nuestro relato aborto de la fantasía?. Pues sepa que ni añadimos ni quitamos: lo narrado es un ápice y nada más de lo sucedido en Gé segun consta en documentos auténticos. Parecia imposible resistir á los caprichos de la fuerza, é imposible tambien que se extremasen aquellos en vilipendio del hombre.

Por esto, sin duda, le preguntaba Ántropos á Pónos cómo podia concertarse tanto daño y tanto mal

con las leyes de la isla y sus propias admirables máximas, y por esto para satisfacer las dudas y el natural abatimiento del hombre, le contestaba aquel incomparable génio:

—Lo actual es un accidente necesario para preparar tiempos mejores. Es una, como fermentacion de la sensibilidad, sin la cual no comprenderian tus tiranos que en el querer y sentir, como en el pensar, hay su peso y su medida. En la evolucion de los imperios fundados por Dinamion, sucede como en la tuya. Con el dolor consiguiente á cada una de tus exageraciones te formaste, y en série de ciclos alternados—para acrecer tu bienestar, para entender las leyes de la isla, ó para sentir nuevas y más delicadas emociones, al contacto de la naturaleza—fuiste ensanchando tu poder, tu pensamiento, tu sensibilidad, pero no sin ritmo, sin crísis, sin alternativas. La obra de Dinamion y de Seuda tuvo tambien sus ciclos alternados, sus vaivenes y su ritmo, porque en ella no hay ni puede haber más ni ménos elementos que los elementos de tu cuerpo y de tu espíritu. Las crísis son proporcionadas á la obra, y la obra es colosal, amigo Ántropos. No hay nada, por lo demás, que deba asombrarte ni arredrarte.

—¡Pero no veo cómo ni de dónde ha de venir el remedio!—exclamaba Ántropos.

—Como no veias la transformacion de tus pasiones indómitas y salvajes en cariño y en amor. Ten fé y sigamos trabajando. De toda fermentacion sale algo claro y puro con el tiempo.

CAPÍTULO XXI.

Tremendos en verdad son los estragos de la soberbia humana; ese Proteo mil veces más mudable que el hijo de Neptuno y Fénice; esa pasion siempre en acecho de víctimas so capa de nobleza ó de virtud; esa flaqueza vestida asáz á menudo con disfraces humildes, benditos, santos, pero cuya fealdad ni áun encubrirse puede con velos semidivinos. Debilidad comun y algo ridícula, nos haria sonreir de puro lástima, si no arrancase al corazon tristes gemidos ó si sus anales nauseabundos no se hubieran escrito en todo tiempo con lágrimas y con sangre. Ella armó el brazo de los más horribles crímenes; ella inspiró á tanto impostor sus invenciones sacrílegas; ella se oculta hipócrita y faláz, cual chispa de apagado incendio, para estallar destructora cuando ménos se presume, y ella, en fin, priva de comun sentido al hombre, inoculando en su espíritu pujos de divinidad. Un arranque de soberbia hizo al infeliz Julian comprar de los pretorianos turbulentos, la sombra irrisoria de poder que le desveló durante sesenta dias, y que insensa-

to pagó con sus inmensos tesoros el regalo apacible del hogar doméstico, la sangre de los suyos y los dias que le quedaban de existencia. Por un arrebato de soberbia, otro Julian ménos inocente, atravesó los mares y trajo sobre su pátria á los infieles para ponerla traidor al borde del hondo abismo. Soberbia, y nada más, es la ambicion del conquistador, el sanguinario celo del fanático, el ódio rencoroso de la envidia, y hasta la cómica prosopopeya del humilde funcionario. En todos los terrenos brota tan nociva planta, con todo tiempo saca la cabeza, y su observacion y estudio es á las vegadas el más sabroso entretenimiento para quien ni desea ni pretende.

Tal es la soberbia humana en este que llamamos malamente valle de dolor y llanto, y tal debia ser sin duda alguna en la encantada isla de Gé, á juzgar por los últimos episodios de los cuales dimos cuenta en el capítulo anterior. Si la magnitud de la soberbia de Dinamion, si lo descomunal de sus extravagancias nos asombran y suspenden, debido será á que los sucesos de aquella tierra acontecian por caminos poco conocidos, con sus vislumbres de mágia ó encantamiento.

Terminados en unos cuantos dias por la bruja Seuda los preparativos para deificar á su Señor y alzar su estátua sobre los altares, señalóse el en que habia de celebrarse tan augusta ceremonia, cura á la vez de sus dolencias y remedio contra su creciente hastío.

Ántropos, con los suyos, los prisioneros, los esclavos, trabajaron como siempre en disponer la fiesta y fabricar lo necesario.

Á cosa de medio dia bajó Dinamion á la anchuro-

sa plaza del castillo, pálido, macilento, débil y sin apenas la fuerza para llevar por sí su cetro de oro. Nadie hubiera reconocido en aquel espectro al coloso valiente cuyo denuedo y gallardía habian hecho temblar á la ancha tierra. Cuando apareció sobre el umbral, la muchedumbre, ansiosa y bullanguera, dobló servil la rodilla, y todos los rostros se postraron contra el suelo. Así que hubo tomado asiento en su carroza, la interminable procesion rompió la marcha dirigiéndose hácia uno de los templos más magníficos. El camino, desde la morada del monarca hasta el pórtico sagrado, habíase cubierto préviamente de polvo de oro y granates. Iban delante sobre doscientos trasgos con cestos de mimbre repletos de flores, que esparcian profusamente para adornar la dilatada carrera. El carro de Dinamion rodaba sobre una alfombra de rosas, de claveles, de nardo, de azucenas, de mirto y de tomillo, de sálvia y mejorana, cuyos perfumes suaves saturaban el ledo vientecillo de un dia como pocos apacible. Despues venia la bruja con su séquito y su fantástica vestidura de las cien caretas. Precediánla hasta cien endriagos, capitaneados por Apenia, con afiladas segures sobre el hombro, braserillos, anforas, cuchillas y otros nunca vistos instrumentos. En pos marchaba Anoya con su manto negro y rozagante, y cuarenta vestiglos á cual más soberbios llevaban con singular y respetuoso recogimiento los abultados biblos, en los cuales se recogieron con minuciosa puntualidad las palabras de sus más altilocuentes peroratas (1). Desempeñaba su papel de Alecia. Alazona seguia con cómica gravedad á la cabeza de

(1) Libros sibilinos.

un escuadron de innumerables duendes, livianos como la niebla, tornadizos y procaces. Luego veíase á Hipodonte rodeado de millares dc aduladores sacudiéndole el polvo de los cascos (y áun de otras partes de su bulto), en aplauso de la locura del amo y en admiracion á su investidura de primer magistrado y primer cónsul; y por fin, tras las víctimas destinadas á los sacrificios y de un ejército que en vano procuraríamos enumerar, avanzaba el carro de oro y marfil de Dinamion, obra de la artística maestría de los artífices esclavos. Tiraban de la carroza ebúrnea hileras de cortesanos, quienes se disputaban con calor (como en todas las épocas sucede) los principales puestos de tan honorífica reata. Antes y despues del carro, veíanse grupos con dorados pebeteros y prcciosos braserillos, sobre cuyas áscuas se derramaba la mirra y el incienso sin cesar. Á cada lado, y más próximos, marchaban mil solícitos acólitos con incensarios de oro y plata, que jamás dejaron de oscilar para que los vapores de las resinas odoríferas diesen en el rostro mismo del soberbio Dios presunto.

Éste iba muellemente repantigado sobre cogines de seda, resguardada la faz augusta (antes tan hecha á curtirse con el sol y con los aires, y ahora pálida y afeminada) con un levísimo dosel de las plumas más vistosas, entretegidas primorosamente con sartas de perlas y diamantes. Su manto profusamente tachonado de esmeraldas y topacios, de rubíes y zafiros, de turquesas y otras gemas, encubria sus demacrados miembros hasta el punto de no verse sino sus mejillas y el moribundo brillo de los ojos debajo de una corona enorme de laurel. Á un lado Ratimia, la indolente, le echaba aire poco á

poco con abanico perfumado, y al otro Gina, de pié, coronada como de costumbre de pámpanos y yedra, con la riza cabellera al aire, prendida en procaz descuido la asaz liviana vestidura, tañia con frenesí un pandero orlado con guirnaldas de rosas y de mirto.

¿Quién habria reconocido en aquella bacante lácia á la mujer fresca y pudorosa de la fuente cristalina del Valle del Escarmiento?

Las nubes del incienso velaban las figuras en sombras misteriosas, y el aire que se respiraba infundia dulce é indolente voluptuosidad.

Para cerrar el cortejo interminable, y á fin de que nada faltara á la imponente solemnidad y mágica fascinacion del espectáculo, Tongo marchaba detrás del rico carro acompañando con la lira los himnos melodiosos de la loca. Varias cuadrillas con vistosos trajes ostentaban en pos de Tongo, sobre las cabezas, vasos con aguas olorosas, cajas colmadas de perfumes, paños, diademas, trofeos, joyas, armas, todo lo cual servia para dar claro testimonio de la inmensa riqueza de su dueño, y finalmente, legiones de soldados, sin término ni fin, seguian en bien formado escuadron á guisa de guardia y comitiva.

Frente á la puerta del templo Dinamion descendió del carro, penetró dentro del sagrado recinto, y con pompa y majestad comenzaron las intrincadas ceremonias. Por todas partes víctimas, en todas las aras sangre, humo y más humo del incienso, muecas, misterios, contorsiones: tales fueron los principios cómo cosa de rigor, hasta que Seuda subió al ara veneranda, tomó una copa, y vertiendo en ella el contenido de un pomo, bajó

media docena de escalones y se la presentó al gigante, invitándole á beber en ella la fuerza con la inmortalidad.

Dinamion alzó la copa á sus labios; pero en aquel momento crítico, Alecia, la hija de Pónos, apareció sobre las gradas de mármol.

Su velo habia mermado de una manera pasmosa. Ya se veian asomar por debajo de la fimbria la primera falange de los dedos. Su aspecto era singular, extraordinario y de un contraste fascinador, irresistible, sublime. De medio cuerpo arriba, el velo negro, sujeto en derredor de la cabeza con una banda de hierro, caia en severos y abundantes pliegues, ciñéndose al rostro y á los hombros lo bastante para revelar, al través de su negrura, la armónica belleza de las facciones y la nobleza del busto; de medio cuerpo abajo, todo era trasparencia y gracia y hermosura, porque los rayos de luz, cayendo desde la frente, esfumaban una túnica maravillosa del más maravilloso, esplendente é impalpable entretejido sobre sus formas tornátiles y sus piés desnudos, velándolos sin ocultarlos. Alecia se asemejaba entonces al astro sereno de la noche cuando en eclipse parcial se cubre parte de su disco. Formábase, al contemplarla, una idea relativa del conjunto de su belleza, aunque, á decir verdad, aquel concepto relativo estaba lejos, muy lejos de la realidad absoluta (1).

—Detente, Dinamion—exclamó con voz de dulzura incomparable.—No bebas en esa copa si buscas la inmortalidad.

---

(1) Alegoría al estado entonces de la verdad humana siempre relativa.

Dinamion se quedó como de piedra. Parecia la estátua del asombro.

—¿Ella aquí?—dijo por fin encarándose con Seuda.—¿Qué imprudencia es esta?

La bruja, tanto ó más sorprendida que su Señor, quiso comérsela con la mirada; pero la luz la cegó.

El templo se llenó de claridad, y el gentío, innumerable, se llevó las manos á los ojos. Cuando se hubieron acostumbrado, mal que bien, á mirar con tanta luz, comenzaron á correr de boca en boca y de corrillo en corrillo las más estupendas nuevas y los juicios más estrafalarios. El enjambre alzaba el vuelo en alas de la imaginacion, y la síntesis de todas sus presunciones era un zumbido cansado y desagradable.

Aprovechando el intervalo del confuso clamoreo, Dinamion tornó á decir:

—¿Qué es esto, Seuda?. ¿Qué descuido es este?. ¡Nos hemos lucido!. Bonito papel hace tu criada al lado de esa aparicion.

—No me lo explico, Señor, no me lo explico. Pero yo pondré remedio. Aquí viene Apenia con su látigo y su gente, y pronto nos sacará de apuros.

Apenia y sus sayones, en efecto, trataron de acercarse á Alecia. Deslumbrados por su luz, se equivocaron, rodearon á la bruja y hasta pusiéronla una mano encima. Fué el primer desacato público dirigido á su persona por otros que el Señor de la Fuerza.

La vieja exasperada levantó el báculo negro retorcido, y le descargó iracunda sobre sus torpes servidores. La muchedumbre, como que miraba desde lejos, se apercibió de la escena y comenzó á gritar y jalear. Todo respeto al templo y á los dioses, se

convirtió en zumba y regocijo. El gigante, escandalizado y temeroso de tamaña irreverencia, se terció el manto y gritó con toda la fuerza de sus pulmones estentóreos:

—¡Silencio!

Y cuando le hubo restablecido se hizo de nuevas para disimular, y dió comienzo imprudente á una discusion en público con la recien aparecida.

—¿Quién eres?—la preguntó.

—Alecia—contestó la hija de Pónos.

—¡Cómo Alecia?. Alecia está aquí entre nosotros, toda enlutada, toda misteriosa. Mírala con sus biblos sibilinos.

—Esa es la hechura de tu consejera—contestó Alecia.

—¡Sacrílega!—gritó Seuda sin poderse contener.

—¡Silencio!—rugió el gigante.

Y dirigiéndose de nuevo y cada vez más perplejo á la hija del buen génio, tornó á decirla:

—¿Qué te propones?

—Deciros la buena nueva.

—Pues dila pronto.

—Amaos los unos á los otros.

—¿Lo mandas tú?

—Lo manda Teo.

—¿Y quién es Teo?

—El Gran Encantador, Señor de cielos y tierra, en verdad poderoso é invisible. Todos sois sus criaturas, y como tales, todos sois hermanos.

—¡Hermanos!. ¿Los libres y los esclavos? Tú deliras.

—No: porque los tiempos se acercan, y las innúmeras sucesivas redenciones se integran en redencion ideal.

—¿Y para eso vienes á turbar la fiesta?

—Vengo á decir, que el último será el primero y el primero será el último.

—¿Y he de dejar yo de ser quien soy?

—Seria inútil por ahora. Hay que dar á Dinamion lo que es de Dinamion y á Teo lo que es de Teo.

—Luego ¿qué quieres?. ¿Á qué viníste?

—Á continuar la *obra* sembrando la semilla del amor.

—¿Cómo?

—Salvando y redimiendo á los tuyos.

—Luego ¿aspiras á reinar sobre nosotros?

—Mi reino no es de este mundo.

—Ya lo oyes, ¡Señor sábio y fuerte y delicioso!—interrumpió Seuda.—Ya lo oyes, ¡Presunta Divinidad!. Esta impostora pretende trastornar tu imperio. ¿Y el órden, Dinamion, el órden? ¿Qué seríamos todos sin el órden?. ¿Y la propiedad? ¡La sagrada propiedad! Quiere hacernos hermanos del esclavo, hermanos de nuestras *cosas!* ¡Hermanos de Ántropos!

—¿Y por qué no?—replicó Alecia tranquila.—Si él lo crea todo, ¿por qué no? ¿Á quién debeis esas riquezas despreciables cuanto transitorias?. ¿Á quién debeis vuestro poder?

—Á la fuerza de mi Señor—gritó la bruja fuera de sí.—Á su valor y su heroicidad primero, y luego á mi comercio con los inmortales y á la ciencia divina de la verdadera Alecia. ¿Quieres que ella, mis sacerdotes, mis augures, se igualen con Ántropos y su familia?. ¿No temes la ira de los dioses?

—Tus dioses son tus criaturas y tú eres su creador. Mientras existas, los papeles estarán trocados.

—Ya lo oyes, Dinamion—interrumpió Seuda.—Ya lo oís, próceres y amigos; esta impostora subvierte el órden admirable del imperio. Comparad su atrevimiento con esa del manto negro que todos conoceis, con esa criatura dócil y divina. ¿Tomareis esa visionaria por Alecia?

El templo lleno de esquilmadores egoistas se habia ido colmando de curiosos hasta apiñarles sobre cornisas y molduras. En su recinto no penetraban los esclavos, y al escuchar la pregunta de la astuta Seuda, cada cual echó su cuenta, comprendió el peligro, cerró los ojos á la luz y todos gritaron á una voz:

—¡No, nunca!. Esa es una impostora, una visionaria, y su misma luz lo prueba. ¡Que muera! ¡que muera!.

Entre tanto Dinamion, repuesto de su primera sorprésa, meditaba y meditaba. ¿Cómo resolver aquel conflicto?. Íbale en ello mucho, mucho, y no sabia por donde comenzar.

La bruja comprendió sus vacilaciones y se decidió á hacer el último esfuerzo.

—¿Lo oyes, Señor?—exclamó con el acento de una conviccion profunda.—Ni una sola voz se levanta en favor suyo. La unanimidad del testimonio patentiza la impostura. Ésta no es Alecia, nuestra Alecia se halla entre nosotros. Si fuese Alecia alguien la reconoceria. Pongamos fin al escándalo: el castigo debe ser proporcionado al sacrilegio.

—¡Que muera!. ¡Que muera!—vociferó el concurso.

—¿Dudarás aún?—continuó Seuda, advirtiendo el embarazo del gigante.

—No dudo—contestó Dinamion.—Pero yo sé lo

que me sé en esto de las dos Alecias. Verdad es que á ésta nadie la reconoce, pero... en fin, es nuestra enemiga y... está aislada. ¡Fuera estorbos!

En aquel instante, Ántropos se abrió paso trabajosamente por entre la muchedumbre, y adelantándose á las gradas, puso la rodilla en tierra, alzó las manos y exclamó:

—Yo te reconozco, noble Alecia. Eres la hija de mi protector, y cuando todos te repudian, yo no puedo abandonarte. Seas bien venida, porque eres nuestra esperanza. Te reconozco; esa es tu luz, clara como la del sol; ese tu porte, sencillo como la verdad.

—¿Y ahora?—se preguntó Dinamion en la mayor perplejidad.

—¡Sacrilegio!—exclamó la bruja.

—¡Que muera!. !Que muera!—vociferó el concurso cual si estuviese en el anfiteatro.

—¿Cómo que muera?—murmuró Dinamion, cada vez más confuso é indeciso.—Eso se dice fácilmente, pero...

—Ya ves ¡oh, Dinamion! las consecuencias de no matar todo desacato en gérmen. Hasta el esclavo se atreve á profanar el ara y se subleva contra tu divinidad.

—¡Que muera!. ¡Que muera!—tornaron á vociferar los espectadores.

—Es poco—exclamó Seuda.—Antes conviene martirizarle.

—Sí—contestaron miles y miles de voces.—La cruz, á clavarle en la cruz.

Y sin esperar la decision del gigante, se abalanzó una oleada de la muchedumbre. Antropos desapareció como tragado por ella; la ola retrocedió hácia

la entrada principal del templo para obligar al esclavo á construir la cruz y fabricar con sus manos la picota del martirio.

La perplejidad de Dinamion creció con aquello inmensamente. Luchaban en su cerebro y en su corazon mil ideas y sentimientos encontrados. Desconfiaba del empeño de la bruja; temia las consecuencias de su triunfo, y sobre todo, le repugnaba ceder y cebarse en el esclavo únicamente para salvar sus enredos y trapacerías. Seuda, para resolver aquella situacion, hizo sacar del templo á la hija de Pónos; previno á su fiel Apenia que la guardase en el pórtico para azotarla como fin de fiesta, y continuó las ceremonias de la deificacion, aunque el gigante se negó á beber el filtro ni áun á tocar siquiera á la dorada copa.

Terminada la apoteósis, el nuevo Dios salió del templo, seguido por Seuda, Anoya, sus acólitos y sus cortesanos. Al pisar el primer escalon para descender del pórtico, vió venir al hombre con el quiasmo de la cruz lacerándole en el hombro, rodeado de sayones, los cuales se mofaban de su heróica mansedumbre cada vez que tropezaba y caia.

Cuando llegó frente al templo varios trasgos armados de martillos, de clavos, de tenazas, le despojaron de su vestidura, tendieron la cruz en tierra y se dispusieron á crucificarle.

—Deteneos un instante todavía—exclamó Dinamion.—Dejadme hacerle una pregunta.

Y dirigiéndose al infeliz Ántropos, añadió:

—Ya ves que vás á morir: reniega de la falsa Alecia y te concedo la vida.

—Jamás—contestó el esclavo con voz apagada y débil.

—Míralo bien—insistió Dinamion por instantes más y más perplejo.—¿Cómo no obedeces á tu Señor, que es el Señor de la isla?

—Tú—contestó el esclavo—eres Señor de mi cuerpo, porque eres fuerte; pero Alecia es la señora de mi voluntad, y mi voluntad es libre y se rie de tu fuerza.

—¡Sacrilegio!—exclamó la bruja segun su costumbre.

—¡Que muera! ¡que muera!—vociferó la turba.—¡Á crucificarle, á crucificarle!

Dinamion vaciló todavía breve instante, y al fin, con ademan desesperado, dijo:

—Crucificadle.

Apenas salió de lábios de Dinamion aquella cruel sentencia, cuando Ántropos fué tendido sobre la cruz y los clavos comenzaron á taladrar sus carnes.

Pero no habian sonado tres martillazos seguidos, cuando la hija de Pónos, burlando la vigilancia de Apenia, bajó del pórtico, atravesó el tropél, y se puso sobre el quiasmo encima de la cruz. Una luz deslumbradora inundó el espacio, y cubrió con las crespas de sus resplandores la sangre y la agonía de Ántropos.

El cuerpo y la cruz desaparecieron como disueltos en aquellas claridades, y los duendes y verdugos, cegados y confundidos, en vano pugnaban por rematar su obra de martirio, porque ni atinaban á fijar los clavos, ni hallaban manos y piés sobre los cuales descargar sus golpes.

—¡Ira de gigante!—rugió Dinamion fuera de sí al ver menospreciada su autoridad y su divinidad.—¡Esto más!. ¡Burlarse de mi poder el dia mismo en que me alzo Dios sobre las aras!

Y reconcentrando por un esfuerzo nervioso su antigua hercúlea pujanza, bajó de la gradería, se arrojó sobre el esplendoroso grupo y empezó á descargar mandobles con el cetro de oro, que hicieron retemblar la tierra.

Empero, cada golpe airado caia lejos de Alecia y de su protegido, pues era tan imposible herir de frente aquella luz, como mirar de hito en hito al sol y dirigirle una flecha con acierto. El gigante perdió el juicio con el tino, y como en su coraje redoblaba el empuje de los golpes, comenzó á resentirse todo en torno y á caer por tierra chozas, casas y palacios. Sonaba un golpe y se venia abajo una columna; sonaba otro y se agrietaba la atrevida cúpula; con un tercero las claves se desplomaban; con otros cuantos bamboleaba todo y el mundo amenazaba ruina.

Los próceres, los duendes, la bruja misma temblaban, y sin embargo, Seuda creyó definitivo el triunfo sobre su rival.

De pronto un ruido pavoroso, un estrépito como el de cien truenos resuena por las Siete Colinas. El gigante, la bruja y la multitud vuelven la vista con pavor. Varios templos se habian desplomado, y sobre su grandiosa fábrica, convertida en ruina informe, se levantaban hácia el cielo nubes densísimas de polvo tendiéndose y dilatándose.

El prodigio era bastante para detener á otro ménos iracundo y contumaz que Dinamion; pero éste, instigado por un gesto provocativo de su consejera, aprovechó la circunstancia de amortiguarse la luz de Alecia con el polvo, y levantando de nuevo su cetro sobre las víctimas, hizo ilusoria toda esperanza de salvarlas.

En aquel trance supremo, cuando lo noble y sublime estaba á punto de perecer, la loca Gina, de todos olvidada, saltó del carro triunfal, se puso entre el gigante y su marido, y levantando en alto la presea, regalo y dote del guerrero cuando la abrió la puerta de su jáula de oro en premio de sus cantares, clavó sobre el aire leve el brazo incontrastable del verdugo.

No en balde decia Pónos á su protegido que en la encantada isla de Gé todo se relacionaba, y ni el gilguero modulaba sus dulces trinos en la jáula ó en el campo, ni el sol pintaba las nubes sino para un fin grande, paternal, benéfico.

CAPÍTULO XXII.

De todas veras protestamos contra cualquier gesto de incredulidad por parte de quien nos leyere. En nuestro afan por embellecer las locas extravagancias de los próceres de Gé, léjos de añadir atenuamos. Nuestro cuento es como la quinta esencia, ó cosa así, de los vastísimos anales de aquella remota isla, y si algun lector quisiere cerciorarse de nuestra fidelidad, dedique toda su existencia á escudriñar al menudeo el catálogo de las insensateces y locuras (insigne muestra del libérrimo albedrío de sus habitantés), y se convencerá, no sólo de nuestra buena fé, sino de la ineptitud de aquella gente para progresar por sí sin el auxilio de Pónos y tambien de la existencia de ciertas leyes de armonía entre lo material, la idea y las costumbres.

No pretendemos, por lo tanto, ni nunca pretender podríamos, abusar á nuestro buen sabor de la longanimidad ajena, por cuyo miramiento entresacamos al azár un ejemplo entre cien mil, conservando de él únicamente aquellos toques, sombras y perfiles pertinentes al boceto que trazamos.

Tan luego como la virtud de la presea de Gina detuvo el golpe tremebundo y decisivo salvando al mártir y á su protectora, el gigante se aplacó algun poco, puso á la hija de Pónos bajo la custodia de sus fieles guardas y mandó atender al hombre para no exasperar á la mujer.

Cuando el herido se vió solo sobre un brazado de paja, comenzó á cavilar y su buen génio le acudió.

—Ánimo, buen Ántropos—le dijo Pónos poniéndole la mano sobre la frente.—Bien has trabajado, bien. Vengan ahora á negar la importancia de los movimientos del corazon, la fuerza incontrastable del sentimiento sobre cuanto nos atañe é interesa. La prueba ha sido ruda, pero algun dia triunfaremos.

—Me es indiferente—contestó Ántropos.—Á pesar de todas tus enseñanzas, esta tierra es de maldicion y no hay remedio. Tu hija misma lo dice: su reino no es de este mundo. Ella misma fia toda su esperanza para despues de la muerte.

—No te dejes abatir. Has escapado de este peligro extraordinario y escaparás de los demás. Tus obras, sólo tus obras descorrerán el velo de mi hija. Acabas de ver cuánta es la fuerza de su luz y hasta qué punto nos amparará algun dia. Sigamos, pues, trabajando para conseguir tu definitiva redencion.

—No quiero, Pónos, y aunque quisiera, no puedo. Todo ha concluido para mí. La isla es morada de maldicion, y si me resigno á vivir, será arrastrándome cual vil gusano. Mi esperanza está en la nada, mi salvacion en la muerte.

El buen génio se aterró al persuadirse del estado de ánimo de su protegido, y hasta lamentó en su fuero interno las palabras de su hija. Comprendió,

sin embargo, la necesidad de redoblar sus esfuerzos á fin de convencer al hombre, y acudió al tesoro inagotable de sus dulcísimos consuelos para infundirle, sino entusiasmo, resignacion. Merced á aquellos consuelos, el esclavo tomó momentáneamente aliento. Pónos entonces curó las heridas, restañó la sangre, empleó los remedios salutíferos que en ocasiones mil anteriormente salvaron al esclavo, y cuando le contempló más tranquilo y animoso, le dijo con su tono siempre afable:

—Ahora, mi querido amigo, á cuidarte un par de dias y á recuperar la salud del cuerpo y la energía del espíritu. Ya oiste la buena nueva: ¡bienaventurados los que padecen! ¡bienaventurados los últimos, porque ellos serán los primeros!. Se acerca el dia de la igualdad, se acerca el dia del amor.

—Déjame, Pónos, deja mi cuerpo en la inércia; no vale siquiera el trabajo de curarle; aquí reina el mal; despues de tanta fatiga, sólo contemplamos la hedionda tiranía de la fuerza. El mal irá en aumento y la isla habrá de perecer. Para mí, el fin de todo está muy cerca. Abandono, pues, este guiñapo carnal y sólo pienso en salvar al Ántropos invisible. Esta es mi única creencia. Creo en el mal y en el pecado; aborrezco la tierra, soy creyente.

—¿Y tu mujer?. ¿Y tus hijos?—le preguntó Pónos para conmoverle.—Siquiera sea por esos séres queridos, ¿no has de hacer por desencantar á mi hija?

—El verdadero creyente—replicó el hombre con acento de la más profunda conviccion—no tiene padre, ni madre, ni mujer, ni hijos, ni pátria, y si la tiene, no es aquí.

—Pero eso, mi querido Ántropos, es el más bestial y repugnante de todos los egcismos.

—Y yo creo que es la misma santidad. Quien no desprecia pátria, riqueza, saber, lazos, afectos, no es bueno, ni se salvará. La pátria, es un mito; la riqueza, robo; la ciencia, vanidad; las relaciones, engaños; pecado y perdicion, los dulces pero engañosos sentimientos.

—¡Cielos!—exclamó Pónos.—¡Qué caida! ¡Qué catástrofe!. Si eso que dices fuera cierto, si pudieras tú realizar ó llegasen á realizar tus semejantes la reaccion violenta de tus actuales pensamientos, sería una gran catástrofe y el atentado más sacrílego contra la misma creacion. Afortunadamente, tus exajeraciones son hijas de ese ritmo inevitable en todo movimiento; es la reaccion enorme contra enormes abominaciones. No hay pátria, porque no hay derecho y porque reina la arbitrariedad en todas partes; se confunde la riqueza con el robo, porque mis máximas no se conocen y se ignora la santa legitimidad de los bienes del trabajo; es vanidad el saber, porque en vez de estudiar las sábias leyes de la isla, se imaginan los espíritus soberbios, que pueden conculcarlas todas, y en fin, las relaciones son peores que de fieras, pecaminosos los afectos, por haber quebrantado la pasion el equilibrio providencial y porque Dinamion con sus próceres, y Seuda con sus acólitos, han corrompido la fuente de toda virtud: el misterioso sentimiento. Vuelve en tí, Ántropos, vuelve valeroso en tí. No te acobardes ante un accidente pasajero, ten paciencia, ten constancia; la isla no está abandonada, y su autor no la hizo para valle de lágrimas y espiacion. Quien la creó y te creó vela sobre su obra de contínuo, porque al darla ley s inmutables, se las dió de una vez como cumplc á quien no tiene pa-

sado ni futuro, como cumple á aquél para quien todo tiempo se encierra en el presente.

—¿Y de qué sirven esas leyes cuando no hay medio de saberlas?—preguntó Ántropos.

—El medio—siguió diciendo el génio—es trabajar y luchar. Con ello se descorrerá el velo de mi hija, y cada rayo de su luz te descubrirá una ley.

—Pues la experiencia no lo prueba. Hasta sus palabras son contradictorias.

—Explícate; tú me alarmas y temo por tu razon. ¿Estarías loco como todos los demás?

—¿No me anuncia la igualdad con el amor?

—Así es—contestó Pónos.

—Pues bien; ¿por qué me dice que el último será el primero?. ¿Qué igualdad es esa en donde hay primeros y últimos?

—¡Válame Teo! y cuánta ceguedad—exclamó Pónos.—Escucha y no blasfemes. Siempre hubo séres desiguales ó dotados muy desigualmente. Ha habido, hay y habrá siempre débiles y fuertes, simples y astutos, torpes y perspicaces. Sin estas necesarias diferencias, ni habria movimiento ni armonía; pero hasta aquí, los fuertes, los avisados, los previsores, usurparon todos los derechos y repudiaron todos los deberes. Pues bien: Alecia te anuncia no una igualdad imposible para dar al simple ciencia y al raquítico pujanza, sino otra igualdad más sublime establecida sobre la abnegacion y la justicia. Te anuncia que en dia no lejano el débil tendrá derecho al respeto y el fuerte el deber de respetarle; que el simple tendrá derecho á la enseñanza y el sábio deberes muy estrechos para enseñar á los demás. Así se trocarán los papeles: los últimos adquirirán derechos y serán los primeros ante la ley moral, y los

primeros habrán de ser los últimos, porque sobre ellos pesarán ineludibles deberes.

—Sueños, Pónos, ilusiones. Yo juzgo por la realidad. Mi corazon está abatido; mi voluntad está indignada. El recuerdo de la cruz subleva todo mi sér. Voy á tomarla como el símbolo de todos mis padecimientos, como el signo de la ignominia y crueldad de mis tiranos. Haré una cruz de madera que llevaré sobre el pecho, y cuando pretendas que trabaje ó cuando Alecia quiera seducirme, la sacaré y la contemplaré. Á su sola vista recordaré mis sufrimientos y despreciaré todo lo de esta tierra, en donde no hay sino pecado, error y vanidad. Haré más todavía: haré cruces y más cruces, se las daré á mi mujer y á mis hijos, las clavaré en todas partes, para que todos, ante el símbolo de mi ignominia y de mi afrenta, renieguen de tí y de tu hija y sólo confien en la muerte.

Todos los esfuerzos del buen génio fueron perfectamente inútiles, y viendo que persistia en su terrible determinacion, calló ante el imperioso mandato de su protegido y salió en busca de su hija.

Entre tanto, Dinamion y Seuda se sentian preocupados hondamente. Las últimas extraordinarias novedades traian revuelto al vacilante imperio, y era preciso restablecer la calma. Seuda decia á su Señor:

—Esa impostora es un peligro; su luz y su palabra bastan para trastornar la isla. Su ejemplo es pernicioso, por todo estilo pernicioso. No sólo desprecia mi saber y mi virtud, sino que reta tu poder, tu fuerza, tu autoridad. ¿Qué seria del órden si cundieran sus doctrinas?. Ataca los fundamentos mismísimos de toda sociedad, de toda disciplina.

Debemos desautorizarla, y desautorizarla antes y con antes para borrar la impresion producida en los esclavos y los próceres. Un medio se me ocurre para envilecerla de una vèz y entretener á nuestro pueblo. Hagámosla bajar al circo, ábranse las jáulas de las fieras y así concluiremos con nuestra enemiga, y nuestros amigos se tranquilizarán gozando del espectáculo más grande y más de tu gusto. El atrevimiento es digno de tu divina omnipotencia.

El averno parecia inspirar aquel suplicio diabólico á la vieja astuta y rencorosa. Dinamion, pronto siempre á premiar con los primeros cargos y franquicias á los inventores de un manjar, de un vicio ó de un tormento, escuchó aquella proposicion con mucho agrado, esperando entretener su mortal fastidio con aquel pasatiempo sin precedente.

—Por quien soy, que nadie puede igualar tu travesura—prorrumpió al oirla —¡Sublime ocurrencia!. Mereces una corona. Mira si el esclavo puede trabajar y hazle preparar la fiesta.

Varios dias, sin embargo, hubieron de esperar los habitantes de las Siete Colinas antes de gozar del espectáculo, cuyo solo anuncio alborotó al imperio. Fueron indispensables para el restablecimiento de Ántropos y para los grandes preparativos de fiesta tan inaudita. La noticia de que la hija de Pónos iba á ser despedazada por las fieras, y esto en presencia de la egregia plebe y esto en el inmenso coliseo, llenó á los corazones de esperanza.

Para Pónos fueron aquellos cuantos dias de una angustia indescriptible. No paró un solo instante hasta sorprender la vigilancia de los guardas y conversar con su hija.

—¿Sabes ya tu cruel sentencia?—la preguntó con el acento del dolor.

—La supongo—contestó Alecia tranquila.

—¿Y qué haremos?

—Tener fé.

—Buenos estamos para tener fé—exclamó el génio atribulado.—Mi protegido se subleva en virtud de su libre albedrío, de ese obstáculo contínuo á mi mision y mis esfuerzos, de esa rémora constante al cumplimiento de la ley. Un desaliento mortal se apoderó de su sér, y reniega de la isla y de sus leyes, de mis consejos y de tí. Como símbolo de su desesperada postracion, hace cruces y más cruces con el fin de recordar sus agravios, avivar su ódio contra mí y no fiar sino en la muerte.

—Es natural, padre mio—contestó Alecia impasible.—El espectáculo del imperio de las Siete Colinas no es para inspirar confianza en las cosas de esta tierra. ¿Cómo exigir á criaturas débiles, timoratas, míopes, fé en el mal como medio de alcanzar el bien, ni hacerles comprender cómo del fango nacen flores bellas y aromáticas?.

—¿Luego tú crees que no todo está perdido?—preguntó el génio con ansiedad á su hija.

—Tan lejos pudiera yo creer eso cuanto la redencion, hoy más que nunca, se acerca.

—¿Y quién nos ha de amparar en este general desquiciamiento?

—Seuda—contestó nuestra enlutada.

—¡Seuda!—exclamó Pónos con asombro.—¿Qué dices, hija mia?. ¿Pierdes el juicio tambien tú?

—Nada de eso, padre mio. Escucha y da ejemplo de verdadera fé. Cada cual en esta isla desempeña su papel, y á Seuda le va á tocar su turno. Sin que

ella misma se dé cuenta, su instinto por dominar la hará usurpar la direccion, y durante más ó ménos tiempo dirigirá los destinos de la isla. Ella sola puede adaptar los medios á los fines, y por cierto tiempo se creerá soberana. ¡Vana ilusion!. Será, como todos, instrumento y nada más de progreso y desarrollo; obedecerá las leyes inquebrantables, servirá á una voluntad cuyo orígen sólo tú conoces, y cuando haya dado aliento, inspirado una fé ciega al hombre y á su familia, seguirá pidiéndoles nuevos prodigios para descorrer mi velo, y mi luz quemará las vendas puestas por ella sobre sus ojos. Vuelve, pues, al lado de Ántropos, vuelve á dirigirle y animarle; es débil, te obedecerá, y la obra encomendada á tu custodia seguirá su curso.

—Tus palabras me devuelven la por un instante perdida confianza. Corro al lado de mis protegidos, y nunca más desmayaré. ¡Cómo pude dudar de mi mision y de esta vara encantada!. ¿Nos volveremos á ver?. ¿Qué será de tí?. ¿Cuáles serán tus martirios?

—Sean los que fueren, se estrellarán en mi resolucion.

—¿Puedo auxiliarte en este trance?

—Puedes aprovechar la ocasion en beneficio de los futuros progresos.

—¿Cómo?

—Trayéndome una cruz de esas de palo, fabricadas por el hombre. Cuando nuestros verdugos vean lo que á la fuerza ha de suceder, quiero que lo vean con un signo material, fácil, inequívoco, y así atribuirán al amuleto los resultados de causas superiores á su comprension. Á cada uno su lenguaje: para encaminar hácia el bien á nuestros perseguidores,

procuremos subyugarles, hoy por hoy, por los únicos medios á cuya impresion responden: por las groseras y sensuales impresiones. Dos palos cruzados se verán mucho mejor que las crespas de mi luz.

Tales fueron las últimas palabras de Alecia en aquella célebre ocasion. Su padre la obedeció, y desde entonces se dedicó con ahinco á reanimar y sostener la actividad de Ántropos y los suyos, para irles dando algun apego á la vida y á las cosas de este mundo.

Apenas pudo Ántropos tenerse en pié, cuando se le obligó á disponer el circo, encerrar y alimentar un número prodigioso de tigres y leones, de cocodrilos y serpientes, pues Seuda estaba decidida á que su víctima no se salvara por mucha que fuese su virtud. Tales cosas pidió el gigante, instigado por la bruja, que apenas se concibe la manera de realizarlas; pero el ingénio de Pónos era perspicaz, ilimitado el poder de su vara mágica, y dirigiendo y animando á sus protegidos, ninguna de las exigencias dejó de hacerse puntualmente. La más difícil de todas era la caza y el manejo de las fieras, y para probar la nimia y puntual exactitud de nuestras aseveraciones, diremos, por vía de ejemplo, el ardid aconsejado por el génio y puesto en práctica por una multitud de esclavos. Cavaban éstos en medio de los bosques una fosa profunda y circular, y dejaban en el centro de la misma una columna de tierra; sobre la parte superior de este mojon ó columna ataban ovejas y carneros, cuyos balidos atraian á las hienas, tigres y leones, los cuales rondaban primero en derredor de la trampa y fascinados á la postre por el hambre, saltaban dentro de la fosa y caian en poder del cazador.

Inútil es decir aquí que Ántropos obedecia á su génio de mala gana y á la fuerza. De cuando en cuando sacaba la cruz de palo que llevaba oculta sobre el pecho, y renovaba su propósito de negarse á trabajar; empero el sentimiento natural de la propia conservacion y los halagos de Pónos le obligaban á ceder, aplazando de dia en dia sus conatos de desobediencia y el instante de su sublevacion definitiva. Por otra parte, si él se negaba á trabajar en un momento dado, el gigante y la bruja ordenaban que lo hiciesen Ándros ó Gina, ó Melanio ó cualquiera de los innumerables esclavos, y de una manera ú otra lo necesario se hacia.

Con el fausto y la pompa de costumbre dispúsose el dios monarca para salir al coliseo, cuando todo estuvo preparado y de todas partes acudian presurosos los esquilmadores de la isla. En rededor del inmenso anfiteatro, todo fué entonces animacion y vida. Aquel edificio colosal, si se hubiese contemplado á vuelo de ave, habria parecido un canastillo repleto, abandonado en medio de los campos, y las comparsas de próceres, largas hileras de hormigas que, habiendo descubierto allí alguna abundante troj, acudian solícitas y presurosas, y penetraban en él por los cien huecos ó entradas de su admirable entretejido.

Las gradas y andanadas se cubrieron de curiosos, y el murmullo de la prévia espectacion se oia á cierta distancia cual el rodar incesante de la mar sobre una playa pedregosa.

El golpe de vista así exterior como interior del coliseo era á la verdad magnífico. Perdónesenos si no podemos resistir al deseo de dar, para bosquejarle, cuatro torpes pinceladas.

La planta del edificio, de figura elíptica, podia contener cómodamente más de cien mil espectadores. Por fuera, cuatro arcadas de mármoles se elevaban hasta prodigiosa altura, y una estátua de alabastro ó bronce ocupaba cada nicho. El número de arcos, de pilastras, de columnas, de perfiles y de adornos; su concierto, su elegancia, suspendian á la imaginacion más soñadora, porque imposible era soñar con monumento más grandioso, ni concebir siquiera cómo podia ser producto de séres tan flacos, tan ruines, tan diminutos.

Por dentro la sorpresa y admiracion crecian. Los mármoles, los alabastros, el cristal, las ágatas, el oro y el marfil, se veian profusamente por do quier, así en los muros como por los suelos, lo mismo en bóvedas que en palcos. Ochenta gradas de tan preciosas materias se tendian en anfiteatro en rededor de la arena, y para que la luz no molestase á la exigente muchedumbre, habia un toldo ó velario de finísima grana, toda recamada de oro, suspendido sobre la rica gradería.

La arena para las luchas y combates estaba tan bien dispuesta y construida, que ya representaba, con extraordinaria propiedad, jardines y selvas regadas por frescos y vistosos surtidores, ya se inundaba como por encanto y transformábase en mar, sobre cuyo terso espejo buscaba Dinamion treguas á su mortal fastidio, convirtiéndose en pescador de cocodrilos ó remedando batallas navales ó naumaquias.

Cien mil espectadores, con las más variadas cataduras, esperaban, pues, el dia señalado en muy ruidosa ansiedad y vocinglera impaciencia, la llegada de su Señor. Al cabo de mucho tiempo éste se

presentó debajo de suntuoso sólio, arrastrando un manto como la nieve con bordados aúreos y ostentando una corona de roble y de laurel con bellotas y cintillos del susodicho metal. Un silencio respetuoso é imponente sucedió por un momento á la confusa gritería. Dinamion dió la señal para que principiase la funcion, y Alecia apareció en medio del anfiteatro.

Era costumbre de aquel pueblo indómito y audaz, saludar la aparicion de las víctimas con voces y gritería: aquella vez quisieron gritar, pero la voz se les detuvo en la garganta.

La hija de Pónos se adelantó serena y majestuosa hasta el comedio del circo, y allí tomó la actitud de quien espera con una tranquilidad casi casi indiferente. Su apostura, su traje de suprema sencillez, y sobre todo, la misteriosa luz que derramaba por el suelo impuso á la muchedumbre.

Llevaba en la mano derecha, colgante y á la vista, una tosca cruz de palo.

Los espectadores se fijaron en aquella cruz y aguardaron la salida de las fieras con ansiedad indefinible.

Abriéronse por fin las jaulas y salieron un par de tigres, sueltos, ágiles, feroces y sobre todo muy hambrientos. Cuando repararon en Alecia cada uno se retiró cauteloso hácia un extremo del circo, bajaron ambos las quijadas sobre los tendidos brazos, pegaron la barriga en tierra, y con los ojos centellantes en su víctima se relamieron las barbas y agitaron pausadamente las colas. Siempre que dejaban de percibir movimiento en la infeliz esclava, íbanse arrastrando sin el más pequeño ruido: luego, si por acaso se movia, parábanse de repente y tor-

naban á su acecho. De esta guisa se colocaron ambas fieras á distancia de un mediano salto. Entonces se les vió concentrar las fuerzas, recoger el aliento, afirmar las cuatro patas y como calcular con sus palpitaciones sobre qué parte de la víctima caerian.

Durante aquellos brevísimos instantes no habia un solo corazon sin latir con violencia ni á uno sólo de los espectadores dejó de parecer cada minuto un siglo.

Tras una pausa de emocion indescriptible, las fieras se decidieron y se las vió casi lanzarse en el salto. Entonces Alecia, sin perder su majestuosa calma, dió un paso atrás, y con voz incomparable, y señalando con la cruz al suelo, dijo:

—¡Acá!

Los espectadores vieron claramente que Alecia, al señalar al suelo, señalaba con la cruz.

Los tigres destendieron los músculos, cerraron los ojos, y mansa y temerosamente llegaron hasta los piés de la víctima, y sobre ellos descansaron sus cabezas.

El primer grito de la plebe fué unánime de alegría, pero muy luego se sobrepusieron sus sanguinarias pasiones á todo movimiento noble.

—¡Leones! ¡más tigres! ¡hienas! ¡panteras! ¡elefantes!—gritaba desaforadamente en estruendoso desconcierto.

—Que salga Melanio—decia el uno.—Que salga á degollar á esos tigres por cobardes.

—Soltar el agua—vociferaban otros.—Que sean pasto de nuestros cocodrilos.

El gigante, para complacer á la plebe (allí sólo soberana), mandó abrir todos los antros á la vez, y

el circo comenzó á inundarse con seiscientos leones, tigres, lobos, elefantes, panteras y cocodrilos.

Por un movimiento instintivo Alecia retrocedió.

Las fieras—hambrientas todas—husmearon al salir la víctima y avanzaron en tropel.

Antes de llegar donde estaba la hija de Pónos apareció en la arena Télia la vestal, y detrás de Télia uno y otro coro de doncellas y matronas, con todos los trajes del imperio, con cruces sobre los trajes y con palmas en las manos. Adelantáronse como se adelanta la marea, se esparcieron á uno y otro lado, interponiéndose entre las fieras y Alecia, é impávidas formaron con sus senos una muralla de carne.

Los tigres, los leones, se cebaron en aquellos cuerpos de hermosura y en aquellos valientes corazones, y un silencio de ansiedad reinaba en el anfiteatro, cuando entró Fobo por las gradas, llegóse sin parar á Dinamion, y casi sin aliento le dijo en voz que todo el mundo pudo oir:

—¡Señor, fuerte y delicioso!. Ve cómo abandona pronto tu divinidad los ócios placenteros del regalado circo, y se encierra sin demora en tu castillo. Desde las montañas por donde sale el sol; desde las selvas que nos envian los hielos y las nieves, avanzan innumerables gigantes más altos que tu divinidad, aunque de modo alguno más ilustres ni más fuertes. Sus clavas y sus frámeas infunden pavor y espanto; degüellan y destruyen, y no se ven hartos de botin y sangre. Vienen á paso de gigante: si tu divinidad omnipotente se descuida pudieran darla un mal rato. No huyas, majestad divina. ¡Oh, eso no! Pero retírate y enciérrate.

Un grito de pavor, unánime, lastimero, inter-

rumpió al buen enano, y tras aquel grito siguióse la confusion más espantosa. Los sesenta y cuatro vomitorios del grandioso coliseo apenas si podian dar salida á aquella multitud sanguinaria y cruel cuanto cobarde. Hubo muchos curiosos contusos, y uno jóven y endeblizo quedó pegado contra un arco cual pellejo de alimaña. El gigante terció la régia vestidura y se dió á correr como el primero, mientras Fobo, aflojando riendas á su mal intencionada propension, fué poniendo á cada cual un par de sus antiparras. Gracias á ellas, no faltó quien se agazapase en medio de un matorral y allí pasara la noche, porque ya veia las frámeas de los gigantes encima de su mismísimo bulto.

En desordenada y vergonzosa fuga llegaron los fugitivos al puente levadizo, y allí fueron los aprietos. Por dos ó tres veces se oyó crugir la madera como amenazando precipitar dentro del foso á una buena parte de aquella ciega y desatentada gente.

Los primeros que penetraron en la fortaleza hubieran cerrado sus puertas de muy buena gana; mas no pudieron verificarlo por causa del gentío mismo. Su prisa por encerrarse fué tanta, sin embargo, que cogieron entre las dos hojas el rabo al último de los vestiglos—no otro sino el famoso Eidolatros—y prefirieron cortársele á descorrer los cerrojos.

Entre tanto el sol se habia puesto, y las sombras de la noche comenzaban á envolver los llanos cuando la gente duendil subió en tropel á los muros para ver si aparecia el enemigo. No un bárbaro ni dos, sino más de dos docenas llegaron antes de cerrar la oscuridad hasta los fosos del castillo, y viendo que no podian penetrar en su recinto, denosta-

ron audazmente al cobarde y afeminado Dinamion, y se pusieron á talar campos, incendiar bosques, destruir huertas y edificios, convirtiendo en polvo y en pavesas las termas monumentales, los anfiteatros y las maravillas.

Durante toda la noche se vió en las Siete Colinas, á la luz de las hogueras del incendio.

CAPÍTULO XXIII.

No hay duda; las cosas de este mundo se ven con el auxilio de dos luces: la una, esa clara luz del sol que las destaca é ilumina; la otra, esta luz interna de nuestra alma, cuya vacilante y tornadiza claridad así las engalana y hermosea cuando resplandece, como las cubre de un crespon si se anubla y se encapota.

Allá en la isla de Gé, sucedia como por acá, hasta el punto de creer todos que cada cosa era en sí idéntica á los reflejos, imágenes ó fantasmas dibujados por los rayos de su interna percepcion sobre la bruma engañadora de su agitada conciencia.

Tan explendoroso salió el sol á la mañana siguiente de la llegada de los bárbaros como cualquier otro dia, y sin embargo, todo le pareció sombrío á Dinamion, todo era triste para sus vasallos, porque miraban los risueños campos y veian el azul del cielo al través de su pavorosa angustia.

Temblando como mujerzuelas contemplaron aquellos insolentes tiranuelos de la isla el saqueo de sus templos, la profanacion de sus altares, la quema de

los bosques, la tala de los jardines, el destrozo de los mármoles, la mutilacion de las estátuas, la ruina, en fin, y destruccion de cuanto tenian por grande, monumental y bello. Sin valor, sin esperanza, creian llegado el fin del mundo. Hemos dicho mal; aún les quedaba un valor, pero un valor negativo. Sus vicios, su depravacion, no habian logrado borrar las condiciones de la fiera, pero la habian transfigurado. La accion contínua, inevitable de los viciados sentimientos y de las falsas ideas sobre aquellos organismos, habian rebajado el valor activo, ansioso de vivir y de luchar, enérgico ante el obstáculo, indomable ante el peligro, en ese otro mal llamado estóico desprecio de la muerte, cuyo mérito consiste en esquivar el dolor cobardemente. Todavía se creian héroes aquellos dominadores, porque se sentian dispuestos á todas horas á partirse el corazon con una espada ó á abrirse las venas en un baño perfumado y tíbio.

Y áun estos valientes de pega eran poco numerosos, pues los más, buscaban en su degradacion los medios de congraciarse con los vencedores. Trasgo hubo que salió del castillo antes del alba para venderse por espía.

Al oir hablar de suicidio á Dinamion, Seuda le tuvo por caido; le miró con menosprecio y desde aquel punto y hora comenzó á compaginar nuevos engaños y embustes para embaucar á los bárbaros. Al fin y al cabo, la cosa era igual para ella: ser favorita ó consejera de Dinamion, ó serlo de gigantes bárbaros, pero triunfadores, era ser favorita al fin. La bruja obró desde entonces con diplomácia singular para caer en blando como siempre.

Los únicos que acudieron al peligro, fueron Án-

tropos y los suyos. Á la cabeza de innumerables esclavos, reforzó el obrero las murallas y las torres, ahondó y desbrozó el foso, limpió y bruñó armas, previno proyectiles y bastimentos, repasó las máquinas, y en suma, malgastó una cantidad inmensa de trabajo ruinoso, cuyo único resultado fué aplazar el inminente desenlace. El apuro era mayúsculo, y para Ántropos no hubo descanso ni vagar. Hasta la loca y las vestales hubieron de cortarse la rozagante cabellera para hacer las cuerdas de los arcos.

Entre tanto seguia la desolacion por fuera, y Ándros, sorprendido en las faenas agrícolas sin poder guarecerse en el castillo, sufria toda la pesadumbre de la guerra como la sufre en todo tiempo el pobre labrador en sus abiertos y no guardados campos, teatro principal de los insultos y vejaciones de esos héroes, hijos mimados de la gloria, aunque azotes de la tierra. Los bárbaros parecian no tener otro objeto sino el destruir. Eran ásperos y rudos, despreciaban el regalo, ni comprendian ni estimaban las bellas obras de las artes, y hasta tenian en ménos al agricultor, porque miraban como su principal tesoro á sus innumerables ganados, para los cuales preferian buenos pastos y abundante yerba. ¿Cómo extrañar que la hiciesen crecer sobre las ruinas de palacios y las cenizas de los monumentos?. ¿Cómo pedir respeto para con los prodigios arquitectónicos á quienes se cobijaron desde la cuna bajo la bóveda del cielo?. ¿De qué podian servir los templos y las aras á aquéllos cuyo culto consistia en clavar una espada en tierra y orar ó batallar en derredor?. Los vasos cincelados, los tallados muebles, estaban demás para hordas sin necesidades y

sin vicios. Comian carne, y esto casi cruda, porque sostenia y aumentaba su pujanza; bebian allá en su tierra célia y otras bebidas fermentadas, vinos aquí, porque les daban coraje; pero en cuanto á lo demás, eran tan sóbrios, castos, sencillos é independientes, como Dinamion habia degenerado en lúbrico, gloton y pérfido.

Muchos dias y muchas noches se pasaron dentro del Castillo de las Siete Colinas en idear trazas y argucias, en cavilar y negociar en vez de pelear como antaño. La bruja en aquellas lides cobraba grande ascendiente. Quiso imponer al enemigo con la invencion de la corona de oro cuajada de pedrería, con la púrpura y el cetro y el anillo, con la pompa y el boato de ceremonia pueril (1); procuró contentarle con la oferta de alguna parte del imperio; se desvivió por enfrenarles hablándoles de sus dioses; mas la fuerza de las cosas daban al traste con sus ardides y sus trampantojos, porque los bárbaros tenian el sentimiento de su fuerza y mal podian admitir nada cual gracia, cuando todo era ó podia ser suyo.

La situacion se hacia insostenible, y Dinamion, á pesar de su soberbia, pensó en entablar negociaciones definitivas y directas con los bárbaros. Seuda aprobó el pensamiento, pues de este modo podria acercarse al vencedor, estudiar su índole de cerca y poner los puntos para dominarle. Tenia gran confianza en su cháchara, y su travesura y singular aficion á los amaños de la diplomacia. Brindóse, pues, expontáneamente á servir de embajadora, y dispuso una brillante comitiva ó embajada, toda de

(1) Diocleciano.

artificio y relumbron. Todo en ella era fastuosidad y bambolla, todo colores y colorines.

Á la cabeza iba Alazona y detrás un sinnúmero de trasgos cubiertos con joyas y telas de mucho brillo. Ella caminaba majestuosamente en medio de la lucida ó más bien luciente compañía, y dos de sus acólitos la llevaban graves y erguidos la cola, porque encima de su manto de las cien caretas cuidó de colgarse otro amplísimo y lujoso, aunque á decir verdad—y segun hemos indicado anteriormente—sin lograr tapar aquél.

Así salieron á campaña rasa por el puente levadizo y así se adelantaron en direccion al campamento, ó más bien rancho de los bárbaros. Felizmente para la bruja y su embajada, uno de los gigantes más mozos é inespertos estaba de centinela entre los carros ó carretas apiñadas en derredor del campamento á guisa de valladar. Cuando vió venir la comitiva, comenzó á dar voces á los demás, diciéndoles:

—Allí viene la vieja; la consejera de Dinamion; la embaucadora de siempre. Preparémonos para algun engaño nuevo.

Como los pulmones de aquel mozo eran descomunales, sus voces llegaron hasta los oidos de la embajadora, la cual fingiendo componerse el manto se detuvo. La comitiva se apercibió de su turbacion y vió á los enemigos ponerse en pié, empuñar sus frámeas y disponerse á recibirla con ademanes ni tranquilizadores, ni pacíficos. Estando así, alguien gritó: *¡Que vienen!* (sospechamos que este alguien debió ser Fobo) y esto bastó para olvidar gravedades y comedimientos, y embajadora, séquito y acólitos volvieron las espaldas, soltaron mantos y dijes

para aligerarse en lo posible, y partieron á todo correr hácia el castillo dándose con los talones en alguna parte. Allí era de ver la frenética carrera; allí observar los lábios trémulos, las miradas de terror ó espanto, lo tendido de los cuellos, tal menudear de piés ó de pezuñas. ¡Y todo con detrimento del ceremonial tan sábiamente concertado, y todo sin respetar preeminencias, sin guardar las sublimes formalidades de la formal ceremonia, sin sujetarse á las máximas profundas de la etiqueta diplomática!. El primero era el más ágil de piernas; el último quien por más torpe se quedaba atrás. Todos perdieron la cabeza, todos, ménos Fobo. Entretúvose en regalar á cada cual un par de sus antiparras, y se gozó, como otras tantas veces se ha gozado en poner de relieve la inopia y la vanidad que encubren en ocasiones lo majestuoso del talante, la hueca prosopeya, los símbolos y el formalismo.

Llegaron los fugitivos al foso, y ni el foso los detuvo: los primeros se tiraron dentro del negro fango bravamente; tras ellos rodaron los demás. Figúrense nuestros lectores cómo se pondrian todos.

Hubo necesidad de sacarles uno á uno con pértigas y con ganchos como quien pesca una anguila. Cada ascension era saludada por la risa hasta del mismo Dinamion, y cuando pisaron como de perlas los muros, el maligno regocijo de la tropa duendil y maleante (sin quitarse índice y pulgar de la nariz) les disparó en voz gangosa andanadas y descargas de soeces, atrevidos chistes.

Al verse en seguridad, Seuda recobró la calma y aunque la ilustre embajada chorreaba tinta y trascendia á todo ménos á benjuí y á liquidámbar, for-

mó otra vez el cortejo con arreglo á reglas etiqueteras, y sin arredrarse ni correrse se dirigió á Dinamion y le dió cuenta, en estilo altisonante, de su embajada, sus mil terribles peripecias y sus preclaros servicios.

Breves instantes despues, los bárbaros rodeaban al Castillo de las Siete Colinas é intimaban á sus pobladores la rendicion incondicional del mismo. Era preciso, indispensable salir á tratar con ellos. Dinamion lo dijo así; pero nadie, absolutamente nadie, se presentó, como antaño, á pretender encargo tan honorífico. Ofreció premios y recompensas, prometió hasta la apoteosis en el caso de morir en la demanda. Todo fué inútil: Seuda y sus acólitos, los trasgos y los próceres se habian vuelto de pronto tan modestos, que renunciaron espontáneamente á la inmortalidad.

Viendo Dinamion la ineficacia de sus ofrecimientos y sus súplicas andaba de plaza en calle exponiendo el caso y reiterando la necesidad de entenderse con los enemigos, áun arriesgando la vida, por el pró comun.

—¿Es posible?—exclamaba en tono lastimero el atribulado Dinamion.—¿No hay entre vosotros ¡oh, tropa fementida, vil y miserable! quien corra este peligro para salvar al imperio?

—Yo lo intentaré—dijo Alecia en tono plácido apareciendo de pronto.

—¡Cómo!—exclamó el gigante limpiándose las pestañas.—¿Tú?. ¡Tú morir por nosotros!. ¡El martir del coliseo!. ¡La víctima sacrificándose para salvar á sus verdugos!

—¡Es tan dulce perdonar!. Todo eso está perdonado—respondió la hija de Pónos.

—Me admira verte y oirte—prosiguió el gigante.—Creia haberte exterminado en el anfiteatro. ¿Quién te salvó?

—Las mujeres, dando su vida por mi luz.

—¿Y Télia?

—La salvé como ella me salvó á mí.

—¿Dónde has estado?. ¿De dónde sales?

—Me retiré á las catacumbas y allí esperé la ocasion para vengarme de tí. Me quiero vengar salvándote.

Dinamion y el concurso entero, ménos Seuda, bajaron de rubor los ojos. Las circunstancias eran, sin embargo, críticas; el peligro arreciaba, y forzoso fué aceptar los servicios de la generosa Alecia. Encomendáronla la delicada mision y salió sola sin boato, dejando á todos sorprendidos y regocijada á Seuda, pues creyó firmemente aquella vez verse libre de su rival.

No sucedió así, empero Alecia se adelantó hasta penetrar en el campamento de los bárbaros, y les dijo con su humildad de costumbre:

—¡Salve, queridos hermanos!, la paz sea con vosotros.

Los bárbaros bajaron los aceros.

—¿Quién eres?—la preguntaron.

—Alecia, la hija de Pónos—replicó ella.

—Seas bien venida—exclamaron todos á la vez.—Tu buena fama llegó hace tiempo á nuestros bosques. Sabemos cómo luchas con la bruja y nosotros aborrecemos la esclavitud, rendimos culto á la libertad de cada cual. Por eso nos proponemos arrasar el imperio de las Siete Colinas, para someter la isla al dominio de los hombres libres de las selvas.

—¿Y qué ganareis destruyendo las maravillas del

trabajo?. Harto castigados están con sus vicios y pasiones el altivo Dinamion, la astuta consejera y su malhadado pueblo. La generosidad es el perfume del valor, y vosotros sois valientes.

Por este estilo fué la sábia hija de Pónos templando la ferocidad de aquellos bárbaros, los cuales se sintieron desde luego subyugados por las amables virtudes de la esclava. De comun acuerdo se convino que los gigantes, para satisfacer su amor propio de guerreros y la quisquillosa susceptibilidad de lo que ellos llamaban su honra, penetrarian dentro del castillo en prueba de que se los consideraba como vencedores; pero únicamente para sentarse á la mesa de Dinamion, el cual les ofreceria con este especial objeto un opíparo banquete. Despues habian de volverse al campamento reconociendo á su enemigo como Señor del alcázar y de dos jornadas á la redonda; pero esto á condicion de que arrojara de su lado á Seuda y tomase en su lugar por consejera á la que tanto les habia cautivado. Toda la tenaz oposicion de la hija de Pónos á esta última parte del convenio se estrelló contra el decidido empeño de aquella gente indómita y testaruda. Cuando Alecia se negó rotundamente á aceptar el puesto de consejera, juraron por sus espadas que destruirian el castillo y á nadie perdonarian.

Convencida de la inutilidad de sus esfuerzos para hacerles desistir de semejante propósito, la esclava se volvió al castillo deseosa de comunicar á los sitiados las susodichas condiciones.

Grande fué el chasco de la bruja cuando supo que Alecia volvia sana y salva. Sintió entonces que la odiaba mil veces más que nunca; pero cuan-

do escuchó las condiciones de paz y comprendió el humilde porvenir que la estaba reservado le fué imposible tener la rienda al despecho, y en un discurso, como pocos incisivo, se mostró injusta é iracunda, pero tambien muy hábil y elocuente.

—Comprendes ¡oh, Señor! por fin—decia irónicamente apurando los recursos de su diabólico ingénio—la sublime abnegacion, el desinterés fenomenal de esta virtuosísima doncella. No parece sino que la ilustre embajadora, de todo se cuidó ménos de sus intereses y de su persona. Ella asciende á donde jamás podia imaginarse, mientras nosotros nos vemos precipitados en una sima de humillacion y desventura. ¿Qué se concede á nuestro Señor, dueño único y legítimo de toda la isla de Gé?. Lo que ahora tiene, nada más, y en verdad la dádiva compensa con creces el desdoro. Además, ¿es prudente, es cuerdo siquiera, recibir dentro de este inexpugnable recinto á unos bárbaros sin fé?. No, Dinamion, no: antes mil veces la muerte. Acuérdate de quien fuistes; glorioso es siempre morir por sus hogares antes de ser víctima de una traicion y caer sin honor, sin lucha, sin defensa.

El discurso de la bruja produjo en el ánimo de su Señor el efecto apetecido. Su incipiente admiracion por Alecia se trocó en desconfianza; rechazó con altivez proposiciones en su sentir humillantes, y poseido de un ardor guerrero hizo comparecer al hombre, y le pidió nuevas y bien templadas armas. Queria un espaldar que hiciese juego con el peto, pues siendo tantos los enemigos, era prudente llevar las espaldas protegidas. Como se sentia débil y delicado, exigió tambien una silla algo más cómoda para su corcel, con estribos en los cuales

sostener las piernas. Despues, dejándose llevar por la inquietud de su espíritu, la dijo á su consejera:

—No sé qué pensar. Estas novedades me traen perplejo y confuso. Hasta aquí nosotros temíamos á nuestros dioses. Cuando tú hablabas en su nombre, sólo hablabas de temerlos, y así teníamos un freno y el imperio obedecia; pero esta Alecia nos habla de amar á Teo—¿y quién es ese Teo?—de amarnos todos, próceres y esclavos, y á mí me sobresalta tanto amor. Es una ilusion, un verdadero absurdo. Y, sin embargo, los bárbaros la creen y la escuehan; los domina eon el amuleto de la cruz, de esa cruz que aquí para entre los dos, me vá causando respeto. ¿Qué vá á sueeder aquí?. El firmamento se desploma.

—Tranquilízate, Señor. Ten confianza en tu estrella; eonfía en mi sagacidad. Yo tampoeo aleanzo quién es ese Teo ni á qué conduee tanto amor—será mi dios deseonoeido—pero no desespero como tú, porque en último resultado, si hemos de transigir, transigiremos. Los próceres son ladinos, los eselavos imbéeiles, y unos y otros impresionables y crédulos. Lo mismo me dá á mí hablar en nombre de Teo, pintarle con sus pelos y señales y fingirme su confidente y su vieario, que dirigir á esta pobre gente como la dirigí hasta aquí, entendiéndome con treinta mil inmortales. Si es conveniente adorar la eruz, la adoraré. Al contrario: mi trabajo con ello se simplifiea y ganaré en autoridad. Proeura, pues, vencer, ó cuando ménos, reservarte algun rincon—un rinconcito—de la isla. Lo demás corre de mi cuenta. Con tu espada y con mi ingénio recuperaremos poco á poeo cuanto por de pronto se perdiere. Por ahora, es menester contemporizar.

Miéntras así conversaban los señores de la isla y se preparaba Seuda para quedar siempre en pié, Pónos, recelando alguna nueva trapacería, suplicó á su protegido que acompañara á su hija á las galerías debajo del castillo y la pusiera sigilosamente á salvo en aquellas catacumbas. Por el camino Ántropos dirigió la palabra á la hija de Pónos y la dijo:

—Malos tiempos alcanzamos, mi querida Alecia. ¿Qué será de nosotros y de tí?. En vano es luchar; en vano vivir.

—Ten fé y nunca desesperes—contestó la enlutada.—La fé remueve las montañas. Esos bárbaros incultos serán nuestra salvacion. Su rudeza sencilla, sus afectos vírgenes, pero enérgicos, harán pedazos esa red férrea y una, en la cual Seuda y Dinamion tenian aprisionada la isla. Nos traen raudales de sentimiento puro y con el sentimiento de individualidad arraigado en sus costumbres, surgirán necesidades desconocidas hasta aquí y al trabajar tú para satisfacerlas, se asegurará mi desencantamiento y nuestro triunfo.

—¿Y no seria más sencillo exterminar á Dinamion y á Seuda?. ¿No hubiera sido mejor si jamás hubiesen existido?

—No por cierto, amigo Ántropos; nada hay en la isla de Gé que no sea necesario. Sin la fuerza de Dinamion, sin sus exigencias colosales, jamás habrias tú hecho tanto prodigio y maravilla material para descorrer mi velo; y si Seuda no existiese, yo tampoco me encontraria aquí para provocar tu lucha y tu redencion. El dia en que una de las dos desaparezca, terminará el drama de tu vida.

—No lo entiendo—concluyó diciendo Ántropos.—

Verdad es que en esta encantada isla hay muchas cosas que no entiendo.

Con esto llegaron á las catacumbas, se despidió Ántropos de Alecia y volvió al castillo para seguir trabajando en el espaldar, en la silla y sus estribos.

Terminadas las armas y montura, Dinamion tornó á vestir los pesados arreos del guerrero, y aunque trabajosamente, oprimió de nuevo el lomo de Hipodonte. Cualquiera que ignorando su estado de atonía le hubiese visto salir por las puertas del alcázar con la aurea é imperial corona destacándose sobre los lampos del almete, le habria considerado batallador invencible. Conservaba la arrogancia y gallardía del antiguo vencedor en mil combates, y su caballo parecia comprender las glorias que llevaba encima.

No se hicieron esperar los bárbaros. Apenas distinguieron á su gallardo enemigo, tomaron unos las frámeas, otros las espadas y le salieron al encuentro. Á pesar de su ódio hácia el gigante, no pudieron ménos de admirar su marcial y bélico continente. Rodeábanle las aureolas de cien victorias, y su experiencia, su equipo y su destreza, le hacian todavia respetable y áun temible.

Por su parte, nuestro guerrero reunió en aquel trance supremo su antiguo indómito valor; no le sobrecogió la muchedumbre; metió espuelas á Hipodonte y dió principio á la lid con todo el ímpetu entusiasta de sus dias más gloriosos. Algunos instantes despues estaba rodeado en todas direcciones. Su armadura, su almete, su corcel, su escudo recibian tajos y reveses como caen sobre el inmoble yunque los ligeros martillos de cien cíclopes. Los ecos de las montañas atronaban con el pavoroso

estruendo, y el monte con el llano, en extraño rehilar, se conmovian; Seuda, los próceres, el pueblo todo, Ántropos y Pónos contemplaban el combate desde las murallas con el corazon oprimido. Allí se iban á decidir los destinos de la isla; allí se ganaba ó se perdia todo.

En lo más encarnizado de la pelea se abrió y retrocedió el tropel desatentado de gigantes, y se vió á Hipodonte romper las apiñadas filas y partir á carrera tendida hácia el castillo, arrastrando en pos, enganchado en la estribera por el pié, el cuerpo inanimado del poco antes valiente y soberbio Dinamion.

Un grito de dolor y de agonía se oyó estridente sobre las almenas del castillo.

—¡Muerto!—gritaron consternados todos sus moradores.—¡Cayó el coloso!. ¡Feneció el imperio!. ¡Adios mundo y sus dulzuras!. ¡Adios goces y alegrías!

Durante el pavoroso silencio de tristeza, de terror y angustia que siguió á estas exclamaciones, se oyó la voz clara y apasionada de la loca Gina, cantando al son de su pandero.

Bebed, bebed mortales en mi copa: la vida es esto, lo demás es nada.

La casualidad parecia burlarse en cruel sarcasmo de aquella gente ciega y fementida, trayendo en aquellos momentos á sus oidos la esencia de la doctrina cuya ponzoña les aniquilara.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Conato de clasificacion de los conocimientos humanos en el siglo IX.
Filosofía del Sentido comun.
La Leyenda del Trabajo.
La Cartilla del Trabajo.
La Imaginacion.
Las Huelgas, sus causas y sus remedios.
Le Travail humain.
El trabajo en España.

M. MARTIN

PONOS

Ó

LA COMEDIA HUMANA

Vol. II

1883